

CARTA ECONÓMICA Regional

Año 26 | Núm. 115 | Enero - junio 2015



Revista del Departamento de Estudios Regionales-Ineser
Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas
Universidad de Guadalajara | México

LOS ARTÍCULOS
DE LA CARTA
ECONÓMICA REGIONAL
APARECEN LISTADOS
O RESUMIDOS EN:

PAIS: Public Affairs Information Service
GALE GROUP: Banco de Datos Hemerográficos Multidisciplinarios
CLASE: Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades
LATINDEX: Sistema Regional de Información en Línea para
Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
LATAM-STUDIES: Estudios Latinoamericanos

Universidad de Guadalajara

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector general

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector ejecutivo

Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas

José Alberto Castellanos Gutiérrez
Rector

Jesús Arroyo Alejandre
Director de la División de Economía y Sociedad

Antonio Sánchez Bernal
Jefe del Departamento de Estudios Regionales-Ineser

CARTA ECONÓMICA Regional

Humberto González Chávez
Director

Martha Virginia González Medina
Editora

Comité Editorial

Luis Felipe Cabrales Barajas (udeg)
Victor Manuel Castillo Girón (udeg)
Rubén Antonio Chavarín Rodríguez (udeg)
Raúl Fuentes Navarro (ITESO)
Juan Carlos Ramírez Rodríguez (udeg)
Jorge Alonso Sánchez (CIESAS)

Consejo Editorial: Jesús Arroyo Alejandre (Universidad de Guadalajara, México), José Carlos Alba Vega (El Colegio de México, México), Catalina Banko (Universidad Central de Venezuela, Venezuela), Alejandro Macías (Universidad de Guadalajara, México), Gerhard Braun (Universidad Libre de Berlín, Alemania), Margarita Calleja (Universidad de Guadalajara, México), José Luis Calva (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Alejandro I. Canales (Universidad de Guadalajara, México), Salvador Carrillo (Universidad de Guadalajara, México), Enrique de la Garza Toledo (Universidad Autónoma Metropolitana-1, México), Adrián de León Arias (Universidad de Guadalajara, México), Boris Graizbord (El Colegio de México, México), Pálné Kovács Ilona (Instituto Transdanubiano de Investigación, Hungría), Reinhard Liehr (Universidad Libre de Berlín, Alemania), Stephen D. Morris (University of South Alabama, EUA), Gerardo Otero (Universidad de Simon Fraser, Canadá), Jean Papail (IRD, Francia), Carlos Riojas (Universidad de Guadalajara, México), Iwona Sagan (Universidad de Gdansk, Polonia), Antonio Sánchez Bernal (Universidad de Guadalajara, México), James W. Scott (University of Joensuu, Finlandia), Alejandro Tortolero Villaseñor (Universidad Autónoma Metropolitana-1, México), Kurt Unger (Centro de Investigación y Docencia Económicas, México), Ofelia Woo Morales (Universidad de Guadalajara, México).

Publicación: Carolina Ávila Escobedo (coordinación), Celina Yunuén Castillo Moya (diseño), David Rodríguez Álvarez (corrector de estilo).

.....

Carta Económica Regional Año 26, número 115, enero - junio 2015 es una publicación semestral editada por la Universidad de Guadalajara a través del Departamento de Estudios Regionales-Ineser, División de Economía y Sociedad del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas, Periférico Norte 799, módulo M, segundo nivel, Núcleo Los Belenes, apartado postal 2-43, Guadalajara, Jalisco. C. P. 45100, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono y fax: (+52 33) 37703404, extensiones 25229 y 25240. Correo electrónico: revista.cartaeconomica@gmail.com. Dirección web: <http://cartaeconomica.cucea.udg.mx/>. Editora responsable: Martha Virginia González Medina. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo número: 04-2013-080110203000-102. ISSN 0187-7674, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de título 3929, Certificado de licitud de contenido número 3224, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Permiso SEPOMEX número M14-0026. Precio por ejemplar: 75 pesos. Impresa por talleres de Imprelibros, Brillante 913, Alcalde Barranquitas, Guadalajara, Jalisco. Este número se terminó de imprimir en junio de 2015. Tiraje de: 200 ejemplares.

Las opiniones y los comentarios expresados por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Índice

ARTÍCULOS ORIGINALES TEMÁTICOS

Introducción. Jóvenes rurales, memoria y futuros agrícolas en América Latina..... 5
FINA CARPENA-MÉNDEZ

Promoters of agroecology and poster girls for participation:
divergence in leadership training with a Bolivian NGO 35
JENNY COCKBURN

Miradas al futuro: el relevo generacional en el desarrollo de la conciencia social
como estrategia de conservación de los maíces nativos 55
IVONNE VIZCARRA BORDI
HUMBERTO THOMÉ ORTIZ
CARMEN DELIA HERNÁNDEZ LINARES

Camponeses na universidade: a criação do Mestrado em Desenvolvimento
Territorial na América Katina e Caribe 74
BERNARDO MANÇANO FERNANDES

Los jóvenes en el agro argentino: inicios tempranos en el mundo del trabajo 90
SUSANA APARICIO
MARCELA CROVETTO

ARTÍCULOS ORIGINALES CON TEMAS DIVERSOS

Las denominaciones de origen en México.
El queso Cotija: entre confiscación y valorización patrimoniales 114
ESTEBAN BARRAGÁN
THIERRY LINCK

La delincuencia urbana en una ciudad media mexicana 136
REYNA VALLADARES ANGUIANO

RESEÑA

Actores e instituciones en el desarrollo. Deducción desde la región
Centro Bajío de México 160
FERNANDO CAMACHO SANDOVAL

Introducción. Jóvenes rurales, memoria y futuros agrícolas en América Latina

Fina Carpena-Méndez

Oregon State University

Recepción: 12/enero/2015 Aceptación: 20/mayo/2015

Esta colección de artículos presenta perspectivas multidisciplinares sobre la condición de la juventud rural en América Latina en el contexto de las reestructuraciones agrarias y las transformaciones de las formas de vida en el campo. Estos estudios, en distintos contextos nacionales, abordan temáticas significativas para aproximarse a la diversidad y complejidad de las condiciones y trayectorias de vida e identidad de los jóvenes de las nuevas ruralidades (Pérez, 2004; Kay, 2009) que han emergido en las últimas décadas. Fenómenos como las transiciones agrarias, las transformaciones y diversificaciones de las estrategias de vida de las comunidades rurales, el acaparamiento de tierras y la desigualdad en la tenencia y el acceso a la tierra, la migración, y la búsqueda de estrategias para la sustentabilidad y la justicia social y alimentaria, son problemáticas que inciden en las experiencias de vida de los jóvenes de los territorios rurales y se articulan con sus aspiraciones, identidades, trayectorias de vida y formas de entender el mundo y de entenderse a sí mismos.

A pesar de la expansión del campo de estudios socioculturales de la infancia y la juventud de las últimas dos décadas, con la renovación teórica y metodológica para aproximarse a los jóvenes como actores sociales y no sólo como sujetos pasivos de procesos de enculturación y transmisión cultural (James & Prout, 1997), la atención a las juventudes rurales ha sido escasa porque permanecía varada en constructos teóricos que hacían inconmensurable la formación de identidades juveniles articuladas a procesos de modernización y globalización con las representaciones de la vida rural como tradicional, simple, estática, atrasada y con necesidad de desarrollo. En el contexto latinoamericano, la investigación académica no atendió a las juventudes rurales como categoría social en cuyas subjetividades cristalizan las memorias culturales y la articulación de políticas económicas, agrarias, sociales y educativas. La excepción fue la literatura producida por agencias internacionales, gobiernos y organizaciones de la sociedad civil que construían el problema de la relación entre la juventud rural y las economías agrarias como de baja productividad agrícola, pobreza rural persistente y altos niveles de desempleo juvenil, y proponían la intervención educativa y agraria para elevar las aspiracio-

nes educativas, el acceso al mercado de trabajo e incentivar la participación de los jóvenes en el sector agroalimentario (como productores, empleados y consumidores) (CEPAL, 1994). Esta tradición investigativa aportó una mirada hacia los jóvenes desde la instrumentalización desarrollista (González Cangas, 2003). Los jóvenes de los territorios rurales preocuparon principalmente como sujetos de programas modernizadores del campo (Marín, 2009).

Con las profundas transformaciones de las economías y sociedades de los territorios rurales generadas por la gobernanza neoliberal del desarrollo, la agricultura ha dejado de ser central en las estrategias de subsistencia de las familias (Delgado, 1999; Appendini & Torres-Mazuera, 2008; Kay, 2009; Salas Quintanal, Rivermar Pérez & Velasco Santos, 2011). Los jóvenes rurales enfrentan la necesidad de desempeñar actividades laborales en diferentes sectores, en mercados nacionales e internacionales (Rojas, 2009; Del-Rey-Poveda, 2010; Salas Quintanal & González de la Fuente, 2014). Así, en las últimas dos décadas la migración transnacional desde comunidades rurales, sin experiencia previa en procesos migratorios internacionales, se ha ido perfilando como un proceso juvenil (Carpena-Méndez, 2007, 2014; Cruz-Salazar, 2012). Adolescentes y veinteañeros han tomado el liderazgo de estos nuevos procesos transmigratorios construyendo y creando recursos sociales y culturales donde no existían redes previas de apoyo que proporcionaran conocimiento y sostuvieran el proceso (Carpena-Méndez, 2014), y a la vez contribuyendo al abandono de tierras cultivables y facilitando su apropiación por parte de los mercados financieros. Estos nuevos procesos de migración infantil y juvenil independiente se han articulado tanto a la comercialización de la migración transnacional o industria migratoria (Gammeltoft-Hansen & Sørensen, 2013) como a la apropiación de tierras con fines comerciales o con discursos y agendas conservacionistas (Fairhead, Leach & Scoones, 2012).

Los jóvenes rurales constituyen una categoría privilegiada desde la que se pueden pensar las contradicciones y complejidades de las configuraciones económicas, políticas y culturales actuales. La vida e identidad de los jóvenes rurales se han reconfigurado en respuesta a los cambios impulsados por las políticas neoliberales en las economías regionales y nacionales (transformando los mercados de trabajo hacia el predominio agroindustrial altamente tecnificado de empresas transnacionales y profundizando la precariedad laboral de los más jóvenes y su exclusión de las economías nacionales), la erosión de los servicios sociales en favor del libre mercado (que han impactado principalmente a niños y jóvenes) y las culturas globales del consumo, el deseo y la identidad como autorrepresentación. La categoría de los jóvenes, como categoría histórica, social y políticamente construida, se basa en la naturaleza de la relación que mantienen con los medios de producción y consumo (Comaroff & Comaroff, 2001): esto es, se trata de una categoría construida sobre bases materiales (véase Comaroff & Comaroff, 2005, p. 24).

Pero los jóvenes no son sólo una categoría material y discursivamente construida. También son actores sociales y sus acciones diarias tienen impactos más allá de sus redes de relaciones inmediatas en la familia. Los jóvenes han respondido a la inestabilidad producida por la penetración del capitalismo transnacional y los rápidos cambios en el día a día en los territorios rurales a través de nuevas formas de movilidad, perfilándose así como actores sociopolíticos clave en sus comunidades. En el contexto de la movilidad, de las rupturas históricas aceleradas de las formas de vida y de la incorporación de los territorios rurales a procesos globales económicos, políticos y culturales del capitalismo tardío, la agencia de la infancia y la juventud adquiere visibilidad pública y simultáneamente se desarrolla un renovado interés académico por desentrañar la formación de nuevos procesos identitarios entre los jóvenes rurales e indígenas, lo cual los incorpora por primera vez a los estudios sobre juventud (González, 2003, 2004; Panelli, Punch & Robson, 2007; Pérez Ruiz, 2008; Carneiro & Guaraná de Castro, 2009; Urteaga, 2011; Cruz-Salazar, 2012). Los jóvenes rurales se desvelan así como sujetos de transformación histórica.

La atención a las configuraciones identitarias de las juventudes rurales e indígenas a través de la escolarización, la migración y el consumo de bienes materiales y simbólicos sigue anclada a lentes analíticas que materializan una visión de los jóvenes como agentes del cambio modernizador. Los jóvenes se sitúan en el centro de análisis en tanto se busca entender la diversidad de resignificaciones que la condición juvenil toma en las nuevas ruralidades; esto es, cómo los imaginarios y prácticas juveniles que circulan globalmente son apropiados y resignificados en contextos e historias locales. Las trayectorias de vida móviles y las prácticas juveniles vinculan los espacios rurales a los urbanos y transnacionales, nos obligan a repensar esas fronteras conceptuales. No obstante, los jóvenes rurales con frecuencia son representados como un grupo social homogéneo, sin diferenciación de género ni de clase social, cuyas identidades y prácticas se forman con independencia de sus familias, sus comunidades y sus interrelaciones con otros grupos de edad. Aunque esas lentes iluminan la formación de identidades juveniles, tienen limitaciones para dar cuenta de la (re)articulación entre subjetividad y saberes y para entender el papel central que los jóvenes tienen en los procesos de reproducción, recreación y transformación de formas de vida y conocimientos. De igual manera, el enfoque en la formación de identidades omite la relación que los jóvenes rurales puedan seguir teniendo con la tierra a pesar de no pensarse como campesinos. Es importante reconocer cómo la desigualdad en la tenencia y el acceso a la tierra, especialmente en el contexto de procesos de privatización, puede afectar diferencialmente a los jóvenes, así como las relaciones inter e intrageneracionales, entre padres e hijos, hermanos y esposos. El impacto que el acaparamiento de tierras por parte del capital privado tiene en el futuro de los jóvenes rurales, para los cuales es cada vez más difícil acceder a tierra cultivable, es un tema que necesita atención.

Un diálogo entre juventudes, nuevas ruralidades y conocimientos agroecológicos

En la literatura reciente sobre juventud y nuevas ruralidades es escasa la atención que se presta a la relación actual de los jóvenes con la tierra, así como a la transformación intergeneracional de prácticas agrícolas y los sistemas alimentarios. Existe la tendencia a asumir que los jóvenes actuales no tienen interés por la agricultura y que la escolarización obligatoria y la migración son factores que limitan la adquisición de conocimientos agroecológicos. Se asume, en consecuencia, que existe una pérdida inevitable de conocimientos y habilidades en sectores de la población rural cuyas formas de subsistencia han dependido de los recursos naturales (Punch & Sugden, 2013; Fitting, 2011). Las políticas dirigidas a la juventud rural abordan la relación entre sistemas alimentarios y juventud desde presupuestos ideológicos que, por un lado, promueven las reestructuraciones agrarias y las actividades de la industria agroalimentaria y, por otro, representan la condición juvenil asociada al desempleo, la vulnerabilidad social y la violencia. Estas políticas se sustentan en una base débil de investigación y evidencia sobre la naturaleza de la relación actual de los jóvenes con los sistemas agrícolas y alimentarios, por un lado, y sobre las respuestas a estas políticas, por otro (Sumberg, Akua Anyidoho, Leavy, Lintelo, & Wellard, 2012, p. 3).

Este número temático surge del panel Rural Youth, Memory, and Agricultural Futures in Latin America, que tuvo lugar en Latin American Studies Association (LASA), Chicago, en mayo de 2014. El panel emergió de la preocupación social y académica por el reconocimiento y la inclusión de los jóvenes en las luchas colectivas por la sustentabilidad económica y ambiental. Los sistemas agrícolas, que históricamente habían proporcionado seguridad alimentaria en los territorios rurales, están siendo desmantelados en América Latina y otras regiones del mundo. A los jóvenes campesinos e indígenas rurales se les presentan perspectivas sombrías para el futuro en sus comunidades y en muchos casos pronto se vuelven escépticos de las oportunidades que la educación formal en los territorios rurales les ofrece para la movilidad social. En este contexto, los jóvenes rurales, excluidos de expectativas de empleo seguro y permanente en los mercados nacionales rurales y urbanos, ven en la migración transnacional un horizonte de futuro. Esta dislocación masiva parece fracturar las relaciones íntimas humano-ecológicas y erosionar las memorias bioculturales y los saberes agroecológicos que fueron adaptados durante largos periodos de tiempo a localidades particulares. Este número temático aborda preocupaciones sociales centrales en estos procesos de transformación histórica. ¿Quién preservará la variedad de cultivos nativos si los jóvenes buscan oportunidades económicas más allá de las formas de producción tradicionales para mejorar sus condiciones de vida? ¿Cómo se posicionan los jóvenes en relación con las prácticas y los saberes agrícolas indígenas y campesinos, y la lucha social por la autonomía y

la reforma agraria en la que muchos movimientos indígenas y campesinos fueron fundados? ¿Cuáles son las condiciones de trabajo, vida e identidad de los jóvenes rurales absorbidos por la industria agropecuaria?

A partir de la exploración de estas cuestiones se llegó a nuevas preguntas centrales para pensar los futuros agrícolas en América Latina: ¿cómo incorporan los jóvenes campesinos e indígenas las experiencias y orientaciones cognitivas adquiridas en la escuela, en el trabajo asalariado tanto agropecuario como en otros sectores, en la migración y la transculturalidad, al repertorio de saberes y formas de relacionalidad con el entorno sacionatural que han caracterizado y mantenido la agricultura en pequeña escala familiar y comunitaria a lo largo del tiempo? De estas discusiones emergió la necesidad de una agenda de investigación en respuesta a las limitaciones teórico-metodológicas existentes para aproximarse a la relación que los jóvenes mantienen con la memoria biocultural, los saberes y prácticas agroecológicas en transformación, así como la transmisión y tenencia de la tierra. Esto es, que nos permita entender la naturaleza de la agencia de los jóvenes en los procesos dinámicos de mantenimiento y transformación de memorias, prácticas sociomateriales y saberes. La construcción de una mirada a los procesos de creación de subjetividades juveniles, a cómo los jóvenes incorporan los proyectos hegemónicos de modernización, globalización y desarrollo, puede darse sin eclipsar la simultaneidad de sus contribuciones a la re-creación intergeneracional de saberes y prácticas agroecológicas.

Sabemos poco sobre cómo la reestructuración de las relaciones de poder intergeneracionales esté dando forma a la transmisión de la tenencia de la tierra a las nuevas generaciones en comunidades campesinas e indígenas, especialmente bajo modelos de desarrollo que promueven la inversión de capital privado y la adquisición de tierras por parte de compañías y fondos de inversiones. Tampoco tenemos una comprensión sobre la relación que los jóvenes tienen con la tierra y las prácticas agrícolas en el contexto de la migración, esto es, cómo la participación en la agricultura familiar se inserta dentro de sus trayectorias de vida móviles y la pluriactividad. Y no tenemos una comprensión de cómo la escolarización universal (asociada tanto a los cambios en las prácticas diarias y el valor social de los niños y jóvenes como a las reorientaciones cognitivas que traen consigo la alfabetización y la textualidad) ha limitado, obstruido o alterado los procesos pedagógicos por los que los saberes locales agroecológicos se aprenden intergeneracionalmente en los espacios y tiempos de la cotidianidad.

Me remito aquí a la preocupación de Pamela Reynolds (1995, 2007, 2008) por nuestro repetido fracaso en documentar la agencia de los jóvenes en los procesos de ruptura sociohistórica y a su llamado por el reconocimiento de la edad como una categoría que merece especial escrutinio. No podemos entender la emergencia de nuevas formas de existencia social en los territorios rurales sin considerar a los niños

y jóvenes como sujetos clave de esta transformación histórica, sin tomar en cuenta cómo sus experiencias de movilidad, flexibilidad étnica, transculturalidad y el manejo de distintos repertorios culturales impiden la re-creación de prácticas y saberes campesinos haciéndolos obsoletos; o bien alteran las orientaciones cognoscitivas, de percepción-relación con el entorno que hacen posible la continua formación de un cuerpo de conocimiento y práctica; o quizá se incorporan y registran en la memoria cultural y el repertorio de prácticas sociomateriales. Entender la naturaleza de los anclajes de niños y jóvenes rurales a la tierra y sus perspectivas sobre el trabajo agrícola, mientras crecen bajo regímenes materiales y discursivos que construyen el campo como un espacio de muerte social y falta de futuro, implica repensar el territorio no sólo como base para la identidad sino también como respuestas a procesos de desposesión y como la concepción de posibilidades de vida por parte de los jóvenes.

La introducción de la edad y la generación como categorías analíticas críticas para aprehender las epistemologías, subjetividades y formas de vida campesinas en constante transformación nos permitirá una mejor comprensión de la naturaleza del asalto neoliberal a la reproducción de las formas de organización social y de conocimiento en los territorios rurales. De esta comprensión cabe la posibilidad, como señala Baraona (1987, p. 181) de “imaginarse un mundo en que la modernización y el campesinado no son conceptos mutuamente hostiles, un mundo en el que el campesino se transforma pero no es eliminado”. Sabemos que las formas de manejo de la naturaleza no-industriales y las formas cognoscitivas y de relacionalidad indígenas y campesinas han permitido la conservación de ecosistemas locales (Toledo & Barrera-Bassols, 2008). Y que las transformaciones socioecológicas forjadas por los proyectos hegemónicos de modernización, desarrollo y globalización neoliberal contribuyen al deterioro medioambiental acelerado, y en consecuencia, la pérdida de biodiversidad y de la salud. Estas transformaciones han incentivado la politización de la articulación entre ecología y sufrimiento social, y obligado a reexaminar la separación ontológica entre naturaleza y cultura que ha caracterizado el pensamiento occidental (Descola, 2013; Latta & Witman, 2012). El proceso de materialización de una visión social basada en prácticas productivas que se apropian de la naturaleza de forma sustentable y que permiten el mantenimiento de la diversidad biológica y cultural, mutuamente dependientes, es uno que no niega a los pueblos campesinos (independientemente de su filiación étnica) la posibilidad de seguir re-creando en cada generación su memoria biocultural.

Los trabajos presentados se agrupan en tres temáticas centrales. El artículo de Vizcarra, Thomé y Hernández sobre la conservación de maíces nativos en Mesoamérica y el de Cockburn sobre los programas de desarrollo agroecológico en Bolivia consideran la intersección de género y generación en el análisis del relevo generacional y la continuidad de la agricultura familiar. El artículo de Susana Aparicio y Marcela Crovetto sobre el trabajo infantil y adolescente en el agro argentino aborda, desde un

enfoque generacional, las reestructuraciones socioproductivas de los territorios rurales con predominio agroindustrial y la heterogeneidad de condiciones sociolaborales y educativas de los jóvenes. Finalmente, Bernardo Mançano Fernandes presenta la creación de un paradigma de desarrollo agrario indisociable de un proyecto de educación del campo en Brasil pensado a partir de los principios y las lógicas del campesinado y no del capital. Aunque parten de perspectivas disciplinares y marcos analíticos disímiles, los artículos demuestran la relevancia analítica generacional para aproximarse a las transformaciones de los sistemas socioproductivos agrícolas y a las identidades y prácticas educativas que los (re)producen. Esta introducción propone la importancia de la transfertilización conceptual y metodológica entre los estudios socioculturales de la juventud, del desarrollo rural y agrario y de la educación, campos de conocimiento con desarrollos independientes que raramente dialogan entre sí.

Globalismo neoliberal y relevo generacional en la agricultura: exclusiones y desposesiones de los jóvenes rurales

En las últimas tres décadas hemos sido testigos de la profunda reestructuración de las sociedades rurales y de las actividades agrarias en el contexto de la implementación de políticas neoliberales que han profundizado y acelerado una larga historia de desarrollo y globalización capitalista en América Latina. En el futuro para las áreas rurales concebido por los reformistas neoliberales, formas de ruralidad basadas en la implementación de biotecnología en la producción agrícola para el mercado global, por un lado, y en las remesas enviadas por campesinos y pequeños productores desplazados de las actividades de campo que engrosan los flujos migratorios, por otro, labran el terreno para la emergencia de nuevas formas de existencia social en el campo.¹ Las promesas de la nueva ronda de modernización neoliberal incluían el incremento de la productividad agrícola, mayor bienestar material y la mejora de las estructuras sociales tradicionales a través de la democratización de las relaciones sociales (comunitarias, de género y edad), a menudo construida discursivamente como el empoderamiento —liberación— individual de mujeres y jóvenes de comunidades rurales.

¹ Para un análisis crítico de los discursos que loan las remesas migrantes como sostenedoras de las economías nacionales y promotoras de desarrollo económico rural véanse Binford (2003) y Guarnizo (2003). Asimismo, Glick Schiller (2010) sostiene que los procesos de migración y desarrollo son parte de fuerzas globales que afectan tanto a los que emigran como a los que se quedan, tanto a los inmigrantes como a los nativos, y que su análisis no puede separarse de una discusión de la reestructuración neoliberal de los Estados, las economías nacionales y los regímenes de trabajo.

Una constelación de políticas públicas articuladas por la coherencia ideológica del globalismo neoliberal (Otero, 2008) alrededor de la primacía del sector privado, la seguridad en el carácter autorregulador del mercado y una visión de lo social como acumulación de individuos autónomos o consumidores, ha transformado no solamente las relaciones verticales entre el Estado y los ciudadanos, sino las relaciones entre las personas o las formas de sociabilidad, así como las condiciones de su autoconocimiento y las relaciones públicas que dan lugar a la pertenencia (a través del trabajo, el mercado, la política y la identidad) (Comaroff & Comaroff, 2001; Greenhouse, 2010). La reestructuración de los Estados por procesos políticos y económicos transnacionales ha alterado profundamente las prácticas de ciudadanía, las subjetividades rurales y las formas de relacionabilidad. El proyecto de globalización neoliberal ha significado una fuerza histórica de transformación cultural en la que se ha reconfigurado la constitución mutua del campo y la ciudad, siempre dependiente de las dinámicas de transformación capitalista (Williams, 1973). Ong (2006) reconceptualiza el neoliberalismo como una nueva técnica de gubernamentalidad que reconstruye la relación entre poder y conocimiento en la que las actividades de gobernanza se presentan como problemas no políticos y no ideológicos que requieren de soluciones técnicas.

En gran parte de América Latina la liberalización económica incluyó la eliminación de políticas proteccionistas para el mercado agrícola, el desmantelamiento de programas de crédito, subsidios y asistencia técnica a pequeños productores, el final del compromiso de los Estados con la reforma agraria y la reorientación de las políticas alimentarias hacia la exportación para mercados globales (Otero, 2008). Las políticas neoliberales han transformado también las relaciones socioecológicas a través de la apropiación de tierras y recursos naturales para el mercado, desplazando así los regímenes de valor no basados en el mercado y las relaciones que éstos sostienen. Las reformas neoliberales, que necesitaron del papel activo del Estado (para privatizar, desregular y delegar), en muchos casos transfirieron los derechos de uso y propiedad de la tierra y el control de los recursos naturales de pequeños agricultores y las comunidades campesinas e indígenas a manos de una extraordinaria variedad de actores: capitalistas de riesgo e inversores en la agricultura comercial, los combustibles y la minería, compañías de ecoturismo, activistas verdes y conservacionistas ambientales, y ONG. Muchas de estas apropiaciones de la naturaleza se hacen bajo discursos y agendas verdes (véase Fairhead *et al.*, 2012).

Investigaciones empíricas sobre los efectos de las políticas neoliberales en las áreas rurales muestran, sin embargo, una mayor polarización social y regional que profundiza las desigualdades ya existentes, el desmantelamiento de las economías de subsistencia, la degradación medioambiental, la aceleración de la migración laboral (tanto intranacional como transnacional), la separación familiar

y la pérdida de conocimiento agroecológico en las nuevas generaciones (véase Vizcarra, Thomé & Hernández en este número). Las nuevas ruralidades que han emergido en las últimas décadas ya no son sinónimo de actividades agrarias, sino territorios heterogéneos con una profundizada articulación con los mercados globales a través de la producción y consumo de mercancías y los mercados del trabajo y servicios (Appendini y Torres-Mazuera 2008, Salas Quintanal et al., 2011). Como nos recuerda Maçano (en este número), la agricultura en pequeña escala o familiar siempre está subordinada a los modos capitalistas de producción y consumo, los cuales generan desigualdades y destruyen las formas de organización social y las memorias culturales campesinas, reformándolas de acuerdo con los intereses contingentes de la economía capitalista. Pero el desarrollo capitalista, sustentado por imaginarios de progreso y modernidad, lejos de ser un proceso lineal y homogéneo, que lleva inevitablemente a la desaparición del campesinado, genera constantemente las contradicciones en las que los campesinos se reconstituyen a la vez que forman nuevas respuestas a procesos noveles de exclusión y desposesión por parte del mercado (Morton, 2007; Paz, 2011).

Es en este contexto en el que debe analizarse cómo los niños y los jóvenes de comunidades rurales experimentan y dan sentido a esta nueva ronda de modernización, situada localmente aunque articulada globalmente, mientras que transitan por el ciclo de vida. ¿Cómo están respondiendo los jóvenes, desde la cotidianidad de sus relaciones intergeneracionales, de su re-creación de identidades y saberes, de sus anhelos y trayectorias, de su agencia política, a la continuada —y con frecuencia violenta— inserción de los territorios rurales de América Latina al capitalismo tardío y sus redes globales de acumulación y desposesión? El sujeto neoliberal no es un ciudadano con derechos sobre el Estado. Es así como la migración se perfila en el horizonte de deseo de los jóvenes como una salida a la exclusión de las formas políticas colectivas dada la individualización de las prácticas de ciudadanía basadas en el consumo (Richard, 2008). La migración juvenil de las zonas rurales es, así, una forma de desposesión de los jóvenes con efectos disciplinarios importantes. No podemos abordar el tema de la condición de los jóvenes rurales en América Latina (al igual que en otras regiones del mundo) sin tener en cuenta cómo el globalismo neoliberal ha alterado la fenomenología de estar en el mundo, las formas de conocer y experimentar la relación con los otros y el mundo, y las condiciones en las que el conocimiento (cultura) se transmite y recrea en cada generación. En lo que sigue abordamos la emergencia de los jóvenes como sujetos históricos de los territorios rurales en el contexto de las políticas neoliberales que han erosionado las formas de vida campesinas, así como las herramientas analíticas con las que desde los estudios socioculturales de la juventud se aprehenden sus subjetividades.

Las juventudes rurales: identidades, agencia y conocimientos como dilemas analíticos²

A pesar de una larga tradición investigativa en estudios socioculturales de la juventud, existe desatención a los jóvenes rurales. Esta desatención ha sido explicada por ser lo rural y lo juvenil constructos analíticos contradictorios y antagónicos (González Cangas, 2003, 2004). Lejos de ser una categoría analítica universal, la juventud ha sido considerada como producto de la modernidad, una formación ideológica que ha naturalizado un modelo de desarrollo humano que tomó forma en la sociedad capitalista industrial y en instituciones del Estado moderno como la escuela (Gillis, 1974; Comaroff & Comaroff, 2005). Tanto la “infancia” como la “juventud” son constructos culturales que emergen a partir de un conjunto de transformaciones sociales y valores culturales, y cuyas evoluciones reflejan la historia de la modernidad y la globalización capitalista. Los marcos analíticos desarrollados para aprehender las construcciones cambiantes de la juventud y las realidades de los jóvenes delimitan procesos sociales modernizadores y globalizadores. Es por ello que nos detenemos en las tradiciones de análisis en los estudios de la juventud en Europa y Norteamérica, en las influencias que éstas han tenido en su desarrollo en América Latina, en la necesidad de incluir la diversidad de experiencias de los jóvenes rurales en este campo de estudio, para finalmente proponer nuevas líneas de investigación sobre los jóvenes rurales como sujetos de conocimiento y actores sociales clave en la producción de políticas públicas que promuevan el desarrollo rural sustentable, la soberanía alimentaria y la alimentación saludable.

Siguiendo la tradición de estudios históricos iniciada por Philippe Ariès (1962) sobre la invención de la infancia en Europa como etapa diferenciada del curso de vida dentro de la nueva concepción moderna de la familia, Zelizer (1985) traza la profunda transformación del valor económico y sentimental de los niños que se dio con la reorganización de sus espacios cotidianos en los procesos de urbanización a finales del siglo XIX y principios del XX en las sociedades industriales. Los hijos de las clases trabajadoras y los inmigrantes fueron objeto de batallas legislativas y cruzadas civilizadoras para incluirlos en un nuevo ideal de infancia no

² Esta sección no pretende ser una revisión exhaustiva de la literatura interdisciplinaria sobre juventud en general, ni sobre la juventud rural en América Latina en particular. Aunque se centra en los estudios etnográficos de la juventud, las referencias citadas sirven para ilustrar puntos específicos y por razones de espacio se omiten estudios sobre jóvenes en territorios rurales en distintos contextos nacionales latinoamericanos y desde distintas perspectivas disciplinarias.

productiva (circunscrita al entorno doméstico y escolar),³ deslegitimando así las estrategias económicas y de socialización de sus familias (Zelizer, 1985). Pero así como la infancia se convierte en una categoría de vulnerabilidad, protección, inocencia y dependencia, los jóvenes se convierten en otra de exclusión y explotación en la historia de la relación del capital con la nación-Estado.

La juventud, como la generación, no es una categoría con delimitaciones universales etarias o cronológicas. Es una categoría social y política supeditada a las transformaciones históricas. Se construye en lo cotidiano, en las relaciones de poder y las políticas públicas que definen su estatus. Las economías capitalistas industriales crearon las condiciones de posibilidad para la emergencia de la categoría de la “juventud” como una realidad social semiautónoma del control familiar en las calles de los barrios pobres de las ciudades manufactureras de Europa y Estados Unidos (Comaroff & Comaroff, 2005). La juventud, entonces, se perfila en un colectivo principalmente masculino, fuera de lugar, disruptivo y desafiante de los valores y el orden social burgués. El sistema estatal de educación obligatoria de masas, lejos de erradicar la exclusión social de los jóvenes, se convierte en un mecanismo de reproducción de la desigualdad social, directamente implicado —al estar el fracaso escolar inserto estructuralmente en su lógica disciplinaria— en conformar a la juventud en un colectivo no sólo moralmente inmaduro sino en anticidadanos.

La educación escolar tampoco se adaptó a las necesidades, los ritmos temporales y los conocimientos de la vida rural, contribuyendo así a la separación de los niños y jóvenes de la vida y los espacios adultos (Cunningham, 2005). Aun así, la preocupación por los jóvenes rurales en Europa y Norteamérica ha sido marginal en las ciencias sociales. Las miradas etnográficas a los sistemas sociales rurales en Europa que incluyeron a los jóvenes a partir de 1960, lo hicieron desde el análisis del colapso de las economías agrarias, las transformaciones que traían consigo su inserción en el mundo dominante urbano y la desintegración de la vida familiar (Scheper-Hughes, 1979; Bourdieu, 2008). Los jóvenes rurales que no emigraban a las ciudades eran los solteros, obligados a encarnar la contradicción de ser los herederos del patrimonio y a la vez los que ponían fin a las formas de vida campesinas, al no poder reproducirlas por ser su capital simbólico reducido a la nada por la violencia simbólica del mundo urbano dominante. Sin haber alcanzado la experiencia identitaria juvenil forjada en las formas de sociabilidad e interacción en la ciudad y en la independencia laboral de sus familias, tampoco alcanzaban la condición adulta plena al no poder crear sus propias familias. Los jóvenes rurales

³ La circunscripción de la infancia al entorno doméstico y escolar ha sido un eje central en la formación de la concepción contemporánea hegemónica de la infancia que se ha internacionalizado a través de la Convención de los Derechos del Niño y de legislaciones nacionales.

no fueron objeto de interés de los estudios sociológicos y culturales de la juventud al no poder ser incluidos en la categoría moderna de lo juvenil.

No obstante, Marín (2009) argumenta que existió un largo proceso de construcción y reconocimiento de la categoría juventud rural desde finales del siglo XIX en los países de Europa occidental y los Estados Unidos por parte de programas estatales de desarrollo rural con el fin de insertar a los jóvenes en los procesos de extensión tecnológica del capitalismo industrial. Las poblaciones rurales fueron preparadas para integrarse a la lógica de la sociedad industrial a través de los jóvenes, quienes desde las visiones sociales puestas en marcha mediante aparatos legales e instituciones de enseñanza fueron pensados y conformados como sujetos innovadores y transformadores de la realidad rural. La escuela se consolidó como instrumento de transformación de las subjetividades campesinas: “logró romper con su autonomía cultural, facilitando la modernización tecnológica, la estandarización de los idiomas, el éxodo rural, así como la asimilación de nuevas referencias difundidas por los diferentes medios de comunicación masiva” (Marín, 2009, p. 625). Los programas de extensión agraria para hijos de agricultores sirvieron tanto para enfrentar la deserción escolar rural como para legitimar el conocimiento y las prácticas de los técnicos agrícolas a las que los agricultores adultos mostraban resistencia, desautorizando así el conocimiento de la familia. Sin embargo, estos procesos de reconfiguración de las subjetividades, identidades y conocimientos de los jóvenes rurales europeos y norteamericanos no fueron objeto de atención por parte de los estudios de la juventud, pues el *habitus* académico a menudo traduce a categorías analíticas las visiones sociales promovidas por los poderes públicos y privados.

Marín (2009) señala los esfuerzos de las organizaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial para extender el reconocimiento de la existencia de la juventud rural (una categoría históricamente instituida en Europa y los Estados Unidos) en América Latina como agentes de cambio de mentalidad en la población rural y de transformaciones tecnológicas en la agricultura. Estos esfuerzos han tenido como objetivo la inserción de los jóvenes rurales latinoamericanos en las cadenas productivas agroindustriales.

Lo rural, como constructo opuesto a la modernidad industrial, fue entendido como el reducto de las formas de vida tradicionales, abordado desde perspectivas antropológicas que indagaban en las prácticas de socialización y los procesos de reproducción cultural en lugar de enfocarse en las producciones culturales de los jóvenes del Sur global. Esta tradición de investigación antropológica iniciada con la escuela norteamericana de cultura y personalidad (Mead, 1928), que enfatizó las transiciones a la adultez, continúa hasta la actualidad con una renovación analítica de la socialización que otorga agencia a los niños y jóvenes en lugar de situarlos como receptores pasivos de la transmisión cultural (Bolin, 2006). A pesar de que el registro etnográfico muestra que sociedades no industriales también pueden tener

etapas en el curso de vida y categorías de edad entre la infancia y la edad adulta con prácticas culturales distintivas que no son resultado de procesos de modernización, hasta los años noventa la antropología no se había preocupado por las culturas juveniles al ser éstas entendidas como una respuesta a los conflictos de clase dentro de las sociedades industriales (Bucholtz, 2002, p. 539).

Los estudios de las culturas y las prácticas juveniles como un grupo de edad distintivo y autoconsciente se han anclado en dos tradiciones investigativas. La sociología estadounidense indagó en los comportamientos de oposición de los jóvenes —principalmente minorías étnicas y grupos socioeconómicamente marginados— a las instituciones y normas sociales establecidas, elaborando así sus propias subculturas y ocupando los espacios de las calles (Cohen, 1955; Becker, 1963; Brake, 1980, 1985; Vigil, 1988). La británica, a su vez, se enfocó en la formación de identidades juveniles en las clases trabajadoras y elaboró el concepto de subcultura juvenil como una forma de resistencia a valores y culturas hegemónicas (Hall & Jefferson, 1976; Willis, 1977, 1990). Las aproximaciones académicas al estudio de los jóvenes incorporaron imaginarios que naturalizan la relación entre juventud, modernidad, violencia y desorden civil. En esta relación, los repertorios simbólicos de identidad sobre los que se construyen las subculturas juveniles se dan tanto en resonancia con movimientos sociopolíticos de resistencia a las estructuras de poder dominantes como a través de la encarnación de la violencia estructural y la falta de oportunidades.

Estas aproximaciones desde la sociología y los estudios culturales a los jóvenes como creadores de sus propios mundos sociales e identidades, independientes del control paterno, han tenido una profunda influencia en el desarrollo reciente de la antropología de la juventud. Este desarrollo ha expandido tanto el enfoque comparativo transcultural en la adolescencia como una etapa del curso de vida, que había caracterizado los enfoques antropológicos, como la noción de subcultura desde innovaciones teóricas que contemplan otras dimensiones de las prácticas y creaciones culturales de los jóvenes y a la vez permiten trazar las historias de las juventudes subalternas (Bucholtz, 2002; Feixa & González, 2005; Nilan & Feixa, 2006).

Esta nueva antropología de la juventud se ha visto estimulada por los procesos contemporáneos de globalización y transnacionalismo, en tanto que las prácticas culturales de los jóvenes combinan creativamente elementos de la cultura local con las aportaciones de la penetración del capitalismo transnacional (Pérez Ruiz, 2008; Virtanen, 2012). La emergencia de prácticas culturales e ideologías juveniles translocales, que marcan identidades a través del consumo de productos, símbolos y servicios de la industria cultural y el mercado del ocio, señalan un nuevo momento en la historia de la juventud (Comaroff & Comaroff, 2005; Nilan & Feixa, 2006; Cole & Durham, 2008b). Esta nueva etapa de la historia de la juventud es intrínseca a los efectos del capitalismo neoliberal, que tanto promueve las interconexiones de los

jóvenes en todo el mundo (y su conciencia de estas interconexiones) y sus migraciones laborales como genera los mecanismos para su exclusión social y privación económica, en especial en el Sur global (Hansen, 2008). Las ideologías, prácticas e identidades de colectivos juveniles basados en la edad y las políticas de estilo surgen en la interconexión electrónica y mediática del planeta siguiendo los intereses comerciales transnacionales del capitalismo neoliberal. El globalismo neoliberal ha socavado las soberanías y economías nacionales, y los derechos de los ciudadanos, negándoles a muchos jóvenes un futuro antes prometido por el Estado desarrollista, mientras que los incorpora al mercado global como ciudadanos-consumidores (Comaroff & Comaroff, 2005). La interconexión global mediática creadora de prácticas y estilos juveniles translocales se adapta y resignifica localmente por parte de los jóvenes, a la vez que se articula a procesos de reproducción de la desigualdad social. Las intersecciones entre culturas juveniles translocales y procesos de reproducción de la desigualdad social han sido abordadas principalmente desde marcos analíticos que vinculan la diversidad de trayectorias y experiencias de vivir la juventud con las transformaciones urbanas en el Sur global (Hansen, 2008; Saraví, 2009), aunque estas intersecciones también se localizan en las nuevas ruralidades.

Es en este contexto que en América Latina surge un renovado interés por la diversidad de formas de construir y vivir lo juvenil en los territorios rurales. Las transformaciones agrarias del neoliberalismo han gestado nuevos fenómenos migratorios en comunidades indígenas y campesinas en los que los adolescentes y jóvenes han sido los principales actores. La migración se convierte así en un proceso crítico para la emergencia de la juventud en los grupos indígenas como una etapa en el ciclo de vida caracterizada por el acceso a formas de consumo y estilos globalizados, experiencias y saberes transculturales, reconfiguraciones identitarias y transformaciones en los patrones de sociabilidad (Carpena-Méndez, 2007; Pérez Ruiz, 2008; París Pombo, 2010; Urteaga, 2011; Cruz, 2012). Los imaginarios y las prácticas de lo juvenil que emergen en las nuevas ruralidades son las de los jóvenes migrantes rurales e indígenas (Urteaga, 2011), aunque la forma en que esta nueva categoría social resignifica categorías etarias dentro del ciclo de vida en las comunidades indígenas y campesinas es todavía un terreno insuficientemente explorado. La reciente atención académica a este fenómeno masivo ha tenido dos efectos. Por un lado, ha venido a renovar los estudios de comunidades rurales indígenas que habían sido caracterizados por la falta de dimensión generacional y la invisibilización de los niños y jóvenes. Por otro, ha llenado una laguna en los estudios sobre juventud orientados, como se ha dicho, por la preocupación analítica hacia el fenómeno de la juventud urbana. Existen, sin embargo, limitaciones en estos paradigmas para entender las relaciones que estos jóvenes mantienen con los entornos transrurales por los que sus vidas transitan (y a los que contribuyen a construir con sus prácticas diarias) y el mantenimiento y la transformación de saberes agroecológicos.

La salida de los jóvenes del campo hacia las ciudades y la circulación por distintos espacios durante sus trayectorias de vida se aborda desde paradigmas que privilegian la construcción de identidad y agencia sociales al apropiarse de prácticas y símbolos culturales que circulan globalmente, rompiendo así con las normas y prácticas socioculturales de los adultos. Estos paradigmas descansan sobre una concepción liberal occidental de la agencia entendida como oposición a las normas y estructuras sociales establecidas y la construcción de vidas independientes de los lazos y las obligaciones del parentesco.⁴ Los marcos analíticos que reconocen a los jóvenes como actores sociales con frecuencia los construyen como sujetos que pierden la memoria biocultural asociada a historias de relaciones humano-ecológicas en entornos locales particulares. Subyace la premisa de que los jóvenes rurales expresan un sentido de agencia social cuando pierden su memoria biocultural y se convierten en agentes de cambio social y cultural, entendido éste desde perspectivas normativas del desarrollo. Se descarta la posibilidad de que los niños y jóvenes puedan otorgar sentido y forjar espacios de poder para sí mismos a través de la conformidad con normas, jerarquías y prácticas sociales locales. Es desde esta posición que se asume que los jóvenes no tienen interés, ni conocimientos para continuar con las prácticas agrícolas, ni tampoco conciencia social de la importancia de la relación entre formas de vida sostenibles basadas en la agricultura y calidad de vida.

Los enfoques analíticos que han caracterizado la investigación sobre jóvenes en Europa y América del Norte han influido en el desarrollo de este campo de estudio en América Latina. Nilan y Feixa (2006, p. 5) señalan que “la literatura sobre juventud continúa siendo producida acorde con las percepciones occidentales de la realidad y las tradiciones occidentales de análisis sociocultural, que en el pasado han dado una inflexión etnocéntrica a los estudios de la juventud global”. La preocupación por la intersección entre violencia, marginalidad, adolescencia y masculinidad —principalmente en zonas urbanas— es una temática central en el campo de estudios de la juventud en América Latina, a veces refractada en contextos migratorios transnacionales (Narváez, 2007; Offit, 2008; Jones & Rodgers, 2009; Saraví, 2009; Levenson, 2013; Wolseth, 2014).

A pesar de que la violencia política y estructural también ha constituido un eje vertebrador de la construcción de la vida diaria en el campo latinoamericano, ésta no se ha mirado desde el prisma de las experiencias de los jóvenes rurales. Existen importantes excepciones, como la entrada en la investigación académica de los conflictos sociales agrarios y los movimientos sociales rurales en Brasil organiza-

⁴ Véase Saba Mahmood (2005) para una crítica similar desde los estudios de género a la concepción liberal de la agencia, y Jane Dyson (2014) desde una etnografía de la infancia y la juventud en las economías rurales de la India.

dos a partir de la identidad juvenil (Castro, 2008, 2009). Retomando el concepto de generación propuesto por Mannheim, Castro analiza la construcción y reordenación de la categoría “juventud rural” como actor sociopolítico en diferentes movimientos sociales que emergen a partir del año 2000 en un mundo rural en conflicto. En movimientos sociales como el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST), formado en los ochenta y noventa por personas en el rango etario de los 20 a los 30 años, que entonces no se autoidentificaban como jóvenes, ahora se dan procesos de construcción simbólica de la categoría juventud, en oposición a la categoría de adulto o viejo, en la disputa por espacios de poder y decisión en dichas organizaciones sociales y junto a gestores de políticas públicas.

Al identificarse como joven campesino o joven agricultor familiar, éstos no sólo resignifican representaciones sociales del medio rural como un espacio simbólico de muerte social y falta de futuro —representaciones centrales en los procesos de reproducción de las desigualdades sociales y las jerarquías rural/urbano— sino también imaginarios normativos de la juventud asociados a la modernidad urbana.

La violencia política y estructural es una fuerza histórica que da forma a la vida cotidiana en el campo latinoamericano. Reconfigura las identidades de los jóvenes al constreñir las condiciones de posibilidad de ser actores sociales en la renovación de formas de vida y prácticas agrícolas sustentables. La violencia también se internaliza, reconfigura sus subjetividades, sus relaciones sociales, sus cuerpos y su salud. Los trabajos que siguen ilustran la necesidad de abrir líneas de investigación que nos permitan iluminar el efecto que las distintas formas de violencia tienen en la formación de subjetividades de los jóvenes rurales y en sus trayectorias de vida, sin silenciar las acciones que los jóvenes generan para transformar y resignificar la violencia y la desigualdad que viven cotidianamente.

El artículo de Ivonne Vizcarra, Humberto Thomé Ortiz y Carmen Delia Hernández Linares (en este número) reflexiona sobre el contexto de violencia estructural y política que ha promovido el Estado neoliberal mexicano, en el que una de las principales preocupaciones de las familias campesinas e indígenas es la drogadicción y delincuencia de los jóvenes, por encima de la preocupación por la emigración y el abandono de la agricultura familiar. Como ya se ha señalado, las remesas de los migrantes, el trabajo asalariado y las políticas asistenciales son parte de las estrategias de vida contemporáneas que permiten a los hogares rurales acceder a la compra de alimentos de los mercados globales y abandonar gradualmente las prácticas agrícolas que han sustentado el cultivo de maíz nativo. Vizcarra *et al.* subrayan que las consecuencias de fracturar la relación de los jóvenes con las prácticas agrícolas no sólo incluyen la pérdida de conocimiento por parte de las nuevas generaciones sino también la pérdida de salud, que en muchos casos los incapacita para trabajar, y proponen estrategias para promover la conciencia social de la importancia del relevo generacional en el cultivo del maíz nativo.

La relación entre la violencia política, la imposibilidad de continuar con las prácticas agrícolas y la pérdida de la salud es especialmente significativa en el contexto colombiano. Para los jóvenes nasa de Colombia, las luchas por los derechos de tierra, la reforma agraria y la autonomía es refractada por la producción de cultivos ilícitos, que se ha convertido en la única forma viable de producción agrícola para muchos grupos indígenas (Zellers, 2014). Los jóvenes nasa se sienten atrapados entre las fuerzas armadas del Estado y contra el Estado que sostiene el tráfico globalizado y su propio microtráfico y consumo de drogas ilícitas. Esta situación refleja la reproducción social de la violencia política y estructural en la que las víctimas también la reproducen y perpetran contra otros y ellos mismos. Las serias consecuencias sociales y personales del consumo juvenil de drogas es otra capa de desposesión de los jóvenes rurales. Aunque la identidad nasa está estrechamente alineada con una conexión a la tierra y las prácticas agrícolas, y por lo tanto a una identidad de clase campesina, el trabajo de Zellers parece sugerir la posibilidad de que los jóvenes reclamen la identidad a través del mercado para generar etnicidad, en un contexto económico que ha dejado a la mayoría sin otra opción que comercializar productos y símbolos culturales (Comaroff & Comaroff, 2009).

En la globalización neoliberal la identidad étnica y la naturaleza han sido absorbidas por el régimen de propiedad intelectual. La comercialización de la etnicidad es parte de un proceso más amplio en el que instituciones y entidades sociales son cada vez más definidas en términos de empresa comercial (Comaroff & Comaroff, 2009). Esta ha sido la experiencia de algunos jóvenes nahuas que a finales de los noventa tomaron el liderazgo del proceso migratorio de sus comunidades a los Estados Unidos en respuesta a las políticas de desmantelamiento de la agricultura de subsistencia en México. Sus experiencias de migración circular y trabajo en los extremos opuestos del sistema alimentario global —habiendo sido niños campesinos que luego trabajaron como cocineros en los Estados Unidos— facilitaron la reapropiación de su cultura después de haber sido sujetos a formas de desposesión y dominación simbólica, como es la experiencia migratoria. Aunque estos jóvenes no conocían el concepto de cultivo biológico antes de su experiencia migratoria, durante su trabajo como cocineros en restaurantes biológicos, se dieron cuenta de que esa era la forma en que sus abuelos cultivaban maíz y frijol en el pasado reciente. Surgió así una renovada conciencia de sí mismos como sujetos de conocimiento valioso. Regresaron al campo de México para impulsar proyectos productivos transnacionales de maíz criollo azul basados en el conocimiento agrícola local para el mercado global de alimentos sanos (Carpena-Méndez, 2014). Una renovada autocomprensión como sujetos de conocimiento, aunque basada en las experiencias encarnadas de diferentes formas de vida, sólo pudo articularse cuando fue interceptada por los mercados globales neoliberales verdes y de la identidad étnica. El llamado conocimiento agroecológico tradicional se convierte así en parte de la *ethnocommodity* (Comaroff & Comaroff, 2009).

La globalización neoliberal es una formación social histórica que decampesiniza aceleradamente, generando así formas noveles de desposesión de los jóvenes rurales, y alterando los procesos transgeneracionales de transmisión y recreación de la memoria biocultural. Pero la visión social del neoliberalismo se ha desplegado como un proyecto inacabado, nunca completamente actualizado, sin poder eliminar por completo lo anterior, manifestando efectos sobre el terreno profundamente contradictorios como muestran los estudios de caso anteriores. Estos casos ilustran el cambio social y el desarrollo de una nueva mentalidad como consecuencia no sólo de visiones sociales preconcebidas e institucionalizadas a través de políticas públicas sino también de las acciones cotidianas de actores —en este caso jóvenes— que no siempre tienen una agenda coherente prediseñada.

El reto de los estudios críticos de las juventudes rurales es fundamentar teórica y metodológicamente nuevas aproximaciones que nos permitan describir y analizar la formación de subjetividades, aprendizajes y conocimientos de los jóvenes en la heterogeneidad de realidades rurales, capaces de generar nuevas posibilidades. Porque no podemos olvidar que la violencia y la dislocación han sido fenómenos integrados a las formas en que las culturas rurales latinoamericanas han sido formadas en el crisol de las turbulencias del colonialismo, el trabajo forzado en las plantaciones, el peonaje por deudas en las haciendas, la guerra civil y las colectividades agrarias a las que se les otorgaron tierras marginales y que dependían del trabajo migratorio para la subsistencia económica. Es posible que el sentido de inestabilidad que otorgamos a la diversificación de las estrategias de subsistencia de las familias rurales contemporáneas se construya desde una falta de atención a la inestabilidad del pasado. Al rol que la violencia y el terror, en tanto el proyecto colonial impuso formas de producción capitalista, tuvieron en las formas en que las poblaciones indígenas recrearon y mantuvieron las prácticas agrícolas quizá sólo pueda accederse desde la memoria encarnada de muchos jóvenes rurales que informan sobre sus percepciones de los posibles futuros agrícolas. Existe la posibilidad de que las condiciones de la cotidianidad de los jóvenes rurales —marcada por la violencia estructural, la desigualdad y la movilidad— no sean dadas por sentado, y que las memorias encarnadas, por un lado, y las subjetividades transculturales, por otro, sean el terreno sobre el que la conciencia social de la importancia de las formas de agricultura sustentable se desarrolle. La violencia (política, estructural, cotidiana) y la movilidad (campo-ciudad y transnacional) se revelan en factores centrales que explorar en la formación de subjetividades y procesos de aprendizaje de los jóvenes rurales en relación con los futuros agrícolas en América Latina. Las categorías joven rural, campesino o agricultor subsisten, se resignifican, reacomodan o movilizan, junto con otras identidades, en la heterogeneidad de mundos rurales, pero siguen siendo poco conocidos como actores sociales al no haber sido categorías prioritarias para los enfoques de las políticas públicas de juventud ni para las políticas de desarrollo rural o agrario.

Pedagogías campesinas, re-creación de saberes agroecológicos y la educación del campo

Hemos sugerido la posibilidad de que la integración de la construcción moderna de la juventud en nuestras formas de producir conocimiento limite nuestra comprensión de los jóvenes como agentes en la continua recreación de conocimiento y como depositarios de memorias culturales y no sólo como agentes de cambio social y disrupciones culturales. Asumimos que los jóvenes no tienen interés en la agricultura y que la migración causa una brecha de conocimiento agroecológico entre generaciones. Sin embargo, no podemos saber lo que no estamos buscando.

Un área creciente de investigación se enfoca en el conocimiento agrícola y medioambiental de los niños y jóvenes (Katz, 1989, 2004; Zarger & Stepp, 2004; Zarger, 2010). Este campo de investigación documenta la profundidad del conocimiento que los niños tienen (como un objeto de clasificación externo al conocedor) y no el proceso de aprender y re-crear conocimiento. Zarger (2010) señala que los trabajos sobre el conocimiento agroecológico no han incorporado los desarrollos teóricos y metodológicos en los nuevos estudios sociales de los niños como actores sociales que son creadores y negociadores de cultura en lugar de ser recipientes pasivos de procesos de transmisión cultural. Recogiendo esta observación de Zarger, proponemos además la necesidad de desarrollar aproximaciones al conocimiento como proceso; esto es, conocimiento en transición y transformación en el que los niños y jóvenes son actores sociales críticos.

Desarrollos teóricos recientes sobre la producción compartida de conocimiento como proceso dinámico que surge de la relación indisoluble entre medioambiente, cuerpos y pensamiento (Marchand, 2010) contribuyen a repensar el conocimiento como proceso en lugar de como certeza según las aproximaciones cognitivistas de la etnobiología y la etnoecología; dicho de otra forma, a analizar cómo los jóvenes llegan a saber o no saber contra el trasfondo de aprendizajes previos, en lugar de limitarnos a preguntar qué es lo que saben los jóvenes en un momento particular. Igualmente, los trabajos de Tim Ingold (2000, 2011) sobre aprendizaje de habilidades, movimiento y percepción encarnada del medioambiente contribuyen a reconsiderar el conocimiento como actividad —siendo el conocer inseparable del hacer— en lugar de como objeto que debe ser clasificado y circulado. Estos trabajos estimulan el desarrollo de aproximaciones metodológicas para explorar el conocer como proceso; esto es, el conocimiento agroecológico en transición y transformación en el que los niños y jóvenes son actores sociales críticos. Los procesos de aprendizaje, lejos de ser procesos de transmisión cultural, requieren un acto de re-creación por parte del aprendiz. El conocimiento aprendido no es preexistente sino sujeto continuamente a un proceso de generación por parte de los niños y jóvenes. El conocimiento, en este caso agroecológico, se hace, actualiza y reconfigura

constantemente en las prácticas e interacciones cotidianas con otras personas y con el medioambiente. Estos procesos no pueden captarse en su complejidad solamente con metodologías que se limitan a la observación, la entrevista y el cuestionario sino que requieren del posicionamiento, y la experiencia kinestésica del investigador, como aprendiz y como metodología de investigación. Aproximaciones analíticas y metodológicas desde la fenomenología permiten el posicionamiento del investigador no como “experto” ni como medio para “dar voz” a los jóvenes sino en interrelación con los participantes en los procesos de dar sentido a constelaciones de experiencias y de traducción entre distintas formas de conocimiento (Kennelly and Poyntz 2015). Es debido a nuestras limitaciones metodológicas y conceptuales para aprehender la re-creación de saberes campesinos que cuando consideramos a los jóvenes como parte central de la lucha social por mantener y recrear formas de vida social y conocimiento que permitan la sustentabilidad social y medioambiental, éstos con frecuencia se convierten en figuras borrosas como actores sociales.

Estas reconceptualizaciones del conocimiento y el aprendizaje apuntan también en dirección a las lógicas de los sistemas de aprendizaje de las culturas campesinas e indígenas. Las pedagogías campesinas e indígenas no han sido exploradas de forma sistemática por ninguna disciplina. Los agroecólogos se han interesado por los sistemas cognitivos campesinos y sus lógicas de experimentación sin generar una comprensión profunda de los sistemas pedagógicos y de aprendizaje que permiten la innovación en respuesta a condiciones históricas cambiantes, a la vez que una gran estabilidad en el corpus de conocimiento a través del tiempo, porque se han interesado más en los adultos que en los jóvenes, o porque no se han interesado en cómo ese conocimiento se recrea en las relaciones intergeneracionales mismas. Una excepción es el esfuerzo de Ortiz Báez (2013) por indagar sobre la lógica de la producción campesina de conocimientos, el conjunto práctico-cognitivo que los conecta y las pedagogías que los reproducen y actualizan en el tiempo. Basándose en el trabajo pionero de Chamoux (1992), quien defiende la existencia de un sistema pedagógico en las comunidades indígenas mesoamericanas, Ortiz Báez (2013) traza los principios ontológicos que sostienen la pedagogía campesina mesoamericana (independientemente de la filiación étnica), centrados en el desarrollo de la capacidad de observación atenta, procesos de introyección cognitiva que él llama “de golpe”, que pueden transferirse tanto a las condiciones cambiantes del trabajo campesino como a otros trabajos para los cuales no se ha recibido entrenamiento.

Desde la antropología se han generado críticas a la idea del aprendizaje como transmisión mecánica de conocimientos, centrada en la oralidad y en ensayo y error, pero no han tenido una influencia transformadora en el planteamiento de la educación indígena y rural ni en los programas de capacitación agroecológica. Jenny Cockburn (en este número) examina los desafíos que enfrentan los programas de agricultura ecológica en Bolivia promovidos por ONG nacionales e internacio-

nales para atraer a la juventud a través de términos clave del neoliberalismo como liderazgo y empoderamiento. La incertidumbre de estos programas de desarrollo rural proviene en parte de las dificultades para construir un diálogo horizontal entre el conocimiento campesino y la universalidad del lenguaje científico del experto. Los esfuerzos por construir dinámicas participativas se convierten en oportunidades para que los agricultores locales hagan preguntas a los expertos en agroecología. Los niños y jóvenes se integran a estos proyectos agroecológicos como agentes de cambio y transformación en sus comunidades. Las técnicas agroecológicas son tratadas como un objeto que se ha de circular, externo al conocedor. Parece haber poco interés en indagar cómo los niños y jóvenes aprenden, qué es lo que saben y cómo transforman ese conocer en sus prácticas diarias. Una cuestión central en este contexto es cómo la colaboración en la construcción del conocimiento puede trascender los desequilibrios de poder generacionales y de género a través del acceso a la tierra y la transmisión intergeneracional de la tenencia de la tierra.

Una cuestión crítica es cómo revalorizar y resignificar las actividades de la agricultura sustentable a través de las políticas y prácticas educativas. Los jóvenes rurales contemporáneos han pasado parte de su infancia en instituciones educativas que insisten en restringir los roles productivos que los niños tienen en sus procesos de aprendizaje, separando el saber del hacer. ¿Cuál podría ser el rol de la escuela —como la conocemos— en sostener las prácticas agrícolas que preserven el cultivo del maíz nativo y desarrollar la conciencia social de los beneficios de formas de vida sustentables? ¿Es posible mirar a la institución escolar como parte de un sistema económico y cultural cuyas características estructurales están relacionadas con los problemas persistentes que enfrentamos? ¿Podemos cuestionar cómo la separación de los niños de la naturaleza y la fragmentación del conocimiento en las escuelas contribuye a la destrucción medioambiental que las economías desarrolladas dejan a su paso?

Existe una disonancia epistemológica en la educación rural, creada por la pugna entre los saberes escolares y los saberes campesinos, que aunque siempre estén en movimiento y transformación logran preservar sus estructuras de organización básicas (Núñez, 2004). Las tecnologías de escolarización, con su secuencialidad y gradación en la adquisición de conocimientos, que encarnan el espíritu del progreso capitalista, han sido un instrumento para la reconfiguración de la infancia y la juventud, los procesos de aprendizaje, las orientaciones cognitivas y de relación con el entorno que permiten la recreación de saberes en las culturas campesinas. Las tecnologías de escolarización están mediadas por la textualidad, o el conocimiento no contextual que depende del lenguaje. El conocimiento se convierte así en un objeto, que puede ser circulado, almacenado y clasificado, externo al conocedor, en lugar de un proceso vivo que recoge la experiencia siempre cambiante y desde donde se interroga el corpus de saberes campesinos. La escuela legitima y naturaliza

este conocimiento fragmentado como superior al configurar a los niños y jóvenes rurales como víctimas de creencias anticuadas atrapadas en una existencia premoderna (Pini, Moletsane & Mills, 2014, p. 457).

La historia de la educación rural e indígena ha sido un proceso fundamentalmente político donde se han producido activamente nuevas subjetividades y órdenes socioeconómicos (Civera, 2011; Child & Klopotek, 2014). Las políticas y prácticas educativas se han articulado de forma consistente con las políticas económicas y agrarias, preparando así a los jóvenes para su subordinación al capital, abonando la descampesinización de los territorios rurales y la dominación del sector productivo empresarial. Procesos de desposesión y dependencia de poblaciones indígenas y campesinas han sido facilitados por políticas y prácticas educativas (Child & Klopotek, 2014). La escuela rural ha sido un sitio de transformación de subjetividades, formación de ciudadanos modernos del Estado, y sobre todo de mutación de campesinos en trabajadores asalariados. Aunque la educación escolar facilite la incorporación de los jóvenes rurales al mercado laboral agroindustrial y la migración a áreas urbanas, esta incorporación suele ser en los escalones más bajos de la jerarquía sociolaboral. Y en particular, en los mercados laborales neoliberalizados, la educación que reciben los jóvenes rurales no suele traducirse en seguridad laboral, condiciones laborales reguladas ni en movilidad de clase social (véase Aparicio y Crovetto en este número). Susana Aparicio y Marcela Crovetto examinan las políticas de prohibición del trabajo infantil y protección del trabajo adolescente en el contexto de su temprana incorporación al trabajo en la multiplicidad y heterogeneidad del agro argentino, desde familias campesinas, familias con pequeñas o mediana empresa agropecuaria, y familias de asalariados sin vínculos con la tierra. Las distintas formas de socialización y aprendizaje para el trabajo en el agro, así como la valoración acerca del mismo, implican diferentes formas de relación con, y de demandas a, la educación escolar.

En la nueva ruralidad emergen nuevos retos educativos para propiciar una práctica pedagógica que atienda al medio sociocultural de los niños y jóvenes, en su carácter de sistema abierto con un alto grado de imbricación de saberes en un mundo globalizado, revalorizadora e integradora de los saber-hacer campesinos (fruto de la coexistencia de múltiples racionalidades) y la sostenibilidad ambiental (Miranda, 2011; Núñez, 2004). Esta nueva pedagogía descolonizadora implica, según Jesús Núñez (2004), que los educadores acepten e incorporen el saber campesino en igualdad de condiciones epistemológicas que el saber científico moderno, que asuman una postura de desaprender una visión antropocéntrica, atomizadora de la realidad, para acoger un pensamiento biocéntrico basado en la relación de reciprocidad y respeto con los demás componentes ambientales como requisito para la sostenibilidad. La escuela rural, en este paradigma emergente, es un lugar de diálogo, de encuentro y desencuentro, y de sinergización de saberes. Asimismo, las estra-

tegias pedagógicas reconocen la constitución del saber y sus formas de existencia a través del aprender-haciendo orientado al cultivo de la biodiversidad, el trabajo en grupo y la socialización comunitaria, y la equiparación oralidad-escritura.

La regeneración y reapropiación de saberes campesinos es un proceso crucial para la pervivencia de la biodiversidad, la diversidad de formas de vida, la justicia social y la soberanía alimentaria⁵ cuando uno de los principales embates de la modernidad contra las culturas campesinas e indígenas ha sido el bloqueo de los procesos de transmisión y recreación de la memoria biocultural. Así, diversos movimientos sociales rurales transnacionales vinculados a la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC)-La Vía Campesina (LVC), con distintas visiones sociales y conocimientos, han respondido a las políticas anticampesinistas neoliberales elaborando la noción y las prácticas de la agroecología, así como las relaciones sociales y productivas que las sustenten a nivel local, a partir del diálogo entre estos distintos saberes y cosmovisiones y la construcción de relaciones horizontales en la toma de decisiones entre etnias, géneros y grupos de edad (Martínez-Torres & Rosset, 2014).

Estos movimientos sociales rurales han sido los principales demandantes y proponentes de políticas de educación superior para el campo como instrumento esencial de desarrollo sustentable de los territorios rurales en Brasil. La educación del campo surge así como un proyecto político y pedagógico de resistencia a la desterritorialización de campesinos por parte del agronegocio, en la lucha por la permanencia en la tierra y la reproducción de las formas de vida campesinas (Fernandes, 2006). Se contraponen al modelo de escolarización ruralista que subordinaba a los niños y jóvenes a las visiones sociales y los valores promovidos por el capital y el mundo urbano, a la vez que era considerada una escuela residual del sistema educativo con pésima infraestructura y profesorado mal remunerado y preparado. Se trata, en cambio, de una conquista de las políticas públicas de educación en Brasil por parte de los movimientos sociales rurales, para construir una educación a partir de las lógicas de producción y de vida campesina, en lugar de con base en los principios del capital. Bernardo Mançano Fernandes (en este número) elabora la historia de la creación de la Educación del Campo, un paradigma teórico-político construido entre los movimientos sociales rurales, el Estado y las universidades que democratiza el acceso de los jóvenes campesinos a la universidad, así como la producción de conocimiento. Fernandes nos presenta un modelo de integración de la producción de conocimiento y la producción de políticas públicas para el desarrollo de los espacios rurales a través de la ruptura

⁵ Se entiende por soberanía alimentaria el derecho a definir los sistemas agrícolas y alimentarios propios y el acceso a alimentos saludables producidos con métodos ecológicos y sustentables.

con las perspectivas hegemónicas del agronegocio en las universidades y del consenso disputado entre el tiempo y las actividades de enseñanza en el campus y en los asentamientos de la reforma agraria.

Conclusiones

Con las transformaciones que las políticas neoliberales han traído al mundo agrario y los territorios rurales, los jóvenes rurales se han desvelado como sujetos históricos. Los jóvenes están cargando con los profundos costos sociales de la reestructuración agraria, la migración y la inseguridad alimentaria. Las trayectorias de vida móviles han sido una de las respuestas de los jóvenes a la reestructuración de las relaciones sociales agrarias y de las relaciones economía-naturaleza bajo discursos e imaginarios hegemónicos del campo como un espacio simbólico de muerte social y falta de oportunidades para el futuro. Pero sus respuestas a estas transformaciones incluyen acciones diarias por mantener y recrear formas de vida y conocimientos que permitan la sustentabilidad social y medioambiental, aunque éstas no sean suficientemente reconocidas. Estas respuestas reflejan las complejas interconexiones entre los espacios diarios y los procesos globales que conforman las prácticas y los saberes de los jóvenes rurales.

A partir de una arqueología de los enfoques temáticos y analíticos que han ido conformando los estudios socioculturales de la juventud en la modernidad, hemos sugerido las limitaciones que este campo tiene para aproximarse a los jóvenes rurales como no sólo como agentes de cambio modernizador o como depositarios pasivos de la memoria biocultural, sino como actores sociopolíticos clave en los procesos dinámicos de re-crear formas de vida y conocimientos agroecológicos. Los artículos de este volumen, desde distintas perspectivas disciplinarias, sitúan a los jóvenes y las relaciones generacionales en el centro del análisis de las transformaciones socioproductivas del campo latinoamericano. El diálogo entre campos de estudio que han permanecido separados, como los estudios rurales y agrarios, las políticas y prácticas educativas y los estudios socioculturales de la juventud puede contribuir a una comprensión más profunda de las realidades y la agencia cotidiana de la juventud rural. Las rearticulaciones entre la relación ontológica con la tierra, relaciones y exclusiones generacionales, movilidades y la formación de saberes por parte de los jóvenes desvelan cuestiones críticas para el desarrollo de estudios de la juventud rural y para el diseño de políticas que promuevan formas de desarrollo rural social y medioambientalmente sostenibles. Reconocer la centralidad de los jóvenes y las relaciones intergeneracionales en los procesos de des/re-territorialización, re-producción de relaciones sociales y re-creación de saberes agroecológicos los sitúa en el centro de los debates sobre desarrollo sostenible en los estudios rurales y agrarios.

Referencias

- Appendini, K. & Torres-Mazuera, G. (2008). *¿Ruralidad sin agricultura?* México: El Colegio de México.
- Ariès, P. (1962). *Centuries of childhood: a social history of family life*. New York: Vintage Books.
- Barahona, R. (1987). Conocimiento campesino y sujeto social campesino. *Revista Mexicana de Sociología*, 49, 167-190.
- Becker, H. (1963). *The outsiders: studies in the sociology of deviance*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Binford, L. (2003). Migrant remittances and (under)development in Mexico. *Critique of Anthropology*, 23(3), 305-336.
- Bolin, I. (2006). *Growing up in a culture of respect: child rearing in Highland Peru*. Austin: University of Texas Press.
- Bourdieu, P. (2008). *The bachelor's ball: the crisis of peasant society in Béarn*. Oxford: Polity.
- Brake, M. (1980). *The sociology of youth culture and youth subcultures: sex and drugs and rock'n' roll?* London: Routledge.
- Brake, M. (1985). *Comparative youth cultures*. London: Routledge.
- Bucholtz, M. (2002). Youth and cultural practice. *Annual Review of Anthropology*, 31, 525-552.
- Carneiro, M. J. & Guaraná de Castro, E. (eds.) (2009). *Juventude rural em perspectiva*. Rio de Janeiro: Mauad.
- Carpena-Méndez, F. (2007). Our lives are like a sock inside-out: children's work and youth identity in neoliberal rural Mexico. En Panelli, R., Punch, S. & Robson, E. (eds.), *Global perspectives on rural childhood and youth: young rural lives* (41-56). London, New York: Routledge.
- Carpena-Méndez, F. (2014). Transnational/indigenous youth: learning, feeling and being in globalized contexts. En Veale, A. & Donà, G. (eds.) (2014), *Child and youth migration: mobility-in-migration in an era of globalization* (44-66). New York: Palgrave Macmillan.
- Castro, E. G. (2008). Juventud, generación y prácticas políticas: procesos de construcción de la categoría juventud rural como actor político. *Revista Argentina de Sociología*, 6(11), 237-256.
- Castro, E. G. (2009). Juventude rural no Brasil: processos de exclusão e a construção de um ator político. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7(1), 179-208.
- Chamoux, M.-N. (1992). *Trabajo, técnicas y aprendizaje en el México indígena*. México: CIESAS, Ediciones de la Casa Chata.
- Child, B. & Klopotek, B. (2014). Introduction: comparing histories of education for indigenous peoples. En Child, B. & Klopotek, B. (eds.), *Indian subjects: hemispheric perspectives on the history of indigenous education*. Santa Fe, NM: School of Advanced Research Press.

- Civera, A. (2011). Introducción: hacia el estudio de la escuela de los campos latinoamericanos. En Civera, A., Alfonseca, J. & Escalante, C. (eds.), *Campeños y escolares: la construcción de la escuela en el campo latinoamericano* (5-31). México: El Colegio Mexiquense y Miguel Ángel Porrúa.
- Cohen, A. (1955). *Delinquent boys: the culture of the gang*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Cole, J. & Durham, D. (2008a). Introduction: Age, regeneration, and the intimate politics of globalization. En Cole, J. & Durham, D. (eds.), *Generations and globalization: youth, age, and family in the new world economy* (1-28). Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Cole, J. & Durham, D. (2008b). Introduction: globalization and the temporality of children and youth. En Cole, J. & Durham, D. (eds.), *Figuring the future: globalization and the temporalities of children and youth* (3-24). Santa Fe, NM: School for Advanced Research Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2001). Millennial capitalism: first thoughts on a second coming. En Comaroff, J. & Comaroff, J. (eds.), *Millennial capitalism and the culture of neoliberalism* (1-56). Durham, NC: Duke University Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2005). Reflections on youth: from the past to the postcolony. En Honwana, A. & De Boeck, F. (ed.), *Makers and breakers: children and youth in postcolonial Africa* (19-30). London: Africa World Press and James Currey.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2009). *Ethnicity Inc*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1994). *Juventud rural, modernidad y democracia: desafíos para los noventa*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cruz-Salazar, T. (2012). El joven indígena en Chiapas: el reconocimiento de un sujeto histórico. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, 10(2), 145-162.
- Cunningham, H. (2005). *Children and childhood in Western society since 1500*. New York: Routledge.
- Delgado, J. (1999). La nueva ruralidad en México. *Investigaciones Geográficas (Mx)*, 39, 82-93.
- Del-Rey-Poveda, A. (2010). La primera migración laboral de las poblaciones rurales del sur de Veracruz, México. *Papeles de Población*, 16(64), 31-65.
- Descola, P. (2013). *The ecology of others*. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- Dyson, J. (2014). *Working childhoods: youth, agency and the environment in India*. Cambridge University Press.
- Fairhead, J., Leach, M. & Scoones, I. (2012). Green grabbing: a new appropriation of nature? *The Journal of Peasant Studies*, 39(2), 237-261.
- Feixa, C. & González, Y. (2005). The socio-cultural construction of youth in Latin America: achievements and failures. En Helve, H. & Holm, G. (eds.), *Contemporary youth research: local expressions and global connections*. Burlington y Aldershot: Ashgate.
- Fernandes, B. M. (2006). Os campos da pesquisa em educação do campo: espaço e território como categorias essenciais. En Molina, M. C. (ed.), *Educação do campo e pesquisa: questões para reflexão* (27-40). Brasília: Ministerio do Desenvolvimento Agrário.

- Fitting, E. (2011). *The struggle for maize: campesinos, workers, and transgenic corn in the Mexican countryside*. Durham, NC: Duke University Press.
- Gammeltoft-Hansen, T. & Nyberg Sørensen, N. (eds.) (2013). *The migration industry and the commercialization of international migration*. New York: Routledge.
- Glick Schiller, N. (2010). A global perspective on migration and development. En Schiller, G., Nina, F. & Faist, T. (eds.), *Migration, development and transnationalization. A critical stance* (22-62). New York y Oxford: Berghahn Books.
- Gillis, J. (1974). *Youth and history: tradition and change in European age relations, 1770-present*. New York: Academic Press.
- González Cangas, Y. (2003). Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Nueva Antropología*, 63, 153-175.
- González Cangas, Y. (2004). Óxido de lugar: ruralidades, juventudes e identidades. *Nómadas*, 20, 194-209.
- Greenhouse, C. (2010). Introduction. En Greenhouse, C. (ed.), *Ethnographies of neoliberalism*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Guarnizo, L. (2003). The economics of transnational living. *International Migration Review*, 37(3), 666-699.
- Gustafson, Bret 2009. *New Languages of the State: Indigenous Resurgence and the Politics of Knowledge in Bolivia*. Durham and London: Duke University Press.
- Hall, S. & Jefferson, T. (eds.) (1976). *Resistance through rituals: youth subcultures in Post-War Britain*. New York: Holmes and Meier.
- Hansen, K. T. (2008). *Youth and the city in the global South*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. London y New York: Routledge.
- Ingold, T. (2011). *Being alive: essays on movement, knowledge and description*. London, New York: Routledge.
- James, A. & Prout, A. (eds.) (1997). *Constructing and reconstructing childhood: contemporary issues in the sociological study of childhood*. London, New York: Routledge.
- Jones, G. & Rodgers, D. (2009). *Youth violence in Latin America: gangs and juvenile justice in perspective*. New York: Palgrave Macmillan.
- Katz, C. (1989). Herders, gatherers, and foragers: the emerging botanies of children in rural Sudan. *Children's Environments Quarterly*, 6(1), 46-53.
- Katz, C. (2004). *Growing up global: economic restructuring and children's everyday lives*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, 71(4), 607-645.
- Kennelly, Jacqueline and Stuart Poyntz 2015. "Introduction", in Poyntz, Stuart and Jacqueline Kennelly (eds), *Phenomenology of Youth Cultures and Globalization: Lifeworlds and Surplus Meaning in Changing Times*. New York and London: Routledge.

- Latta, A. & Wittman, H. (2012). Citizens, society and nature: sites of inquiry, points of departure. En Latta, A. & Wittman, H. (eds.), *Environment and citizenship in Latin America: natures, subjects and struggles*. New York y Oxford: Berghahn Books.
- Levenson, D. (2013). *Adiós niño: the gangs of Guatemala City and the politics of death*. Durham y London: Duke University Press.
- Mahmood, S. (2005). *Politics of piety: the Islamic revival and the feminist subject*. Princeton University Press.
- Marchand, T. (2010). Making knowledge: explorations of the indissoluble relation between minds, bodies, and environment. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 16(s1), 1-21.
- Marín, J. O. B. (2009). Juventud rural: una invención del capitalismo industrial. *Estudios Sociológicos*, 27(80), 619-653.
- Martínez-Torres, M. E & Rosset, P. (2014). Latin America: horizontal dialogue, agroecology, and CLOC/Via Campesina. En Stahler-Sholk, H. V. & Becker, M. (eds.), *Rethinking Latin American social movements from below*. Lanham, Boulder, New York, London: Rowman and Littlefield.
- Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa: a psychological study of primitive youth for Western civilization*. New York: Morrow.
- Miranda Camacho, G. (2011). Nueva ruralidad y educación en América Latina: retos para la formación docente. *Revista de Ciencias Sociales*, 131-132, 89-113.
- Morton, A. D. (2007). Global capitalism and the peasantry in Mexico: the recomposition of class struggle. *Journal of Peasant Studies*, 34(30), 441-473.
- Narváez, J. C. (2007). *Ruta transnacional: a San Salvador por Los Ángeles. Espacios de interacción juvenil en un contexto migratorio*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Nilan, P. & Feixa, C. (2006). Introduction: Youth hybridity and plural worlds. En Nilan, P. & Feixa, C. (eds.), *Global youth? Hybrid identities, plural worlds* (1-13). New York: Routledge.
- Núñez, J. (2004). Los saberes campesinos: implicaciones para una educación rural. *Investigación y Postgrado*, 19(2), 13-60.
- Offit, T. (2008). *Conquistadores de la calle: child street labor in Guatemala City*. Austin: University of Texas Press.
- Ong, A. (2006). *Neoliberalism as exception: mutations in citizenship and sovereignty*. Durham, NC: Duke University Press.
- Ortiz Báez, P. A. (2013). *Conocimientos campesinos y prácticas agrícolas en el centro de México: hacia una antropología plural del saber*. México: UAM & Juan Pablos Editor.
- Otero, G. (2008). Neoliberal globalism and the biotechnology revolution: economic and historical context. En Otero, G. (ed.), *Food for the few: neoliberal globalism and biotechnology in Latin America*. (1-31). Austin: University of Texas Press.
- Panelli, R., Punch, S. & Robson, E. (2007). From difference to dialogue: conceptualizing global perspectives on rural childhood and youth. En Panelli, R., Punch, S. & Robson,

- E. (eds.), *Global perspectives on rural childhood and youth: young rural lives* (1-15). New York: Routledge.
- París Pombo, M. D. (2010). Identidades juveniles y cultura de la migración entre las/los jóvenes triquis y mixtecos/as. *Migraciones Internacionales*, 5(4), 139-164.
- Paz, R. (2011). Agricultura familiar en el agro argentino: una contribución al debate sobre el futuro del campesinado. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 91, 49-70.
- Pérez, E. (2004). El mundo rural latinoamericano y la nueva ruralidad. *Nómadas*, 20, 180-193.
- Pérez Ruiz, M. L. (2008). Jóvenes indígenas en América Latina: ¿globalizarse o morir? En Pérez Ruiz, M. L. (ed.), *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina* (9-44). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Pini, B., Moletsane, R. & Mills, M. (2014). Education and the global rural: feminist perspectives. *Gender and Education*, 26(5), 453-464.
- Punch, S. & Sugden, F. (2013). Work, education and out-migration among children and youth in upland Asia: changing patterns of labour and ecological knowledge in an era of globalisation. *Local Knowledge*, 18(3), 255-270.
- Reynolds, P. (1995). Not known because not looked for: ethnographers listening to the young in Southern Africa. *Ethnos*, 60(3-4), 193-221.
- Reynolds, P. (2007). Neutralizing the young: the South African truth and Reconciliation Commission and Youth. En Littlewood, R. (ed.), *On knowing and not knowing in the anthropology of medicine*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- Reynolds, P. (2008). On leaving the young out of history. *Journal of the History of Childhood and Youth*, 1(1), 150-156.
- Richard, A. (2008). Withered milpas: governmental disaster and the Mexican countryside. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 13(2), 387-413.
- Rojas, T. (2009). La crisis del sector rural y el coste migratorio en México. *Iberoforum*, 1v(8), 40-81.
- Salas Quintanal, H., Rivermar Pérez, L. & Velasco Santos, P. (eds.) (2011). *Nuevas ruralidades: expresiones de la transformación social en México*. México: Juan Pablos Editor.
- Salas Quintanal, H. & González de la Fuente, I. (2014). La reproducción de la pluriactividad entre los jóvenes rurales de Tlaxcala, México. *Papeles de Población*, 20(79), 281-307.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- Scheper-Hughes, N. (1979). *Saints, scholars and schizophrenics: mental illness in rural Ireland*. Berkeley: University of California Press.
- Sumberg, J., Akua Anyidoho, N., Leavy, J., Lintelo, D. te & Wellard, K. (2012). The young people and agriculture 'problem' in Africa. *Institute of Development Studies Bulletin*, 43(6), 1-8.
- Toledo, V. & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial.

- Urteaga Castro Pozo, M. (2011). Retos contemporáneos en los estudios sobre juventud. *Alteridades*, 21(42), 13-32.
- Vigil, D. (1988). *Barrio gangs: street life and identity in Southern California*. Austin, Texas: University of Texas Press.
- Virtanen, P. K. (2012). *Indigenous youth in Brazilian Amazonia: changing lived worlds*. New York: Palgrave Macmillan.
- Williams, R. (1973). *The country and the city*. New York: Oxford University Press.
- Willis, P. (1977). *Learning to labor: how working class kids get working class jobs*. New York: Columbia University Press.
- Willis, P. (1990). *Common culture*. Boulder, CO: Westview.
- Wolseth, J. (2014). *Life on the Malecón: children and youth on the streets of Santo Domingo*. New Brunswick, New Jersey, London: Rutgers University Press.
- Zarger, R. (2010). Learning the environment. En Lancy, D., Bock, J. & Gaskings, S. (eds.), *The anthropology of learning in childhood*. Lanham, MD: Altamira Press.
- Zarger, R. & Stepp, J. (2004). Persistence of ethnobotanical knowledge among Tzeltal Maya children. *Current Anthropology*, 45(3), 413-418.
- Zelizer, V. (1985). *Pricing the priceless child: the changing social value of children*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Zellers, A. (2014). Alternative roots: indigenous youth and illicit crops in Cauca, Colombia. Paper presented in the Latin American Studies Association meeting, Chicago, May 22.

Promoters of agroecology and poster girls for participation: divergence in leadership training with a Bolivian NGO¹

Jenny Cockburn
Carleton University

Recepción: 28/noviembre/2014 Aceptación: 8/junio/2015

Abstract This article examines rural Bolivian youth within farm households engaged in participatory agroecology development with an NGO. A central component of this work involves ‘leadership’ training. Despite certain politicized aspects, it tends to operate in neoliberal and technical ways, resulting in greatly diverging experiences for participants along gendered and generational lines. The *buzzword* nature of the term raises questions of how it is used and what is glossed over. These issues are examined through vignettes, with particular attention to one teenaged girl who attended workshops to become a leader in organic production and became a symbol of the NGO’s success with youth and women’s ‘empowerment.’ Her motives to participate involved familial pressure, a desire to network toward relocation, and finally, some interest in the sustainability of her household’s farm and community.

KEYWORDS: rural youth; leadership training; agroecology; *jóvenes rurales*; Bolivia; *promotores*; *genero*.

Introduction

When I first saw sixteen-year-old Ramona² she was standing with her parents in the vegetable garden next to their adobe home, proudly displaying their large cabbages and carrots. Staff from a Bolivian development NGO, ODEP, and the visiting members of its Canadian partner NGO, CANGO, were busy snapping pictures. The second eldest of several siblings, Ramona appeared

¹ The research for this article was carried out with the aid of a grant from the International Development Research Centre, Ottawa, Canada. Information on the Centre is available on the web at www.idrc.ca.

² Pseudonyms have been provided for people, the community and the organizations.

to be the only one actively involved with her parents in participating with ODEP's agroecology efforts. She was shy but sociable with the visiting foreigners and we learned that she aspired to go to school to become an agronomist. Much attention was paid to this teenage girl as a shining example of ODEP encouraging women and youth in its projects.

I had accompanied CANGO on its annual field visit to meet with ODEP and travel to various participating communities, and in this case it was my introduction to one of the communities in which I would conduct my fieldwork. Back at ODEP's office in the city later that week, I noticed pictures of Ramona in various pamphlets and posters. There were other farmers and youth featured, but as a young woman from an actively involved household it was clear that she had become a 'poster girl' for ODEP.

Ramona, it turned out, had recently moved to the nearby town where she worked as a domestic labourer and went to high school in the evenings. She continued to attend ODEP's five monthly 'Promoters' workshops and as a result was invited to a farmer-experience 'exchange' in Cochabamba with the rest of the participants. This was the final requirement in completing the training to be a farmer-leader in her community, but Ramona had other plans. Once in the city, Ramona did not return.

No one seemed particularly surprised; many of the parents of teenagers were accepting of the idea that their children had, or would soon move. There was an almost uniform dream amongst parents for their children to go to university and become "professionals." Even if they returned to the countryside, training in agronomy might provide opportunities for an easier life. However, the sentiments were bittersweet. Don Hector, a father of ten, with his eldest three already relocated to urban centres (one in university), described the future of the community as "just sad." "They don't want to live here! They want to go to Cochabamba, La Paz, Santa Cruz [...] they want to sell everything when we die."

The director of ODEP, Juan Luis, described it pragmatically:

The reality for youth [...] is that the economic situation in the communities – there are no real opportunities for them [...]. It isn't possible to make money in the communities so the youth must immigrate. [...] In the case of Ramona, she went on the exchange and she liked the city and she has some contacts there, so she stayed.

Nonetheless, when Ramona returned five months later to celebrate Carnival in her home community, her parents insisted she remain until she was eighteen. She obeyed, but told me she had no intention of participating in, or being any kind of promoter of ODEP's work while she waited for her next birthday to arrive.

Ramona's case exemplifies an important dilemma faced by agroecology efforts to appeal to youth, with implications for sustainability cross-generationally. Closer examination illuminates issues of representation in ODEP's relations with its Northern funders, always concerned with the participation and empowerment of women. Interviews and conversations with members of her household and oth-

ers shed light on household decision-making processes to participate, or not, with the NGO and how youth come to be involved. Finally, Ramona's participation with ODEP as a community promoter-in-training contributed to a clearer picture of the *leadership* components of ODEP's work. Discrepancies in the notion of leadership, in the priority placed on it in relation to farming, and the role of representation in displaying success all contribute to the recognition of 'leadership' as another development buzzword (see Leal, 2010).

The high mountain valley from which Ramona hails is home to farmers who rely heavily on their corn production for both household consumption and income. The challenges faced by communities here in the exodus of youth are not unique; they are challenges experienced by dwindling rural populations. Likewise, the fragile growing conditions of mountain agriculture and the insecurities of the global market encourage a rising number of families to relocate permanently. The non-governmental organization, which I refer to as ODEP (*Organización de Desarrollo Ecológico de Potosí*) has more than a decade of experience working with farming communities and associations in Norte de Potosí. At the time of my research, the NGO had been working in Tomacoyo for approximately three years. Initially there had been only a few interested households (Ramona's being among the first), but that number had grown to about twenty (of the forty comprising the community). CANGO has been supporting ODEP's efforts since that time.

During my fieldwork, a male and female agronomist came and went from the district, with others, such as a civil engineer, participating in irrigation projects. The male agronomist assigned to the district, Adriano, worked 20 days per month spreading his time between six communities. The female agronomist, Rocío, spent ten days there and another ten days in a district closer to her young family. They worked on themes of organic production and adaptation to climate change, composting, agrobiodiversity, soil conservation, and micro-irrigation, among others. Their work was mostly practical, complemented by theoretical components in monthly workshops, which included demonstrations and planning sessions for future work or events such as ODEP's annual agrobiodiversity fair.

The data presented here is derived from interviews with ODEP staff, as well as one government employed agronomist, and is based on ethnographic research conducted over eight months in 2010 with 30 farm households in two communities in the Chayanta province of Norte de Potosí. Interview participants included twenty youth (14 females and six males) between the ages of 12 and 21. Most were still living with their parents, though two had moved to the nearby municipal town, and one 15 year old boy was living in Cochabamba, returning when his family needed assistance with farm labour. Three of the female youth were mothers themselves.

The household as a unit of study remains important as a corrective to the tendency to view people as individuals rather than recognizing them as actors who live

and make choices in larger familial and communal structures. Punch's (2002) study of rural Bolivian youth highlights the factors that go into their decisions to stay in their communities or leave for work, or secondary education. She demonstrates how rural youth negotiate their limited options within the context of household needs and familial expectations. While special attention is paid to youth involvement in ODEP's projects, adult community members are included in the discussion contextualizing youth participation with the NGO, within farm households and within the efforts of the NGO to enhance leadership skills.

Arguably, the long-term success of sustainable agriculture efforts depends on their appeal to the next generation of farming households. Yet farming communities are emptied of their youth as they migrate to urban centres (Punch, 2002). The impact of participatory farmer-agronomist strategies on youth requires research that places the dynamics of gender and generation at the centre of investigation into the larger question of the challenges of collaboration and the possibilities for merging distinct knowledges for the purposes of agricultural development. I analyze youth participation with ODEP through a particular aspect of the NGO's goals for training: the production of farmer-leaders. This concern has both technical and political components, and is examined below in light of Hickey and Mohan's (2004) argument for the transformative potential of participation when rooted in a broad and political interpretation of citizenship. ODEP's efforts to transcend technical capacity-building by promoting a political agenda in certain ways hold promise for building collaborations between the organization and farmers; for supporting a more political project of social justice. However, this article finds that 'leadership' training masks power imbalances that disadvantage women, and tends to operate in neoliberal ways.

This double-edge of leadership training, central to the analysis here, requires a brief theoretical discussion of neoliberalism. Andolina, Laurie and Radcliffe (2009) analyze what they see as a new neoliberal paradigm in Latin America. In an effort to overcome the shortcomings of earlier, or narrower neoliberal approaches, this paradigm expands notions of development's potential by placing terms like "*diversity, inclusion, sustainability, and stakeholders* alongside terms such as *efficiency, self-management, productivity and capacity*" (p. 10, emphasis in original). In this way, neoliberalism both opens new "political space and 'disciplines' those who occupy that space" (Hale, 2002, p. 490). Andolina *et al.* refer to this process as social neoliberalism. Their analysis is helpful for conceptualizing the sequenced transformations that neoliberalism has undertaken, as social neoliberalism recognizes the shift from earlier narrow versions of neoliberalism (also see Hale, 2002). While neoliberalism involves trade liberalization, privatization and the reduction of government to enable certain modes of economic development – concepts that Bolivian president Evo Morales and his MAS government have ostensibly resisted – analysis of the sometimes subtle workings of social neoliberalism sheds light on

ways in which participation in development is understood. In Bolivia, which arguably contends with a fragmented and hybrid neoliberalism (Haarstad & Andersson, 2009), the discursive change that came with later neoliberal reforms emphasized the development of human resources (such as human ‘capital’ and ‘capacity building’) through social inclusion and alleviation of rural poverty, as an imperative for sustainable economic growth (ibid.). Ong (2006) demonstrates how neoliberalism involves a philosophy of the relationship between the state, the market and the individual, as well as a relationship to knowledge. A new relationship between knowledge and responsibility emerges that places “onus on individuals and organizations to become self-regulating, responsible, and market-knowledgeable” (Phillips & Ilcan, 2004, p.397). Thus, participation in development is understood as rational and responsible, making local communities and individuals “partners” in the development process. In this way neoliberal governance is underpinned by a “knowledge economy of capacity-building,” (ibid.) reinforced by development training programs and knowledge-generation. The individual small farmer (in the case of those discussed here) is molded by a process of social neoliberalism through participation in NGO’s striving to build capacity through (leadership) training.

Youth participation and ODEP

ODEP describes its farmer-training workshops as a methodology that aims to 1) restore the confidence of small farmers, and build capacity in knowledge, attitudes and skills for social participation and control of resources; 2) promote and encourage active participation and competitive management oriented toward sustainable productive economic ventures; and 3) develop knowledge and sustainable agricultural practices based on conservation of agrobiodiversity. The workshops are designed to encourage farmers to participate, exchange ideas, cooperate and work on themselves (through improving communication, management and marketing skills, as well as attitudes and self-esteem).

In the communities ODEP involved youth in various aspects of its work, particularly the teenaged sons and daughters of the more active participants, by encouraging some of them to attend the *Promotores* workshops – five weekend-long workshops in the regional capital city of Llalagua and a farmer experience exchange in Cochabamba. Sometimes teenaged girls attended the *Comunal* workshops – one day per month, held in the communities – in lieu of their parents. Additionally, in projects that involved physical work such as the making of *bocashi* (a rapid form of compost), young men, or older boys would be enlisted to help even if they did not work directly with ODEP. Although youth were included in these ways, ODEP endeavored to be more involved with high school students.

ODEP's director, Juan Luis, highlighted a benefit of working with youth in that they were generally more interested in experimentation than their parents, and willing to try new things. His point was sometimes exemplified in my fieldwork. Doña Saturnina (who approved of ODEP, but was not interested in participating in workshops as she did not want "to go to school") laughed about her 13 year old daughter's enthusiastic effort to grow sunflowers from seeds she had acquired in a neighbouring community. "She thinks she's going to *grow* sunflowers – she wants to roast the seeds," Saturnina informed me, shaking her head dismissively.

Mario, a government-employed agronomist doing similar work to ODEP around Cochabamba, also supported Juan Luis's comment about the younger generation:

When we have worked with adults [...] we have failed, because people have listened, but then the knowledge didn't go anywhere. But the experience that we have had working with youth and children in school has been different. Sustainable agriculture has started to succeed. [...] In this strategy children teach their parents, we work with the kids upward.

Certain youth in the communities were interested in specific techniques tied to organic production. One 15 year old was excited to bring his new knowledge of compost making, learned at school, back to his parents' vegetable garden. Despite some interests in techniques or a general positive attitude toward the NGO, for various reasons, few youth wanted to work with ODEP now, or in the future, chiefly because they had no intention of staying in the countryside.

Mario explained the strategy underpinning teaching children, despite what he described as the "displacement of youth" to urban areas, due in part to an increasing student population:

In the countryside the only people who stay are women, children and seniors. We want to work with people who stay, then even though the youth leave the countryside, they go with knowledge! [...] If they succeed [in the city] then they will help their families [through remittances], or if they return later they will help their communities then. But it's not easy because agroecology is "*un trabajo de hormiga*."³

As a former high school teacher, Mario had led an agricultural production module in which he had focused on agroecology training.

[MARIO]: Many of the students were motivated to become agronomists because it was interesting. There are many who studied agronomy and have returned to their communities. [...] We know that agriculture is the profession of the future!

These examples highlight the potential for youth to integrate their local agricultural knowledge with professional agroecology. Various farmers echoed this sentiment, highlighting how the study of agronomy opens up possibilities for rural

³ This expression could be translated into English as work that keeps one "as busy as a bee."

youth to return to the countryside with an education and a profession that will benefit them. However, efforts to train rural youth through workshops face the challenge of requiring that farm households will value the training enough to allow their youth to finish despite pressing demands of farm work at home. The NGO's director highlighted the prevalence of this concern for youth 'promoters,' giving an example of a girl from another community who usually attended, but had missed one session. "The concern of youth promoters, like Marta for example, is that their parents may say to them one month, 'we need you to work at home, you can't go.'" Although completion of the *promotores* program required fulltime attendance at each module, the NGO found ways to be flexible so that if someone had to miss a module they might have the opportunity to attend during the session offered the following year.

The examination of youth motivations to participate and the effectiveness of youth programs shed more light when examined through a gendered lens. Participation in the '*promotores*' workshops is primarily male. Boys were not only greater in number, but also younger in age, some as young as twelve, whereas female youth were in their late teens. It is likely that one reason for this is that girls are given less freedom of mobility compared to their brothers. However, there was also a generational difference between the expectations of parents and youth in some Tomacoyo households regarding land inheritance that may influence parents' interest in girls participating as fully as their brothers in all that the NGO had to offer.

Don Hector had six fields, which will be divided between ten children. Of his children old enough to consider their futures in any serious way, one daughter, Beatriz – in marked contrast to her siblings and friends – intended to stay in Tomacoyo. She was less sure there would be any reason to work with an NGO like ODEP. Beatriz explained that rather than seeing the exodus of youth as problematic, I should recognize that others leaving is positive for those who stay. She knew that even if the fields belonged to her siblings, if she were there to work them, she would gain the most from these fields (also see Goodale, 2008). Beatriz and her older sisters also knew that they were entitled to the same percentage of land as their brothers in their father's inheritance. Two of Hector's older daughters, aged 16 and 17, told me confidently they would inherit some of their father's land. However, Hector himself was clear with me that he need only divide his six fields amongst his five sons, as his daughters would marry and use their husbands' fields. This reflects the recent changes in women's rights, which had yet to be adopted across all rural regions in practice, still perceived by many as unfair in that it essentially gives a family's fields to their in-laws when their daughters marry.

Daughters are expected to leave, and participation with ODEP was often explained as serving the purpose of receiving other benefits for the household, or community. For example, some households would send a member to the commu-

nal workshops, not because they felt the workshop held such valuable information, but rather they hoped ODEP would deliver on potential micro-irrigation projects. On occasion I was told, “We know how to farm, what we need is water!”⁴ Thus, families that do not perceive sending a daughter for training as beneficial to the household may be less supportive of her participation.

Leadership: “We empower people *for something!*”

Leadership training is a key concept in the *Promotores* workshops, even occupying the overall theme of the fourth module. In the *Comunal* meetings leadership was less of a focal point, but arose intermittently within other themes in technician-led discussions. The most obvious example involved finding community members willing to attend the *Promotores* workshops. Emphasis was placed on people learning skills with which they could return to the communities, rather than identifying the most ‘natural’ leader – an effort workshop facilitators discussed more openly with me.

The initiative to find and label farmer ‘leaders’ within a community or district extended beyond ODEP’s vision. Living in the town with the municipal mayor’s office – where NGO’s and governmental organizations congregated regularly, and where I attended community economic development meetings – quickly revealed ‘leadership’ to be a local development buzzword. “Leader” showed up on posters in stores and restaurants, and on clothing: a farmer from a nearby community wore a vest from another Bolivian NGO ‘*Líder 2009*’. Healy (2001) found the creation of local promoters of development work to be common in his case studies in Bolivia. In his thorough investigation of several development projects, Healy argues that those projects with the greatest success integrate several actions of popular participation which includes training local people, as well as selecting certain people to receive more directed training – not just as local ‘promoters,’ but also to become professionals.

ODEP staff pointed out that the *Promotores* workshops centered on training a few select farmers so that they could, in turn, transmit the skills to their communities through their actions. As these farmers built terraces on their steep hillside fields, or utilized types of organic fertilizers not common in their communities, they would (theoretically) become leaders in ODEP’s agroecology practices, encouraging other community members to follow suit as they witnessed the benefits of these practices. Specific leaders, such as Ramona and others mentioned below, were named to me and proudly displayed to CANGO representatives when they came to visit. CANGO’s

⁴ The reasons and degree to which farm households valued training programs varied. This quote signals tensions between ‘local’ and ‘expert’ knowledges discussed by Cockburn (2015).

community visits served to fortify this work as well, as active participants would present the benefits of what they had done so far, while the community gathered round.

There were a few male farmers who highlighted the importance of having leadership qualities, but in my many conversations and interviews with women and youth, the word *líder* never came up unless I asked about it. I asked about the word's use in the community; for examples of leadership qualities; whom they considered to have these qualities; and whether and how the term was used by community members *themselves*, or by ODEP and other organizations. I also asked ODEP staff about the thought-process behind developing and supporting local 'leaders.' César, the program coordinator, described the underpinnings of the term 'leadership' in this way:

The idea of leadership comes from the logic of the community, because we have seen in the communities there is always a leader, [...] a person whose abilities are innate. And what we would like to see is natural leaders obtaining the teachings of the organization [ODEP].

Community members focused on *líderes* as political authorities, and when asked about leadership qualities, repeatedly emphasized good communication skills. It was less clear that they – particularly women – would choose such a label for people with especially honed skills in agriculture, or specific knowledge in one area or another. They attributed the “institutions” (e.g., ODEP) with the use of the term. By contrast, the NGO staff, sharing César's sentiments above, clearly saw this term as arising from the ‘logic of the community’ and thus it had been an appropriate term to adopt for labeling someone trained in agroecology who could spread this knowledge within their community. The technicians were to find ‘natural’ leaders within the community and encourage them to attend the *Promotores* workshops. In practice however, other demands had to be met in terms of representation of women and different age groups, evident in the example below of Ramona's sister Laura.

The food security governmental organization implementing agroecology in other parts of Bolivia echoed the need to create promoters, or leaders at the local level. Mario described leadership in terms of sustainability, “we are creating promoters – leaders – because we are temporary people. Our job is to ‘plant the seed’ in the communities.”

[JC]: What is involved in being a leader?

[MARIO]: In general a leader is someone implicated in politics, but for us a leader is more than that – a leader is someone who is engaged with the social, with the community and also with politics – so all the social sphere [...] To be a leader you don't need to have studied at the best universities. What you need [is] *life experience*, [...] a leader is born from experiences, from one's own values and from one's will. What we look for is the experiences of the communities, the experiences of the technicians – this approach is more holistic, more integrated, more horizontal, rather than conventional agriculture which is more vertical – from top, down.

In my talks with don Adelmo, a father of seven whose oldest teenaged son had already left, it was clear that for him, advancing the community through good leadership was a priority. The *quality* of leadership was the key difference between life in the community before and after development NGO intervention.

[JC]: You told me there were no leaders here before. Why not?

[ADELMO]: Well there were leaders, but they were bad. They did not cooperate. We want to cooperate so we can move forward together [...] that is why we work with ODEP.

[JC]: What qualities are necessary to be a good leader?

[ADELMO]: Well, camaraderie of course! But also [someone who] is *active* in the issues. If [he/she] is not active – no! [...] I want more training about the environment. A good leader needs training.

Promotoras and warmi⁵ líderes

Late in my research I asked Adriano about the root of the term ‘leadership’ as it was used in development, since I rarely encountered it outside the political realm in my farm-household interviews. Surprised, Adriano responded quickly that farmers “*know* about leadership!” He directed the discussion toward the participation of women and ODEP’s role in empowering them with leadership qualities:

As you have seen the women are in the workshops – they participate more. We want women to participate because they have been so quiet because here *machismo* has been predominant. Now, with institutions that are coming in, we have empowered women and what we want is for men and women to be equal. This is the idea behind how to handle leadership. [...] The previous promoters are leaders in the community – just Ramona has left. For example the projects that we are working on with these leaders are already in place. They already know what to do.

To unpack this assertion, it is valuable to examine a few cases of female promoters – Edelmira, Magdalena and Ramona (and her very shy sister Laura), who were considered to be leaders and promoters, or to have such potential. These cases demonstrate the contrast in how this label is experienced, both with ODEP and in relation to the community.

Doña Edelmira

Edelmira was one of few women who were attributed with having natural leadership qualities. She had received more training than most and could lead a workshop

⁵ The Quechua word for woman.

on *bocashi* with Rocío facilitating. In interviews and conversations it was apparent that, from her perspective, being positioned to promote certain techniques paled in comparison to the projects she felt ODEP should be undertaking. Despite the work she has done with ODEP and her general positive attitude toward their projects, she was critical of the NGO's expansion into other communities in the district. There were not enough technicians to take on such an endeavor and she perceived few improvements over the past year as a result.

Doña Edelmira was an obvious choice for *promotora* in the community because of her interest in the work, ability to retain the information and teach others, as well as the respect she already enjoyed in the community. Importantly, like Ramona, she was also positioned by the NGO to *represent* the active participation of women. Edelmira certainly exhibited the type of leadership qualities ODEP was looking for, but her background differed from most women in the community. Living in a city for almost three decades had likely given her an edge in terms of communication and business skills over many of the local women. She had moved herself and her children to this rural environment to take over the workload for her aging father-in-law two years ago. Her husband returned from the city during periods of intense farm labour.

In a field report by a visiting CANGO employee the year prior to my fieldwork, Edelmira (among others) was described erroneously as having lived in the community all her life and could now finally grow vegetables thanks to the training and the well she had received from ODEP. Reading the unfamiliar accounts of very familiar people it occurred to me that the CANGO staff member might have created composite characters – consciously or unconsciously (she would have tried to retain a great deal of information within a few-hour visit). But having witnessed two years of community visits; I also noticed that certain women were strategically positioned. Ramona, the teenage '*promotora*' gave a positive impression of a *female youth* who wanted a future in agronomy and cared to continue participating with the NGO. Yet this picture is in sharp contrast to the account of her and her sister, described below. In another example, doña Berta gave a presentation to CANGO staff during their visit to another cluster of communities in the same district. The information she presented would have reflected similar experiences in both communities with respect to the environment and NGO's work, but the technicians' choice to bring her there suggested that they did not have a suitable woman to showcase in the location of the visit.

It may be that women like Edelmira have been coached by ODEP to describe themselves in certain terms for the visiting Northerners as it suggests success, which will secure funding. Or in the case of Edelmira (and others) it may be that she simply misled the Canadian NGO visitor, as she was not invested in the relationship. Early fieldwork included several moments in which people made statements

that I came to realize did not reflect their situation – typically it related to great improvements that had come with ODEP, for example “we had to buy all our vegetables before ODEP came and taught us how to grow.” Later I might learn that the same person had grown all or most of the same vegetables all her life. It took sustained fieldwork to build rapport and gain clarity.

Doña Magdalena

One day between the second and third *Promotores* modules, I asked doña Magdalena, a *promotora*-in-training about the theme of leadership, and the significance of being a leader. Awkwardly, she began to talk about community and district mayors.

“Yes,” I agreed, “but I hear the institutions talk about leadership too, like ODEP, right? What do they mean when they talk about leaders in the community?”

She thought about this and shrugged. Just two days prior Magdalena, herself using this very word, had dismissively responded to representatives from a joint health project between a municipal governmental organization and an international NGO. They had attended a community meeting looking for local “leaders” to promote their project. With little effort they had found a man willing to participate, but the women stayed quiet. “We need a “*warmi líder*” they persisted “women, women, we are looking for a woman leader!” The man from the NGO looked at Magdalena, “What about you, señora? Can we sign you up to be a leader on this project?”

“No,” Magdalena replied firmly, “I’m already a *leader* for ODEP.”

With this in mind I attempted to develop the idea further: what does it mean to be a “leader for ODEP”? But Magdalena sounded uneasy in her response; listing the ways she participated with the NGO. She had taken an opportunity to use the label to excuse her from being incorporated into another community development project, but she would not readily engage in deconstructing this label with me. I pressed further, asking if the *Promotores* workshop was supposed to make her into a leader once she graduates and becomes a ‘promoter.’

“I don’t know,” she said. The single, middle-aged woman was quiet for a moment and then laughed, “Well, I’m the leader of my own house!”

I visited with Magdalena during my return trip to Bolivia a few months following the completion of the workshops. She told me she could not remember much of what she had learned, though she adamantly expressed a sense that she had gained leadership skills. Sounding discouraged she explained the problem of implementation as she saw it:

“The women here don’t want to hear about what I know. [...] They say they have no time; they have to take care of their animals, pasture their sheep. They aren’t interested.”

Ramona and Laura

Don Macario was among the first people to work with ODEP when it arrived in Tomacoyo. He remained one of two men who regularly attended ODEP's workshops in the community. He and his wife, doña Faustina were considered to be very active participants. Ramona was their second eldest daughter. She had attended the first session of the *Promotores* workshop, which was concluding when I arrived in the field. During CANGO's visit, and in various posters and pamphlets, she became a 'poster girl' for ODEP's success in empowering women and prioritizing youth participation.

For the second session, Rocío and Adriano asked Macario and Faustina if they would allow their fifteen-year-old daughter, Laura (who was not in school), to attend the workshops. There were teenaged girls in the district who were outgoing and displayed characteristics that I would associate with strong leadership qualities, but this girl, who looked forlorn when her parents concurred and as she nodded timidly in agreement, was not one of these girls. When she did not show up for the first module, she exempted herself from participating (later admitting to me that she had only been interested in the free trip to Cochabamba, to join her sister). The facilitators accepted this, but one later told me he had noticed that she was "really lazy." However, interviews with her sisters raised questions about options for avoiding participation if one is too young (and not in school) to make use of the common phrase, "I have no time."

Her oldest sister, Elsa, who no longer lived in her parents' home, stressed to me that her father was the *only* member of her family who worked with the NGO. As his household was one of the most actively involved in the community I was surprised by her insistence that I should not consider her mother and sister, the would-be *promotora* to work with ODEP. Her father, she explained, liked participating and so his family members were obliged to as well.

When Ramona, returned months later, she told me that she had no interest in participating further with the NGO. She had a vague idea that she might like to study more, and was taking classes again. However, she would not have completed high school by her eighteenth birthday, when she planned to leave immediately for Argentina, where Elsa and her boyfriend were now agricultural labourers. Ramona reported having enjoyed some aspects of participating with ODEP; she liked Rocío a lot and had liked the other young women she had met at the *Promotores* workshops (three of them had conspired to remain in Cochabamba, she admitted), but it was because her father had told her she had to participate that she had done it. With these statements in mind, Laura's "laziness" appeared more strategic to avoid participating in something based on her father's interest, rather than her own.

Politicizing leadership

Generally speaking, ODEP sat on the technical, rather than the political, end of the spectrum of NGO's. Staffed by agronomists and other engineers working on micro-irrigation projects and on various approaches within agroecology, the institution addressed problems of poverty and marginality in terms of problems of topography – poor soil, geographical isolation, climate change. A key component in the NGO's methodology was to find ways to further integrate farmers into regional and national markets. In these ways participation was still presented within the status quo of development schemes. ODEP did not raise questions about the validity of these approaches or problematize the underlying neoliberal logic of looking for market solutions to environmental problems. Yet, my interviews with the director, Juan Luis, and César, the program coordinator of ODEP, revealed a more political agenda for supporting 'leadership' in the communities. Both men, in positions that involved overseeing and developing projects, envisioned ODEP's role as facilitating certain farmers' political involvement at the municipal level of government. As the director described it, this effort was integral to making agroecology "truly sustainable" in these places.

[JUAN LUIS]: Some of the leaders that we trained are already showing what they have learned to the communities. Nestor is also now working with ODEP and we are supporting the leaders to engage with the municipality. The objective is that [they] go back to the communities, spread their knowledge and implement what they have learned. [...] The best of them [will] continue improving themselves – building capacity. That's why we would like to send them to Cochabamba [for an experience exchange], and at some point they could become political leaders in the municipality. This way we can promote sustainable agriculture with more commitment and more knowledge.

With the question of leadership then, agricultural promoters or leaders within the communities might be men who were too shy to talk in the workshop, while the politically out-spoken participants would serve to carry the message of the importance of agroecology into political arenas, building support and acquiring resources for these endeavors.

Like Juan Luis, César's description of the importance of leadership in sustainable agriculture transcends the technical work of the organization to the question of how to increase the political participation of rural people. His response highlights the 1994 'Law of Popular Participation,' which created the municipal system and a space for increased political participation of farmers:

We promote participation, we empower [people who are "natural"] leaders and we want these leaders working with the community, but also we have the idea that they can work with the municipality – so they start small, but they may go farther.

César provided the example of Guillermo, the district mayor (one of the municipal ‘*subalcaldes*’), with whom I was well acquainted. He had been very shy, but after being encouraged to step up to the position of *subalcalde* had gained confidence in public speaking. César underlined how this local farmer has thereby been able to secure resources for his community and his district (something I had witnessed myself during fieldwork):

Now he uses resources, he makes decisions. He does business with us [ODEP], with the municipality, with [a European development organization] – so this is the idea behind leadership – we empower them for *something* – that supports the farmers!

César’s statement demonstrates that ODEP is concerned with clarifying *how* (certain) farmers can become ‘empowered’ – rather than using the term, emptied of any significance. He also addresses the potential for empowerment through increased political participation. Yet the language he uses to describe how Guillermo has been empowered depicts a neoliberal approach to leadership; as the shy farmer is transformed into an actor, who takes ownership, conducts business and ‘uses resources’ (examined further in the section below).

The benefit of having farmers who work with ODEP in positions of relative power within the region’s municipal governments is evident. It raises the profile of agroecology in municipal government discussions, while ODEP assists in positioning potential allies for collaborations and funding for projects, and indirectly involving themselves in municipal government through farmers who work with the organization. In 2010 inroads with the municipal government had clearly been made by ODEP, thanks at least in part, to its relationship with the *subalcalde*.

Neoliberal participation and leadership

César’s (and Adriano’s) description of *the NGO empowering the farmers* may be interpreted along the lines of Leal’s (2010) critique that neoliberal empowerment has come to be seen as something that those with more power can *give* to those with less. Nonetheless, as Leal (p. 95) and others have argued, the emphasis on the *techniques* of participation, rather than on *meaning* of the participation, creates a situation in which empowerment is “presented as a de facto conclusion to the initiation of a participatory process.” César’s point also speaks to Hickey and Mohan’s (2004, p. 66) discussion of broadening ‘participation’ within the analysis of citizenship:

Relocating ‘participation’ within citizenship analysis situates it in a broader range of sociopolitical practices, or expressions of agency, through which people extend their status and rights as members of particular political communities, thereby increasing their control over socioeconomic resources. The question for participatory inter-

ventions becomes how they can enhance the ‘competency’ of participants to project their agency beyond specific interventions into broader arenas, thereby progressively altering [...] processes of inclusion and exclusion.

One of the implications of this statement, then, is that the kind of state in which this ‘relocation’ of participation is to occur becomes an important question. Bolivia holds promise as a state that will challenge the neoliberal characteristics of development and power relations, but falls short in practice, upholding neoliberal economic policies (Postero, 2013, also see Haarstad and Andersson, 2009). Neoliberal assumptions are contested in relation to food security versus food sovereignty, and related issues of supporting internal markets over free-market export approaches (see Cockburn, 2014). Yet other neoliberal assumptions about rational (indigenous) producers being trained to be responsible citizens remain intact as rights-based discourse overrides discourses of social change within the national context.

Arguably, César’s view complements Hickey and Mohan’s (2004) necessary components for truly transformative participation. However, unlike César’s view, Hickey and Mohan’s theory extends the discussion to address problems that distinctions (such as ‘public’ and ‘private’) raise for inclusiveness, especially along gender lines. César’s discussion suggests empowerment for *certain individuals*, while glossing over the community as a coherent entity. Moreover, his suggestion that the concern for developing leadership is derived directly from the ‘logic of the community’ not only masks the individualistic ways in which leadership is being rewarded in practice, but leaves intact the problematic gender dynamics of participation. Though women are encouraged to participate in ODEP’s projects, they are integrated in different and more limited ways than their male counterparts, which in turn has implications for how youth are integrated along gender lines. And though ODEP’s approach to creating leaders can be understood as enhancing ‘the competency of participants to project their agency into broader arenas’ (e.g. by fostering the movement of certain farmers into local government), *which* individuals are recognized as having this kind of ‘natural’ leadership is constrained by conventional power relations. Indeed it is an approach that reinforces these relations, certainly along gender lines, but also by economic consideration, so that most *promotores* and other active members with ODEP will be unlikely to ‘project their agency beyond specific interventions.’

Though both ODEP staff and individuals within the community highlighted outspokenness and clear communication skills as important leadership qualities, such as those possessed by doña Edelmira, ODEP technician/facilitators were inconsistent along gender lines. They credited the most outspoken women with leadership qualities in organic farming, etc., while with men this was only sometimes the case. It was pointed out to me how the most outspoken men were sometimes just the most politically minded, or men of status – accustomed to speaking in front of

their community or in more public forums. It was also pointed out that the most political men, for all their talk, were not likely to actually implement the technical knowledge they had acquired in the workshops, such as building terraced fields on the steep mountainsides, or making compost for vegetable gardens. Indeed, in talking about workshop participation, the director of ODEP was quick to note that some of the quieter farmers had done the most in their communities following the workshops (e.g. making *bocashi*, strategically planting trees and brush to protect soil erosion, etc.). In other words, they were some of the best promoter/leaders, while their vocal counterparts had in some cases done nothing (yet).

The NGO also emphasized improving and “restoring” self-confidence in small-scale producers, recognizing that shyness in certain contexts (especially public assemblies) did not mean that someone would not be instrumental in adapting their farming practices in ways that would influence those around them in their communities. Yet in daily practice, as described above, technicians sometimes interpreted the most timid people as lazy, supported by their argument that there were other examples of very shy people who actively participated with ODEP (and therefore were not lazy).

The example above, of Ramona and Laura, sheds light on questions of power and agency in participation with the NGO and gendered power dynamics *within* households. As Cleaver (2004, p. 272) argues, decision-making processes and the exercise of agency within them “may be contradictory in their social effects; respectful attitudes, conflict avoidance and consensus decision-making can all serve to reinforce inequality despite securing functional outcomes.” The findings in this article support the argument that even politicized citizenship is not necessarily sufficient to allow participation to be transformative, as envisioned by Hickey and Mohan. The effort to heighten the political nature of participation may be transformative in some ways, such as toward the promotion of agroecology, which addresses power dynamics on a local-global level, particularly in relation to conventional agriculture and global agribusiness. Yet heightened political participation may still leave silent power dynamics in other realms - particularly in terms of gender and youth, which are intrinsic in the lived experience of farm families. When the agency of individuals in this context is taken into account, participation in ODEP’s work on leadership has the potential to be transformative for some – through knowledge sharing, negotiating power relations, and political activism – while for others the leadership label remains far from transformative. Cooke and Kothari’s (2001, p. 13) strong warning must be heeded that these same concepts may be drawn upon in describing participation in ways that actually result in concealing and reinforcing oppressive power relations in their various manifestations.

While the position taken here leans toward the arguments of Hickey and Mohan (2004), that participation has been understood too narrowly and that there

is potential for participation to be empowering, ODEP's efforts cannot be neatly placed on one side or the other of this debate. The NGO's 'participatory methodologies' (such as those encompassed by the workshops) are vague enough to blur the lines of differing motivations for participation, so that participation as a means to a more politically radical end are conflated with participation for the sake of integrating training. Arguably this makes sense from the NGO's point of view. Even when training is primarily technical, it can build self-confidence and, when it draws on a bigger picture of long-term sustainability (implicating the NGO in strengthening notions of culture and ethnicity), it can encourage some people to become more political. ODEP positions itself as a technical NGO, subtler in its political approach, a position which is the least problematic for Northern funding partners and changing national governments, as well as locally – given the possibility of changing municipal governments. Moreover, it allows for the quotidian work of the NGO to be carried out by workers, such as Adriano, who do not appear to concern themselves with – and may even be suspicious of, more political motivations. In this sense, all of ODEP's participatory methodologies fall within this same spectrum: moments of politicized discourse intersect with predominantly technical participatory training, revealing a complex orientation toward sustainable agricultural development that is underscored by (gendered and generational) contradictions and tensions, even as it shows the promise of collaboration toward common environmental and social justice goals.

Leadership as a development buzzword conceals potentially vast variations in what being a leader means and whether one has access to such a position. Like buzzwords such as 'participation,' or 'empowerment' it glosses over tensions, legitimates development work, and impinges upon the degree to which collaborations of knowledge can transcend (gendered and generational) power imbalances. ODEP holds potential to foster a politicized development, in which participants take part in shaping a more radical version of citizenship through such participation, but the neoliberal framing of leadership undermines this potential, and suggests that participatory methodologies fall short of anything but teaching tools, modeling producers into an ideal within status quo power dynamics.

Conclusion

The challenge to transparency in women's participation and household motivations can be applied in certain important ways to (especially female) youth. An irony that threatens efforts to increase the participation of women in development processes involves burdening them with increased workloads in the name of equal access and full participation. Rocío and other female professionals' roles in development work

made clear one answer to increasing women's participation is to ensure the presence of a woman agronomist. However, without contextualizing women's participation within larger contexts of gender dynamics in household decision-making, this in itself does not answer the question of whether participation will 'empower' women. Having female technicians and participatory methodologies (as opposed to top-down approaches) is important, but it does not matter how well techniques are applied, the degree to which women can benefit from these will be greatly hampered by households' ulterior motives in sending them to participate. De Schutter (2013) points out that while women contribute in important ways to household and community food security, efforts to support women in agriculture risk reifying existing gender roles and do little to expand women's choices, or foster the economic independence of women (also see Deere, 2005).

The discussion above of youth participation also suggests that ODEP presents opportunities for youth who participate in *Promotores* to get out of their communities, at least temporarily. However, I would argue that if the power dynamics within households, along with the power dynamics of farmers and professionals, are not scrutinized, women and youth who truly *enjoy* participating may appear to be natural leaders with skills to foster, while women and youth who feel coerced to participate (perhaps by both the NGO and their households) may be misunderstood. Ramona and Laura's experience of participating at the insistence of their father reflects these dilemmas for (gendered) youth involvement.

Ramona's case exemplifies an important quandary faced by agroecology efforts to appeal to youth, with implications for the sustainability of these approaches cross-generationally. Yet, an intriguing approach emerges in the interviews with agronomist development workers: the notion of children teaching their parents and its implications for local knowledge and power relations. What potential is there for dialogue around agricultural knowledge between parents and children? Could it produce a hybridized local knowledge that is less laden with power imbalances than exists between the status enjoy by 'professionals' versus that of the farmers? The answer to this remains open.

When examined in relation to other male and female *Promotores*, Ramona's participation with ODEP as a community promoter-in-training contributes to a clearer picture of the emphasis on leadership in ODEP's work. Where leadership training is more politically motivated it shows potential for participation that, in theory, is more transformative (cf. Hickey and Mohan, 2004). However, in practice, skill and leadership training reveals choices connected to representations of empowered gendered youth and contradictions in the expectations placed on participating men and women in farm households and communities. Without further scrutiny of leadership as a buzzword, youth will face the same contradictory standards found along gender lines.

References

- Andolina, R., Laurie, N. & Radcliffe S. (2009). *Indigenous development in the Andes: culture, power and transnationalism*. Durham: Duke University Press.
- Cleaver, F. (2004). The social embeddedness of agency and decision-making. In Hickey, S. & Mohan, G. (eds.), *Participation: from tyranny to transformation? Exploring new approaches to participation in development* (271-277). London and New York: Zed Books.
- Cockburn, J. (2015). Local knowledge/lacking knowledge: contradictions in participatory agroecology development in Bolivia. *Anthropologica*, 57(1), 169-184.
- Cockburn, J. (2014). Bolivia's food sovereignty and agrobiodiversity: undermining the local to strengthen the state?. *Theory in Action, Journal of TSI*, 7(4), 67-89.
- Cooke, B. and Kothari, U. (2001), *Participation: The New Tyranny?* London: Zed Books.
- Deere, C. D. (2005). "The Feminisation of Agriculture? Economic Restructuring in Rural Latin America." *Occasional Paper 1*. Geneva: UN Research Institute for Social Development.
- De Schutter, O. (2013). The agrarian transition and the 'feminization' of agriculture. Retrieved of http://www.yale.edu/agrarianstudies/foodsovereignty/pprs/37_deSchutter_2013.pdf
- Goodale, M. (2008). *Dilemmas of modernity: Bolivian encounters with law and liberalism*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Haarstad, H. & Andersson, V. (2009). Backlash reconsidered: neoliberalism and popular mobilization in Bolivia. *Latin American Politics and Society*, 51(4), 1-28.
- Hale, C. R. (2002). Does multiculturalism menace? Governance, cultural rights and the politics of identity in Guatemala. *Journal of Latin American Studies*, 34, 485-524.
- Healy, K. (2001), *Llamas, weavings and organic chocolate: multicultural grassroots development in the Andes and Amazon of Bolivia*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Hickey, S. & Mohan, G. (eds.) (2004). *Participation: from tyranny to transformation? Exploring new approaches to participation in development*. London: Zed Books.
- Leal, P. A. (2010). Participation: the ascendancy of a buzzword in the neo-liberal era. In Cornwall, A. & Eade, D. (eds.), *Deconstructing development discourse buzzwords and fuzzwords* (89-100). Warwickshire: Practical Action Publishing Ltd.
- Ong, A. (2006). *Neoliberalism as exception*. Durham and London: Duke University Press.
- Phillips, L. & Ilcan, S. (2004). Capacity-building: the neoliberal governance of development. *Canadian Journal of Development Studies*, 25(3), 393-409.
- Postero, N. (2013). Bolivia's challenge to 'colonial neoliberalism.' In Goodale, M. & Postero, N. (eds.), *Neoliberalism, interrupted: social change and contested governance in contemporary Latin America*. (25-52). Stanford, CA: Stanford University Press.
- Punch, S. (2002). Youth transitions and interdependent adult-child relations in rural Bolivia. *Journal of Rural Studies*, 18, 123-133.

Miradas al futuro: el relevo generacional en el desarrollo de la conciencia social como estrategia de conservación de los maíces nativos¹

Ivonne Vizcarra Bordi
Humberto Thomé Ortiz
Carmen Delia Hernández Linares

Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales de la Universidad Autónoma del Estado de México

Recepción: 28/noviembre/2014 Aceptación: 15/abril/2015

Resumen El maíz es un recurso agroalimentario de los pueblos mesoamericanos cuya reproducción social depende de factores de atracción y rechazo que experimentan las generaciones más jóvenes sobre los territorios rurales y sus modos de vida asociados. El objetivo de este artículo es analizar el papel de los cambios generacionales en la conservación de los maíces nativos a través de una reflexión teórica, una propuesta metodológica para el desarrollo de la conciencia y datos empíricos de México. Se recurre a la perspectiva de género para recuperar la experiencia de las mujeres y su papel como reproductoras clave del relevo. Se concluye que la conciencia social en torno a los objetos implicados en el proceso de reproducción del maíz nativo son mecanismos que permitirán su conservación en el mediano y largo plazo.

PALABRAS CLAVE: maíz, relevo generacional, conciencia.

Abstract The corn or maize is a sociobiological resource and a food base whose social reproduction depends on factors of attraction and repulsion that younger generations experience on rural territories and their lifestyles. The main objective of this paper is to analyze the role of generational changes in the prevalence and reproduction of native corn. To do this, a qualitative analysis is developed to show the proximity and distance between youth and agricultural activities from a gender perspective that focuses on the study of female experience in this process. It is concluded that the development of consciousness about the objects involved in the

¹ Este trabajo es un producto del proyecto de investigación SEP-Conacyt CB 2009 “El maíz mesoamericano y sus escenarios de desarrollo local”, correspondiente a la etapa de exploración teórico-metodológica.

process of reproduction of native corn is essential for conservation of this resource in the medium and long term step.

KEYWORDS: maize, generational change, consciousness.

Introducción

Las transformaciones biotecnológicas y culturales en el contexto de la globalización (Muñoz, 2001) constituyen el marco de referencia de la creciente preocupación por desarrollar mecanismos sociales e institucionales para conservar y resguardar las variedades nativas de maíz que aún se producen. Particularmente en México, país considerado como centro de origen del maíz, gran parte de la población rural enfrenta la compleja tarea de preservar sus semillas autóctonas o nativas en un mundo altamente cambiante, dinámico y a veces amenazante.

Es sabido que los maíces nativos mexicanos y centroamericanos, considerados como recursos bioculturales, son conservados *in situ* en amplios territorios de los pueblos indígenas (Boege, 2008). Sin embargo, su continuidad se ha visto afectada por múltiples factores que, en su entramado complejo relacional, tienen como consecuencia la pérdida de la soberanía y seguridad alimentaria de millones de personas, lo cual coloca a las agriculturas familiares, indígenas y campesinas en la situación de resolver una triple disyuntiva: la supervivencia, transformación social y preservación del patrimonio biocultural, todo ello bajo los cuestionamientos de quiénes, cómo, con qué y bajo qué condiciones se puede tomar una dirección que no erosione más el tejido social existente (Bartra, 2011).

En efecto, uno de los desafíos más relevantes que enfrentan las agriculturas familiares de cara al futuro en América Latina es el controvertido camino de los cambios que se producen en la transición generacional alrededor de la propiedad, el régimen productivo y las relaciones familiares de género y entre generaciones. Sin duda, la falta de relevo generacional en los sistemas agrícolas campesinos es un catalizador de la pérdida de la agrobiodiversidad; sin embargo, también es cierto que la seguridad de su redefinida continuación se convierte en la clave para la reproducción de los sistemas de producción local sustentables y la preservación de la biodiversidad cultivada (Casado, González, Varela, Roselló, Carrascosa, Soriano & Camarrillo, 2010).

A pesar del crecimiento poblacional, los cambios culturales, tecnológicos, sociales, políticos y económicos que han tenido distintas dinámicas en la conformación de la ruralidad en México y algunos países centroamericanos, la fuerza de trabajo familiar sigue siendo un factor imprescindible en la reproducción social de sus modos de vida, que incluye las múltiples actividades no agrícolas en las que

se pueden insertar uno o varios miembros del hogar. Esta situación puede resultar afectada principalmente por la escasez de mano de obra disponible en el hogar. En efecto, una de las causas de esta insuficiencia es el desplazamiento forzado o voluntario de la población juvenil del lugar de origen, cuyo éxodo se asocia con diferentes motivos: búsqueda de seguridad, una mejora en la calidad de vida o una mayor escolarización. Esta movilidad está íntimamente ligada al incremento de flujos migratorios a Estados Unidos, los cuales se han caracterizado como un problema multinacional no sólo por las implicaciones sociales que conlleva el estatus ilegal de esta población en el lugar de tránsito y destino sino, como lo apunta Durston (1998), porque “asoma como un peligro real el abandono de fincas económicamente viables o cuando comunidades enteras puedan desaparecer por falta de [...] jóvenes suficientes para reproducir los hogares” (citado en Ruiz, 2008, p. 284).

Para los y las jóvenes, la migración puede ser un factor de cambio en sus estilos de vida rural y en cierto modo una mejora en su calidad de vida, lo cual depende de sus expectativas relacionadas con los procesos de consumo cultural en contextos del mundo global que permean sus vidas cotidianas. Kliksberg (2007)

...afirma que la situación de los jóvenes latinoamericanos en zonas rurales es precaria; se incorporan antes que los jóvenes urbanos a trabajar y tienen menos posibilidades de continuar con sus estudios; presentan altos niveles de desocupación y sus perspectivas llegan a ser inciertas; si migran a grandes ciudades u otros países, sus oportunidades de inserción están ocupadas por las exigencias de capacitación, experiencia laboral y demandas del mercado (citado en Mercado y Nava, 2013, p. 2).

De cara a este panorama, las jóvenes rurales se encuentran en marcada desventaja con respecto a los hombres pues, de origen, las desigualdades que construyen socialmente sus identidades son diferenciadas por el género, la etnia y la clase, que pueden constituir una condición de subordinación y vulnerabilidad (Vizcarra, 2002).

Desde la perspectiva de género, este trabajo enfatiza los contextos que producen una crisis identitaria en los y las jóvenes rurales de comunidades productoras de maíz nativo. Crisis que atraviesa la triple disyuntiva arriba mencionada, pues si no hay cambios parecen encaminarse a existir con menos de lo que tienen o tuvieron para vivir sus padres y madres y en las mismas o peores condiciones de pobreza, exclusión y discriminación en las que sus familias han subsistido. Todo ello sabiendo que sus necesidades de consumo son mayores en la era de la globalización y que sus expectativas individuales están por encima de las familiares, aunque no necesariamente sean contrarias al cambio social, y que las generaciones recientes tienen niveles de educación más altos que las generaciones pasadas.

Lo anterior lleva a pensar en una interrogante que puede ser aplicada tanto al maíz nativo como a cualquier otro recurso biocultural alimentario que se estudie como categoría analítica en los procesos de desarrollo: ¿qué sujetos sociales con-

servarán los maíces nativos si los y las jóvenes rurales visualizan su proceso de desarrollo individual y social fuera de la producción tradicional? Este cuestionamiento surge de la inquietud de desarrollar aproximaciones metodológicas para valorar los procesos y sujetos implicados en la producción de los maíces nativos a partir del desarrollo de una conciencia social que reivindique sus derechos.

El presente artículo está dividido en tres apartados aparte de esta introducción y unas consideraciones finales. El primero trata del maíz nativo como categoría analítica para comprender tanto sus atributos y ambigüedades en la seguridad alimentaria como los escenarios que impiden el relevo generacional; se realiza un ejercicio reflexivo desde las desigualdades de género, etnia y generación. El segundo presenta un esbozo metodológico para comprender las claves del desarrollo de la conciencia social, tomando en cuenta los aspectos que constituyen a la juventud rural en contextos de producción de maíz. Finalmente, y sin despejarse de la perspectiva de género, en el tercer apartado se revisan algunos escenarios sobre los procesos y sujetos relacionados en la construcción de algunas miradas en la conservación futura del maíz nativo.

El maíz nativo como categoría analítica

En las últimas décadas, con la instauración de los procesos de tecnificación del campo, se ha puesto en riesgo un patrimonio biocultural que contiene una relación *ser humano-producto-naturaleza* de más de seis mil años. Este proceso está claramente localizado en el territorio mesoamericano, definido como su centro de origen, en el que se detectan cerca de 60 razas nativas y más de 300 variedades reconocidas de maíz (Boege, 2008).

El papel del maíz frente a la seguridad alimentaria rebasa el contexto mesoamericano, pues se ha demostrado que es el cereal con mayor capacidad de adaptación ambiental (temperatura, altitud, suelos) del mundo (Perales, Brush & Qualset, 2003). Su presencia se ha difundido hacia Norte y Sudamérica, y actualmente se cultiva en prácticamente todos los continentes. Destaca su importancia como alimento humano, forraje y los múltiples usos que se le dan en la industria contemporánea (Álvarez Buylla, Carreón & San Vicente, 2011; Kato, Mapes, Mera, Serratos, & Bye Boettler, 2009).

El carácter sistémico de esta planta, asociado con su riqueza biológica y cultural, permite un aprovechamiento integral de raíz, tallo, hojas y fruto en una gran diversidad de usos funcionales, alimentarios y estéticos (Ortega Paczka, 2007). Dichas apropiaciones están determinadas por las diferentes apropiaciones sociales (Toledo, 2013), en las que destaca el papel fundante del maíz como recurso agroalimentario (Vizcarra, 2002).

El papel del maíz como alimento base se vincula con el descubrimiento del proceso de nixtamalización, que consiste en someter al maíz endurecido (por almacenaje) a un tratamiento de cocción con cal para que, en la molienda sobre el metate (utensilio de piedra volcánica), se obtenga una pasta suave llamada masa, con la que se elaboran tortillas, tamales, atoles y tlacoyos, que son parte integral de dietas regionales. De igual manera, con este proceso se favoreció la biodisponibilidad de calcio, aminoácidos y niacina en la dieta de los pueblos mesoamericanos (Vizcarra, 2002).

Como base de la alimentación de la población, es de esperar que el maíz haya tenido una importancia central en las economías rurales de la zona, principalmente por su favorable relación entre precio y valor nutricional. En México, aunque su contribución a la dieta ha disminuido en las últimas décadas debido a la diversificación del consumo alimentario, el maíz todavía es el principal alimento y nutriente nacional entre la población de menores ingresos (Flores, Vizcarra, Chávez & Arciniega, 2014).

Por otra parte, los recursos genéticos de cultivos nativos como el maíz se encuentran en peligro por el incremento de la población, lo que provoca el cambio del uso del suelo —de agrícola a residencial—, difusión de tecnología, capital limitado, desarrollo de mercados, comercio internacional y migración rural, entre otros factores. Aun con este escenario, la siembra de maíces nativos es importante (Perales, Brush, & Qualset 2003). El porcentaje significativo del área de producción de maíz nativo también representa la continuidad de los sistemas agroecológicos, pues gracias a la conservación de semillas en condiciones climáticas críticas para su cultivo, como los sistemas de montaña dependientes de las lluvias, se ha logrado evaluar su adaptabilidad agroecológica (Almekinders & Thiele, 2003).

Los agricultores que siembran maíz contribuyen a la conservación y generación de diversidad genética *in situ*. Por lo general, la conservación se realiza bajo un sistema complejo llamado milpa, en el cual el maíz se cultiva junto con otras especies nativas que complementan la dieta campesina: frijol, calabaza, chile, jitomate, arvenses, frutos y especias (Álvarez Buylla *et al.*, 2011). En la práctica, mantienen la agrobiodiversidad de maíces a través de variedades nativas al pasarlas de una generación a otra mediante un método de selección deliberada de las semillas más favorables, que producen las diversas características fenotípicas de su interés, en concordancia con la selección natural, mutación, introducción, recombinación, aislamiento, presión ecológica, herencia culinaria y conceptos metafísicos, para formar nuevos tipos, variedades o razas a través del tiempo (Herrera, Castillo, Sánchez, Ortega & Goodman, 2004).

Si bien el cultivo del maíz nativo ha contribuido a la conservación del germoplasma, su potencial de uso no ha trascendido en la industria porque son las variedades mejoradas e híbridas las que predominan como materia prima industrial. La poca investigación sobre los usos potenciales de los maíces nativos en agroindus-

trias ha demostrado que muchos de los pigmentos que dan color a las frutas, vegetales y cereales contienen compuestos como las antocianinas del maíz morado, que parecen combatir enfermedades degenerativas del cuerpo humano y tienen efectos benéficos para la salud y el bienestar (Salinas, Rubio & Díaz, 2005).

No obstante la importancia de los maíces nativos como recurso estratégico de desarrollo, el papel de los jóvenes en su producción es aún difuso debido a las múltiples dificultades que enfrentan quienes producen este grano. Ello compromete la continuidad de los maíces, pues sin duda sus diversas funciones biológicas, económicas y culturales posibilitan la reproducción de las sociedades campesinas. La labor humana de preservación de variedades autóctonas es la única que puede garantizar la adaptación de este grano y sus especies asociadas frente a la vulnerabilidad que produce el cambio climático (Álvarez-Buylla *et al.*, 2011) y a las amenazas de la liberación de la siembra de semillas de maíz transgénico (Álvarez-Buylla & Piñeiro-Nelson, 2014). Es importante remarcar que el papel de las mujeres en estos procesos de conservación ha sido fundamental para la producción de la vida rural, desde la selección de semillas para el ciclo siguiente hasta la elaboración de platillos locales que conforman las dietas cotidianas de sus familias y de celebraciones comunitarias (Vizcarra, 2002).

De lo anterior se puede inferir que el papel del ser humano, como unidad adaptativa al medio, reproduce las dinámicas de provisión y biodisponibilidad alimentaria, que están determinadas por procesos intergeneracionales. Dichos procesos implican el traspaso, en vida o no, de la herencia —correspondiente al capital y los bienes— y la sucesión —se refiere al poder/saber, el gerenciamiento— a la nueva generación (Dirven, 2002).

En este caso se transfieren el saber y los recursos en la producción de maíz, generalmente desde una lógica escalonada que implica un reemplazamiento paulatino. De acuerdo con Stempler (1988), el éxito de este relevo se asocia con el nivel de satisfacción de los participantes en la transición, correlacionado con la existencia de un plan intangible de sucesión que involucre dignamente a los sujetos sin importar la edad, el género ni la etnia.

Limitaciones desde adentro para el relevo generacional en la conservación de los maíces nativos

Hasta este punto es posible evaluar la importancia del maíz nativo como recurso estratégico alimentario y de bioseguridad, pero ello requiere generar un marco de referencia que dé cuenta del complejo ambiente en el que se desarrollan los fenómenos agroalimentarios contemporáneos. Además de la perspectiva de género, otra perspectiva analítica que permite recuperar la variada y múltiple confluencia de fenómenos frente al objeto de estudio del maíz nativo es la perspectiva del pensamiento complejo (Morín, 1995).

Sin duda, los sistemas agroalimentarios contemporáneos son complejos y atraviesan por un estado crítico, cuyo proceso de inestabilidad alude a un reacomodo estructural de los mismos (Vizcarra & Thomé, 2014). El maíz no escapa a estos procesos y comparte algunos rasgos contemporáneos con otros alimentos básicos de la especie humana. Al respecto es posible sostener que el contexto en el que los sistemas productivos del maíz nativo son transferidos entre generaciones contiene una multiplicidad de variables, referentes a un ambiente que cambia, entre los que destacan diversas materializaciones de un estado crítico en términos de política económica: efectos de las aplicaciones tecnológicas, inestabilidad ambiental, desestructuración e inseguridad social y cambio de estilos de vida acompañados de la introducción de nuevos patrones de consumo cultural (Balardini, 2002).

El sistema productivo del maíz está asociado a dos factores sustantivos, que son la presencia de suelos de calidad y la disponibilidad de agua. Ambos constituyen, en su acceso o limitación, elementos decisivos para el ejercicio del poder entre géneros y generaciones. El control de los recursos se materializa en el cuerpo social y se expresa subjetivamente a partir del control de los cuerpos humanos, hecho que afecta especialmente a las mujeres rurales jóvenes no occidentalizadas (Sternadt, 2013). Estos procesos de exclusión han ido generando el deterioro de las prácticas agrícolas y sus saberes asociados, con lo que la pérdida tiene un doble sentido en términos materiales/económicos y culturales/simbólicos. Ejemplo de ello es el avance del monocultivo de maíces mejorados en detrimento de las milpas, con el consecuente empobrecimiento de los suelos, que los hace más dependientes de agroquímicos (Bartra, 2011).

Igualmente, la pérdida de relevos generacionales para la reproducción del maíz nativo repercute en la falta de disponibilidad de maíz para el consumo diario de subsistencia de los hogares rurales, lo que afecta el estado nutricional de su población. La desnutrición infantil, paradójicamente, es uno de los rasgos de los pueblos productores de maíz nativo. Sin embargo, a este fenómeno habrá que agregar que en la última década ha habido una importante transición alimentaria, caracterizada por el desplazamiento del consumo del maíz y el consumo excesivo de hidratos de carbono que proveen los alimentos industrializados de fácil acceso (Flores *et al.*, 2014), por lo que esta desnutrición comienza a coexistir con el sobrepeso y la obesidad en un mismo hogar. Ello representa un importante factor de riesgo para la salud, ya que es causa de enfermedades crónicas degenerativas como diabetes, cáncer y afecciones cardiovasculares, que afectan cada vez más a las poblaciones rurales en condición de pobreza (Vizcarra, 2012).

Por otro lado, el cultivo del maíz nativo requiere un uso intensivo de mano de obra, casi siempre familiar. Por eso su reproducción se ve limitada a la disponibilidad de esta fuerza de trabajo humano y de tracción animal. Ello es muy interesante frente a una juventud rural en la que se observa el interés por el desarrollo de actividades no agropecuarias (estudios, entretenimiento, empleos no agrícolas), que

requieren la liberación de tiempo y descarga de trabajo, aunado a la expectativa de emigrar a Estados Unidos (Durston, 2001; Kessler, 2005).

De igual manera, las mujeres buscan liberarse del tiempo dedicado a las cargas domésticas, para implicarse en tareas culturales, recreativas o productivas. Sin embargo, es sabido que el papel de las mujeres rurales en la transformación del maíz nativo es una tarea femenina asignada por roles de género tradicionales. Se ha documentado que la disponibilidad de tortillas calientes y frescas requiere un mínimo de cinco horas de trabajo diario. Además, la elaboración de diferentes platillos con base en el maíz resulta ser una práctica alimentaria estrechamente relacionada con el incremento de las desigualdades de género, legitimadas en el sistema patriarcal que domina los cultivos de maíz nativo (Vizcarra, 2002).

Lo anterior nos lleva a pensar en una cuestión sustantiva respecto al carácter ambiguo que adquiere la reproducción del patrimonio agroalimentario. Por una parte, se soslayan las injusticias sociales que padecen las mujeres y se legitima la violencia simbólica de la tradición, mientras que, en otro sentido, se les sobrecarga la responsabilidad de velar por el patrimonio y protegerlo (Vizcarra, Thomé & Rincón, 2013). Aun en estas condiciones, la mayoría de los países que producen maíz nativo tienen un alto porcentaje de población joven femenina, cuyo índice de desarrollo humano oscila entre indicadores muy bajos y medios (Sternadt, 2013). Ello sugiere un proceso de feminización de la región y un cambio en las condiciones materiales de existencia de estas mujeres, pues las existentes han provocado la marginación, la pobreza y el éxodo masculino y juvenil. Al menos, las mujeres jóvenes podrán ser agentes de cambio si aseguran el acceso legítimo a la tierra y el control de los recursos naturales (Vizcarra, 2014). Aunado a ello, del aumento en los niveles de educación, el aplazamiento de la maternidad, la baja fecundidad y el acceso a la información se puede inferir que la inversión pública para la conservación del maíz nativo influirá en el protagonismo de las mujeres jóvenes en la conversión de sistemas de producción patriarcales para la protección de maíces nativos, al constituirse en una masa crítica² feminizada frente a estos cambios estructurales y de paradigma (IICA-ASDI, 2001; Vizcarra *et al.*, 2013).

Otros escenarios que impiden del relevo generacional en la producción de maíces nativos

En las últimas dos décadas, la poblaciones rurales están teniendo transformaciones que amenazan violentamente sus modos de vida. Fenómenos que sin duda aceleran

² La noción de masa crítica implica la cantidad última requerida de sujetos sociales cuya agregación al resto que ya se había reunido es suficiente para impulsar el cambio social frente a un estado crítico determinado (Vigil, 2011).

el éxodo de jóvenes y que han afectado tanto la transformación de los usos del suelo como la composición y dinámica de las estructuras sociales. El más visible es la creciente violencia asociada al narcotráfico y el crimen organizado. En 2012, la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, 2012) publicó un informe en el que describe la magnitud del fenómeno. Uno de los puntos que es posible destacar del informe son las actividades delictivas grupales como el tráfico de drogas, armas, personas y órganos, que no respetan fronteras ni leyes. El perfil de la población involucrada en estos actos es de jóvenes, mayoritariamente hombres, entre los 12 y 20 años de edad; provenientes del medio rural o pertenecientes a pueblos indígenas, de bajos recursos económicos y de baja escolaridad. El fortalecimiento de los grupos delictivos y la formación de nuevas pandillas tienen mucho que ver con la falta de oportunidades para esta población. Así mismo, la disputa por “plazas” entre “cárteles” nacionales o transnacionales y las estrategias binacionales gubernamentales para combatirlos han traído como consecuencia que los territorios rurales se conviertan en escenarios de violencia, muerte y desolación, lo cual propicia condiciones que favorecen el reclutamiento de más jóvenes de ambos sexos para que se incorporen a estos grupos delictivos.³

La migración internacional, legal o indocumentada, aparece como una escapatoria a esas realidades, pero este fenómeno forma parte del mismo contexto delictivo transnacional, en que los migrantes centroamericanos son presa fácil de las bandas de traficantes de personas en su tránsito por México (Carrasco, 2013). Ante esta situación, las condiciones de vulnerabilidad y riesgo se incrementan debido a los importantes cambios en el perfil sociodemográfico de mexicanos y centroamericanos que intentan pasar en forma ilegal a Estados Unidos. Además de hombres y jóvenes en edad productiva, en los últimos años emigran familias enteras, niños y niñas sin acompañamiento y mujeres jóvenes e incluso embarazadas (Conapo, 2012). Por otra parte, la abundante literatura al respecto muestra más un panorama desolador que un aliciente para los sistemas de producción campesinos que trasciende las fronteras mexicanas. La mayor parte de las remesas e ingresos no agrícolas por lo general son invertidos en pequeños negocios, en la construcción de casas en las parcelas y, en menor medida, en sistemas de producción rentables y de fácil acceso a los circuitos comerciales, como las hortalizas (Zamora y Orozco, 2009).

A estos escenarios se les suma el desarrollo de megaproyectos transnacionales de explotación y aprovechamiento de recursos naturales que la región ofrece,⁴ sin

³ Para leer más, véase <http://www.animalpolitico.com/2013/07/mapa-centroamericano-de-los-carteles-mexicanos/#ixzz2zS8kKOFv>; <http://alainet.org/active/52417>

⁴ Para saber más sobre los más de 150 megaproyectos instalados en México y Centroamérica, véase www.proceso.com.mx/?p=370264

que las poblaciones locales participen en la distribución equitativa de los beneficios o ganancias. Por el contrario, algunos estudios han demostrado que el despojo de sus tierras ha provocado una nueva ola de movimientos sociales reivindicativos de la autonomía y de protesta social por la explotación de los recursos y la contaminación que causa, misma que afecta la calidad de vida de las poblaciones locales (Ibarra, 2012). En este contexto, los y las jóvenes tienen la desventaja de participar en los movimientos sociales o ser absorbidos por los megaproyectos como mano de obra barata.

Por otra parte, la constante amenaza de liberación de semillas transgénicas y el impulso de convertir el maíz en biocombustible (etanol), con el auspicio de monopolios biotecnológicos y una política neoliberal agroalimentaria, se ha convertido en una tribuna política, social y científica en México y otros países de América Latina (Álvarez Buylly & Piñeiro Nelson, 2014).

Otro escenario digno de mencionar es la agresiva política social para combatir el hambre y la pobreza, pero no para incentivar la producción local. Por una parte, los programas de corte asistencial, focalizados y de transferencias monetarias condicionadas, han sido diseñados para que las madres de familias se corresponsabilicen en llevar a cabo con éxito los programas; sin embargo, sólo han fomentado la reproducción de los vicios paternalistas-patriarcales que han subsumido a programas antecesores, los cuales no transforman de fondo la pobreza estructural y sistémica, dejando así a las mujeres beneficiarias en una condición de subordinación ante el Estado (véase Enríquez & Ortale, 2012). Por otra parte, la instrumentación de este tipo de políticas asistencialistas se muestra como un sistema ineficiente para plantear perspectivas de vida a los y las jóvenes de las comunidades rurales (Contreras, 2001; Ruiz, 2008). En este sentido, cualquier mirada desde el Estado hacia los y las jóvenes siempre los someterá a una categoría subordinada, desprovista de su propia conciencia individual y colectiva.

Aproximaciones metodológicas para valorar el desarrollo de la conciencia

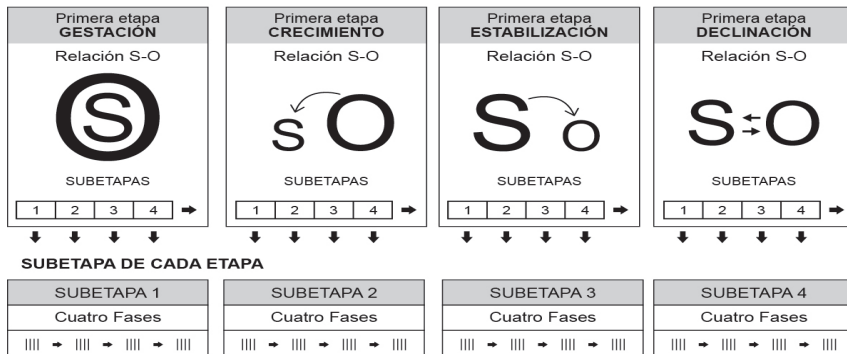
De acuerdo con lo planteado anteriormente, es posible que la respuesta esté en la revaloración del maíz nativo mediante el desarrollo de la conciencia social, entendida como las creencias compartidas y las actitudes éticas y morales que funcionan como una fuerza unificadora dentro de la sociedad.

Para estar más conscientes a partir de la experiencia vivida se requiere reconocer el objeto intencionado, que en nuestro caso es el maíz nativo, y comprender al sujeto en relación con éste, es decir a los y las jóvenes rurales, y finalmente nombrar la relación en un ejercicio dialéctico entre los conocimientos y experiencias; las aspiraciones, los deseos y el lenguaje corporal, que en lo individual, pero también en

lo colectivo, se tiene sobre la realidad. Se logra así identificar la etapa de desarrollo de la conciencia colectiva e individual.

Para ello tomamos el método que ofrece Vigil (2011), que consta de cuatro etapas (véase figura 1):

FIGURA 1. Simbología de la formación de las cuatro etapas.



Fuente: Vigil (2011, p. 95).

1. *El sujeto (S)* (productor-a o consumidor-a) emerge sólo cuando establece una relación con un objeto reconocible (el maíz). El primer paso de darse cuenta se da mediante un proceso subjetivo que configura una vía válida de inicio para desarrollar el conocimiento profundo de la problemática compleja que amenaza la continuidad del maíz nativo y de la alimentación humana.
2. *El objeto (O)* es la realidad de la que se da cuenta el sujeto, que en este caso sería el cultivo de maíz amenazado. Él puede ser conocido e intervenido, por ejemplo, a través de esfuerzos por su conservación.
3. *La relación (S-O)* es la acción de darse cuenta de la realidad, es decir, de que existe una subjetividad que toma por primera vez conciencia del problema de la amenaza. Emerge de la relación directa con los efectos que la crisis produce en la vida cotidiana.
4. *La conciencia* es darse cuenta de la realidad, es la incidencia de interacciones surgidas de la relación entre sujeto y objeto. En este caso estaríamos hablando de la emergencia de estrategias para la preservación del maíz como las postuladas en el apartado anterior.

Ahora bien, una vez definidos los elementos requeridos para desarrollar la conciencia, el método propuesto por Vigil (2011) sugiere que existen cuatro etapas (véase figura 1).

1. La primera se refiere a la preconciencia o a una etapa de confusión en que el sujeto (S) no emerge del objeto (O), no se da cuenta de la realidad y vive a través de los instintos. Es potencialmente sujeto, pues sólo se define como tal cuando se da cuenta de la realidad (O) y la puede nombrar. En otras palabras, los y las jóvenes rurales no se dan cuenta de la importancia de conservar los maíces nativos porque no logran visualizar todas las amenazas que representan su pérdida.
2. En la segunda etapa surge él o la sujeto. Sale del objeto y establece una relación con la realidad. Sin embargo, esta realidad domina la relación del sujeto. Este tipo de relaciones se establecen a través de las emociones, desarrollando una relación colectiva. Se entiende, así, que los y las jóvenes comienzan a darse cuenta de la importancia que tiene la conservación del maíz en sus lugares de origen para salvaguardar su soberanía y seguridad alimentaria; sin embargo, los contextos para lograrlo rebasan su nivel de comprensión para comprometerse en una acción consciente.
3. Para pasar a una tercera etapa se requiere que se instale el conocimiento que se va adquiriendo en su experiencia para dominar al objeto (O). Es una conciencia individual, basada en la experiencia propia, pero que se comparte colectivamente. Puede decirse que el razonamiento analítico y de dominio de S hacia O es en esta etapa, en que crean los mecanismos de control y de poder para mantener el orden de la dominación. En este sentido, los y las jóvenes que experimentan cambios en su vida gracias a mejores niveles de educación formal, migración, trabajo extraagrícola, contacto con redes sociales y nuevas tecnologías de comunicación, con lo que comienza un proceso de empoderamiento sobre el objeto. Defienden la importancia de la conservación de los maíces nativos y son capaces de enfrentar, en movimientos, a los poderes fácticos de dominación.
4. En la cuarta etapa, la fuerza del servicio a la comunidad y a la sociedad en su conjunto con empatía, justicia e igualdad llega al posicionamiento del desapego entre S y O, y se eleva la conciencia a un nivel de trascendencia, donde otra realidad es posible. Es la conciencia del cambio social trascendental. Difícilmente se alcanza esta etapa pues se requieren otros elementos que comprenden la conciencia de cómo es la construcción de una masa crítica dispuesta a promover el cambio. Ciertamente se trata de una etapa utópica, pero al menos marca un rumbo para las futuras generaciones.

Siendo así, para pasar de una etapa a otra se requieren al menos dos elementos. El primero son las relaciones y experiencias vividas; con el paso del tiempo se va creando una reflexión sobre ellas hasta el punto de poder nombrar con un lenguaje accesible la relación y la realidad. Por ejemplo, cultivar el maíz nativo para preparar los alimentos diarios y dar de comer, porque a ellas se les asigna el rol de cuidar día a día la alimentación de su familia. Cuando se está realizando la actividad poco a poco o desde el inicio, llegan a su pensamiento los cuestionamientos de ¿por qué

yo?, ¿por qué no me lo agradecen?, ¿por qué no me lo reconocen? O bien, si no fuera por mí; si no lo hago yo, ¿entonces quién?, etcétera.

La segunda se refiere a la *masa crítica*. O sea, la cantidad última requerida de elementos fractales, cuya agregación al resto que ya se había reunido es suficiente para impulsar el cambio a la siguiente fase o etapa del desarrollo de la conciencia. Siguiendo con el ejemplo anterior, el último elemento es cuando llega el sentimiento y la reflexión individualizada sobre: “si yo no salvo mi maíz, entonces qué vamos a comer”. Este sentimiento es compartido por las demás mujeres de la comunidad, lo que da lugar a una conciencia colectiva para pasar a otro nivel de acción, que podría ser una organización social de mujeres campesinas en defensa del maíz nativo.

El método tiene al menos tres reglas ineludibles:

- La más importante es definir desde el inicio al objeto o realidad observable y el o la sujeto que establecerá una relación con ésta.
- Nunca se pueden saltar las etapas. En el recorrido de las etapas del desarrollo de la conciencia, son consecutivas e indispensables para alcanzar la conciencia plena y transcendental (1, 2, 3 y 4). El recorrido se realiza mediante la fractalización y de la masa crítica.
- Una vez superada una etapa, ya no hay regreso a la anterior o las que la preceden. Lo adquirido, reflexionado, vivido y experimentado es acumulativo, de ahí las claves de la evolución. Ciertamente, un sujeto puede pasar toda su vida en una etapa porque no logra acumular los suficientes elementos para alcanzar la masa crítica y superarla. Pero eso depende de cada relación entre O y S.

Cabe mencionar que en cada etapa se encuentra una subdivisión en subetapas, las cuales corresponden al camino de la fractalización y al recorrido indispensable para la formación de la masa crítica. A su vez, cada subetapa puede contener las subetapas necesarias para darse cuenta de la realidad, es decir, el objeto con el que se relaciona el sujeto está formado de objetos menores, de tal forma que pueden atar al sujeto en relaciones mínimas pero no importantes, y que pueden sujetar una relación a un estadio inicial, como puede ser la enajenación al trabajo doméstico.

Existen también objetos mayores que marcan cada relación, como son los fenómenos sociales que rebasan la comprensión de los propios sujetos y, por lo tanto, limitan el desarrollo de una conciencia social plena. Entre estos fenómenos se pueden nombrar el calentamiento global y sus consecuencias en el cambio climático y los mecanismos de control social capitalistas y patriarcales que generan violencia, inseguridad y desigualdades sociales. No obstante, gracias a la promoción de una formación de cada vez más sólida masa crítica, pueden existir otros niveles de realidad circunscritos a escenarios factibles de cambio que ofrezcan un futuro deseable para las siguientes generaciones.

Escenarios para el relevo generacional y el desarrollo de la conciencia social para la conservación de maíces nativos

En efecto, a pesar de los escenarios reales que mantienen en tensión y amenazan un posible relevo generacional para preservar los maíces nativos, es factible promover un desarrollo de la conciencia que favorezca la integración de jóvenes de ambos géneros, a quienes en un futuro próximo se les podría asignar la responsabilidad de mantener este recurso estratégico agroalimentario y de bioseguridad. Se trata de evaluar cuatro elementos constitutivos para que esta transición se concrete.

Elementos en la formación de masa crítica

Acceso a los recursos del sistema productivo de maíz nativo

Uno de los aspectos sustantivos para generar condiciones de relevo generacional en la producción de maíz nativo es garantizar el acceso a las condiciones de producción del propio recurso. Particularmente, se refiere al acceso de las mujeres jóvenes a tierras de calidad, granos seleccionados y agua, pues debido a que se ha privilegiado la lógica de desposesión femenina como mecanismo de control económico y corporal hacia las mujeres, ellas han desarrollado estrategias femeninas para lograr un reposicionamiento social en los procesos de producción y consumo campesinos. Aunque estos procesos son lentos y poco visibles, existen varias referencias sobre la relación entre el acceso a estos recursos y el apego al terruño, sus actividades productivas y sus reivindicaciones femeninas (Belsey & Ghatak, 2010; Ayalew, Deininger & Goldstein, 2014). Esto constituye sin duda un elemento primordial para la construcción de una masa crítica desde las jóvenes.

Transformaciones institucionales

Entre otros aspectos para el cambio social al que nos referimos en este trabajo se encuentra la capacidad de renovar las instituciones. Es decir, existe la necesidad de generar instituciones inclusivas que permitan a las jóvenes mujeres rurales tener voz y voto en las estructuras organizativas locales, aspecto cada vez más evidente en diversas comunidades rurales, pero que aún está lejos de ser una realidad plenamente consolidada (Perrachon, Rodríguez, Franca, Toledo, Blixen, Cabrera & Vernengo, 2013). Es importante que dichas transformaciones se materialicen mediante una formalización jurídica que dé certeza a la continuidad y los derechos de

las mujeres rurales sobre las tierras y ello permita generar identidades y arraigo con los sistemas productivos locales (Ayalew *et al.*, 2014).

Una nueva forma de relaciones institucionales sólo puede lograrse con sujetos cada vez más conscientes de su condición, ya sea de subordinación o de dominación, donde el motivo sea mejorar las condiciones de vida de los sujetos relacionados. Este elemento es clave para pasar de una etapa de conciencia a otra.

Innovaciones productivas

Como ya se comentó, la producción y transformación del maíz nativo requiere arduas jornadas de trabajo, que no necesariamente son compatibles con las aspiraciones de las jóvenes rurales, entre las que destacan el deseo de estudiar, tener tiempo libre y desarrollar otras actividades productivas no agropecuarias. Frente a este hecho aparentemente excluyente existe la posibilidad de innovar en la producción de maíces nativos como un mecanismo para liberar tiempo destinado a la realización integral de las juventudes rurales (Do & Iyer, 2008). Es posible innovar el objeto maíz nativo a través de reinventar los soportes tecnológicos y los conocimientos locales que lo definen. En otras palabras, pasar de un objeto atado a la pobreza y la opresión femenina a un objeto saturado de valores renovados y emancipatorios con que los y las jóvenes encuentren un proyecto de vida digno y sustentable.

Reivindicación social de los productores de alimentos

Una condición para vincular a las juventudes con la producción de alimentos es que la propia actividad sea valorada socialmente a través del respeto a los derechos humanos. En este sentido, nos referimos a la necesidad de imbuir múltiples sentidos a la ruralidad (Adriansen & Masden, 2004) sin perder la visión crítica sobre las asimetrías sociales sino proponiendo nuevas coordenadas en que aquel que alimenta al cuerpo humano y al cuerpo social (Muchnik, 2006) tenga un lugar importante en las estructuras societarias. El autorreconocimiento es parte fundamental del desarrollo de la conciencia individual, pero también el reconocimiento de los terceros fortalece la identidad en los procesos evolutivos para lograr los cambios sugeridos. De ahí que el trabajo rural que realizan los y las jóvenes deba ser apreciado tanto en una dimensión axiomática como en una económica, pues el derecho al trabajo digno en su lugar de origen y con todos los privilegios de las juventudes nacionales se convierte en el cuarto elemento indispensable para un relevo generacional que garantice la conservación futura de los maíces nativos.

Consideraciones finales

La juventud rural es un concepto en constante redefinición, que busca integrarse a un proceso de pertenencia reconocida socialmente en un mundo hostil y carente de oportunidades para asegurar su desarrollo personal e integridad humana. Desde generaciones atrás se ha constatado que los hogares rurales ya no pueden vivir de sus actividades agrícolas, por lo que los ingresos obtenidos del trabajo extraagrícola de los y las jóvenes han formado parte de las estrategias sociales de reproducción campesina. Hoy el resguardo de la agrobiodiversidad se ha convertido en una prioridad para la sociedad en su conjunto; sin embargo, para que los y las jóvenes, en convivencia de equidad de género, se conviertan en protagonistas clave del resguardo patrimonial agroalimentario mediante la conservación de maíces nativos se requiere la creación de condiciones favorables para desarrollar una conciencia social que dignifique su condición humana y respete sus derechos laborales, a no migrar, a tener una vida libre de violencia y a ser incluidos como sujetos en las políticas de desarrollo rural.

Así, la conciencia social se constituye en un elemento sustantivo para la conservación del maíz nativo, dado que implica darse cuenta de la propia posición en la realidad, y es importante para la sociedad el papel de quienes producen y transforman los alimentos. En este sentido, el presente ensayo abre el debate para pensar en una pedagogía del cambio social basada en el trabajo colectivo para alcanzar otros niveles de conciencia que ayuden a superar las actuales crisis de transición que enfrenta el campo como una vía para garantizar la reproducción de los alimentos y las sociedades.

Referencias

- Adriensen, H. K. & Masden, L. M. (2004). Constructing multiple ruralities: practices and values of rural dwellers. En Holloway, L. & Kneafsey, M. (eds.), *Geographies of rural cultures and societies* (79-99). Aldershot: Ashgate.
- Almekinders, C. & Thiele (2003). Después de todo, qué hacer con las semillas para pequeños productores? *Cultivos Tropicales*, 24(4), 5-8.
- Álvarez Buylla, E., Carreón, A. & San Vicente, A. (2011). *Haciendo milpa. La protección de las semillas y la agricultura campesina*. México: UNAM.
- Álvarez Buylla, E. & Piñeiro Nelson, A. (coords.) (2014). *El maíz en peligro ante los transgénicos. Un análisis integral sobre el caso de México*. México: UCCS.
- Ayalew, D., Deininger, K. y Goldstein, M. (2014). Environmental and gender impacts of land tenure regularization in Africa: pilot evidence from Rwanda. *Journal of Development Economics*, XX, 1-14.

- Balardini, S. (2002). *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Bartra, A. (2011, 17 de septiembre). Erosión que no cesa. *La Jornada del Campo*, 48.
- Belsey, T. & Ghatak, M. (2010). Property rights and economic development. En Rosentzweig, M. R. & Rodrik, D. (eds.), *Handbook of economic development* (vol. V). Oxford, Amsterdam: Elsevier.
- Boege, E. (2008). *El patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México. Hacia la conservación de la biodiversidad y agrobiodiversidad en territorios de los pueblos indígenas*. México: INAH-CDI.
- Carrasco, G. (2013). La migración centroamericana en su paso por México hacia Estados Unidos. *Alegatos*, 83, 169-194.
- Casado, S., González, J. M., Varela, F., Roselló, J., Carrascosa, M., Soriano, J. J. & Camarrillo, J. (2010). *Estudio-diagnóstico sobre la biodiversidad cultivada y la agricultura ecológica*. Sevilla: AFFER, SEAE.
- Consejo Nacional de Población (CANAPO) (2012). Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos. *El estado de la migración*. México: Conapo.
- Contreras, D. (2001). Política social de juventud: ¿excluir o integrar a qué? *Última Década*, 9(14), 49-64. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362001000100003&lng=es&tlng=es.10.4067/S0718-22362001000100003.
- Dirven, M. (2002). *Las prácticas de herencia de tierras agrícolas: ¿una razón más para el éxodo de la juventud?* Santiago de Chile: CEPAL.
- Do, Q. T. & Iyer, L. (2008). Land titling and rural transition in Vietnam. *Economic Development and Cultural Change*, 56(3), 531-579.
- Durston, J. (1998). *Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Durston, J. (2001). Juventud rural y desarrollo en América Latina: estereotipos y realidades. En Donas Burak, S. (comp.), *Adolescencia y juventud en América Latina* (99-16). San José, Costa Rica: LUR.
- Enríquez, R. & Ortale, S. (coords.) (2012). *Políticas sociales, participación y género. Estudio de programas sociales en Latinoamérica*. Guadalajara: ITESO.
- Flores, M., Vizcarra, I., Chávez, C. & Arciniega, A. (2014). El grupo de alimentos maíz en la estructura energética de la dieta de madres de hogares productores de maíces nativos en dos comunidades del centro de México. *Revista Española de Nutrición y Dietética*, 18(2), 68-73.
- Herrera, C., Castillo, F., Sánchez, G., Ortega, P. & Goodman, M. (2004). Caracteres morfológicos para valorar la diversidad entre poblaciones de maíz en una región: caso la raza chalqueño. *Revista Fitotecnia Mexicana*, 23, 335-353.
- Ibarra, M. V. (2012). Espacio: elemento central en los movimientos sociales por megaproyectos. *Desacatos*, 39, 141-158.
- Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) & Autoridad Sueca

- para el Desarrollo Internacional (ASDI) (2001). *Género en el desarrollo rural sostenible, una respuesta a un nuevo paradigma*. Costa Rica: IICA,ASDI.
- Kato Y., T. A., Mapes, C., Mera, L. M., Serratos, J. A. & Bye Boettler, R. A. (2009). *Origen y diversificación del maíz: una revisión analítica*. México: UNAM.
- Kessler, G. (2005). Juventud rural en América Latina. Panorama de las investigaciones actuales. En Bruniard, R. (coord.), *Educación, desarrollo rural y juventud* (99-116). Buenos Aires: UNESCO-IIPE, FIDA.
- Kliksberg, B. (2007). *Más ética, más desarrollo* (13ª ed.). Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Mercado, P. y Nava, R. M (2013). Calidad de vida y expectativas de migración en jóvenes de zonas rurales del Estado de México. *Población y Salud en Mesoamérica*, 10(2), 1-19. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/446/44625652004.pdf>
- Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa.
- Muchnik, J. (2006). Identidad territorial de los alimentos: alimentar el cuerpo humano y el cuerpo social. En Álvarez, A., Boucher, F., Cervantes, F., Espinoza, A., Muchnik, J. & Requier-Desjardins, D. (eds.), *Agroindustria rural y territorio* (t. I, *Los desafíos de los sistemas agroalimentarios localizados*). Toluca: CICA,C3ED, IICA, CIRAD, Universite de Versailles SYAL.
- Muñoz, E. (2001). *Biotecnología y sociedad. Encuentros y desencuentros*. Madrid: Cambridge University Press.
- Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) (2012). Delincuencia organizada transnacional en Centroamérica y el Caribe. Una evaluación de las amenazas. Recuperado de www.unodc.org
- Ortega Paczka, R. (2007). *Diversidad genética del maíz mexicano*. Recuperado de <http://pewagbiotech.org/events/0929/presentations/ortega.pdf>
- Perales, H., Brush, B. S. & Qualset, O. C. (2003). Landraces of maize in central Mexico: an altitudinal transect. *Economic Botany*, 57(1), 7-20.
- Perrachon, J., Rodríguez, P., Franca, B., Toledo, M., Blixen, C., Cabrera, G. & Vernengo, J. (2013). Cómo viven las familias el relevo generacional. Una contribución para una transición armónica. Seminario-taller hacia una política de apoyo al relevo generacional. Recuperado de http://www.cnfr.org.uy/uploads/files/Borrador_de_Seminario_Taller_Hacia_una_politica_de_apoyo_al_relevo_generacional.pdf
- Ruiz, F. (2008). ¿Nacer en el campo-morir en la ciudad? Exclusión y expulsión de los jóvenes de áreas rurales de América Latina. *Revista electrónica Teoría de la Educación*, 9(2), 181-195.
- Salinas Moreno, Y., Rubio Hernández, D. & Díaz Velázquez, A. (2005). Extracción y uso de pigmentos del grano de maíz (*Zea mays* L) como colorante en yogur. *Archivos Latinoamericanos de Nutrición*, 55, 293-298.
- Stempler, G. L. (1988). *A study of succession in family owned businesses*. UMI Dissertation Services.

- Sternadt, D. (2013). Género y juventud rural. Construyendo capital social en las comunidades: buenas prácticas desde las mujeres y los jóvenes. Recuperado de <http://www.rlc.fao.org/es/conozca-fao/prioridades/agricultura-familiar/baf/2013-09/genero-y-juventud-rural/>
- Toledo, V. (2013). El metabolismo social: una nueva teoría socioecológica. *Relaciones*, 136, 41-71.
- Vigil, G. (2011). *Las claves de la evolución de la conciencia*. Guadalajara: Editor Gabriel Vigil.
- Vizcarra, I. (2002). *Entre el taco mazahua y el mundo. Las relaciones de poder, resistencia e identidades*. México: Gobierno del Estado de México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Vizcarra, I. (2012). Inseguridad social y alimentaria: praxis de la violencia estructural. Obesidad y diabetes en poblaciones rurales del Estado de México. En Hernández, M. y Meléndez, J. (coords.), *Alimentación contemporánea. Un paradigma en crisis y respuestas alternativas* (105-132). Hermosillo: Centro de Investigación en Alimentos y Desarrollo, A.C.
- Vizcarra, I. (comp.) (2014). *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI; localismos, transnacionalismos y protagonismos*. México: Plaza y Valdés, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Vizcarra, I., Thomé, H. & Rincón, A. G. (2013). Los maíces nativos en las estrategias alimentarias campesinas feminizadas frente al cambio climático. Debates biocientíficos y ecofeminismo crítico. *Veredas*, 14(27), 43-67.
- Vizcarra, I. & Thomé, H. (2014). La construcción de los sistemas agroalimentarios complejos (caso maíz). Retos y perspectivas teórico metodológicas para un abordaje transdisciplinario. En Guerra, R., Gascón, P. & Vizcarra, I. (coords.), *Reflexiones en torno a la complejidad y la transdisciplina*. México: UAM-X y UAEM, 165-184.
- Zamora, R. & Orozco, M. (coords.) (2009). *Migración internacional, remesas y desarrollo local en América Latina y el Caribe*. México: Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas.

Camponeses na universidade: a criação do Mestrado em Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe

Bernardo Mançano Fernandes

Universidade Estadual Paulista - UNESP

Recepción: 28/noviembre/2014 Aceptación:3/junio/2015

Resumo Em 2013, foi criado o Mestrado em Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe (TerritoriAL) no Instituto de Políticas Públicas e Relações Internacionais (IPPRI) da Universidade Estadual Paulista (UNESP), com o apoio da Cátedra UNESCO de Educação do Campo e Desenvolvimento Territorial, em parceria com a Via Campesina e convênio com a Escola Nacional Florestan Fernandes (ENFF) do Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST). Este é o primeiro Programa de Pós – Graduação dirigido preferencialmente à população camponesa com o objetivo de acelerar o desenvolvimento de seus territórios. Apresentaremos nossa leitura da construção deste Mestrado, abordando-a desde as origens do processo de criação da Educação do Campo, um paradigma teórico-político construído na relação de movimentos socioterritoriais do campo com universidades e governos. Esta relação constituiu políticas afirmativas que ampliaram o acesso do campesinato aos diversos níveis de ensino, inclusive à universidade. Analisaremos a história desse processo que ocorreu dentro do Programa Nacional de Educação para a Reforma Agrária (PRONERA), instituído em 1998 e que tratou da Educação no Campo em todos os níveis, ou seja desde a alfabetização até o ensino superior. O PRONERA nasceu como uma das principais políticas públicas emancipadoras dos territórios do campesinato brasileiro e o TerritoriAL também tem como objetivo a proposição de novas políticas públicas para o desenvolvimento desses territórios, através da pesquisa e da tecnologia. Este projeto é voltado principalmente para os jovens e as jovens camponesas das comunidades e dos movimentos vinculados à Via Campesina.

PALAVRAS-CHAVE: campesinato, desenvolvimento territorial, construção do conhecimento.

PALABRAS CLAVE: campesinado, desarrollo territorial, construcción del conocimiento.

KEYWORDS: peasants, territorial development, construction of the knowledge.

Introdução

Neste artigo, apresentamos um relato sobre a criação de um programa mestrado voltado para o desenvolvimento de territórios camponeses. Este relato está baseado em um debate teórico e político, porque está associado às disputas territoriais materiais e imateriais dos modelos de desenvolvimento para o campo. Para compreender como foi possível criar o que possivelmente seja o único mestrado voltado exclusivamente para os territórios camponeses, apresentamos um ensaio teórico que denominamos de debate paradigmático e como foram construídos os processos, as ideias, os projetos, os cursos, os programas e as políticas públicas que possibilitassem chegar à condição de oferecer aos pequenos agricultores, camponeses, agricultores familiares um mestrado voltado para pensar seus futuros.

A possibilidade de construir um programa de doutorado é o futuro próximo e estamos ampliando nossas relações com programas de pós-graduação em desenvolvimento territorial na América Latina e Caribe voltados para os territórios camponeses com o objetivo de criarmos uma rede acadêmica especializada nos estudos camponeses. São perspectivas que nasceram na década de 1990 e que se desenvolveram por meio de disputas paradigmáticas e territoriais, como demonstramos neste artigo.

A criação do Mestrado em Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe (TerritoriAL) é mais do que um projeto acadêmico. É o encontro de diversas ideias construídas no diálogo e embate entre os próprios parceiros, porque o consenso é formado por diferentes concepções que tornam possível a realização de um projeto. Nosso desafio tem sido unir competências e interesses da universidade e dos movimentos camponeses para realizar um curso de pós-graduação que atenda aos objetivos de promover o desenvolvimento territorial sustentável, inclusivo e todas as adjetivações que promovam a manutenção da existência do campesinato com qualidade de vida e respeito às suas identidades e culturas.

O campesinato é um sujeito político que pratica uma relação social baseada em diferentes formas de organização do trabalho: familiar, associativa, comunitária, cooperativa ou qualquer outra denominação que explicita formas solidárias que garantam a sua existência. Esta relação social também tem sido denominada de agricultura familiar¹. Nas sociedades capitalistas, a agricultura familiar ou campesinato está subordinada à relação social hegemônica, ou seja: o modo capitalista de

¹ Considero que todo camponês é um agricultor familiar e que todo agricultor familiar é um camponês. Esta definição é baseada na análise da diferenciação econômica entre camponeses ricos, médios e pobres (na classificação clássica) ou agricultores consolidados, intermediários e periféricos (na classificação contemporânea). A diferenciação econômica é formada principalmente pela renda capitalizada da terra, que subordina ou exclui o camponês/agricultor familiar do modelo hegemônico da agricultura capitalista.

produção, que tem como princípio a produção de mercadorias através da expropriação da riqueza produzida pelo trabalho, gerando desigualdades, destruindo e recriando o campesinato, conforme os interesses da economia capitalista.

O campesinato tem resistido e sobrevivido aos diversos sistemas político-econômicos: escravocrata, feudalismo, capitalismo, socialismo, contudo ainda não conseguiu construir sua própria condição de autonomia na convivência e contestação com outras relações sociais. A coexistência entre campesinato e capitalismo acontece pela conflitualidade permanente, porque em uma relação desigual sempre existirá dominação e resistência, sendo portanto impossível uma convivência pacífica entre relações sociais tão distintas. A desigualdade originada pela renda capitalizada da terra, quando o capitalismo se apropria da riqueza produzida pelo trabalho do campesinato, tem gerado pelo menos três níveis de condições de existência do campesinato, desde os mais capitalizados aos mais pobres.

Uma pequena parcela do campesinato, em torno de 10%, está capitalizada e altamente subordinada às regras do sistema capitalista, que significa dizer: escravo do mercado capitalista, porque a ele está preso e não existe outra condição de venda da sua produção, por causa da ditadura do capitalismo. Esta parcela de dez por cento tem uma renda satisfatória, que é na verdade uma espécie de concessão das corporações capitalistas à submissão destes camponeses ou agricultores familiares ao modelo capitalista de desenvolvimento da agricultura, denominado de agronegócio. Uma parte destes camponeses/agricultores familiares se transformará em capitalistas e outra parte continuará subalterna e poderá se manter nesta condição ou empobrecer.

Uma outra parcela do campesinato, em torno de 40%, está procurando se capitalizar na longa fila de espera para entrar no mercado capitalista. É o triste caminho da subordinação, mas ele não encontra outra opção a não ser produzir somente para autoconsumo, condição que não lhe garante qualidade de vida na sociedade moderna. Pior ainda é a situação da parcela mais empobrecida, em torno de 50%, que vive da ajuda governamental, quando existe. Esta parcela é a mais ameaçada pela expropriação e proletarização, ou seja está em processo de destruição. Depois de três décadas de pesquisas sobre o campesinato, estou convencido, de que o mercado capitalista não pode ser a única opção. As condições que o capitalismo oferece ao campesinato são: subordinação ou pobreza.

Existe outra possibilidade de desenvolvimento para o campesinato que são sejam as vias da subordinação e da expropriação? Penso que esta seja a principal questão para o TerritoriAL. Um curso de pós-graduação voltado para o desenvolvimento territorial do campesinato não poderia ignorar a responsabilidade de pensar este elemento estrutural da questão agrária. Entendo que aqueles que se dedicarem a responder esta questão são mestres camponeses. Compreendo que educadores e

educandos têm debatido esta questão em pelo menos duas perspectivas: uma é a socialista, que com fim da URSS, a expansão do capitalismo chinês e a resistência de Cuba, precisa ser reinventada; a outra, que também está contida na anterior, é o desenvolvimento de pesquisas para elaborar propostas de minimização da perda da renda dos camponeses e da criação de tecnologias e mercados sob as regras do modo camponês de produção. Evidente que não há consenso a respeito dessas perspectivas, mas acredito que é por meio deste debate que os mestres camponeses procuram construir as leituras e as práticas cotidianas.

Estes caminhos se encontram a todo momento nas perspectivas de superação da expropriação e da destruição do campesinato. Como temos afirmado, o território é a condição de existência do campesinato, de modo que o TerritoriAL deve contribuir para a melhor compreensão da produção territorial do mundo camponês, suas formas de subordinação, resistência e superação. Temos certeza que o modelo de desenvolvimento do capitalismo e suas tecnologias não são apropriadas para o desenvolvimento de um campesinato autônomo. As tecnologias capitalistas podem ser referências para criação de tecnologias camponesas, respeitando-se os princípios das diferenças escalares e das relações sociais e, principalmente, lutando contra o princípio capitalista de destruição do campesinato. Contudo, é fundamental recuperar tecnologias camponesas abandonadas para uso de tecnologias criadas a partir das necessidades das relações sociais capitalistas.

Para construir estes caminhos é fundamental que os professores e alunos se desafiem a inovar, sejam ousados, pois a condição que o TerritoriAL possui é singular, porque reúne pesquisadores voltados a estes princípios, sejam os educandos originários dos territórios camponeses, sejam os educadores especialistas nos estudos desses territórios a partir de diversas áreas do conhecimento. Este caminho está sendo construído há pelo menos três décadas, este é o tempo que vem germinando e nascendo a Educação do Campo. Neste artigo, iniciaremos com a insurgência da Educação do Campo no âmbito do debate paradigmático na relação teoria/realidade. Deste processo passamos para a construção do PRONERA e a realização o Curso Especial de Geografia no campus de Presidente Prudente da UNESP, de 2007 a 2011. Após esta breve história, abordamos a criação do TerritoriAL, discutindo seu processo de formação em perspectivas.

A insurgência da Educação do Campo e o debate paradigmático

Existem conjuntos de teorias que procuram explicar os modelos de desenvolvimentos da agricultura camponesa e da agricultura capitalista, suas relações de subordinação e resistência, ou negá-las. Tenho afirmado que estas teorias compõem o debate paradigmático (Fernandes, 2013), em que os trabalhos produzidos a partir

do paradigma da questão agrária diferenciam os modelos de desenvolvimento entre campesinato e capitalista, enquanto o paradigma do capitalismo agrário compreende o modelo capitalista como totalidade e o campesinato inserido neste sistema. Esta compreensão totalitária, que não enxerga além de seu próprio sistema, entende como “natural” o processo de destruição do campesinato pelo capitalismo, porque em sociedades competitivas os mais fracos são eliminados. Os paradigmas são pensamentos que produzem conhecimento, interpretando a realidade, e produzem as bases para a elaboração de políticas públicas e privadas. Portanto, os paradigmas produzem as condições essenciais para o desenvolvimento territorial, ou seja são pontos de partidas e de chegadas, já que projetam e avaliam as teorias e as políticas transformando a realidade.

Quando falamos em desenvolvimento, estamos nos referindo à sua multidimensionalidade e, portanto, quando pensamos o desenvolvimento da agricultura, não esquecemos da educação necessária para que este desenvolvimento ocorra. Essa condição começou a ser pensada, desde o paradigma da questão agrária, a partir do Setor de Educação do Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST), na construção da Pedagogia do Movimento (Caldart, 2000) e tem como marco o Encontro Nacional de Educadoras e Educadores da Reforma Agrária (ENERA), realizado de 27 a 31 de julho de 1997, na UNB, que apoiou o evento juntamente com a Organização das Nações Unidas para Educação, Ciência e Cultura (UNESCO), o Fundo das Nações Unidas para a Infância (UNICEF) e a Conferência Nacional dos Bispos do Brasil (CNBB). Desde este evento, nasceram diversos projetos e políticas de Educação do Campo, sendo que a mais expressiva é o PRONERA.

A insurgência da Educação do Campo veio de um movimento camponês que projetou a educação necessária para o seu desenvolvimento, porque saber e comer são bases da vida que os camponeses têm lutado para proteger. Foi com esta visão que nasceu a educação como parte do desenvolvimento e do território, porque são indissociáveis. Esta mesma via é pensada a partir do paradigma do capitalismo agrário, mas como uma diferença estrutural: a educação é pensada a partir dos princípios do capital e não dos camponeses. Enquanto que no paradigma da questão agrária, a educação é pensada a partir dos princípios do campesinato e não do capital (Camacho, 2014). Assim nascia uma educação camponesa, que tem como referência a sua própria realidade e o TerritoriAL é parte de sua continuação.

O desenvolvimento da agricultura está associado à educação de qualidade. Esta condição ajuda a explicar o porquê da maior parte dos camponeses do mundo viver em condições de extrema pobreza. E o porquê do agronegócio ser extremamente rico. As universidades mais bem conceituadas tem diversos cursos voltados ao agronegócio, mas raramente possuem cursos voltados aos camponeses e outras populações tradicionais. E quando possuem é quase sempre a partir de uma visão

assistencialista. O Relatório de Monitoramento Global de Educação Para Todos da UNESCO, publicado em 2014, mostra o mundo rural possui os piores índices de educação, por exemplo: acesso à escola, qualidade do Ensino Fundamental, acesso ao Ensino Médio e principalmente ao Ensino Superior. Aliás, o acesso à universidade pelos camponeses é considerado um privilégio entre diversas instituições, inclusive para alguns membros dos movimentos camponeses.

O acesso ao nível superior é essencial para o desenvolvimento da agricultura, haja vista a sua complexidade. O saber camponês necessita de tecnologias apropriadas e a ciência é condição *sine qua non* para o seu desenvolvimento. O mundo rural tem sido marcado pela secundarização. E a educação rural foi criada a partir desta visão de resto do mundo. Em muitos lugares, moveis e utensílios que não servem mais para uso no meio urbano vão para o meio rural. Materiais que não são mais usados nas escolas urbanas vão para as escolas rurais. O mundo rural tem sido o mundo da precarização, do resta na cidade. Recentemente, as leituras das novas ruralidades têm rompido com a visão urbanoide e reconhecido o campo como espaço de vida e de produção.

A modernização capitalista da agricultura não possibilitou mudanças dessa realidade, pois gerou intenso êxodo rural, criando o que foi denominado “deserto verde” em analogia às grandes áreas de commodities agrícolas, como por exemplo, monocultivos de árvores, soja e cana de açúcar. São grandes extensões de monoculturas, onde são raras as habitações e os componentes de seu entorno, como são vistas nos territórios camponeses. Ao contrário, a modernização capitalista intensificou as desigualdades, ampliando a exploração e aumentando expropriação. Como afirmamos na introdução deste artigo, o modelo capitalista de agricultura não é o caminho a seguir, embora possa ser uma referência. O bom desafio é construir um novo caminho.

Foi com esta intencionalidade que nasceu a Educação do Campo, romper a visão de resto do mundo e construir uma visão do Campo como espaço de vida, explicando o que é o território camponês e sua importância para o desenvolvimento do país. Explicar que o agronegócio não é uma totalidade, mas uma parte do processo. A Educação do Campo não é só uma pedagogia, é também geografia e matemática, história e física, química e arte, gente e terra, saber e ciência: enfim, trata-se de um paradigma que procura contribuir pra superar as situações de exclusão do meio rural. Países emergentes e pobres são onde esta realidade é marcada por maior desigualdade. Índia e China ocupam o primeiro e segundo lugar com maior número de adultos analfabetos. O Brasil está em oitavo lugar, depois do Paquistão, Bangladesh, Nigéria, Etiópia e Egito (UNESCO, 2014, p. 10).

O Relatório de Monitoramento Global de Educação Para Todos da UNESCO demonstrou que apesar dos países signatários terem se comprometido a melhorar os índices de educação até 2015, nenhum país alcançará as metas propostas

em 2000. São quinze anos de projetos incompletos que continuam vendo o mundo rural como lugar atrasado não merecedor de grandes investimentos. Exceto quando o grande investimento é o agronegócio. Em abril de 2014, realizei um trabalho de campo em Moçambique, onde o agronegócio começa a utilizar as terras dos camponeses para produção agrícola. Eles não têm energia elétrica, água e esgoto, não têm escola, não têm transporte, mas têm suas terras exploradas pelo agronegócio.

Algumas das razões pelas quais os governos não investem em infraestrutura no campo são as isenções fiscais às grandes corporações do agronegócio (UNESCO, 2014, p. 17), criando um círculo de extermínio do campesinato: a isenção fiscal dada ao agronegócio contribui para impedir os camponeses de estudarem, de terem a infraestrutura necessária para o seu desenvolvimento, de modo que sem as condições mínimas de existência, tornam-se vítimas fáceis para serem expropriados pelo agronegócio. A modernização capitalista da agricultura, de fato, não contribuiu para a democratização do acesso à terra e à qualidade de vida das populações camponesas. Portanto, é necessário pensar um modelo de desenvolvimento da agricultura camponesa com base na sua lógica, seu modo de organização, seu território e sua história.

A construção do PRONERA e o Residência Agrária

O Programa Nacional de Educação para a Reforma Agrária (PRONERA), vinculado ao Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agrária (INCRA) é um dos frutos do Encontro Nacional das Educadoras e Educadores da Reforma Agrária (ENERA). A professora Monica Molina da Universidade de Brasília (UNB), foi uma das protagonistas da construção deste projeto:

Em função do trabalho desenvolvido na UNB, como coordenadora do Grupo de Trabalho de Apoio à Reforma Agrária, fiquei responsável pela articulação interinstitucional do processo de negociação que resultou no PRONERA, sendo que tive o privilégio de participar de todas as discussões para criação desta política pública (Molina, 2003).

Com a participação do MST e da Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura (CONTAG), o PRONERA tornou-se uma das mais importantes políticas públicas da história da Educação do Campo. Atuando em todos os níveis de ensino, tem projetos com dezenas de universidades brasileiras. O Relatório da Segunda Pesquisa Nacional de Educação na Reforma Agrária (II PRONERA) registrou cursos do PRONERA em todo o País, com exceção de áreas intensamente dominadas pelo agronegócio, como é o estado do Mato Grosso (ver mapa 1).

MAPA 1. Cursos do PRONERA por município, 1998-2011



O PRONERA nasceu em 16 de abril de 1998 e até 31 de dezembro de 2011 realizou 328 cursos nos níveis Fundamental, Médio e Superior, atendendo 167.203 educandos em todo o Brasil (II PNERA, 2014). Tornou-se de fato uma política pública que chegou nos territórios camponeses mais distantes dos centros urbanos, propiciando a milhares de pessoas o acesso à Educação do Campo, através da alfabetização, escolarização, aperfeiçoamento profissional, qualificação e a chegada à universidade. O PRONERA inspirou diversas outras políticas educacionais, entre elas o Residência Agrária e a Licenciatura em Educação do Campo (Santos, 2009). O Residência Agrária é uma modalidade original pensada desde a realidade do território camponês como um curso de especialização (Michelotti, 2012).

O Residência Agrária nasceu na perspectiva de romper com a hegemonia do agronegócio nas universidades, criando espaços e tempos para que estudantes de graduação possam vivenciar os territórios camponeses, realizando atividades de pesquisa e extensão, contribuindo com as mudanças sociais e com o desenvolvimento do campesinato. São cursos em diversas áreas das ciências agrárias e das ciências sociais. Construído a partir do paradigma da questão agrária, estes cursos promovem experiências em assentamentos de reforma agrária, quilombos e outros territórios camponeses. Os estudantes atuam em todas as dimensões do desenvolvimento: saúde, educação, produção, habitação, transporte, serviços, mercado, indústria, crédito, renda, gênero, etcétera.

O curso especial de Geografia – CEGEO

O TerritoriAL é consequente do Curso Especial de Graduação em Geografia - CEGEO (bacharelado e licenciatura) realizado na UNESP, campus de Presidente Prudente nos anos 2007-2011. Criado através de convênio com o PRONERA, o curso atendeu uma demanda do MST na formação de geógrafos e professores de geografia para atuarem nos assentamentos de reforma agrária. O processo de elaboração e realização do projeto do curso contou com a participação de professores, alunos de pós-graduação e de graduação da UNESP e de membros do MST. Foi um processo conflituoso tanto no interior da Universidade como na relação com o Movimento. Na academia os impedimentos vinham de posturas bem definidas e contrárias à criação de um curso que atendesse exclusivamente os camponeses. Em parte, eram pessoas que defendiam a visão hegemônica do agronegócio. Na relação com o MST, os estorvos eram superados pelo diálogo na construção de um curso que ajudasse a compreender o mundo a partir do campo. As discussões possibilitaram mudanças no Movimento e na Universidade que qualificaram as experiências, possibilitando um curso com identidade própria.

A experiência acadêmica da UNESP associada ao potencial do MST na construção da Educação do Campo propiciou o trabalho coletivo necessário para sua execução. A realização de um curso especial significou o desdobramento do trabalho dos professores, pois lecionavam em dois cursos de graduação: o regular e o especial. Embora sejam diferentes, são complementares. O regular é estruturado em disciplinas semestrais com aulas diárias em tempos parciais, enquanto o especial é organizado em disciplinas semanais com aulas em período integral durante seis semanas. O curso especial atendendo aos princípios da Educação do Campo possui dois tempos: o tempo universidade e o tempo comunidade, cujas atividades são complementares e procuram relacionar teoria e prática. O curso ocorreu nos meses de férias na UNESP, no início e meio de ano, sendo o primeiro

semestre no campus de Presidente Prudente e o segundo na Escola Nacional Florestan Fernandes (ENFF) no município de Guararema.

O apoio dos então reitor e vice-reitor da UNESP também foi fundamental para a realização do CEGEO, que atingiu todos os seus objetivos, formando 46 geógrafos e professores de geografia. Este resultado também foi decorrência de um longo processo de construção do conhecimento que pode ser melhor compreendido pela história da Universidade. A UNESP possui longa tradição na pesquisa e extensão nos estudos agrários. É uma universidade do interior do estado de São Paulo e tem se destacado pela excelência de suas pesquisas e por sua política de internacionalização.

A Cátedra UNESCO

Esta postura institucional determinou a criação da Cátedra UNESCO de Educação do Campo e Desenvolvimento Territorial, como proposta do reitor Marcos Macari, a partir de acordo de cooperação institucional. A Cátedra foi estabelecida em 27 de outubro de 2009 com o objetivo de criar um curso de pós-graduação, realizar de pesquisas sobre a questão agrária e publicações sobre a Educação do Campo e o Desenvolvimento Territorial. Para executar estes objetivos reuniu as experiências do Núcleo de Estudos, Pesquisas e Projetos de Reforma Agrária (NERA) com a realização do Banco de Dados DATALUTA e diversos outros projetos. Estavam-se acumulando diferentes experiências acadêmicas para a criação de novas perspectivas com relação aos movimentos socioterritoriais.

Também foram criadas as coleções de livros “Estudos camponeses e mudanças agrárias” e “Vozes do Campo”. A primeira é resultado de um acordo de cooperação entre a UNESP com a China Agricultural University, campus de Pequim, a Universidad Autónoma de Zacatecas (México) e a Initiatives in Critical Agrarian Studies (ICAS) baseada no International Institute of Social Studies (ISS) na Holanda. Através deste acordo, livros sobre a questão agrária e o capitalismo agrário são publicados simultaneamente em português, inglês, chinês e espanhol. Estes projetos da Cátedra envolveram professores da UNESP e de diversas outras universidades do Brasil, da América Latina, Caribe, América do Norte, Europa, África e Ásia, expandindo o campo de possibilidades para o conhecimento das experiências camponesas no mundo.

No ano de 2010 uma equipe de professores da UNESP, da Universidade Federal de S. Paulo (UNIFESP) e representantes da Via Campesina começaram a trabalhar na construção do TerritoriAL. Neste ano, a UNESP e a Escola Nacional Florestan Fernandes assinaram convênio para a realização das atividades de pesquisa, ensino e extensão, o que possibilitaria a realização do tempo universidade também na ENFF, considerando que a Escola possui a infraestrutura necessária, como alojamento, refeitório, laboratórios, biblioteca, etcétera.

O TerritoriAL

O Programa de Pós - Graduação em Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe (TerritoriAL) é, portanto, fruto desse processo da construção da Educação do Campo. O trabalho realizado pelas equipes da UNESP e da Via Campesina no ano de 2010 foi concluído com a apresentação de uma proposta de mestrado para a Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES) do Ministério da Educação, através da Pró-Reitoria de Pós-Graduação da UNESP (PROPG). O projeto foi apresentado para a área Interdisciplinar, mas pelo fato da maior parte dos professores serem da Geografia, o projeto foi remanejado para esta área. Esta mudança provocou o retorno do projeto para adequações de acordo com os parâmetros da área de Geografia. Ainda, durante o trâmite do processo, a Cátedra UNESCO de Educação do Campo, promotora da proposta, foi vinculada ao Instituto de Políticas Públicas e Relações Internacionais (IPPRI), criado no campus de São Paulo.

Todas essas mudanças afetaram a agenda de criação do TerritoriAL que estava prevista para iniciar no segundo semestre de 2011. A Via Campesina, com a participação do MST, Movimento dos Pequenos Agricultores (MPA), Movimento das Mulheres Camponesas (MMC) e Movimento dos Atingidos por Barragens (MAB) divulgou amplamente o mestrado de modo que no primeiro semestre já havia mais de 20 candidatos interessados em participar do processo seletivo. Em acordo com o Conselho do Programa de Pós-Graduação em Geografia (PPGG) do Campus de Presidente Prudente, foi realizado o processo seletivo que aprovou 14 candidatos, que foram matriculados no Campus de Presidente Prudente. A Cátedra contribuiu para a organização das disciplinas e trabalhou conjuntamente com o PPGG, assumindo inclusive os custos com o intercâmbio de professores estrangeiros e com as bancas de qualificação e defesa de dissertação.

Os trabalhos realizados no NERA, desde a década de 1990, ampliaram-se com as atividades junto ao Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO). Por meio do intercâmbio de professores de cursos de pós-graduação, da realização de pesquisas nas américas sobre o campesinato e o agronegócio e a coordenação do Grupo de Trabalho em Desenvolvimento Rural, foi possível oferecer para a primeira turma de educandos do TerritoriAL uma experiência com professores de várias universidades, como por exemplo: Univesidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco (México), Cornell University (EUA), Universidad de Alicante (Espanha), Saint Mary's University (Canadá), além de diversas universidades brasileiras. A integração entre diferentes alunos de pós-graduação: os educandos oriundos da Via Campesina e os não vinculados aos movimentos camponeses gerou uma nova experiência no campus e no campo, pois o debate paradigmático tinha agora também novos sujeitos (foto 1).

FOTO 1. Turma de 2011, com outros alunos não vinculados aos movimentos camponeses



Dos quatorze mestres da primeira turma, três optaram por serem docência e são professores na Universidade Federal da Fronteira Sul (UFFS) no estado do Paraná.

A aprovação do TerritoriAL pela CAPES aconteceu no dia 4 de março de 2013. Sua área de concentração é Desenvolvimento Territorial e possui três linhas de pesquisa: camponesinato, capitalismo e tecnologias; ambiente, sustentabilidade e território; educação, saúde e cultura. O conselho do TerritoriAL é formado por professores da UNESP e de outras universidades, sendo que, pelo regulamento do curso, dois são indicados pela Escola Nacional Florestan Fernandes. O TerritoriAL foi criado sem a contratação de professores, o que significa que seus docentes trabalham em outros cursos de pós-graduação e ou de graduação. Esta condição também significa um sobre-trabalho e, por esta razão, no primeiro ano alguns docentes solicitaram descredenciamento ao mesmo tempo que outros professores solicitaram credenciamento, exatamente por causa das características do TerritoriAL. No final de 2013, o corpo docente estava estabelecido como consta no quadro 1.

O processo seletivo de 2013, realizado nos meses de junho e julho, aprovou 39 candidatos (foto 2), sendo 36 brasileiros, um colombiano, um peruano e um argentino. Em 2014, integrou a segunda turma outro estudante colombiano através do Programa Estudante Convênio de Pós - Graduação (PE-PG) do CNPQ. Estes alunos foram matriculados no campus de São Paulo. Através do projeto “Desenvolvimento Territorial e Educação do Campo em Territórios da Cidadania e Assentamentos de Reforma Agrária nas cinco macrorregiões” foram disponibilizadas bolsas de estudo do CNPQ para os alunos que participam do Residência Agrária.

QUADRO 1. Corpo docente do TerritoriAL. 2014

Professor	Linha de pesquisa	Formação	IES	Categoria
Ana Lucia de Jesus Almeida	Educação	Geografia	UNESP	Permanente
Antonio Thomaz Junior	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
Bernadete Aparecida Caprioglio de Castro	Educação	Antropologia	UNESP	Colaborador
Bernardo Mançano Fernandes	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
Carlos Alberto Feliciano	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
Clifford Andrew Welch	Ambiente	História	UNIFESP	Permanente
Eduardo Paulon Girardi	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
Janaina Francisca de Souza Campos Vinha	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
João Márcio Mendes Pereira	Ambiente	História	UFRRJ	Colaborador
João Osvaldo Rodrigues Nunes	Ambiente	Geografia	UNESP	Permanente
José Tadeu Garcia Tommaselli	Ambiente	Agronomia	UNESP	Permanente
Luis Fernando Ayerbe	Ambiente	História	UNESP	Permanente
Marcelo Carvalhal	Campesinato	Geografia	UNESP	Permanente
Maria Nalva Rodrigues de Araújo Bogo	Educação	Pedagogia	UNEB	Colaborador
Mirian Claudia Lourenção Simonetti	Ambiente	Geografia	UNESP	Permanente
Nashieli Ceclilia Rangel Loera	Educação	Antropologia	UNESP	Permanente
Nelson Rodrigo Pedon	Ambiente	Geografia	UNESP	Permanente
Noêmia Ramos Vieira	Educação	Geografia	UNESP	Permanente
Paulo Roberto Raposo Alentejano	Campesinato	Geografia	UERJ	Colaborador
Pedro Ivan Christoffoli	Campesinato	Agronomia	UFFS	Colaborador
Rafael Litvin Villas Boas	Educação	Literatura	UNB	Colaborador
Raul Borges Guimarães	Educação	Geografia	UNESP	Permanente
Ronaldo Celso Messias Correia	Campesinato	C. Computação	UNESP	Colaborador
Silvia Aparecida de Souza Fernandes	Educação	Geografia	UNESP	Permanente
Silvia Beatriz Adoue	Educação	Letras	UNESP	Permanente

Cada educando tem seu projeto de pesquisa e participa do projeto geral do Residência Agrária, realizando pesquisa e extensão nos assentamentos de reforma agrária, territórios rurais e territórios da cidadania, além de outros territórios camponeses como quilombos e áreas de outras populações tradicionais. Nesta turma, além dos estudantes de origem camponesa há estudantes não vinculados aos movimentos, mas que possuem uma trajetória de pesquisa sobre o tema do desenvolvimento territorial. A convivência entre educandos oriundos e não oriundos dos movimentos da Via Campesina tem transformado ambos. Da mesma forma como tem ocorrido com que a relação entre a Universidade e a Via Campesina na definição das competências para a realização das atividades do tempo universidade e do tempo comunidade.

O tempo universidade é o tempo de aulas (quadro 2), leituras, redação de textos e colóquios. Os educandos se reúnem em núcleos e organizam as atividades de forma coletiva, inclusive para cuidar da ENFF. As atividades de manutenção, alimentação e infraestrutura também são realizadas pelos estudantes. O tempo comunidade é o tempo da pesquisa de campo, tanto do projeto do mestrado quanto do projeto Residência Agrária, como também é tempo de leituras, redação de textos e contato com os orientadores. Este sistema de alternância de dois tempos complementares define o semestre letivo com cinco a seis semanas no tempo universidade e em torno de cinco meses no tempo comunidade.

FOTO 2. Turma 2 do TerritoriAL na Escola Nacional Florestan Fernandes



Considerando a primeira turma, que fez o mestrado no Programa de Pós-Graduação em Geografia da Faculdade de Ciência e Tecnologia, campus de Presidente Prudente, e a terceira turma que ingressou em 2014 com vinte e seis alunos, são setenta e nove pessoas oriundas, em sua maioria, das comunidades camponesas, que têm o compromisso com o desenvolvimento de seus territórios e consequentemente com o desenvolvimento do país. O desafio de todos é a formação de mestres camponeses, que são aqueles e aquelas que fato contribuem por meio de suas pesquisas, na construção do conhecimento e de políticas públicas para a resistência e a superação.

QUADRO 2. Disciplinas do TerritoriAL

Formas de Organização da Produção e do Trabalho
Tecnologia da Informação e Comunicação Aplicada ao Desenvolvimento Territorial
A Cartografia para Análise e Discussão Territorial
Metodologia de Pesquisa
Mercado e Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe
Economia Política da América Latina e Caribe
Metodologia de Pesquisa
Reforma Agrária na América Latina e Caribe
Estado e Políticas Públicas na América Latina e Caribe
Uso do Relevo e do Solo na Conservação dos Territórios
Poderes, Territorialidades e Conflitos no Século XXI
Movimentos Sociais na América Latina e Caribe
Movimentos Sociais na América Latina e Caribe
Análise do Potencial Hídrico nas Diferentes Classes de solos da América Latina e Caribe
Políticas curriculares e Educação do Campo
Cultura, Identidade e Território
Educação do Campo na América Latina e Caribe
Práticas de Saúde e Representação Social
Políticas Públicas de Saúde
Intelectuais e Organização do Trabalho Pedagógico na América Latina
Territórios do Cotidiano: Sociabilidades, Territorialidades, Conflitos e Desenvolvimento

Considerações

O TerritoriAL tem atingido resultados positivos. É um modelo inovador que está sendo construído e pode inspirar outras iniciativas voltadas para a construção de um modelo de desenvolvimento desde o campesinato. A construção coletiva tem sido a garantia dos acertos, mas evidente que há conflitos entre todos, pois são as diferenças que fazem o consenso disputado. As perspectivas e metas do TerritoriAL para o triênio 2013-2016 são: a) publicar dois livros por ano, resultado das experiências e pesquisas de educadores e educandos; b) defender as dissertações em dois anos; c) conseguir nota 4 da Capes e criar o doutorado na avaliação quadrienal. Também é evidente que tudo isso é muito difícil, mas se voltarmos a 1997, não tínhamos ideias das dificuldades que superaríamos ao chegarmos em 2014.

A construção de um projeto camponês de desenvolvimento territorial para sua autonomia é fundamental para a melhoria da qualidade de vida com aumento de sua capacidade de resistência. Temas como soberania alimentar, sustentabilidade, comida saudável, preservação ambiental fazem parte desta população, que luta contra os agrotóxicos, a exploração do trabalho e a expropriação. A construção do conhecimento e a produção de políticas públicas são dois processos inseparáveis para a superação dos problemas que o campo enfrenta. Isto é só o começo.

Referências

- Caldart, R. (2000). *Escola é mais do que escola na Pedagogia do MST*. Petrópolis, RJ: Editora Vozes.
- Camacho, R. S. (2014). *Paradigmas em disputa na Educação do Campo*. Tese de Doutorado em Geografia. Programa de Pós-Graduação em Geografia da Faculdade de Ciências e Tecnologia - Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho, campus de Presidente Prudente.
- Fernandes, B. M. (2013). *Construindo um estilo de pensamento na questão agrária: o debate paradigmático e o conhecimento geográfico*. Tese de Livre – Docência. Faculdade de Ciências e Tecnologia da UNESP. Recuperado de <http://www2.fct.unesp.br/nera/ltd/textos-volume1-bmf2013.pdf>
- Michelotti, F. (2012) Residência agrária. In *Dicionário de Educação do Campo* (681-686). Rio de Janeiro, São Paulo: Escola Politécnica de Saúde Joaquim Venâncio, Expressão Popular.
- Molina, M. (2003) *A contribuição do PRONERA na construção de políticas públicas de Educação do campo e desenvolvimento sustentável*. Tese de Doutorado em Desenvolvimento Sustentável. Centro de Desenvolvimento Sustentável da Universidade de Brasília.
- Relatório da *Segunda Pesquisa Nacional de Educação na Reforma Agrária* (II PNERA). (2014) PRONERA/INCRA/IPEA/Cátedra UNESCO de Educação do Campo e Desenvolvimento Territorial, Brasília.
- Santos, C. A. (2009) *Educação do campo e políticas públicas no Brasil: a instituição de políticas públicas pelo protagonismo dos movimentos sociais do campo na luta pelo direito à educação*. 2009. Dissertação de Mestrado em Educação. Faculdade de Educação da Universidade de Brasília.
- UNESCO (2014). *Relatório de Monitoramento Global de Educação para Todos*. Brasília: UNESCO.

Los jóvenes en el agro argentino: inicios tempranos en el mundo del trabajo

Susana Aparicio
Marcela Crovetto

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Recepción:9/enero/2015 Aceptación:15/mayo/2015

Resumen La erradicación y prevención del trabajo infantil y la protección del trabajo adolescente en la Argentina se ha materializado en política pública de Estado mediante un proceso de discusión que involucró a diversos actores sociales. En la práctica, la discusión que atravesó el proceso de construcción de la política de prohibición y erradicación del trabajo infantil no es ajena al debate entre dos discursos fuertes: el “naturalista” y el “abolicionista”. Para superar este antagonismo, en este artículo se brinda un panorama general del trabajo de niños, niñas y jóvenes en el país y las políticas para su eliminación. Además de este marco general, se aportan explicaciones, valores y prácticas de los sectores populares agrarios en cinco mercados de trabajo de distintas regiones argentinas a través de métodos múltiples de relevamiento de información.

PALABRAS CLAVE: jóvenes rurales, trabajadores, educación, infancia.

Abstract In Argentina the eradication and prevention of child labor and protection of adolescent labor has resulted a State public policy through a process of discussion involving different social actors. In practice, the discussion went through the process of building the policy of prohibition and elimination of child labor is no stranger to the debate between two strong discourses: the “naturalist” and the “abolitionist”. In order to overcome this opposition, this paper provides an overview of the labor of children and youth in the country and policies for disposal. In addition to this general framework, explanations, values and practices of agricultural popular sectors in five labor markets of different Argentine regions through multiple methods of collection of information are given.

KEYWORDS: rural youth, laborers, education, childhood.

Introducción

En la Argentina, el trabajo remunerado y las participaciones en actividades económicas, incluso a modo de ayuda familiar, por parte de niños, niñas o adolescentes ha tenido presencia histórica en los debates acerca de la erradicación del mismo o la implantación de normativas de protección para jóvenes, niños y niñas, en especial en el mundo agrario. En los últimos años el tema se instaló como problema que resolver especialmente a partir de la ratificación por la Argentina del Convenio 138 impulsado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que prevé el aumento progresivo de la edad mínima de admisión al empleo.

No ha sido un proceso sencillo, especialmente por la instalación de una reproducción cultural de modos de vida, por un lado, y, por otro, por los intereses de algunos sectores empresarios que sostienen formas de empleo precario en los adultos, acompañados por cierta anuencia a incorporar o permitir el acompañamiento de niños, niñas o adolescentes en los procesos de trabajo¹ (Macri, 2012).

No obstante, la erradicación y prevención del trabajo infantil y la protección del trabajo adolescente se ha materializado en política pública de Estado mediante un proceso de discusión que involucró a diversos actores sociales. Ese proceso desembocó en el diseño de instrumentos que explicitan la prohibición del trabajo infantil con estatus legal, jurídico y penal, y con un enfoque en los derechos de los niños, niñas y adolescentes. Pero, en la práctica, la discusión que atravesó el proceso de construcción de la política de prohibición y erradicación del trabajo infantil no es ajena al debate entre dos discursos fuertes: el “naturalista” y el “abolicionista”.

Esta controversia generalmente se presenta como antagónica. En esta investigación nos proponemos brindar elementos que permitan identificar variables culturales explicativas de la valoración del trabajo en los sectores populares agrarios, en general presentes en las familias que organizan sus fincas con base en el trabajo propio.

El debate acerca de la erradicación del trabajo de niños, niñas y adolescentes, sostenido por lo que se ha denominado “vertiente abolicionista”, ha tenido su diálogo (a veces irreconciliable) con líneas que han recibido distintos títulos: promocionales, reguladores, como los más frecuentes. Ambos constituyen realmente líneas de políticas derivadas de una identificación causal poco explícita. Como bien señala Macri (2005),² la vertiente de “promoción” incluye hasta ex-

¹ Se encuentra presencia de niños, niñas o adolescentes también en las fábricas de ropa y en ciertos oficios como carpintero, albañil, etcétera.

² Macri (2005) presenta una muy completa revisión de los distintos planteos existentes a lo largo de la historia de las sociedades.

plicaciones “progresistas”, como la importancia de que, desde chicos, los hijos de obreros vayan creando una conciencia de clase trabajadora, incorporándose tempranamente al trabajo. Desde una perspectiva de teoría social también marxista, Iñigo Carreras (2001) señala cómo el trabajo infantil refuerza la superexplotación capitalista. La corriente “regulacionista” aboga por reconocer la importancia que los recursos generados por niños y jóvenes tienen en el ingreso familiar. Propone la regulación horaria y de condiciones de trabajo apropiadas. Forman parte de este espacio una serie de organizaciones en general que se desarrollaron en países pobres. Sostienen que, a partir de las convenciones de derechos de los niños y la necesidad de oír sus voces, se les tenga en cuenta y se reconozca su derecho a trabajar. El argumento principal alude a que si se les obliga a no trabajar, como son familias con carencias, finalmente los niños y jóvenes se ocuparán en trabajos de peor calidad, en mercados marginales e inclusive muy peligrosos.³

Ambas corrientes no constituyen un debate académico preciso, sino que sus posturas están más cercanas a identificar ciertas causas asociadas al trabajo de niños, niñas y adolescentes y proponer líneas de acción favorables (es decir, con un marco valorativo de quien lo realiza) a la niñez.⁴ El Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) y la OIT son ejemplos significativos de la formulación de líneas de acción que erradiquen el trabajo de estos grupos etarios. En cambio, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), en muchos de sus documentos técnicos —en especial los referidos a la agricultura basada en el trabajo de las familias—, toma con cierta “naturalidad” el trabajo de todo el grupo familiar.⁵

En este contexto de posturas internacionales, en la Argentina se ha sancionado en 2008 la Ley 26.390 de Prohibición de Trabajo Infantil y Protección del Trabajo Adolescente. También se ha incorporado un artículo al Código Penal (el 148bis) que prevé penas de prisión para quien contrate niños o niñas o permita su presencia en el predio laboral y los encuentre en situación de trabajo. La Ley de Trabajo

³ Macri (2005) y Novik y Campos (2007) identifican diversas organizaciones no gubernamentales en países de América Latina, África y Asia que reivindican el derecho de los niños pobres a contribuir al ingreso familiar, estableciendo en general condiciones para dichas tareas.

⁴ El debate académico más rico se lee en los análisis de las diferentes formas que adquieren los signos de adolescencia y de adultez, en los que la incorporación al trabajo constituye el rasgo distintivo para el pasaje de una etapa a la siguiente, inclusive debates en que se señala que en los sectores populares —los agrarios y rurales entre ellos— la adolescencia constituye una etapa muy corta porque rápidamente se adquieren obligaciones de adulto, en la medida en que físicamente se pueda participar en actividades económicas.

⁵ Tan naturalizado está el trabajo de niños, niñas y adolescentes en la agricultura familiar que hasta existen coeficientes técnicos indicativos de aporte de fuerza de trabajo (0.5 jornal por hectárea durante un día de trabajo) en comparación con un adulto, para el que se considera 1 = 1 jornal.

Agrario sancionada en 2012 también ha incorporado en su corpus un artículo referente a la prohibición del trabajo infantil y al cumplimiento de condiciones de trabajo adecuadas para los adolescentes.

Esta discusión está presente tanto entre los decisores y efectores de políticas públicas como entre los actores sociales que instituyen las diferentes instancias de las actividades productivas. En el sector agropecuario, la tensión se expresa con fuerza al encontrar obstáculos para la superación de los llamados “patrones culturales” de sostenimiento de las actividades de niños, niñas y adolescentes en la unidad productiva familiar. El conflicto se profundiza cuando esas labores se realizan con la familia pero fuera del predio o para terceros. Estas situaciones son frecuentes en las llamadas economías regionales argentinas, donde las posibilidades de transformación de la vida cotidiana suelen ir al ritmo de producciones agropecuarias y agroindustriales hegemónicas, que determinan el ritmo ocupacional de las familias de la zona. Y en donde la actividad agrícola se separa cada vez más de la zona de residencia de sus trabajadores, mientras que la industrial se acerca. Las llamadas áreas rururbanas son reservorios de mano de obra agrícola y no agrícola y las estrategias familiares de supervivencia explican en parte las mixturas de situaciones y posiciones frente al trabajo infantil agrícola.

En la Argentina se considera sujetos de derechos a los niños y las niñas. Ello se ha expresado en la incorporación de la Convención Internacional de los Derechos del Niño a la Constitución Nacional, reformada en el año 1994. La ley considera que la infancia, en el plano de la prohibición laboral, llega hasta los 15 años de edad, la adolescencia comprende las edades de 16 y 17 años y se es una persona adulta a los 18 años. Cabe aclarar que demográficamente consideramos jóvenes a las personas que se encuentren entre los 14 y 24 años, mientras que, como se ha demostrado reiteradamente, dichas etapas tienen diferentes límites etarios según las áreas de residencia, los niveles educativos locales y familiares, las clases sociales y el género, entre otras dimensiones demarcatorias importantes.

Por ello, hablar de trabajo en los jóvenes en espacios rurales y agropecuarios en la Argentina implica un proceso de crecimiento y desarrollo de habilidades que inicia desde los cuatro o cinco años de edad en las zonas más pobres, acompañando las tareas del predio familiar o las de los adultos en labores extraprediales para terceros. Las cosechas son los momentos de mayor participación de las familias vinculadas al trabajo agrícola; se concentran su mayoría en la temporada estival, coincidente con el receso escolar de verano.

Este trabajo presenta las aristas más destacadas de la discusión sobre el trabajo infantil y adolescente, incluyendo algunos datos estadísticos e información relevada a través de técnicas cualitativas. En efecto, los datos de los que se nutre este trabajo provienen de entrevistas realizadas de 2007 en adelante en distintas áreas del país: la zona tabacalera en Jujuy, el área cañera y cítrica en Tucumán,

el Valle del Río Negro —especialmente el valle medio—, la zona lanera chubutense y el Valle Inferior del Río Chubut. En cada uno de estos lugares —excepto en la zona lanera de Chubut— se realizó una encuesta en 200 hogares en un área de pobreza. Estas encuestas son la base de distintas investigaciones de tipo cualitativo. No son representativas del área ni se pretende generalizar sus resultados. Son un instrumento para analizar distintos problemas ligados al empleo-no empleo, incluyendo a toda la familia como ámbito de la decisión de quiénes y por qué trabajan o emigran. Es decir, que tanto encuestas como entrevistas (más de 40 en cada área, con contacto frecuente a través de correos electrónicos, teléfono, reuniones, etc.) aportan especialmente para entender las posiciones predominantes de las familias y, especialmente, las razones que lo impulsan, pero también identificando los valores y proyectos de las familias de manera de encontrar intersticios explicativos respecto a los polos en debate: naturalistas y abolicionistas.

Dichas investigaciones se orientaron hacia los estudios en áreas de predominio de empleo agropecuario. En el país existe coincidencia académica acerca de la importancia que han tenido algunas producciones en la organización de los mercados de trabajo regionales: la vid en Cuyo, la caña de azúcar en el Noroeste argentino, la yerba mate en Misiones, la lana en la Patagonia y el algodón en el Noreste implicaban no sólo una presencia de explotaciones familiares sino también la demanda de fuertes contingentes de trabajadores, la preindustrialización o industrialización de productos en la zona, con las consiguientes demandas derivadas. Las ciudades se organizaban alrededor de esas industrias y de los servicios requeridos. Actualmente, este panorama ha cambiado: estas producciones se han transformado, grandes empresas altamente tecnificadas dominan el sector, muchas cosechas se han mecanizado y muchos pequeños empresarios-productores capitalizados con base familiar han desaparecido. A ello se agrega que la descampesinización subsistió, datos del Censo Agropecuario de 2002 muestran una disminución de alrededor del 25 % de las explotaciones agropecuarias, disminución que necesariamente debió darse en las explotaciones basadas en el trabajo familiar, es decir, en pobladores tradicionales del medio rural.

Las ciudades cumplen un nuevo rol y el área rural también.

El mapa siguiente ilustra acerca de la división socioeconómica regional y los distintos cultivos en los que se encontró presencia de trabajo de niñas, niños o adolescentes.

ILUSTRACIÓN 1. Mapa de provincias argentinas y principales mercados de trabajo investigados



Fuente: Tomado de Aparicio y Benencia (Coords) (2014).

El problema de las estadísticas públicas

En la Argentina los relevamientos censales no son buenos captadores de las actividades económicas de estos grupos etarios. En efecto, en un sector agropecuario con un capitalismo avanzado desde fines del siglo XIX y principios del XX, con una urbanización temprana y áreas del territorio con vacíos de población, a excepción del norte argentino, en especial el área andina, con presencia importante de poblaciones asentadas al momento de la conquista, la influencia de lo rural-agrario-campesino careció de la relevancia existente en gran parte de América Latina. Los censos reflejaron este predominio; tempranamente se preguntó sobre la condición de actividad a los integrantes del hogar mayores de 14 años —edad en que finalizaba la educación obligatoria. Pero no se hicieron esfuerzos metodológicos por captar los trabajos “invisibilizados”, como los de mujeres y niños. A ellos sólo se les captaba al registrarse la categoría ocupacional que recupera la “ayuda familiar” como una relación laboral. Por otra parte, no se relevan las ocupaciones fuera del período de referencia, que generalmente no coincide con momentos del ciclo biológico productivo en los que haya una importante demanda de trabajo.

Las encuestas de hogares pueden captar con mejor instrumental estos procesos; sin embargo, en el país se realizan únicamente en las principales ciudades. De los más de 40 aglomerados que se relevan, sólo en uno se incluye el área periurbana, que podría captar al menos el trabajo asalariado o la ayuda familiar a un asalariado agrario, ya que cada vez más los asalariados agropecuarios residen en áreas urbanas. Con una población económicamente activa agropecuaria que ronda el 10 %, ⁶ incluyendo a las familias campesinas y cerca de un 90 % de la población que vive en aglomerados superiores a 2,000 habitantes, en el total del país no sería relevante esta información; sin embargo, las diferencias entre provincias y los totales nacionales son muy significativas; en especial, la distancia existente entre las provincias del norte y el total nacional para estos mismos indicadores muestra situaciones muy contrastantes. Una agricultura con fuerte presencia de trabajo asalariado estacional en algunas provincias o importante presencia campesina en otras (especialmente en el Noreste). Ambas categorías suponen vínculos y riesgos distintos para niños, niñas y jóvenes de estas familias. Ante estas debilidades, el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social diseñó y realizó un relevamiento probabilístico para diez provincias en las que la temática fue abordada superando todos los sesgos anteriormente mencionados.

⁶ Aún no se tienen datos del Censo de Población de 2010 que desagreguen ramas de actividad y categoría ocupacional.

La Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes (EANNA)⁷ mostró la incidencia del trabajo infantil y adolescente en las provincias estudiadas por ella (Aparicio, 2007).

Algunos datos nacionales

La información nacional es recogida siguiendo los contenidos y las definiciones acordadas en los sistemas estadísticos internacionales. Dichas definiciones hoy día carecen de la capacidad heurística que tenían a mediados del siglo xx, cuando lo urbano representaba la industria, los servicios y formas de vida distintas, contractuales, basadas en acuerdos, mientras que lo agrario, indisoluble de lo rural en aquellos momentos, implicaba un mundo de relaciones primarias, basadas en intercambios de bienes, servicios, cuidados, afectos, generalmente con baja productividad y bajos ingresos. El desarrollo era lo urbano, lo industrial, lo moderno. Hoy día, tanto las ramas de actividad como la residencia urbana poco permiten predecir sobre los modos de vida de las familias. Esta inespecificidad, en la Argentina, se refleja en dos sentidos: por un lado, gran parte de quienes se desempeñan en trabajos agropecuarios viven en aglomerados, incluyendo a pequeños productores o campesinos con algún nivel de capitalización que les permita estar en el pueblo. Ese vivir en la ciudad implica tener mayores posibilidades de acceso a la educación y la salud; también la generación de redes sociales diferentes, más amplias, importantes en la adolescencia y la juventud.

Cabe aclarar que el último Censo Nacional de Población se realizó en octubre de 2010 y han sido publicados los datos demográficos, de viviendas, algunos datos sociales, pero aún no están los datos que aluden al trabajo; recién a partir de julio de 2014 se dispuso de la composición de la población económicamente activa. Sin embargo, aún no es posible procesar los datos que ligen ocupación-educación-área de residencia-grupo etario. Esta limitación lleva a que debamos mantener los análisis referidos al año 2001, que permiten una mayor desagregación y especificidad de la información.

El Censo Nacional Agropecuario 2002 brinda alguna información sobre los trabajadores u ocupados en las explotaciones agropecuarias menores de 15 años.⁸

⁷ El trabajo de campo de la EANNA en la parte rural se realizó desde fines de 2004 —septiembre— hasta casi mediados de 2005. Las pruebas de consistencia, los tabulados y el análisis de los datos de la encuesta para el área rural comenzaron a realizarse en el segundo semestre de 2006 y fueron publicados en 2007 (véase Aparicio, 2007)

⁸ Existe un censo posterior, de 2008. Su relevamiento fue controversial, e incluyó hasta cierta conflictividad entre áreas de gobierno. Sus resultados han sido cuestionados por su poca fiabilidad y validez; existieron desde documentos críticos hasta declaraciones y paneles que cuestionaron la confiabilidad de los resultados. Efectivamente, aún hoy los datos siguen diciendo en muchas celdas importantes *Sindato*, mantienen su carácter de provisorios y no permiten procesamientos especiales.

CUADRO 1. Total de explotaciones agropecuarias (EAP) que remuneran a menores de 15 años y total de menores de 15 años que trabajan en ellas por provincias, 2002

Provincia	Total de EAP que remuneran a menores de 15 años	Total de menores de 15 años que trabajan en ellas	Total de menores de 15 años que trabajan y no perciben remuneración
Formosa	373	633	551
Tucumán	396	577	527
Salta	582	1,218	1,057
Jujuy	304	624	553
Chaco	818	1,768	1,632
Mendoza	473	923	722
San Juan	69	122	97
Corrientes	1,218	2,164	1,924
Misiones	2,608	4,963	4,234
Catamarca	400	834	815
La Rioja	49	76	67
Santiago del Estero	932	1,747	1,572
Buenos Aires	191	294	218
Córdoba	204	315	196
Entre Ríos	197	288	250
La Pampa	39	50	22
San Luis	56	80	67
Santa Fe	176	275	214
Chubut	24	47	33
Neuquén	44	87	81
Río Negro	38	73	45
Santa Cruz	0	0	0
Tierra del Fuego	0	0	0
Total país	9,191	17,158	14,877

Fuente: Elaboración propia con base en datos del Censo Nacional Agropecuario 2001.⁹

Cabe aclarar que el dato es proporcionado por el productor responsable de la finca, con lo que puede estar sesgado, ya que las cifras brindadas pueden resultar de dos situaciones diferentes. Por un lado, las fincas campesinas declaran a todo el grupo familiar que acompaña o ayuda en el trabajo productivo; por otro, los

⁹ Existe un Censo Agropecuario posterior, pero sus datos —aún provisorios— no son confiables ya que los análisis de cobertura muestran serias falencias.

empresarios son conscientes de las posibles irregularidades al tener menores trabajando. El cuadro 2 ilustra sobre el volumen de niños, niñas y adolescentes que colaboran o trabajan en forma remunerada en el país.

De acuerdo con estos datos, y a modo de ejemplo, la provincia de Jujuy tiene 2,262 explotaciones agropecuarias (EAP) en las que residen menores de 15 años. El 30 % —dato modal— de ellas se encuentra en el departamento del Carmen y retiene al 43.5 % de los menores de 15 años de la provincia. Se trata del departamento tabacalero por excelencia en la provincia de Jujuy, actividad alrededor de la cual se organiza el mercado de trabajo local. Es un cultivo intensivo en la utilización de mano de obra (requiere entre 100 y 130 jornales por hectárea) y se realiza en explotaciones agropecuarias empresariales y de pequeña y mediana empresa familiar; casi no existen productores campesinos (Aparicio, 2007; Re, 2014).

A diferencia de Jujuy, la provincia de Misiones tiene 19,790 EAP en las que residen menores de 15 años. El 20.7 % de ellas se encuentra en el departamento Guaraní, el porcentaje restante se distribuye en los otros 16 departamentos. Es también en ese departamento donde residen el 20 % (7,477) de los menores de 15 años. En ese departamento se observa un marcado predominio de fincas campesinas en las que colabora toda la familia; se trata también de producción tabacalera pero realizada en menos de tres hectáreas utilizando todos los miembros del hogar disponibles, incluyendo a los más pequeños (Aparicio, Ortiz & Tadeo, 2008).

A pesar de la creciente desruralización, las distintas fuentes estadísticas dan lugar a sostener que aún existe una importante presencia campesina con residencia rural en algunas provincias, especialmente en las áreas que el Censo de Población identifica como “población rural dispersa” y en los aglomerados pequeños. En efecto, en 2001 el 63.5 % de los empleados en el sector agropecuario residía en áreas rurales menores de 2,000 habitantes (Censo Nacional de Población 2001, tabulado propio). Para el Censo de 2010 (tabulado propio), a modo de aproximación, se puede ver que la población urbana alcanzó el 93 %, pero diversas investigaciones muestran que la población empleada en la rama agropecuaria tiene residencia urbana, lo cual llevaría a indicar que posiblemente el 7 % de quienes habitan en zonas rurales o en pequeños aglomerados son un techo posible de trabajo agropecuario en estas áreas. Respecto a niños y jóvenes que trabajan o buscan trabajo (en general), sin tener en cuenta la rama de actividad, entre los jóvenes de 20 a 24 años, mientras que trabajan casi el 60 %, en la zona urbana lo hacen el 73.4%; tanto con respecto a los ocupados como a los que buscan trabajo, no se presentan importantes diferencias para los distintos grupos etarios en relación con su lugar de residencia. Respecto a la educación, lo que se observa es que existe un diferencial de concurrencia favorable al área urbana. Éste es más importante en el tramo de 0-4; mientras que asiste a la escuela un 57.4 % de los niños residentes en áreas urbanas, sólo el 32.5 % concurre a los preparatorios en las zonas rurales. Hasta los 14 años las tasas de asistencia siem-

pre superan el 93 %, pero la situación cambia significativamente a partir de los 14 años: el 71.1 % de los jóvenes de 14 a 18 años va a la escuela en zonas urbanas, en los aglomerados lo hace el 63.4 %, mientras que en las áreas rurales concurren el 48.5 %.

CUADRO 2. Condición de actividad y asistencia educacional por grupos quinquenales de edad y área de residencia

Edad en grupos quinquenales: 14 años	Área urbana o rural			Total	
	Condición actividad-desagregada	Urbana de 2,000 personas y más	Rural agrupada menos de 2,000 personas		Rural dispersa
Sólo trabaja		0.7	1.6	5.6	1.2
Trabaja/estudia		1.4	2.3	5.0	1.7
Trabaja/es jubilado		0.0	0.0	0.0	0.0
Trabaja/estudia/es jubilado		0.0	0.0	0.1	0.0
Sólo busca trabajo		1.3	1.9	2.9	1.4
Busca trabajo/estudia		6.2	5.1	3.6	6.0
Busca trabajo/es jubilado		0.0	0.0	0.0	0.0
Busca trabajo/estudia/es jubilado		0.1	0.1	0.0	0.1
Sólo es jubilado		0.1	0.2	0.2	0.1
Es jubilado/estudia		1.2	1.0	0.6	1.1
Sólo estudia		84.8	79.9	64.6	83.0
Otra situación		4.2	7.8	17.3	5.4
Porcentaje total		100.0	100.0	100.0	100.0
Total personas		589.97	25,075	53,567	668,613
Grupo etario 15-19 años					
Sólo trabaja		6.7	11.5	20.9	7.9
Trabaja/estudia		3.5	3.3	3.7	3.5
Trabaja/es jubilado		0.1	0.2	0.2	0.1
Trabaja/estudia/es jubilado		0.1	0.1	0.0	0.1
Sólo busca trabajo		9.9	9.9	9.7	9.9
Busca trabajo/estudia		10.3	5.9	3.2	9.6
Busca trabajo/es jubilado		0.1	0.1	0.1	0.1
Busca trabajo/estudia/es jubilado		0.1	0.1	0.0	0.1
Sólo es jubilado		0.3	0.4	0.4	0.3
Es jubilado/estudia		0.9	0.7	0.4	0.8

Continúa...

Solo estudia	56.5	48.8	31.7	54.3
Otra situación	11.5	19.2	29.6	13.1
Porcentaje total	100.0	100.0	100.0	100.0
Total personas	2,835,90	112,612	239,789	3,188,304
Grupo etario 20-24 Años				
Sólo trabaja	28.6	35.0	40.1	29.5
Trabaja/estudia	9.0	3.5	2.3	8.4
Trabaja/es jubilado	0.5	0.4	0.5	0.5
Trabaja/estudia/es jubilado	0.2	0.0	0.0	0.1
Sólo busca trabajo	19.7	17.8	13.2	19.2
Busca trabajo/estudia	8.3	3.3	1.5	7.7
Busca trabajo/es jubilado	0.2	0.2	0.1	0.2
Busca trabajo/estudia/es jubilado	0.1	0.0	0.0	0.1
Sólo es jubilado	0.4	0.6	0.6	0.4
Es jubilado/estudia	0.3	0.2	0.1	0.3
Sólo estudia	15.1	9.5	5.6	14.3
Otra situación	17.7	29.6	36.0	19.3
Porcentaje total	100.0	100.0	100.0	100.0
Total personas	2,888,261	96,440	214,638	3,199,339

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la base usuarios del Censo Nacional de Población 2001.

Como se verá posteriormente, este déficit está relacionado con la inexistencia de infraestructura educativa, ya que los padres valoran la educación pero ante la imposibilidad de concurrir o las carencias que presentan los servicios en estas áreas, optan porque el joven trabaje.

Los datos siguientes, provenientes del Censo Nacional de Población de 2001, permiten una mayor precisión con respecto al tema educativo y la dedicación diferencial existente entre áreas urbanas y rurales. En efecto, aquí evidencian las distintas posibilidades de un niño o adolescente que vive en un área rural respecto a su relación con el trabajo y con las posibilidades de estudiar con dedicación completa.¹⁰ En principio, pareciera corresponder con una fuerte presencia campesina,

¹⁰ Los datos se refieren sólo al tramo etario superior a 14 años debido a que el relevamiento censal no indaga la situación de trabajo para menores de 14 años. Esta limitación ha sido puesta en cuestión ya que en la crisis socioeconómica de 2001-2002 fue evidente la existencia de niños y niñas trabajando en las calles de las grandes ciudades, con lo que comenzó a cuestionarse la histórica creencia de que no existían o eran muy bajos los índices de trabajo de menores de 14 años, en que se finalizaba la escolaridad obligatoria.

ya que las familias de asalariados tienden a vivir en aglomerados para vincularse mejor con las demandas de trabajadores y acceder con facilidad a los servicios sociales que brinda el Estado.

CUADRO 3. Porcentaje de población de 14 a 17 años ocupada en la rama primaria que no asiste a un establecimiento educativo en cada provincia según área de residencia, 2001

Provincia	Urbana de 2,000 personas y más	Rural agrupada menos de 2,000 personas	Rural dispersa
Total del país	72.6	75.4	75.5
Ciudad de Buenos Aires	38.9	-	-
Buenos Aires	59.9	68.2	63.8
Catamarca	60.6	57.2	65.7
Córdoba	82.4	86.9	82.6
Corrientes	76.3	83.3	75.2
Chaco	83.9	90.3	84.0
Chubut	61.4	81.0	82.9
Entre Ríos	78.4	86.8	77.2
Formosa	62.7	39.1	68.4
Jujuy	67.7	67.8	73.9
La Pampa	75.6	79.2	85.4
La Rioja	67.0	60.5	55.6
Mendoza	72.2	78.4	74.2
Misiones	80.7	73.6	78.3
Neuquén	59.5	76.5	75.3
Río Negro	67.8	75.2	71.6
Salta	81.3	65.2	65.4
San Juan	69.6	69.4	70.6
San Luis	60.1	73.8	82.3
Santa Cruz	34.8	*	75.0
Santa Fe	70.3	64.8	66.2
Santiago del Estero	88.7	86.1	93.2
Tierra del Fuego	38.5	-	50.0
Tucumán	88,2	94.4	91.6

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la base de usuarios del Censo Nacional de Población 2001.

Una lectura de estos cuadros pone de manifiesto dos cuestiones centrales: por un lado, a medida que la población se hace más rural aumenta la proporción de quienes trabajan y disminuyen los porcentajes de quienes sólo estudian; por otra

parte, una lectura entre quinquenios de edad muestra también que quienes estudian son una proporción menor en el cambio de cada quinquenio, lo que muestra una situación de mayor gravedad en el pasaje a 10-15 años, grupo etario en el que solamente un tercio de los adolescentes y niños pueden dedicarse sólo a estudiar.

No obstante el persistente despoblamiento rural, la densidad poblacional aparece en el discurso público como un indicador importante para determinar la radiación de servicios y oficinas públicas proveedoras de servicios de calidad. A modo de ejemplo, en algunas provincias y zonas de escasa población se opta por la escuela de maestro único, quien atiende a todos los grupos etarios menores de 14 años.

Un panorama distinto y con fuertes desequilibrios interjurisdiccionales se observa al realizar un cuadro más específico respecto a la asistencia a la escuela entre los ocupados en este grupo etario en la rama primaria según el área de residencia.

Nuevamente, en la población dispersa aumenta la proporción de aquellos adolescentes que, al estar trabajando, no concurren a un establecimiento educativo, que es alta en todo el país pero se agrava en las provincias del norte argentino, pues llega al 93.2 % en la provincia de Jujuy y al 91.4 % en Tucumán. En ambas el peso del trabajo intensivo en cosechas o en la producción de tabaco, frutilla u hortalizas indica la presencia de niños y niñas desde temprana edad.

Por otra parte, la mayor diferencia de acceso o retención escolar se observa en el diferencial existente entre los aglomerados mayores ya que, en la mayoría de las provincias, los porcentajes de abandono escolar son semejantes entre el área rural y los aglomerados pequeños. Los datos son elocuentes respecto a la existencia de un fuerte vínculo entre trabajar y continuar en el sistema educativo.

Las familias de estos jóvenes expresan generalmente su preocupación por este acceso diferencial al sistema educativo ya que la inversión en educación aparece como un deseo central en las familias, inclusive en aquellas cuyos hijos han tenido que ocuparse ya que los costos de traslado, en combinación con las debilidades señaladas por los padres respecto al sistema educativo, los coloca en una situación generalmente no deseada. Muchos padres han señalado que el costo de ir a la escuela media en el pueblo cercano —pero a una distancia suficiente como para necesitar alguna forma de transporte—, comparado con niveles de ausentismo de docentes, considerado por los padres como bastante alto, lleva a que no quieran que sus hijos estén de “vagos”. A estos hechos se suman o potencian cambios realizados en los años noventa en el currículo educativo con terminalidades intermedias que fragmentaron la inserción escolar, unidos a la carencia de infraestructura adecuada para los jóvenes. En los últimos años, se ha tratado de revertir estos hechos con distintas políticas. En primer lugar, se estableció una asignación mensual por cada hijo en edad escolar para aquellas familias en situación de pobreza, desocupadas o con empleos precarios (Asignación Universal por Hijo). Para su cobro total por año, las madres deben presentar el certificado de escolaridad y la constancia de

cumplimiento del calendario sanitario. También se volvió al esquema histórico de dos ciclos de escolaridad (primaria y secundaria o media). La primera etapa se cumple teóricamente alrededor de los 12-13 años y de la escuela media se estima su finalización entre los 17 y 18 años, modificándose así la obligatoriedad de concurrencia hasta concluir la escuela media o secundaria. Además, a través de un programa nacional se está implementando el acceso de niños y jóvenes a tecnologías informáticas, para lo cual se entrega a cada alumno un ordenador y se dota a las escuelas de conectividad (Conectar Igualdad). Todos estos cambios llevan un tiempo para que sus efectos se observen en la población y, como se puede esperar como consecuencia de los obstáculos infraestructurales existentes en el medio rural, su impacto posiblemente sólo sea observable en el mediano plazo. Estos procesos, como reiteradamente se ha señalado, implican cambios culturales y de hábitos que son de lenta adopción por los grupos sociales. Se adoptan cuando se comprobaron sus efectos en los niños y los jóvenes.

La temprana incorporación de los jóvenes al trabajo en el mundo agrario: una infancia breve

Las etapas en la evolución de niños y niñas no son necesariamente un resultado del desarrollo de sus habilidades psicomotoras, de su maduración biológica, sino que constituyen categorías socialmente construidas (Bhalotra & Heady, 2003). Diversos trabajos académicos muestran la relación existente entre los tipos de trabajos y las relaciones familiares o salariales como obstáculos a la erradicación del trabajo de niños y niñas. Pero son también las familias rurales las que portan una relación especial entre trabajo-escuela-ocio, que también está signada por el tipo de vínculo del hogar con la producción agropecuaria (Caputo, 2000). Son distintos los valores organizados alrededor del mundo campesino en comparación con los pequeños y medianos empresarios familiares (proporción de fincas que en la Argentina ha tenido relevancia en el área pampeana), conocidos como “chacareros” o *farmers*. Otra situación diferente, y quizá más riesgosa, es la de los jóvenes y niños que ayudan a sus padres en las cosechas con un pago o remuneración, encubierto bajo la forma de pago a “destajo” o por “piezas”.

En síntesis, en estas tres situaciones, familias campesinas, familias *farmers* (pequeña o mediana empresa agropecuaria) y familias de asalariados sin vínculos con la tierra aparecen distintas tareas, formas de socialización y aprendizaje para el trabajo en el agro, como también la trasmisión de valoraciones acerca del mismo: desde el orgullo de ser productor de algún bien “prestigiado” (como el limón para exportación) o un campesino que expresa sus deseos de que sus hijos no sean “esclavos” del mercado o el asalariado que se enorgullece de haber desarrollado las

habilidades necesarias para ser un tarefero (cosechador manual de yerba mate) cosechando bien, rápido y sin accidentes en el monte yerbatero (Roa, 2014; Vázquez Laba, 2008; Crespo Pazos, 2013; Crovetto, 2012).

El mundo campesino¹¹ basa la organización de su producción —tanto para el mercado como para la subsistencia del grupo doméstico— en la utilización del trabajo de su familia, sin contratar trabajo externo en forma permanente. En algunas producciones altamente intensivas en mano de obra se recurre a la ayuda de vecinos o a la contratación de algunos trabajadores transitorios. Disponen de muy poco capital y suelen habitar en un contexto territorial generalmente marcado por la escasez de infraestructura social: malos caminos, dificultad de acceso a los servicios de salud, oferta educacional limitada o inapropiada, ausencia de medios de transporte. Como se ha señalado clásicamente, constituyen una unidad de producción-consumo, en la que se combinan tareas ligadas a la reproducción cotidiana con actividades desarrolladas en el predio. Los productores y los miembros de la familia organizan sus actividades, tanto domésticas como agropecuarias, en función de la edad y del género. Desde pequeños, niños y niñas “colaboran” en las actividades reproductivas sin diferenciarlas de las destinadas a la producción, tanto para el autoconsumo como para los cultivos comerciales. Se van “socializando” en el mundo de los adultos. Van a buscar leña al bosque, juntan los animales menores, les acercan la comida, ayudan a sacar los yuyos, cosechan la huerta y los frutales, cuidan a los más pequeños, los atienden y les dan la comida. Padres actuales recuerdan que aprendieron “jugando”. Como consecuencia de que las tareas ligadas a la producción se hacen en el ámbito de la “casa” (incluyendo su campo circundante) y de que quienes participan de las mismas no perciben “salarios”, se transforman en trabajos “invisibles” en los que en niños y jóvenes van “socializándose” como “naturales”. No son percibidas como trabajo, de allí también la dificultad para captar esta información en los relevamientos estadísticos tradicionales.¹²

Así, se van incorporando al mundo del trabajo en la medida en que su desarrollo físico se los permite. A diferencia de los niños que trabajan en zonas urbanas, éstos lo hacen en un contexto de contención familiar, posiblemente con menos riesgos psicológicos que en el trabajo infantil urbano. Sin embargo, el esfuerzo físico que supone y los frecuentes accidentes en el ámbito de trabajo (caídas desde los árboles o escaleras, picaduras de animales, lastimaduras con herramientas, uso de algunos agroquímicos, etc.) va “naturalizando” una incorporación temprana al mercado laboral.

¹¹ No es objetivo de este trabajo discutir las formas que adquiere el campesinado, simplemente se trata de ver cómo vinculan el trabajo familiar con la profesionalización o la escolaridad.

¹² Trabajos de Catalina Wainerman y Martín Moreno demuestran la importancia de estos puntos en el trabajo “invisible” de las mujeres.

La colaboración en las tareas de producción para autoconsumo comienza generalmente entre los seis o siete años (Aparicio, 2007) y llegan a una tasa de actividad cercana a la de los adultos en el grupo etario de 14 a 18 años, especialmente en el caso de los varones, según datos de la EANNA. Niñas y adolescentes cuidan a sus hermanos, aprenden a ayudar en la cocina o a conservar alimentos, entre otras actividades domésticas (conservas, dulces, tejidos). La socialización en estas tareas también las capacita para su temprana incorporación al servicio doméstico como trabajo remunerado. Muchas adolescentes de 14 años trabajan cuidando niños en zonas urbanas como contribución al ingreso del hogar. Esta necesidad de contribuir al abastecimiento de la familia es la que produce una marcada diferencia con otras adolescentes de sectores medios urbanos que en algunas ocasiones cuidan niños para obtener ingresos personales. No están compelidas a trabajar, lo que significa una diferencia importante.

En cuanto a las familias de asalariados agropecuarios en la Argentina, generalmente no constituyen un sector de “semiproletarización campesina”. Ese proceso ocurrió con la organización nacional durante el siglo XIX, en que a través de diversos mecanismos se fueron constituyendo en mano de obra “libre”. En algunas producciones actuales, como en el caso del complejo limonero tucumano, donde cerca del 45 % de los trabajadores tienen residencia en los barrios de la periferia de la ciudad capital de la provincia (Tucumán). En su trayectoria no aparece origen campesino, si bien sus padres han estado ligados a la producción cañera pero como asalariados “puros”. Es decir, han sido socializados en la “rama agropecuaria” pero no necesariamente con residencia rural ni como productores o campesinos cañeros.

Si bien existe un sistema regulatorio actualizado para este tipo de asalariados,¹³ en términos generales el trabajo estacional se rige por un monto mínimo diario abonable en caso de razones climáticas, por ejemplo; es habitual el pago por cantidad de producto cosechado o hectáreas trabajadas, forma conocida en el país como trabajo a “destajo” o “por tanto”. Si bien en muchas ocasiones se menciona el pago por jornal, éste está atado a un mínimo de producción recogida o a un mínimo de labor realizada. Este pago a destajo estimula también a que el cosechero sea acompañado por miembros de la familia —generalmente los varones a partir de los 14 años— para incrementar la productividad. “Me ayuda en la cosecha, ya se probó en el limón”, decía un cosechero con orgullo refiriéndose a que su hijo no era un “vago”. Es más, en una entrevista realizada a un migrante tucumano, actualmente

¹³ Desde 1947 tienen cobertura legal y recientemente se modificó la legislación, que se acerca a las normas que rigen en el resto de los mercados de trabajo, excepto que no tienen negociación salarial directa, es tripartita (empresarios, sindicatos y Estado). No obstante, la producción frutícola agroindustrial se rige directamente por la norma general con convenios colectivos de trabajo entre sindicato y cámara empresarial, mientras que el Estado cumple el rol de homologador.

residente en el conurbano, éste relataba con orgullo que su hermano de 17 años, residente en un barrio de San Miguel de Tucumán, trabajaba en la cosecha de limón. La empresa contratista de la cosecha le ofrecía ir a España en contraestación a la cosecha de cítricos argentina, seguramente sin contrato formal, ingresando como turista ya que la cosecha se circunscribe a unos dos o tres meses intensivos.

Existen otras formas de trabajo que constituyen “híbridos” entre la explotación de tipo campesino y el trabajo asalariado puro; entre ellas se pueden señalar aquellas “por tanto” (aparcería, mediería, trabajo por porcentaje de producción). Estas formas, que encubren asalariados, tienen una importante presencia en producciones intensivas en mano de obra como la horticultura, el tabaco en algunas provincias, las frutillas en Tucumán o las cebollas y los ajos en la zona cuyana (Mendoza-San Juan). En este tipo de situaciones, el dueño de la tierra aporta el capital, algunos insumos, además de la tierra, y la familia trabajadora se hace cargo de la provisión de mano de obra, aunque deba recurrir a pagar de su bolsillo la contratación de miembros externos a la familia. Aquí se replica doblemente lo señalado para la agricultura campesina, agravado con el estímulo del “porcentaje”. Es común que en estas familias se recurra a traer parientes que han quedado en la zona de origen, los que vienen a veces solos y en otras ocasiones con algún hijo. Aprenden el trabajo y replican la relación de trabajo “por tanto” con algún dueño de finca (véase Roberto Benencia en diversos trabajos). En síntesis, las formas de contratación existentes en el agro pueden contribuir a impulsar el trabajo de menores y jóvenes fuera del ámbito doméstico. Por último, el productor de tipo *farmer* replica el proceso de socialización incorporando a alguno de sus hijos al aprendizaje de las tareas más complejas que se desarrollan en su finca, desde el buen mantenimiento de las maquinarias hasta su participación en trámites bancarios y administrativos. A diferencia de los casos anteriores, sus esfuerzos económicos se orientan a que sus hijos —en especial, el “heredero”— se capaciten formalmente, completando por lo menos el ciclo medio de escolaridad y, en muchos casos, tratando de que puedan acceder a estudios universitarios ligados a la agricultura.

Algunos relatos, ¿concluyentes?, hacia los caminos intermedios

En este apartado hemos preferido dejar en la voz de los actores algunos de los temas más importantes que surgen de nuestras investigaciones. Con este fin reproducimos algunos relatos de historias laborales recogidas en distintos lugares del país, mismas que provienen de nuestras investigaciones y formarán parte de un libro que dará a conocer estos resultados. Separaremos las mismas por área y producto para una mayor claridad expositiva.

Algunos relatos de ocupados en Misiones en yerba mate

“Desde que podía hacer algo. Empecé desde chico...” “...En la chacra hay trabajos más livianos que cualquier chiquito puede hacer... eso lo hacía yo. Si podés hacer, hacés...”

“Desde los 11 años trabajo en la chacra, cuidando y ordeñando los animales”.

Una mujer de 17 años señalaba que dejó la escuela “...en 7° grado porque tenía que ir a cosechar tabaco con mi padre en Brasil”. “Trabajaba porque no me alcanzaba para ir a estudiar”.

Un colono relataba así su historia laboral: “...desde los siete, ocho años. En aquel tiempo nos tocó tarefear”. “...en mi familia desde chiquito, si no trabajamos en casa, tenemos que atender a los animales... todos los días tenés algo que hacer”

Ocupados en la actividad tabacalera en Jujuy

Varios relatos evidencian este fenómeno de incorporación temprano al trabajo en la actividad tabacalera:

Cuando era más chica encañábamos con mis hermanos, con siete, ocho años ya íbamos a encañar y desencañar, le ayudábamos a mi mamá. Después, ya cuando tenía 12, 13 años, ya estaba separada de mi familia. Lo que encañaba ya era para mí. Lo que cobraba ya era mío (entrevista, 2007).

Y yo desde los siete años que trabajo; ayudaba mucho a mi mamá de chica, porque a mi papá a veces no le pagaban, trabajaba de albañil y no le pagaban (entrevista, 2007). Yo estoy en el tabaco desde chica. A mí me criaron en la finca con el tabaco, a encañar y desencañar, desde que tenía nueve años... mi mamá encañaba y yo le ayudaba; lo que pasa es que yo he sido lerda para encañar y mi mamá me protestaba mucho (entrevista, 2007).

Yo tengo cuarenta años, trabajo desde los ocho años, siete años en el encañado, siempre en el encañado... (entrevista, 2007).

Los hijos de hoy repiten la historia de sus padres, aunque su incorporación es más tardía, a partir de los dieciséis años es habitual que trabajen como actividad principal.

Ocupados en la actividad limonera en Tucumán

“Yo desde chica trabajo” (entrevista, 2006).

Norma, como muchas de las entrevistadas de la zona limonera tucumana, inició su vida laboral de manera temprana, a los doce años de edad. Su primera ocupación fue como empleada en el servicio doméstico, con “cama adentro”, en casas de familias en la ciudad de San Miguel (Vázquez Laba, 2010).

Yo desde chica trabajo, por la situación económica de mi casa. A los doce años me he ido cama adentro a la casa de una familia con la que estuve hasta los catorce años. Después, he ido andando con otras familias hasta que a los diecisiete años me fui a trabajar a Buenos Aires... (entrevista, 2003).

En los varones, el primer trabajo remunerado comenzó a los catorce años en la cosecha del limón o de la frutilla, tal como se refleja en muchas de las entrevistas realizadas. Sus padres suelen repetir “se probó en el limón”, actividad que es vista como con cierto ascenso social respecto a la tradicional cosecha cañera. En el limón, debido a las normas y exigencias de los mercados europeos, la registración es mayor, por lo tanto también lo es la seguridad de ser contratado el siguiente año. El estar en “blanco” y el regirse por la ley de contrato de trabajo (no por la de trabajadores agropecuarios) obliga al empleador a citar en primer término a los asalariados de la temporada anterior. Además, los pagos suelen ser quincenales y con menores vínculos de sujeción extraeconómica. De allí la valoración de trabajar en el limón y, en especial, para las empresas más grandes del sector con mayor formalidad (Vázquez Loba, 2010).

Historias de vida laboral (frutilla, Tucumán)

En la frutilla, catorce años tenía. Antes ayudaba en casa... Cosas de la casa, cocinar, lavaba ropa. Mi papá allá en Bolivia trabajaba en el choclo... Siempre trabajé en la agricultura... Uno ya está acostumbrada a la vida esa.

Algunos niños cuentan que realizan actividades domésticas que consideramos de alto riesgo para un niño, pero en estas familias también el concepto de riesgo difiere de lo considerado no sólo legal sino también culturalmente (en efecto, ir a cortar leña al monte, adonde van equipados con herramientas tales como el hacha, el machete, y mueven troncos muy pesados, o cocinar en las niñas, movilizándolo ollas hirvientes, etcétera).

Voy a ayudar a mi papá a cortar leña... en el monte... para hacer fuego... Para todo: para cocinar, para la estufa, para calentar agua para el baño y para... hacer hervir agua, para bañarse.

También “acarrear agua de la acequia en caso de ser necesario”.

He plantado con mi mamá... Lechuga, acelga, papa y... berenjena también.

Era muy chiquito, iba con mi papá y mi mamá, trabajaba allá en la manzana en Río Negro con mis papá y mi mamá. Antes iba toda la familia, ahora ya no.

El inicio de los niños en el trabajo agrícola fuera del predio se debió, preferentemente, a que los padres no tenían con quien dejarlos cuando se iban a trabajar: “Porque no había con quien quede yo. Y me llevaban a ir a trabajar”.

Se empieza a cosechar la frutilla alrededor de los cinco o seis años, y también salen a venderla en las rutas.

Mi hermano me enseñó a cosechar y al principio me ayudaba a alzar las cajas, porque me golpeaba mucho las piernas, me quedaba morado.

La adolescencia... o adultez temprana

Respecto a los trabajos que desarrollan los adolescentes, ellos relatan que deben hacerlo por motivos económicos y ante la carencia de otras opciones atractivas. Señalan que desde muy pequeños han ido pasando por casi todos los trabajos que implican los cultivos en las fincas: alambrar, tirar hilos, sembrar, regar, limpiar malezas, cosechar, arriar animales. Generalmente aquellos que han podido combinar una mayor escolaridad con aprendizajes en terreno son los que consiguen mejores ocupaciones: maquinistas, ficheros, transportistas, capataces. Todas estas tareas requieren lectoescritura y cálculo, más las destrezas físicas especiales.

A partir de los catorce años, no sólo en el medio rural sino también en ciudades con importante presencia de demandas estacionales de mano de obra agrícola, las familias y el medio cultural circundante consideran que quien no estudia (aunque no pueda por razones económicas) es un “vago” si no trabaja. Rompe el equilibrio entre “trabajadores” y “consumidores” y es alguien a quien hay que sostener con el trabajo de otros.

Sin duda que los déficits educativos ya mencionados tienen un fuerte peso, pero también están las críticas a la inadecuación de la formación por no ser la que se necesita para trabajar. Como alternativa, hace más de cuarenta años se han creado escuelas secundarias con sistema de “alternancia”, un período intensivo (15 días, generalmente) en la escuela y otro tiempo equivalente en el hogar, con tareas que reconocen su vida de productores familiares y las relaciones comunitarias, promoviendo una relación entre aprendizaje y trabajo, entre experiencia práctica y su sistematización, junto con la acumulación de conocimientos que brindan las sistematizaciones más científicas. Se concilian así las necesidades de aporte de trabajo del grupo familiar con la adquisición de metodologías de aprendizaje formal. Cabe aclarar que estas experiencias surgieron desde el ámbito de organizaciones de productores tipo *farmers* con el apoyo de asociaciones sin fines de lucro. Hoy día sus títulos tienen validez oficial (Golzman & Jacinto, 2001; FACEPT, 2005; Palamidessi, 2005). Este tipo de escuelas (escuelas de familia agrícola —EFA—, CEPT) tienen su ámbito de acción especialmente en el Noreste y en la provincia de Buenos Aires. Su currículum incluye formación específica para las actividades agropecuarias, prácticas en los campos de las propias familias, relevamientos de historias e instituciones locales, formación en costos, etc., más acordes a las demandas de las familias productoras.

Pero un análisis desde una perspectiva totalmente abolicionista puede sostener que este tipo de escuelas podría fomentar el trabajo de niños y jóvenes en sus

chacras, permitiendo o facilitando la incorporación al mercado de trabajo. Sin embargo, pueden llegar a convertirse con poco esfuerzo en una forma de aprendizaje donde se prestigie el trabajo en la finca y se forme a los jóvenes para su continuidad en mejores condiciones para el mundo moderno. Si bien no supera la tensión entre quienes valoran la incorporación temprana de niños y niñas al trabajo en la finca familiar —obviamente eliminando la posibilidad de trabajo extrapredial, aunque sea una ayuda familiar— y aquellos que sostienen la necesidad de la erradicación completa de cualquier trabajo que contribuya a la economía de las familias, esta perspectiva traza líneas intermedias que, en el mediano plazo, podrían confluir y así modificar algunas pautas culturales muy arraigadas actualmente en distintas regiones del país. Es en este sentido que adoptamos el término “perspectivas naturalistas” en lugar de promocionales o regulacionistas, ya que esta orientación permite conjugar simultáneamente la formación y educación con una preparación para el trabajo. Es decir, no promueve el trabajo; por el contrario, lo valoriza como fuente y aplicación de conocimiento. Siempre queda la posibilidad de aplicar las regulaciones del trabajo infantil y de menores en caso de excesos o de que entre en contradicción con la escolaridad; en consecuencia, y de ser necesario, se recurre a la regulación del mismo que siempre debe estar establecida.

En síntesis:

La educación no es la única solución para acabar con el trabajo infantil, pero una educación gratuita, a tiempo completo, obligatoria y de calidad sí constituye el factor de más peso. La OIT ha hecho una importante contribución al debate mundial al transmitir un mensaje muy claro y simple: no erradicaremos el trabajo infantil sin una educación universal y, a la inversa, tampoco garantiremos que todos los niños y niñas estén escolarizados a menos que acabemos con el trabajo infantil, y en particular con sus peores formas (OIT, 2010, p. xv).

Referencias

- Aparicio, S. (2007). El trabajo infantil en el agro argentino. En Organización Internacional del Trabajo (OIT) (comp.), *El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública* (197-232). Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social y OIT.
- Aparicio, S. & Aguilera, M. E. (2009, 31 de agosto y 4 de septiembre). Niños trabajadores en el agro argentino. Familias campesinas y de asalariados rurales. Mitos y creencias en torno al trabajo infantil rural. Ponencia presentada en XXVII Congreso ALAS, Buenos Aires.
- Aparicio, S., Ortiz, S. & Tadeo, N. (2008). Have private supermarket norms benefited laborers? Lemon and sweet citrus production in Argentina. *Globalizations*, 5(2), 167-181.
- Aparicio, S. et al. (2009). Tabaco, mercado de trabajo y cultura en Jujuy. Superintendencia

- de Riesgos del Trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de la Nación, Buenos Aires. <http://www.srt.gov.ar/publicaciones/Tabaco/Tabaco.pdf>
- Bhalotra, S. & Heady, C. (2003). Child farm labor: the wealth paradox. Discussion paper No. 03/553. Department of Economics, University of Bristol, Estados Unidos.
- Caputo, L. (2000). Identidades trastocadas de la juventud rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya. Documento de trabajo N° 102, Base Investigaciones Sociales. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Paraguay/base-is/20120911115138/Doc102.pdf>
- Crespo Pazos, M. (2013). *La conflictividad asalariada agrícola en la última década. Negociaciones y protestas en la agroindustria limonera tucumana*. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Crovetto, M. (2012). *Territorios flexibles. Espacios sociales complejos en el caso del Valle Inferior del Río Chubut*. Tesis doctoral en ciencias sociales. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Federación de Asociaciones de Centros Educativos para la Producción Total (FACEPT) (2005). Juventud y trabajo rural: creando vínculos efectivos a partir de la educación por alternancia en *Trabajo de campo*. En Neiman, G. (comp.), *Trabajo de campo, producción, tecnología y empleo en el medio rural* (pp. 274-281). Buenos Aires: CICCUS.
- Feldman, S. (1997). *Los niños que trabajan en la Argentina*. En Feldman, S. & Areldsen (eds.), *Los niños que trabajan*. Buenos Aires: Unicef.
- Golzman, G., Serafini, C. & Zattera, O. (2005). Cuando la escuela rural abre las puertas al trabajo... y viceversa. En Neiman, G. (comp.), *Trabajo de campo*. Buenos Aires: CICCUS.
- Golzman, G. & Jacinto, C. (2001). *El programa Tercer Ciclo en Escuelas Rurales. Una estrategia para extender la escolaridad en la educación básica argentina*. Buenos Aires.
- Iñigo Carreras, J. (2001). *Estudio de las determinaciones económicas del trabajo infantil rural en la Argentina*. Buenos Aires: Unicef.
- Macri, M. (dir.) (2005). *El trabajo infantil no es juego*. Buenos Aires: Editorial Stella y La Crujía Ediciones.
- Macri, M. (coord.) (2012). *Trabajos infantiles e infancias. Investigaciones en territorio. Argentina 2005-2010*. Buenos Aires: Editorial Stella.
- Noceti, M. B. (2011). “Trabajo infantil rural” y “explotación infantil rural”. Aportes antropológicos a la diferenciación de conceptos para el diseño de políticas de protección de derechos del niño en el sudoeste bonaerense. *Papeles de Trabajo*, 22.
- Novik, M. & Campos, M. (2007). El trabajo infantil en perspectiva. Sus factores determinantes y los desafíos para una política orientada a su erradicación. En OIT (comp.), *El trabajo infantil en la Argentina*. Buenos Aires: OIT.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2010). *Intensificar la lucha contra el trabajo infantil*. Ginebra: OIT.
- Padawer, A. & Enriz, N. (2009). Experiencias formativas en la infancia rural mbyá guaraní. *Avá*, 15, 315-332.

- Padawer, A. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes Antropológicos*, 16(34).
- Palamidessi, M. (2005). Estudio descriptivo de la oferta educativa más significativa en áreas rurales. Anexo D de *Educación, desarrollo rural y juventud* (informe final). Buenos Aires (CD).
- Rau, V. (2005). *Los cosecheros de yerba mate. Mercado de trabajo agrario y lucha social en Misiones*. Tesis doctoral en ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Rausky, M. E. (2009). Perspectivas sobre el trabajo infantil en la Argentina: un análisis de las investigaciones desarrolladas en las ciencias sociales. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 5, 177-200.
- Re, D. (2014). *La producción de tabaco Virginia en la provincia de Jujuy y su impacto sobre la estructura social agraria. ¿Movilidad social de productores?* Tesis doctoral en ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Roa, M. L. (2014, julio). Estar-en-el-yerbal. La conformación de subjetividades tareferas. Ponencia presentada en el XI Congreso de Antropología, Rosario.
- Schiavoni, L. (2002). Aportes del trabajo de los hijos a las estrategias de vida familiares. Familias pobres urbanas y rurales en la provincia de Misiones. En Wainerman, C. (comp.), *Familia, trabajo y género, un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: Unicef.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, PROINDER (2003). Los jóvenes rurales en Argentina. Buenos Aires, mimeo.
- Silva, M. A. (2013). El abordaje del trabajo infantil desde la indagación de la familia: un aporte a las políticas públicas. *Revista de Ciencias Sociales*, XIX(3).
- Vázquez Laba, V. (2008). *Desorganizando la tradicional división sexual del trabajo familiar: un estudio comparativo de familias asalariadas rurales del Noroeste Argentino*. Tesis doctoral en ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.
- Vázquez Laba, V. (2010). *Hacia una complejización de la tipología de familias. Aspectos teóricos y empíricos para la interpretación de los modelos familiares en el noroeste argentino*, *Revista de Ciencias Sociales*: Costa Rica.
- Zuker, L. (2014, julio). Infancia y trabajo. Estudio de caso con niños/as trabajadores en Puerto Wanda. Ponencia presentada en el XI Congreso de Antropología, Rosario.

Las denominaciones de origen en México. El queso Cotija: entre confiscación y valorización patrimoniales

Esteban Barragán

El Colegio de Michoacán

Thierry Linck

Institut National de la Recherche Agronomique (INRA)

Recepción: 6/noviembre/2014 Aceptación: 22/mayo/2015

Resumen ¿Cómo definir el queso Cotija? Los tecnólogos dicen que es un queso prensado, comentan su tamaño, su forma, su textura, su color... Los conocedores lo identifican como un queso pastoril, propio de una ganadería extensiva orientada hacia la producción de carne, cuyo sabor da testimonio de una relación simbiótica que enlaza al hombre con la naturaleza. Ambas definiciones son correctas, pero corresponden a dos concepciones opuestas de la relación que el hombre establece con la naturaleza, con su propia memoria y con la economía y la sociedad globales. Ambas definiciones pueden, en teoría, constituir el soporte de una denominación de origen (DO). Pero remiten, sin embargo, a dos proyectos radicalmente opuestos: de desarrollo territorial y de preservación de los patrimonios locales en un caso, de fomento de cadenas industriales y de apertura comercial en el otro. Lo cierto es que, en ambos casos, la DO plantea una exigencia y un desafío: definir las modalidades de apropiación de los saberes técnicos y relacionales que estructuran la sociedad local y determinan su futuro.

PALABRAS CLAVE: sociedad ranchera, pastoralismo, cambio técnico, conocimiento local, recursos colectivos.

Abstract How could we define the Cotija cheese? Technologists recognize it as a firm cheese. The connoisseurs identify it as a pastoral cheese with a unique flavour which carries testimony of a close relation between a natural environment, a beef herd, corn and people. Both definitions are correct, but correspond to two opposing conceptions of the relationship that man establishes with nature, with its own memory and the global economy and society. Both definitions can, theoretically, support a geographical

indication device. But, they refer to radically different projects. In a case, territorial development and local heritage preservation; industrial supply chain building and trade liberalization in the other one. The truth is that, in both cases, GI proposes a requirement and a challenge: to define the modalities of appropriation of the technical and relational knowledge that structure local society and determine its future.

KEYWORDS: ranch society, pastoralism, technical change, local knowledge, collective resources.

El cambio técnico no es neutro

Las indicaciones geográficas —denominaciones de origen en México— tienen como finalidad la protección de los productos que tienen, según lo establecido a raíz de los acuerdos TRIPS de 1994,¹ “por lo menos una característica que los enlaza en forma exclusiva con su origen”. La indicación geográfica remite exclusivamente a la denominación del producto: establece una exclusividad de uso que se extiende a la reputación asociada al nombre. No ha sido diseñada para asegurar la preservación y valorización de los patrimonios territoriales. En su expresión estricta, no conforma más que puestas en escena, a menudo engañosas, del origen y las representaciones que inspira. Cabe recordar que los TRIPS definen una normatividad que sólo se aplica en el ámbito del comercio internacional: les toca a los Estados nacionales definir un marco institucional propio, acorde a sus objetivos de desarrollo territorial o sectorial y de preservación y valorización de sus patrimonios.

En cualquier caso, la denominación de origen es una construcción social que se encuentra en el centro de fuertes tensiones. La exclusividad asienta un monopolio que puede convertir la reputación en una jugosa fuente de rentas.² El marco minimalista establecido por los TRIPS propicia procesos de acaparamiento y mercantilización de recursos locales. Puede ocurrir, entonces, con la denominación lo que sucedió en Europa en los siglos XVI y XVIII con los movimientos de cercamiento de la tierra: el acaparamiento y la deconstrucción de lo vivo (la biodiversidad) y de lo cognitivo (los conocimientos técnicos y relacionales movilizados en la domestica-

¹ Agreement on Trade Related Aspects of Intellectual Property Rights, establecido bajo los auspicios de la Organización Mundial del Comercio (OMC) al concluir la Ronda de Uruguay.

² La reputación es un recurso intangible: su costo de reproducción es, por lo tanto, virtualmente nulo. Puede generar una renta de monopolio cuando un dispositivo de apropiación permite tener la oferta bajo control (Linck, 2007, 2012).

ción de la naturaleza y la implementación de las interacciones sociales). La denominación de origen puede ser también una poderosa palanca de desarrollo cuando se enmarca en un proceso de reforzamiento de los patrimonios biológicos y cognitivos locales. Puede, entonces, movilizarse como dispositivo de valorización de las competencias locales, de preservación de la biodiversidad, de impulso a las inversiones, de acceso a mercados lejanos y de generación de empleos (Linck, 2007).

La elección del cambio técnico se encuentra en el centro de estas tensiones. Cuando se trata de recursos patrimoniales, el “progreso” técnico no puede considerarse neutro, como si se tratara de un factor ajeno, simple efecto de un movimiento en su esencia a la vez lineal y necesario. No es así porque los conocimientos técnicos que integran la memoria colectiva de una población condicionan su relación con la naturaleza. Interactúan con los conocimientos relacionales que rigen las modalidades de acceso al espacio y a los recursos. Por lo tanto, ¿cómo implementar cambios técnicos sin alterar al mismo tiempo la relación con la naturaleza y la naturaleza del vínculo social? ¿Podríamos contar tan sólo con las virtudes reguladoras del mercado? Desde luego que no: las interacciones entre cambio técnico y cambio social no pueden proceder tan sólo del intercambio y de la competencia.

En el caso que nos interesa, el derecho de la propiedad intelectual deroga el principio de libre competencia: procede del orden jurídico, y expresa una relación de fuerza. Asociado a una exclusividad de uso, el cambio técnico se convierte en un poderoso dispositivo de apropiación. De acuerdo con el tipo de cambio técnico, la denominación de origen puede constituir una palanca de desarrollo y de protección de los patrimonios locales o, por el contrario, un simple recurso activado para el saqueo de los patrimonios territoriales y el acaparamiento de una renta.

Les sociedades rancheras en los márgenes del agro mexicano

La trayectoria de calificación del queso Cotija evidencia un desfase entre las orientaciones de las políticas públicas y las prácticas y expectativas locales. El gobierno mexicano ha optado por la aplicación de una versión literal, restrictiva de los TRIPS: la protección remite exclusivamente a la denominación, sin tomar en cuenta la preservación de los patrimonios locales. Se trata ante todo de valorar la reputación usándola como palanca para el fomento de la industria y de las exportaciones: aplicar procedimientos de corte industrial para producir con bajos costos un producto corriente y venderlo con el mismo nombre a un precio mayor.

El negocio es redondo. Pero pasa por alto el hecho de que el queso Cotija es un producto emblemático. Lo evidencian sus cualidades propias:³ es un queso de guar-

³ Remitimos a continuación al queso Cotija producido en la Sierra de Jalmich.

dia elaborado con leche cruda. Se diferencia así de la mayoría de los quesos mexicanos fabricados con leche pasteurizada y estandarizada, a menudo reconstituida y en muchos casos descremada. El Cotija tiene un reconocimiento asentado en su rusticidad, su sabor marcado, su anclaje territorial y en las prácticas locales de manejo de los animales y de tratamiento de la leche. Desde esta perspectiva, al queso Cotija se le puede considerar propio de las sociedades rancheras. Tiene origen en sus santuarios de Occidente. Puede considerarse emblemático de una cara de la identidad nacional (la raíz ladina y católica, que se opone a la indígena) (Katz, 1991; Linck, 2005).

El queso Cotija no encaja en los modelos técnicos que el Estado y las empresas multinacionales difunden en México (Linck, 1988). No se le puede aplicar el modelo “todo Holstein-todo alfalfa” de las cuencas lecheras (Linck, 1997). El queso Cotija se elabora con una leche sustraída de la ración destinada a los becerros durante la estación de lluvias. Es, en este sentido, un producto derivado de una ganadería extensiva —en realidad “pastoril”— orientada hacia la producción de novillos. A los productores, la obtención de una denominación de origen les permite preservar y valorar los conocimientos técnicos y relacionales en los cuales se asientan sus condiciones de vida y que marcan su propia identidad; se trata, en forma resumida, de defender un patrimonio propio (Barthelemy, Niedda & Vivien, 2004; Linck, 2005). En lo económico, la denominación se percibe como un dispositivo de protección del sistema pastoril,⁴ amenazado por la difusión de razas finas, la reorganización de la cadena “carne roja” (Jiménez, 2007) y el emporio de la industria lechera.

El queso Cotija es a la vez el producto y el pilar de un sistema pastoril que asocia la ganadería con el cultivo itinerante de maíz, y, por este medio, desempeña un papel en la construcción de los paisajes y los territorios. La polémica que despertó el rechazo de la solicitud de denominación rebasa por mucho la suerte de sólo el queso. La decisión procede de una elección de corte político que compromete la preservación del potencial productivo, el empleo y una presencia social en numerosas regiones que políticas pasadas han marginado y empobrecido (Linck, 2005). Esta circunstancia le confiere al queso Cotija un valor emblemático en la escala de América Latina. En parte porque tiene eco en numerosas regiones que el aislamiento, la topografía y la ausencia de agua para riego han puesto fuera del alcance del modelo técnico occidental. En parte, también, porque los avatares de los procesos de atribución de las denominaciones de origen evidencian la violencia de los conflictos por la apropiación y puesta en espectáculo de los patrimonios locales (Linck, 2007, 2012).

⁴ En el sistema pastoril, los animales se desplazan para conseguir sus alimentos. Es un sistema extensivo en tierra pero intensivo en trabajo calificado. Requiere conocimientos específicos en términos de manejo de los hatos, de valoración y ordenamiento del espacio forrajero; se inscribe en tramas temporales más amplias, fincadas más en el manejo del hato que en un trato individualizado de los animales, y se asienta en una lógica de gestión e internalización de los riesgos.

Trataremos a continuación de mostrar lo que es el queso Cotija mediante una exploración de lo que enlaza el producto con su origen. Empezaremos con una descripción de los paisajes rancheros, seguida de un análisis más fino en Potrero de Herrera, localidad situada en el corazón mismo de las sierras de Jalmich (Barragán, Chávez & Linck, 2010). Veremos que la ausencia de control sobre las cadenas de valorización del producto pone en peligro la existencia misma del queso Cotija (Linck, 2009). La última sección de este estudio se dedica al proceso organizativo: su trayectoria, sus expectativas —en parte frustradas— construidas en torno a un proyecto y una postura que llama a debate: la convicción de que el queso Cotija es parte íntegra de un orden social y económico específico.

El agro mexicano suele analizarse por medio del prisma de la revolución y de la reforma agraria mexicanas (Barragán, 1997). La ruralidad mexicana tiene sus próceres, a los cuales la ciencia social ha asignado un lugar bastante bien definido: el indio, el hacendado, el peón, el ejidatario, el campesino, el empresario agrícola, el coyote... El rancharo aparece, pero sólo en un claroscuro ambiguo. ¿Cómo clasificarlo? ¿Será un campesino? Pero, entonces, ¿a qué comunidad pertenece? ¿Es un empresario agrícola? Pero, entonces, ¿qué interpretación darle al peso de los valores y representaciones en los cuales se asienta la identidad ranchera? No le corresponde una figura homogénea, simple y constante: puede ser ganadero y propietario, pero también mediero o peón. La respuesta más acertada fue dada a principios de la década de los noventa (Barragán, 1990). El rancharo no es sólo un personaje singular de la escenografía agraria mexicana. Es sencillamente el miembro de un componente menospreciado y conocido del agro mexicano: la sociedad ranchera. Las sociedades rancheras no han despertado el entusiasmo de los académicos mexicanos: se salen del esquema y comparten una característica que desanima tanto a los investigadores como a los funcionarios: los rancheros suelen vivir en áreas apartadas de las vías de comunicación. Por lo tanto, los datos que se presentan a continuación se han obtenido mediante la observación directa o, en muchos casos, de los estudios realizados por Esteban Barragán.

Los paisajes y los sistemas técnicos rancheros

La observación de los paisajes⁵ (Agustín, Santoyo & García, 1996; Linck, 2001) ayuda a identificar los fundamentos de las sociedades rancheras y el papel que han desempeñado en los procesos de conquista y colonización del país (Brading, 1988; Chevalier, 1976; González y González, 1968, 1971; Lloyd, 1988; Barragán & Linck,

⁵ Remitimos aquí a las sierras de Jalmich, esta parte de la Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre del Sur situada en el poniente y el sur del estado de Michoacán.

1993; Linck & Barragán, 2008). Las regiones que mejor han conservado sus características rancheras (aislamiento, baja densidad de población, fuerte dispersión del hábitat) comparten similitudes que sugieren la existencia de una organización del trabajo propia. Son paisajes de sierra que contrastan con las planicies que estas áreas dominan en ocasiones. El relieve es tan accidentado que no deja opción para la implementación de cultivos permanentes. Se observan con dificultad algunas huellas de un verde más intenso, que ocupan puntualmente el fondo de valles angostos o se encuentran en la cercanía de alguna fuente de agua, lo que hace sospechar que hay presencia de viviendas: por lo general, casuchas de adobe con techo de lámina de acero o de cartón alquitranado ubicadas en el centro de un corral cercado con piedras o alambre de púas (Linck, 2001).

Cochet (1991) considera que en las sierras de Coalcomán (en el suroeste de Michoacán) menos del 1 % de las tierras son cultivadas con arado. Son menos aún en la Sierra del Tigre (sierras de Jalmich, en la parte occidental del estado) que estudió Barragán (1990; Barragán & Linck, 1993). La ausencia de pueblos y de vías de comunicación acentúa la impresión de aislamiento y soledad. El hombre, sin embargo, ha dejado notables huellas en el paisaje. Llama la atención del observador la presencia de huellas más claras, de unas pocas hectáreas, de forma regular, diseminadas sin lógica aparente en las vertientes de los cerros hasta donde alcanza la vista. Se trata de desmontes, parcelas de cultivo recién desmontadas, cultivadas o en descanso, usadas como espacio forrajero. Una observación más detenida permite identificar un elevado número de manchas de formas y tamaños similares, pero de color menos franco. Se trata de desmontes más antiguos, aparentemente abandonados a su suerte y en los cuales la vegetación espontánea ha logrado diferentes niveles de recuperación (Linck, 2001; Linck & Barragán, 2008).

Consideradas en su conjunto, estas manchas forman un mosaico que en ocasiones llega a cubrir la totalidad del paisaje: los vestigios del bosque (primario o más probablemente reconstituido) sólo se dejan ver a lo largo de las crestas, en el fondo de inaccesibles valles o en “enclaves” donde predominan esencias forrajeras (Cochet, 1991). A lo lejos, los jagüeyes (depósitos de agua para el ganado) dejan marcas más notables. A medida que se acerca, el observador no tarda en notar la presencia de cercas de piedras o, más comúnmente, de alambre de púas que cierran el paso a los animales entre los ranchos (el término remite en este caso a la unidad productiva) o entre potreros (unidad forrajera en los cuales se encuentran varios desmontes).

Ranchos y potreros, en un grado mayor que los desmontes, definen las unidades funcionales más efectivas. No son tan visibles: sólo la disposición de las cercas permite deducir sus formas y tamaños (desde unas pocas decenas de hectáreas para los potreros hasta varios centenares de ellas para los ranchos) y la vocación fundamental del sistema productivo: la ganadería. La disposición de las cercas responde mucho más a las exigencias de manejo del ganado y el espacio forrajero que

de protección de los cultivos. En síntesis, todas aquellas marcas⁶ que deja ver el paisaje dan testimonio de un trabajo de ordenamiento del espacio, de existencia de vínculos de solidaridad, de relaciones de apropiación y, por ende, de la existencia de un orden social.

El espacio pastoril

Por lo pronto, esta lectura somera de los paisajes rancheros permite identificar los dos elementos clave del sistema productivo: ganadería pastoril y cultivo itinerante de maíz. Aparentemente, el maíz es el componente dominante. Cultivado en un sistema de desmonte-quema, deja las huellas más visibles. El ciclo de cultivo empieza cuando termina la estación de lluvias (octubre y noviembre) con la tumba de la vegetación perenne que cubre el desmonte que se ha elegido: es la operación más exigente en trabajo de todo el ciclo. Se cortan árboles y ramas y se reparte este material en forma homogénea a lo largo del desmonte para que se seque durante varios meses (Barragán, 1990; Linck, 2001). La quema se realiza antes de que termine la estación de secas (hacia mayo o junio); abre al cultivo un suelo que ha recuperado parte de su fertilidad, libera una cantidad apreciable de nutrientes y permite un control relativo de la expansión de las adventicias y de las plagas (Linck, 2001).

El ciclo vegetativo inicia con las primeras lluvias. La siembra se realiza con una coa o un azadón en un suelo que las lluvias han ablandado, se aplican de 15 a 20 litros de semillas por hectárea. Se cultivan a menudo frijol y calabaza junto con el maíz. Siguen, en forma no sistemática, la aplicación de fertilizantes, de herbicidas o la realización de deshierbes manuales. Según el tipo de maíz (variedades de ciclo vegetativo más o menos largo), la cosecha se realiza entre los meses de diciembre y enero.

Se logran rendimientos por hectárea del orden de quince a veinte quintales. Es un resultado honorable si se toman en cuenta las características del sistema de cultivo (presencia de cultivos intercalados, manejo *a mínima* de la biodiversidad, trabajo superficial del suelo y aplicación limitada de insumos) y la superficie efectivamente cultivada. Es muy poco, en cambio, si se toma como referencia la totalidad de las tierras dedicadas al maíz, sumando las que se encuentran en cultivo y las que se han dejado en “descanso” (usualmente por un periodo de ocho a diez años). Es más que suficiente si se toma en cuenta la densidad de población (unos cinco habitantes por kilómetro cuadrado cuando mucho): la producción de maíz cubre la totalidad de las necesidades humanas y deja un excedente para los animales: aves y puercos, animales de trabajo (caballos y mulas), vacas preñadas o lactantes. Una vez cosechado, se aban-

⁶ A las cuales se suman los caminos y los senderos (Barragán, 1990).

dona el potrero a la vegetación espontánea y a los animales hasta el inicio de ciclo siguiente, ocho o diez años después (Barragán, Chávez & Linck, 2010).

Las prácticas de cultivo se ajustan a la vocación fundamental de las regiones rancheras: el pastoralismo. La organización del espacio ranchero y el uso que se le da a sus diferentes componentes responden mucho más a las exigencias de la ganadería que a las del cultivo. Así, la duración de los ciclos de cultivo (hasta diez años) tiende a una óptima valorización del potencial forrajero: termina el periodo de descanso cuando el crecimiento de la vegetación perenne obstaculiza la expansión de las gramíneas. En el mismo sentido, hay que recalcar que se realiza una sola temporada de cultivo cuando las reservas de fertilidad podrían permitir dos o tres.⁷ Por último, hay que notar que el cultivo queda a cargo de medieros en el marco de convenios que cubren, formalmente, una sola temporada de cultivos: le toca al propietario de la tierra (y de los animales) elegir el potrero que se tiene que cultivar, aplicando criterios acordes a un objetivo de optimización del potencial forrajero. Desde este punto de vista también, la unidad básica de manejo del espacio, en la cual se finca la decisión, no es el desmonte sino el potrero. La función básica del cultivo de maíz no es la producción de grano sino el manejo del recurso forrajero.

La mediería o, mejor dicho, el trabajo “a destajo”⁸ puede identificarse como la relación social de producción que estructura las economías y las sociedades rancheras. En este caso, asienta las interacciones entre maíz y ganadería, le da coherencia técnica y social a la organización del trabajo, asegura el reparto de la riqueza y da la clave del entendimiento de la estratificación social ranchera (Linck & Barragán, 2008, 2009). La ganadería sería una actividad mucho más aleatoria y precaria sin lo que aporta el cultivo de maíz al potencial forrajero. Por otra parte, si bien la ganadería puede identificarse como la actividad que permite implementar estrategias de acumulación, podemos afirmar que el excedente que los ganaderos movilizan para acumular ganado, tierras y riquezas no es más que el fruto de un trabajo no remunerado que realizan los medieros. Desde esta perspectiva, llama la atención el hecho de que los convenios de ganadería pueden tener una elevada flexibilidad cuando se trata de repartir la cosecha de granos o la compra de los insumos, pero suelen ser mucho más rígidos en lo que toca el acceso a los residuos de los cultivos y al acceso de los animales del mediero al potrero (Cochet, 1991). El trabajo a destajo puede

⁷ Hasta el punto en el cual las gramíneas “ahogan” el cultivo. Esta práctica se ha observado en la comunidad nahua de Pómaro, en la vertiente sur de la Sierra de Coalcomán: en estos sistemas dominados por el maíz, el periodo de descanso es tres o cuatro veces mayor: tiene como finalidad la eliminación de las gramíneas (y no su “cultivo” como sucede en las regiones rancheras) (Cochet, 1991).

⁸ La mediería es una modalidad de organización del trabajo muy común en las sociedades rancheras, marcadas con una fuerte desigualdad de acceso a la tierra y, por lo tanto, también al ganado. Suele practicarse en actividades no agrícolas (en especial en la elaboración y venta de helados), lo que justifica un término de corte más genérico (Barragán, Hoffmann, Linck, Skeritt 1994; Barragán, 1997).

ser reconocido como una relación de producción en el sentido marxista del término (incide en el acceso a los medios de producción y en el reparto del excedente), y también conforma un potente dispositivo de regulación económica y social. El cultivo itinerante de maíz permite mantener una reserva de fuerza de trabajo disponible para otras actividades, entre las cuales destacan la ordeña y la elaboración de queso. Considerado en tanto que relación laboral, el trabajo a destajo no tiene la violencia y el carácter implacable que Hubert Cochet pone de relieve. Es también un dispositivo de reconocimiento y valorización de las competencias (los conocimientos técnicos y relacionales propios del mediero) que les da a las sociedades rancheras flexibilidad y apertura. Esta interpretación invita a tomar en cuenta otra dimensión: la confianza (Barragán, 1997). El mediero llega a asistir a su patrón en muchas de sus actividades; sus familias, a menudo cercanas por la sangre o las alianzas matrimoniales, comparten los mismos valores y, frecuentemente, las mismas condiciones de existencia, las mismas preocupaciones y expectativas (Chávez, 2000; Barragán *et al.*, 1994). Ocurre así, con cierta frecuencia, que un mediero, reconocido en su lealtad y sus competencias, asuma responsabilidades mayores en el rancho al punto de beneficiarse del estatuto de encargado del mismo, antes de convertirse él mismo en ganadero y terrateniente. La movilidad social, así como la movilidad geográfica, constituyen rasgos distintivos de las sociedades rancheras (Barragán, 1997).

Las funciones reguladoras de la producción de queso

El sistema ranchero emerge a la vez en tanto que régimen de producción, modalidad de organización del trabajo y organización territorial genuina. A los dos componentes que se acaban de presentar —el pastoralismo que rige el sistema y el cultivo itinerante del maíz que le da sustento— corresponde añadir una tercera: la elaboración de quesos.

Este último componente opera como un dispositivo regulador. La producción de queso participa de un aprovechamiento global de los recursos: potencial forrajero y fuerza de trabajo. Aporta un complemento de ingreso nada desdeñable, del orden de un tercio o más del producto de la venta de los becerros (Barragán, 1997). El queso es una fuente apreciada de proteínas de origen animal que contribuye al balance de la dieta. Sin dejar de mencionar que esta actividad desempeña un papel notable en la preservación del vínculo social: el queso es fuente de orgullo, se comparte con los visitantes; se ofrece a parientes, amigos y aliados (Chávez, 2000).⁹

⁹ Siguiendo desde esta perspectiva los planteamientos de Claude Fischler, que enfatizan las funciones de socialización que dependen del alimento y de los rituales y conocimientos asociados al mismo (Fischler, 2002).

Son funciones tanto más importantes cuanto que el sistema rancharo es más frágil de lo que parece. El cultivo itinerante de maíz, y por lo tanto también el potencial forrajero, exigen brazos. La emigración a las ciudades y a Estados Unidos constituye una amenaza que compromete la perennidad del sistema. La amenaza es tan real como que el oficio de mediero es ingrato, poco remunerativo y el poder atractivo de la ciudad es fuerte. En especial, la ausencia de servicios públicos (salud y educación) es fuertemente resentida (Barragán, 1990).

El proceso es acumulativo. La precarización de las condiciones de vida (bajos ingresos y deficiencia en servicios públicos) propicia la emigración, refuerza un proceso de extensificación y especialización que afecta primero la realización de la ordeña y la producción de queso. Este movimiento reduce aún más las fuentes de empleo, incrementa la precariedad de las condiciones de vida y fragiliza el sistema. Esteban Barragán ha mostrado cómo la expansión del sistema nacional de carreteras (a mediados del siglo pasado) ha aislado el corazón de las sierras de Jalmich, ha desestructurado el sistema tradicional de intercambio y acabado numerosas actividades (agrícolas, artesanales y comerciales) y ha vaciado el espacio regional de una parte importante de su población (Barragan, 1990; Barragán & Linck, 1988). En las sierras de Coalcomán (Cochet, 1991) y en los macizos que dominan la cuenca del río Balsas (en la parte oriental del estado) (Léonard, 1995) la mano de obra se ha vuelto tan escasa que el cultivo itinerante de maíz ha sido abandonado y sustituido por la implantación de praderas artificiales¹⁰ y cultivos ilícitos (amapola y marihuana). En este proceso, la producción de queso constituye quizá el último baluarte de protección del sistema rancharo. Las ordeñas permiten mantener en un nivel relativamente alto la productividad global del trabajo.¹¹ Su desaparición conlleva ineludiblemente un cuestionamiento de la mediería y del cultivo itinerante de maíz. Se sustituirán los desmontes por agostaderos permanentes, la vegetación perenne desaparecerá por completo,¹² con las consecuencias que pueden imaginarse sobre la preservación de la biodiversidad y los riesgos de erosión.

El verdadero queso Cotija, el que se sigue produciendo en los ranchos de la parte occidental de Michoacán y en municipios vecinos de Jalisco, está en peligro. Está desapareciendo después de varios siglos de presencia en las montañas del Occidente de México. La región donde se produce, antaño bastante extensa, se ha reducido a sus rincones más apartados, áreas donde el relieve y la ausencia de comunicaciones

¹⁰ Desde luego, hace tiempo que se ha dejado de producir queso en estas regiones.

¹¹ Claro está que este indicador depende del precio del queso y de la valorización en el mercado de las competencias locales asociadas al trabajo rancharo: en esto radica el interés por la obtención de una denominación de origen.

¹² En la preparación de los desmontes, los árboles se cortan, dejando las cepas en el lugar para facilitar el renuevo forestal y minimizar los riegos de erosión en terrenos generalmente de mucha pendiente.

casi no dejan alternativas y la población aguanta la falta de servicios públicos. Los ganaderos que todavía producen queso se están volviendo viejos, les cuesta trabajo conseguir mercado y encontrar a quiénes transmitir sus conocimientos. Se encuentran muchas veces en la necesidad de vender sus quesos a bajo precio y a plazo a intermediarios sin escrúpulos. Dificilmente logran competir con productos de mala leche, producidos industrialmente a bajo costo y que tienden a desplazar irremediablemente el queso Cotija (Barragán *et al.*, 2010; Barragán, 2003).

En los santuarios rancheros de la sierra de Jalmich

Se sigue produciendo queso Cotija tan sólo en los municipios de Santa María del Oro (llamado hasta 1999 Manuel M. Diéguez), Jilotlán de los Dolores, Quitupan y Valle de Juárez, Jalisco, así como en el sur de los municipios de Cotija y Tocombo, Michoacán. Esta región, en la cual predomina ampliamente la apropiación individual del suelo, contaba en los últimos años ochenta con no menos de seis mil unidades de producción. No todas disponían de las tierras y de la mano de obra necesarias para asegurar el mantenimiento de un hato acorde a las exigencias que impone la producción de queso (Agustín *et al.*, 1996; González, 1971). La mayoría de las unidades de producción se dedicaban a los cultivos, asociados en ocasiones con ganadería menor y el mantenimiento de unas pocas vacas. Los “ranchos de ordeña” desarrollaban sus actividades en una escala mucho mayor: disponían de terrenos que iban desde cien hasta más de mil hectáreas, lo que les permitía mantener hatos de 50 a 250 vacas y especializarse en la producción de novillos, y a una parte de ellos producir queso. Tal como se muestra en el cuadro 1, el primer grupo (el de los “ranchos”) incluía dos tercios de las unidades productivas (“poquiteros” y “no tanto”).

CUADRO 1. Los ranchos de las sierras de Jalmich en 1985

		Superficie (ha)	Número de hatos	Número de animales	Vacas lactantes
Ranchos	Poquiteros	De 0 a 49	150 (49 %)	De 1 a 24	De 0 a 9
	No tanto	De 50 a 99	80 (24 %)	De 24 a 49	De 10 a 19
Ranchos de ordeña	Chico	De 100 a 249	77 (23 %)	De 50 a 124	De 20 a 49
	Óptimo	De 250 a 500	24 (7 %)	De 125 a 200	De 50 a 100
	Grande	Más de 500	4 (1.2 %)	Más de 200	Más de 100
Total		34,300	335	16,800	7,000

Fuente: Barragán y Chávez (1998)

Los ranchos de ordeña de Potrero de Herrera

Potrero de Herrera es un área sumamente accidentada y austera que vuelve a nacer cada año; el inicio de la estación de lluvias devuelve a los agostaderos su color primaveral, saca el ganado de su torpor y renueva los ánimos de la población. Cuenta con medio millar de habitantes repartidos en una cuarentena de localidades que el censo clasifica como *rancho* o *ranchería*. Cada uno de estos núcleos agrupa a dos o tres familias, o sea unas quince personas en promedio: la densidad de población es muy baja, apenas dos habitantes por kilómetro cuadrado, cuando el promedio municipal es de 20 y la media estatal de 48. Las rancherías se encuentran a una hora de caminata o de caballo unas de otras, siguiendo los senderos o caminos de herradura (Barragán, 1990; Moreno, 1980; Shadow, 1990). Un cuarto de siglo atrás, el sistema de transporte se asentaba en el uso de energía humana o animal: ninguna brecha daba acceso al corazón del área. Se han abierto desde entonces caminos transitables durante la estación de secas que permiten enlazar la mayoría de las rancherías con los centros urbanos más cercanos: Los Reyes, Santa Inés y Cotija (Barragán *et al.*, 2010).

Los ranchos de ordeña (lugares donde se establece la familia para ordeñar) se encuentran en la parte más alta de la unidad del rancho, donde las lluvias abundan más y los depósitos de agua (jagüeyes) proporcionan la necesaria para los animales y la elaboración de los quesos.

El rancho de ordeña se divide en potreros y corrales según sus usos (agrícola o ganadero). Durante las lluvias, las vacas lactantes ocupan el *potrero de la corrida*. Otro, más chico y algo apartado, reúne o los becerros (la *becerrera*). En un tercero se encierra el ganado “horro”, o sea los animales momentáneamente improductivos: vaquillas y vacas que no tienen becerro). El cuarto se reserva para los cultivos de temporal: allí se encuentran las reservas de rastrojo que los vacas lactantes y las vaquillas consumirán entre enero y marzo (los novillos se venden cuando termina su crecimiento, a los 18 meses de edad). En un quinto potrero se guarda el forraje destinado a asegurar el abasto durante el periodo más crítico, el de las paridas, entre abril y junio. La ordeña se realiza en un corral localizado cerca del potrero de la corrida, de la becerrera y del taller donde se elabora el queso.

La rotación de los potreros y su afectación a tal o cual uso depende de la presencia de agua: se realiza la ordeña en la parte más alta del rancho, que recibe una mayor cantidad de lluvia, mientras que las partes bajas (que pueden recibir agua durante la estación de secas) se usan como agostaderos. En este ordenamiento cobra importancia el gradiente altitudinal, lo que explica que los ranchos suelen tener una forma alargada que sigue aproximadamente la traza de los valles.

Los conocimientos locales en la elaboración de queso

El anclaje territorial del queso Cotija enlaza tanto con las interacciones entre cultivo de maíz y el manejo de los animales como con las dinámicas sociales y demográficas que caracterizan a las regiones rancheras. También procede de las restricciones que impone el medio local, en especial el aislamiento y la ausencia de servicios públicos. El queso Cotija tiene una característica poco común en el ámbito mexicano de los quesos; por una parte, es producto de una ganadería que tiene vocación de producir carne; por otra, se produce en regiones que no tienen acceso ni a la energía eléctrica ni al agua potable. Son restricciones que resaltan la importancia de los conocimientos y las prácticas movilizadas en la elaboración del queso.

En primer lugar, los conocimientos locales han tenido que ajustarse a la ausencia de frío y de agua potable, lo que ha generado opciones propias de manejo de los riesgos sanitarios. El uso, en ocasiones bastante generoso, de la sal, los materiales utilizados, el cuidado en el mantenimiento de los utensilios y de las piezas en las cuales se realizan la cuajada y la maduración del queso,¹³ el acortamiento del plazo que separa dos operaciones diferentes,¹⁴ la afinación del producto, la gestual, las percepciones y las representaciones... cobran sentido en un doble proceso de valoración de la flora láctica y del manejo y la cría de los ecosistemas microbianos.

En segundo lugar, porque los conocimientos y las prácticas generan tramas cognitivas compartidas (los conocimientos y las experiencias se comparten entre vecinos y generaciones) y, por ende, criterios genuinos de construcción y apreciación de la calidad sensorial de los quesos y de su variabilidad local o estacional. El verdadero queso Cotija es un queso de conocedores cuya tipicidad deriva de un fuerte y sutil anclaje territorial.

Por último, la importancia de las prácticas y los conocimientos locales puede apreciarse “por defecto”, en oposición a los criterios sensoriales y la normativa técnica y sanitaria propios de la industria lechera. En México, los quesos supuestamente de “alta calidad” se elaboran con leches ultrafiltradas, pasteurizadas y homogeneizadas, en un entorno que se presume estéril, se venden frescos o con un grado mínimo de maduración. Es una referencia útil, ya no sólo para evidenciar lo que marca la diferencia del queso Cotija sino también para llamar la atención sobre los riesgos que implicaría una hibridación mal manejada de las técnicas modernas y tradicionales. El riesgo mayor procede de una “fetichización” del discurso tecnológico y de la ausencia de debate que condiciona la adopción e integración de nuevos conocimientos en un cuerpo congruente de prácticas y saberes. Así, el uso de materiales lisos (acero, plástico sanitario o mosaicos) que prescribe la norma

¹³ Suelen limpiarse con el suero de la leche, lo que contribuye a la preservación de un bio-film (*infra*).

¹⁴ Es importante no romper la continuidad temporal de la cadena que enlaza las diferentes operaciones.

sanitaria oficial no permite el desenvolvimiento de los *biofilms* (los ecosistemas microbianos que cultivan los rancheros en las superficies en contacto con la leche, la cuajada o el queso y que generan sus propios dispositivos de regulación... y que le dan un toque específico al sabor del producto final), se inscriben a contracorriente de la lógica sanitaria aplicada en la elaboración del queso Cotija.¹⁵ A los riesgos sanitarios se suman riesgos de corte económico: la normativa sanitaria oficial cobra sentido también en la búsqueda de economías de escala y de un incremento de la productividad del trabajo: es acorde a una disociación de la ordeña y la elaboración del queso. La ausencia de vías de comunicación, especialmente notable en la temporada de lluvias, no permite seguir esta opción. Por otra parte, debe tomarse en cuenta la pérdida sensorial consecutiva a la mezcla de las leches y al uso de fermentos industriales en sustitución de los fermentos naturales activados en el queso Cotija (Barragán, 2003).

Según los ganaderos de Potrero de Herrera, la calidad del queso depende de la atención que recibe el ganado, pero también de la mezcla de leches procedentes de madres que han tenido a su becerro durante el año en curso y el año anterior. También depende de la paciencia y la atención que se le presta a cada operación: cómo se realiza la cuajada, la aplicación de la sal, el recorte del cuajo, el prensado, la higiene y los cuidados que exigen los tres o cuatro meses de maduración del queso.

Los conocimientos activados en el manejo de los hatos tienen incidencia directa en el volumen y la calidad de la leche. La temporada de ordeña no rebasa los cuatro meses de la estación de lluvias, y su éxito depende de la atención dada al ganado durante los ocho meses anteriores. La ración de las vacas lactantes y preñadas durante la estación de secas debe complementarse con algo de rastrojo y grano antes del regreso de las lluvias.

Cuando empieza la estación húmeda se desplaza a los animales hacia las áreas altas de los ranchos. Aprecian estos espacios más abiertos, donde la hierba es más accesible, abundante y variada. A las vacas que tienen su primer becerro se les debe amansar. Esta operación requiere mucho cuidado: si no se dejan, pueden “esconder” su leche. Hasta cuando se les arrima su becerro al cuello, las vacas más salvajes pueden secarse definitivamente y dejar de prestarle atención aun si se le suelta.

La mezcla de leches de diferentes fases de lactación y la variedad y madurez de la vegetación inciden en la calidad de los quesos. Paradójicamente, la leche es menos abundante y rica al principio de la estación de lluvias, en el momento en que inicia la lactación. El potencial forrajero de los potreros que se han reservado

¹⁵ Se trata de dos prácticas radicalmente opuestas: la asepsia y el pilotaje de los procesos biológicos. La asepsia tiene que ser absoluta, constante y rigurosa: en ausencia de obstáculos, la proliferación de un patógeno puede ser explosiva. En la segunda opción, el proceso de regulación propio del ecosistema microbiano contiene la invasión, limita sus efectos y hasta puede tenerse bajo control.

para la ordeña es bajo. En julio, el pasto es aún poco abundante y poco nutritivo. Los animales también tienen que acostumbrarse a su nuevo régimen alimenticio, demasiado rico en vegetales verdes. El principio de la ordeña es también el periodo en el cual tiene que restablecerse (o implementarse por primera vez) el contacto entre el hombre y los animales: hay que amansar las vacas y tranquilizarlas.

Después de esta fase inicial, que puede prolongarse hasta agosto, la ordeña entra en un régimen estable: la producción de leche alcanza su pico máximo hacia septiembre, los becerros han crecido, el pasto tiene un alto valor nutritivo y la temperatura empieza a bajar. Es el periodo en el cual se produce el mejor queso. Así, en septiembre, muchos productores aplican su sello a las más hermosas piezas que producen: son quesos que se guardan para el consumo familiar o se destinan a visitantes, amigos y parientes que se tiene en gran estima. Cambia el panorama en octubre: se considera entonces que la leche tiene grasa en exceso, las ordeñas rinden menos, los agostaderos se van secando... Pero se incrementan los rendimientos en queso: un mismo volumen de leche permite obtener una mayor cantidad de queso que en julio (Barragán *et al.*, 2010).

Tradicionalmente, o sea una generación atrás, cuando la producción de queso todavía era negocio, los ranchos de Potrero de Herrera debían contar con los agostaderos necesarios para asegurar el mantenimiento de al menos una ordeña. La ordeña es el nombre que se daba a la unidad compuesta de unas sesenta vacas lactantes. Este número se consideraba óptimo tomando en cuenta tanto la carga de trabajo necesaria como las exigencias de organización y las restricciones en tiempo que imponen la obtención y el tratamiento de la leche. Cada ordeña produce un centenar de litros de leche, o sea aproximadamente dos litros en promedio por vaca. Era preciso mezclar los cuajos de dos días para obtener una pieza de un peso de 18 a 25 kilos. El peso de cada pieza puede variar (depende de la cantidad de leche), pero la estimación que damos aquí tiene sentido: cuatro piezas de aproximadamente 20 kilos cada una corresponden a la carga de una mula. Los quesos se destinaban principalmente a la venta. Una vez cumplido el periodo de maduración y afinación, de octubre o noviembre en adelante, se mandaban los quesos a los centros urbanos cercanos (Cotija y Los Reyes, principalmente), y desde allí a centros de consumo mucho más lejanos (González & Ortíz, 1980).

El queso Cotija en tiempos de vacas flacas

Los años sesenta marcan sin duda el apogeo del sistema rancharo: las sierras han logrado cierta prosperidad, consecutiva a la introducción de ganado cebú, más rústico, y a un incremento notable de la demanda de carne roja en los centros urbanos nacionales. El desenvolvimiento de la red nacional de carreteras no hace

sentir aún sus efectos y las políticas nacionales de fomento de la ganadería lechera y de la industria alimenticia se encuentran todavía en ciernes.¹⁶ Uno con otro, el pastoralismo se refuerza, pero focalizándose más hacia la producción de novillos,¹⁷ propiciando así un relativo estancamiento de la producción de quesos.

El panorama cambia en el transcurso de los años setenta. Lo que se observa en Potrero de Herrera da una idea del impacto de un movimiento que ha sido mucho más radical en otras regiones del estado de Michoacán y en el conjunto de los territorios pastoriles del país. En el transcurso de tres décadas, el número de vacas ordeñadas ha bajado en 60 % y el número de ranchos de ordeña disminuido de 50 a 34, mientras que la producción de queso bajó de 45 a 15 toneladas (Barragán, 2003).

Tales cambios encuentran su explicación en la combinación de varios factores. Son producto de la rarefacción de la mano de obra inducida por la crisis de la mediería, y más globalmente de la producción de maíz. Proceden también de contradicciones propias del sistema rancharo: la productividad del trabajo y el prestigio que se asocian a la producción de queso no igualan a los que caracterizan a la producción de novillos. La ganadería para carne no deja de reforzarse en tanto que polo de acumulación, mientras que los quesos tienden a asimilarse a productos derivados, de segundo rango. Se identifica así la elaboración de los quesos con una actividad poco remunerativa y mal valorada. Por último, el queso Cotija carga con una imagen ambigua de producto tradicional y típico, pero a la vez popular y rústico. El queso Cotija es un producto profundamente arraigado a la cultura culinaria mexicana: está presente en numerosos platillos tradicionales de diferentes regiones del país. Está, por lo tanto, muy expuesto a los riesgos de la imitación. Numerosos quesos, a menudo muy secos, con un elevado contenido de sal y sabores sospechosos, elaborados con leche descremada o la incorporación de proteínas vegetales se venden bajo la denominación de queso Cotija o tipo Cotija.¹⁸ A la denominación tiende a corresponderle un nicho de mercado que permite valorizar productos de baja calidad y desechos de fabricación (Linck, Barragán, 2009). Desde esta perspectiva, pueden relacionarse los problemas del queso Cotija con una crisis de notoriedad y un evidente defecto de protección (Linck y Barragán, 2009; Gobierno de Michoacán, 2010).

¹⁶ Nos referimos aquí al modelo *hollstein*-alfalfa, a la implementación de grandes cuencas lecheras (la Laguna a nivel nacional; Jiquilpan, Cuitzeo o Maravatío en Michoacán), que enlazan con el desenvolvimiento de la industria de los lácteos.

¹⁷ Se relacionan con cuencas de engorda del Bajío, el valle de México o el Golfo...

¹⁸ Estos quesos tienen un aspecto visual muy similar al queso Cotija. Suelen venderse en tiendas de auto-servicio y comercios populares (se vende entonces a granel a compradores con bajos ingresos), donde han desplazado totalmente al verdadero queso Cotija.

Reconstruir la apropiación colectiva del queso y de los saberes locales

No se puede afirmar que la suerte del queso Cotija esté sellada. Se han implementado en México, a raíz de los acuerdos TRIPS de 1994, dispositivos en principio destinados a proteger los productos de origen. Las certificaciones orgánicas, y especialmente las denominaciones de origen —como la que protege el tequila—, han abierto pistas que los productores de Potrero de Herrera siguen con mucho interés. Y con razón, el queso Cotija es un producto emblemático de la cultura ranchera, profundamente anclado en su territorio de origen. Por muy prometedora que parezca, la obtención de la certificación oficial exige superar innumerables obstáculos de orden burocrático, normativo (las realimentaciones sanitarias), técnico (como ajustar los procesos técnicos sin desvirtuar los conocimientos y las prácticas locales), económico (como enfrentar los intereses de la industria y el negocio de los alimentos) y político (el peso de los *lobbies* de la industria).

En la escala de Potrero de Herrera, las capacidades organizativas son muy reales. Han cobrado fuerza con la apertura de brechas. El desarrollo de la red nacional de carreteras, la concentración de los servicios públicos en las ciudades, la expansión de los mercados urbanos y la disposición de un fondo de ahorro (las vacas...) suficiente como para comprar vehículos y realizar parte de las obras han impulsado los acuerdos entre vecinos. Estas organizaciones informales se han consolidado gracias a los apoyos que han podido ganarse en los municipios y en el estado de Michoacán (Barragán, 1990). Los ganaderos productores de queso no han tardado en entender que el porvenir del queso de su región y sus condiciones de vida dependen de su implicación en una acción colectiva (Barragán *et al.*, 2010).

Se crea a finales de la década de los noventa una asociación para el desarrollo regional y la preservación del patrimonio territorial. Hacía falta superar el aislamiento de las rancherías, pero también asentar la promoción de sus productos. La primera Feria del Queso se llevó a cabo en 2000, y siguieron varias más con el mismo éxito: se logra vender el queso a un precio mayor que el que suelen pagar los intermediarios y gana un amplio reconocimiento como producto de calidad y orgullo regional. El proceso llega a su apogeo en 2006, cuando se reconoce el queso Cotija como el “mejor queso de montaña del mundo” en la feria internacional de Cremona, Italia. Estas iniciativas han logrado convertir la rusticidad del queso en un argumento de valorización. Sin embargo, la ganancia en el plano comercial es limitada: las ferias no han logrado desplazar a las redes tradicionales de comercialización ni que éstas ajusten sus prácticas comerciales. En cambio, han podido cambiar por completo la imagen del producto, despertar el orgullo de sus productores y su optimismo. Le han dado sentido a un movimiento colectivo que se ha venido reforzando con la creación de talleres de degustación y de intercambio de experiencias, la participación en eventos nacionales e in-

ternacionales y la creación de vínculos estables con el Centro de Investigación y Asistencia Tecnológica del Estado de Jalisco (CIATEJ) y el Gobierno del Estado de Michoacán.

Las gestiones emprendidas para obtener una denominación de origen han contado con el respaldo de un movimiento colectivo fuerte. Pero se asientan en una orientación que compromete su éxito: defender el producto no por él mismo ni por las ganancias que puede generar sino con el objetivo de defender la organización productiva, el estilo de vida y los valores con los cuales está vinculado. Los productores han logrado identificar lo que define la tipicidad de su producto y determina en última instancia su autenticidad: un sabor y un aspecto propios; pero también, y sobre todo, un anclaje territorial que hace la diferencia. Han anticipado claramente la naturaleza de las amenazas: los riesgos de trivialización y de alteración que conlleva la implementación de cambios técnicos incompatibles con las condiciones de producción del queso y con las prácticas pastoriles.

El reglamento técnico presentado junto con la solicitud de denominación de origen plantea exigencias muy precisas que tienen por objeto contener los riesgos de banalización, imitación y alteración del producto y de acaparamiento de la fama que ha ganado. El área de la denominación, que corresponde al territorio en el cual se está produciendo el queso, coincide con el corazón de las sierras de Jalmich. Su diseño sigue las curvas de nivel y las vertientes del macizo de tal suerte que la ausencia de obras de riego y de terrenos planos impide el desenvolvimiento de cultivos de forraje o la práctica de una agricultura mecanizada, cerrando así las opciones de intensificación asentadas en una especialización lechera. En el mismo sentido, el reglamento proscribía las razas lecheras y limita la ordeña a los cuatro meses que dura la estación de lluvias. Se busca preservar así una característica clave del queso Cotija: su sabor y sus lazos con el pastoralismo y la orientación de la ganadería hacia la producción de novillos. Por último, la misma reglamentación fija las características del producto (tamaño, aspecto, uso exclusivo de leche cruda y tiempo mínimo de maduración) que limitan estrictamente la posibilidad de producir el queso en gran escala.¹⁹ Se trata en este caso de aspectos técnicos. Pero son al mismo tiempo prescripciones imprescindibles para asegurar la preservación y el reforzamiento de la tipicidad del producto y asentar la apropiación colectiva del dispositivo de calificación por los depositarios legítimos de las tradiciones y el patrimonio cognitivo rancheros (Barragán, 2003; Linck & Barragán, 2009; Linck, 2012; Linck *et al.*, 2014).

El proyecto del gobierno tiene un corte distinto: la noción de protección cobra un sentido opuesto. Su propósito no es la defensa de los conocimientos y otros recursos locales; es simplemente la posibilidad de reservar —mediante una exclu-

¹⁹ Reglas de uso de la marca colectiva queso “Cotija región de origen” (Barragán, 2003).

sividad de uso— un nombre y la reputación asociada a la denominación (Linck & Barragán, 2009). Se inscribe en esta perspectiva el hecho de que la gestión de los signos de calidad quede a cargo del Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial (IMPI), organismo que depende de la Secretaría de Economía. Da también testimonio de esta opción la falta de cuidado en la definición tanto de los productos como de las áreas de denominación: los casos del tequila,²⁰ el café de Chiapas,²¹ el mango ataulfo,²² la charanda,²³ el expediente mezcal²⁴ y de muchos otros productos resulta bastante elocuente (Linck, 2010).

En la concepción oficial, el origen no enlaza ni con los saberes locales ni con los recursos específicos. Es simplemente un dispositivo activado para generar una distorsión de competencia: permite sacar beneficio de la reputación de un producto sin tener que preocuparse por la conservación de los conocimientos en los cuales se funda. Prioriza objetivos de fomento de la industria o de las exportaciones a expensas de las exigencias del desarrollo territorial. En síntesis, instituye una sustitución de lo auténtico por lo corriente e instruye un acaparamiento y una deconstrucción de los patrimonios cognitivos locales (Linck & Barragán, 2009; Linck, 2012).

Como era de temerse, y pese al respaldo de académicos y políticos, las gestiones emprendidas para obtener la denominación de origen no dieron los resultados esperados. El IMPI la negó alegando que el queso Cotija se había convertido en un producto genérico. Concedió a cambio una marca colectiva “Queso Cotija, región de origen”. Es una victoria a medias. Por una parte, la marca protege la denominación sin referirse a los conocimientos locales; por otra, en forma algo incongruente,²⁵ enlaza el nombre “Queso Cotija” con su origen, estableciendo así una exclusividad de uso. Pero se trata de una protección frágil: el colectivo, constituido formalmente, no tiene la obligación de respetar el pliego de especificaciones presentado en la solicitud y no está, por lo tanto, sometido a ninguna clase de control por parte de organismos públicos.

La decisión del IMPI se funda en la presencia en el mercado de quesos parecidos al Cotija procedentes de otras regiones. En otros términos, la decisión oficial legitima *a posteriori* las imitaciones y los fraudes²⁴ que ha sufrido en el pasado el queso

²⁰ El área de producción del agave azul, principal materia prima utilizada en la producción de tequila, puede localizarse en regiones muy distantes de los lugares en los cuales se realiza la destilación.

²¹ El estado de Chiapas conforma, en lo que se refiere a la producción de café, un mosaico muy complejo y heterogéneo.

²² Es una variedad que no enlaza con conocimientos arraigados localmente.

²³ Es un aguardiente común y corriente que tampoco se asienta en conocimientos locales.

²⁴ Sigue en proceso: el mezcal es un producto genérico que puede elaborarse con muchas variedades diferentes de agave (dependiendo precisamente del lugar y de las prácticas locales) (información obtenida en 2010 del Gobierno del Estado de Michoacán).

²⁵ En teoría, la marca colectiva no puede mencionar explícitamente una procedencia.

Cotija. Vistos desde esta perspectiva, los dispositivos formales, lejos de defender la propiedad intelectual, facilitan y propician su saqueo: siguen en este aspecto la postura que sostiene Estados Unidos ante la OMC y las Naciones Unidas (Abdelgawad, 2015).

Cabe subrayar también que los apoyos oficiales ofrecidos a la organización de los productores (especialmente por parte del estado de Jalisco y del CIATEJ) tienden a introducir cambios técnicos incompatibles con las orientaciones de los sistemas de producción, en especial por lo que toca a los procesos de elaboración del queso. Entre estas propuestas destaca el proyecto de construcción de una quesería colectiva presentado por Jalisco. El taller localizado en dicho estado, en un lugar distante del corazón del área de denominación de origen, tendría la doble consecuencia de propiciar la elaboración del queso con materia prima procedente de Jalisco (y de las fincas lecheras cercanas) y de excluir (al menos por la ausencia frecuente de brechas transitables en la estación de lluvias) a los ganaderos de Michoacán. También implicaría una ruptura en la continuidad de la cadena leche-elaboración de quesos que equivaldría a una condena a corto plazo tanto de la producción del queso Cotija auténtico como de las prácticas pastoriles en las cuales se sustentan tanto la economía como las sociedades de estas regiones apartadas. El queso Cotija dejaría así de ser un queso “de rancho”,²⁶ o sea producido en la misma unidad que realiza la cría del ganado. De realizarse este plan, este queso pasaría a la historia y a manos de la industria y el negocio de los lácteos, para perderse en el anonimato de los alimentos estándar sin sabor y sin chiste.

Referencias

- Abdelgawad, W. (2015). TRIPS Agreement: from minimum standards to double standards of intellectual property rights protection in North-South relations. Recuperado de <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01131407>
- Agustín, J., Santoyo, D. & García, S. (1996). *La producción agropecuaria y forestal de la región de Cotija-Los Reyes, Michoacán*. Morelia: Universidad Autónoma Chapingo.
- Barragán, E., Linck, T. (1988). Comunicaciones, organización del espacio y migraciones: Las sierras del Oeste Michoacano en Thomas Colue y Gustavo López (coords.) *Movimientos de población en el Occidente de México*. CEMCA/COLMICH, México.
- Barragán, E. (1990). *Más allá de los caminos. Los rancheros del Potrero de Herrera*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

²⁶ O si se prefiere, un queso de “granja”, que designa a los quesos producidos con la leche de un mismo hato.

- Barragán, E. (1997). *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Barragán, E. & Chávez Torres, M. (1998). El queso Cotija se nos va de las manos. En Oikion, V. (coord.), *Manufacturas de Michoacán*. México: El Colegio de Michoacán y Gobierno del Estado de Michoacán.
- Barragán, E. (2003). Por una orientación plural del porvenir. Proceso de certificación y patrimonio cultural en la Sierra de Jalmich. En González, O. (coord.), *Estudios Michoacanos X*. Zamora: El Colegio de Michoacán e Instituto Michoacano de Cultura.
- Barragán, E. & Linck, T. (1993). Quinientos años de soledad II. Sociedad y poblamiento ranchero. *Trace*, 24.
- Barragán, E., Hoffmann, O., Linck, T. & Skeritt, D. (1994). *Rancheros y sociedades rancheras*. Zamora: IRD y El Colegio de Michoacán.
- Barragán, E., Chávez, M. & Linck, T. (2010). Le choix technique comme enjeu de patrimonialisation: l'exemple du fromage de Cotija. En Muchik, J. & Sainte-Marie, C. (coords.), *Techniques, foodstuffs and territories*. París: Quae e INRA.
- Barthelemy, D., Nieddu, M. & Vivien, F.-D. (2004). Economie patrimoniale, identité et marché. En Barrère, C., Barthélemy, D., Nieddu, M. & Vivien, F.-D. (dirs.), *Repenser le patrimoine* (pp. 121-150). París: L'Harmattan.
- Brading, D. 1988. *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1860*. México: Grijalbo.
- Chávez, M. (2000). *Mujeres de rancho, de metate y de corral*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Chevalier, F. (1976). *La formación de los latifundios en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cochet, H. (1991). *Alambradas en la sierra*. México: CEMCA, ORSTOM y Colmich.
- Fischler, C. (2002). *L'omnivore*. París: La Découverte.
- Gobierno de Michoacán (2010, mayo). Simposio Nacional de Economía Popular y Social. Marcas colectivas e indicaciones geográficas. Morelia.
- González y González, L. (1968). *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.
- González y González, L. (1971). Tierra Caliente. En *Extremos de México*. México: El Colegio de México.
- González Méndez, V. & Ortiz Ybarra, H. (1980). *Los Reyes, Tingüindín, Tancítaro, Tocombo y Peribán*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán.
- Katz, F. (1991). *El mundo rural mexicano a través de los siglos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Leonard, E. (1995). *De vaches et d'hirondelles. Grands éleveurs et paysans saisonniers au Mexique*. París: ORSTOM.
- Linck, T. (1988). *El campesino desposeído*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

- Linck, T. (1997). La ruralité en miettes? Globalisation et fragmentation des territoires et sociétés rurales du Mexique, en J. Marchal, *La ruralite dans les pays du Sud à la fin du XX Siècle*. ORSTOM, Paris.
- Linck, T. (2001). Conquête et colonisation des montagnes sèches mexicaines. La production des territoires et des sociétés *rancheras*. En Bart, F., Morin, S. & Salomon, J.-N., *Les montagnes tropicales. Identités, mutations, développement* (pp. 631-640). Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Linck, T. (2005). Patrimonialisation et typification de fromages «traditionnels»: une approche comparée de démarches de qualification. *Ruralia*, 16-17.
- Linck, T. (2007). Patrimoines sous tension. L'exclusion, condition et écueil de l'appropriation collective. *Economie Appliquée*, 3.
- Linck, T. & Barragán, E. (2008). Le queso Cotija, le fromage de la conquête des Sierras de l'ouest mexicain. *Fora*, Ajaccio.
- Linck, T. & Barragán, E. (2009). Une IG pour détourner les patrimoines pastoraux? Le cas du Queso Cotija (Mexique). *Autrepart*, 50.
- Linck, T. (2012). Economie et patrimonialisation. *Développement Durable et Territoires*, 3(3). Recuperado de <http://developpementdurable.revues.org/9506>
- Linck, T., Navarro, H. & Barragán, E. (2014). De l'appropriation à la marchandisation des patrimoines immatériels ruraux. En CFPCI Unesco, *L'économie du patrimoine culturel immatériel. L'économie des labels*. Vitry, septembre.
- Lloyd, J.-D. (1988). Desarrollo histórico del rancharo. En *Historia de la cuestión agraria mexicana, campesinos, terratenientes y revolucionarios 1810-1910* (t. 3). México: Siglo XXI y CEHAM.
- Lloyd, J.-D. (1988). Rancheros y revolucionarios en Chihuahua. En *Historia de la cuestión agraria mexicana, campesinos, terratenientes y revolucionarios 1810-1910* (t. 3). México: Siglo XXI y CEHAM.
- Moreno, H. (1980). *Cotija*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán.
- Shadow, R. (1990). Los rancharos del Occidente: hacia un modelo de su organización comunitaria. En *Primer Coloquio de Occidentalistas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

La delincuencia urbana en una ciudad media mexicana

Reyna Valladares Anguiano

Universidad de Colima

Recepción: 24/octubre/2014 Aceptación: 15/mayo/2015

Resumen La situación de la delincuencia urbana en México se ha convertido, en nuestros días, en un tema recurrente. En tal sentido, Colima, una ciudad media del occidente mexicano, constituye un caso de estudio interesante si tenemos en cuenta que, de acuerdo con el discurso oficial, es una de las más seguras del país. En el presente trabajo se identifican los elementos urbanos que promueven y abonan a la delincuencia, con base en los resultados de investigaciones que hemos desarrollado desde 2002 hasta la fecha. Se analizan las características espaciales de las colonias y su relación con los tipos de delitos predominantes.

PALABRAS CLAVE: Colima, delincuencia urbana, estructura urbana, seguridad, características espaciales.

Abstract The situation of urban crime in Mexico has become today, a recurring theme. In this way, the city of Colima, in Western of Mexico, is an interesting case study, if we consider that, according to the official discourse, is one of the safest in the country. In this paper, we identified the urban elements that promote crime based on the results of the research we have developed since 2002 until now. We analyzed the spatial characteristics of the colonies and their relation to the predominant types of crimes.

KEYWORDS: Colima, urban crime, urban structure, security, spatial characteristics.

Estudios previos

El campo del urbanismo ha reconocido en diferentes momentos la importancia de la vinculación entre la ciudad y la delincuencia, en especial a partir de las propuestas de Newman (1978) sobre el *espacio defendible*, en las que relaciona el diseño urbano con las tasas de delitos en las áreas de vivienda

popular argumentando que el diseño urbano influye, promoviendo o alentando la criminalidad, de tal manera que una adecuada estructura urbana podría convertirse en una forma efectiva de prevención del delito.

El trabajo de Newman (1978) es resultado del estudio estadístico denominado Proyecto para el Diseño Urbano Seguro, que llevó a cabo durante tres años la Universidad de Nueva York, el cual analizó la relación entre el diseño físico de los elementos y la actividad criminal. El proyecto, de acuerdo con lo planteado por Newman, produjo, de origen, dos problemas básicos: “el primero relacionado con que la delincuencia o criminalidad es causada por múltiples factores (económicos, sociales, físicos y gubernamentales) difíciles de aislar para discernir su influencia particular sobre el hecho”; el segundo, que se intentaba “medir algo que no pasa; el crimen es menor en la evidencia cuando ciertos elementos de diseño son muy eficaces” (Newman, 1978, p. 210).

Para poder solucionar ambas problemáticas, el equipo de trabajo intentó “encontrar la solución apropiada a estos problemas, empezando a considerar los datos disponibles, y entonces proceder a desarrollar una serie de aproximaciones para iluminar áreas específicas de información” (*ídem*).

Dichas aproximaciones fueron denominadas *espacio defendible*. Se trata de un modelo ambiental que inhibe el crimen por medio de diferentes elementos. Al respecto, Newman explica que son cuatro los elementos físicos del diseño que actúan individualmente y contribuyen a la creación de espacios seguros:

1. El territorio, que es el área donde se percibe la influencia de los habitantes.
2. La posición de las ventanas en los apartamentos, que permite a los habitantes mantener el control de sus espacios de manera natural.
3. La adopción de formas edificatorias y estilos arquitectónicos que evitan el estigma de peculiaridad, que permiten a otros percibir la vulnerabilidad y el aislamiento de los habitantes
4. La mejora de la seguridad localizando los desarrollos residenciales adyacentes a las áreas urbanas, donde se desarrollan actividades que no proporcionan una amenaza continua (Newman, 1978, p. 9).

Con base en el trabajo de Newman, Coleman (1985), del King’s College de Londres, encabezó un grupo de investigación llamado Unidad de Investigación del Uso de la Tierra. Formado en 1979, su misión era estudiar el plan de vivienda pública en Londres y cómo el incremento del crimen genera un “malestar” social generalizado. Los hallazgos del grupo se presentaron en 1985 en el libro *Utopia on trial*.

Previo a los estudios anteriores, ya se había convertido en un clásico el texto de Jacobs (1993),¹ quien explica la necesidad de incorporar al urbanismo y el

¹ El texto fue escrito en 1958 y desde entonces es un referente en el diseño urbano, por lo que ha tenido múltiples ediciones.

reordenamiento de las ciudades la apropiación y el uso del espacio público como elemento esencial de estructuración social de la ciudad. Jacobs plantea que “es un ataque a la planificación de la ciudad actual y reconstruida. También es, y principalmente, un esfuerzo por introducir nuevos principios de diseño, diferentes e incluso opuestos de aquellos ahora enseñados en todas las escuelas de arquitectura” (p. 5).

Jacobs hizo un análisis inductivo de casos particulares y concretos de las ciudades estadounidenses. En este sentido, hace una observación sobre la seguridad y el colectivo de la ciudad, sus calles y aceras; desmitifica los espacios verdes y hace una crítica a las transformaciones monofuncionales (a partir del *zoning*) en la ciudad como uno de los peligros de destrucción de la diversidad urbana, pero también como elementos generadores de problemas sociales. A diferencia del planteamiento de la ciudad funcionalista, donde la calle es un elemento que debe desaparecer, Jacobs (1993, p. 37) afirma que la calle es el “órgano más vital de la ciudad”.

Para que una calle sea segura, esta autora plantea que debe reunir tres cualidades: 1) una clara demarcación entre lo público y lo privado, “algo que no ocurre en los diseños de los suburbios” (p. 44); 2), ojos puestos en la calle, es decir, las casas deben tener una orientación y acceso visual que les permita tener control sobre los extraños (p. 45), y 3) ser usadas constantemente para que “existan suficientes ojos que vigilen” (*idem*).

Pese a que su trabajo está lleno de juicios de valor que hacen poco científico el texto, uno de los elementos a su favor es que lo escribe como una habitante de la ciudad, algo que es poco común encontrar en los libros especializados en el tema.

En este sentido, estudios con más valor científico son, por ejemplo, los de Greenberg, Rohe & Williams (1982) en torno a varios barrios estadounidenses con base en el trabajo referido de Newman (1978) y de Jacobs (1993) y estudios que, desde la perspectiva urbana y ecológica, hicieron autores como Lander, Shaw y McKay (1972) a partir de la pregunta ¿existen diferencias en las características físicas, territoriales y sociales en barrios seguros e inseguros que se encuentran adyacentes? Para ello analizaron tres pares de vecindarios de alta y baja criminalidad en Atlanta, Georgia (citados en Greenberg *et al.*, 1982, pp. 141-143).

Para analizar las características físicas de los barrios tomaron en cuenta: 1) el medio ambiente barrial; 2) el medio ambiente social; 3) características de las fronteras barriales; 4) identidad territorial; 5) cohesión social, y 6) control social informal. Otro elemento analizado por este grupo de trabajo fue el medio ambiente social, tomando en cuenta para el diagnóstico aspectos como la situación económica, raza y estabilidad residencial (p. 144).

Entre otros hallazgos, encontraron que los barrios con baja delincuencia estaban más aislados por medio de áreas a su alrededor con características sociales similares a las de tasa alta de delincuencia. Además, que los barrios con menor incidencia delictiva eran aquellos donde, por las características del suelo, era menos

probable que entraran personas ajenas a la comunidad, con menos arterias de alto flujo vehicular y un mayor control social de sus espacios (pp. 161-162).

Así, tres de los cuatro trabajos citados (Newman, 1978; Coleman, 1985; Jacobs, 1993) plantean, con diversas visiones, lo urbano como elemento propiciador o inhibidor, según el caso, de delincuencia o inseguridad; este sería retomado de manera multidisciplinaria para disuadir la conducta criminal mediante el diseño bajo el nombre de *crime prevention through environmental design* (CPTED). El trabajo de Greenberg *et al.* (1982) da un paso más allá de simplemente tomar elementos del diseño, pues considera lo social y a los habitantes como factores determinantes de las situaciones anómalas en el territorio, visión que es más cercana al presente trabajo.

La postura de que el diseño es el único causante de la delincuencia ha sido cuestionada por varios autores, entre ellos Arias (2006) y Olavarría, Tocornal, Manzano y Frühling (2008). Arias (2006), por ejemplo, analizó la situación de las favelas y su alta incidencia delictiva. Observó más la persistencia de alianzas entre los criminales, la policía, los políticos y los líderes de las comunidades que la falla de las instituciones del Estado. Utilizó en su estudio el método de observación participativa e hizo entrevistas en tres favelas de Río de Janeiro; su trabajo inició a través de las asociaciones de residentes y lo continuó mediante las redes que fue tejiendo con las diferentes entrevistas (Arias, 2006, p. 302). Su trabajo es muy detallado en cuanto al análisis de la información, pero es limitado en el enfoque socioantropológico, del cual sólo es posible retomar para este trabajo algunos elementos sociales.

Críticos también de las intervenciones públicas sobre los hechos delictivos que no han funcionado son Olavarría, Manzano y Frühling (2008), quienes argumentan que esto se debe principalmente a que sólo se han empleado los enfoques racional, empírico y de sociología del delito donde se ve dicho acto como hecho aislado, por lo que el estudio de ellos parte de un análisis realizado a partir de la teoría ecológica del crimen, que busca explicar cómo aunque cambien los habitantes y ciertas condiciones sociales los delitos se mantienen a lo largo del tiempo (pp. 22, 24).

Los autores exponen cómo una serie de situaciones, principalmente de relaciones sociales, pueden mejorar las condiciones de vida de una comunidad, pero que también cuando dichas relaciones son intervenidas por la delincuencia, sobre todo en barrios donde el Estado no atiende sus necesidades, son espacios en los que se generan redes de apoyo a dichas organizaciones (Olavarría *et al.*, 2008, pp. 36-39).

Los estudios citados se refieren a lugares de Estados Unidos o de países de América Latina, ¿pero qué se ha hecho en México? En el país también han aparecido publicaciones sobre el tema. Por ejemplo, la revista *Ciudades*, de la Red Nacional de Investigación Urbana, dedicó su número 40 a la inseguridad pública y la violencia urbana. Los trabajos que publicó intentan un acercamiento a la problemática de la delincuencia, pero sin llegar al análisis urbano propiamente tal; más bien es un compendio de datos acerca de la criminalidad en varias ciudades del norte, centro y

sur del país, sin reflejarla dentro de la estructura urbana. De los artículos, el estudio que más se acerca a la temática de este trabajo es el de “Inseguridad pública en la frontera norte”, de Alejandro Brugués (1998) y otros, quienes analizan la estructura urbana aun cuando este no es uno de los planteamientos iniciales del trabajo.

Por otra parte, el Departamento de Geografía de la Universidad de Guadalajara realizó en 2002 un evento donde se analizaron los planteamientos de Caldeira. En el caso mexicano los procesos urbanos, dice Cabrales Barajas (2002), han evolucionado principalmente en las cuestiones económicas, lo que ha producido procesos como la destrucción de tejidos industriales, construcción para la economía financiera, espacios para el comercio y el ocio, nuevos formatos residenciales (como espacios cerrados) y aumento de la precariedad urbana y la inseguridad. Los cuatro primeros procesos se relacionan con la modernización de la ciudad y el último proceso como una contraparte de los anteriores; de ese modo, pareciera que a mayor tamaño de ciudad es mayor también su complejidad e inseguridad.

Más recientemente, en Colima se han hecho diversos trabajos que abordan el fenómeno de la delincuencia y su incidencia en la estructura urbana (Valladares, 2006; Juárez, 2007; Álvarez, 2010; Rincón, 2011; Álvarez & Ayala, 2011; Galaviz, 2014). En todos ellos el interés es ir observando qué características del diseño y la planeación urbana están incidiendo en algunos tipos de actos delictivos.

Con base en lo anterior, el objetivo general de este trabajo es evaluar las particularidades físicas de algunas zonas de la conurbación Colima-Villa de Álvarez y definir los componentes de la estructura urbana que posibilitan la ocurrencia de un delito urbano.

Estrategia de investigación

Para este estudio se utilizaron análisis de tipo descriptivo correlacional no experimental, de tipo cualitativo y cuantitativo, ya que el propósito ha sido medir el grado de relación que existe entre la delincuencia y la estructura urbana, así como la relación de estos conceptos con los diferentes indicadores y variables que las integran.

Para detectar las colonias por estudiar se elaboró un instrumento donde se anotaron la hora, día, mes y año en que se presentó el delito. Éste se definió mediante la revisión de registros delincuenciales del período 1999-2002 hechos por el Consejo Estatal de Seguridad Pública —que recopila información de las direcciones de seguridad pública municipales, la Procuraduría General de Justicia y la Procuraduría de Justicia del Estado— de enero de 1999 a septiembre de 2003; a partir de esta revisión se elaboró una base de datos con 25,351 casos, divididos en 136 tipos de delitos diferentes. En los años subsiguientes dicha información fue contrastada con información policiaca publicada por los periódicos locales de mayor circulación,

lo cual se hizo para los años posteriores a 2003, ya que no ha sido posible acceder nuevamente a los datos oficiales.

Con esta base de datos se ha detectado que las colonias con más incidencia delictiva en la conurbación Colima-Villa de Álvarez son La Albarrada I, La Albarrada II, Colonia Popular SARH, La Armonía, Las Amarillas, Lomas de Circunvalación II y Oriental Norte, todas ellas de la ciudad de Colima. En el caso de Villa de Álvarez, las colonias con más incidencia delictiva fueron la Alfredo V. Bonfil II, Villas Bugambilias, Burócratas Municipales y Manuel M. Diéguez II.

Con el fin de conocer qué elementos inducen a cometer delitos, se hizo la búsqueda de colonias testigo, por lo que en función de los objetivos del trabajo se acotó el universo de estudio bajo los siguientes parámetros:

1. Que las colonias testigo tuvieran características de población semejantes a las colonias con delitos.
2. Que las zonas sin delincuencia tuvieran características de estructura urbana semejantes a las de colonias con más incidencia delictiva.

En función de estos dos parámetros, las colonias testigo estudiadas fueron Jardines de Vista Hermosa III, Camino Real I, Villas San Sebastián, Oriental Norte, De los Trabajadores, Miguel Hidalgo II y Villas San Sebastián, en la ciudad de Colima, y Juan José Ríos I, Liberación, Villas del Alba, Benito Juárez y Villas del Río en Villa de Álvarez (véase figura 1).

Para hacer el análisis urbano se empleó el instrumento de campo de la metodología de barrios con pobreza de la Universidad Autónoma Metropolitana campus Xochimilco (Eibenschutz, 2004), a la que se le hicieron algunas adecuaciones. El resultado fue la ficha de levantamiento de campo donde se recopilaron datos relacionados con el uso de suelo, la infraestructura, el alumbrado, la telefonía pública y la imagen urbana. Esta ficha tiene un apartado para dibujar los frentes de las manzanas, con el fin de observar características físicas de las mismas.

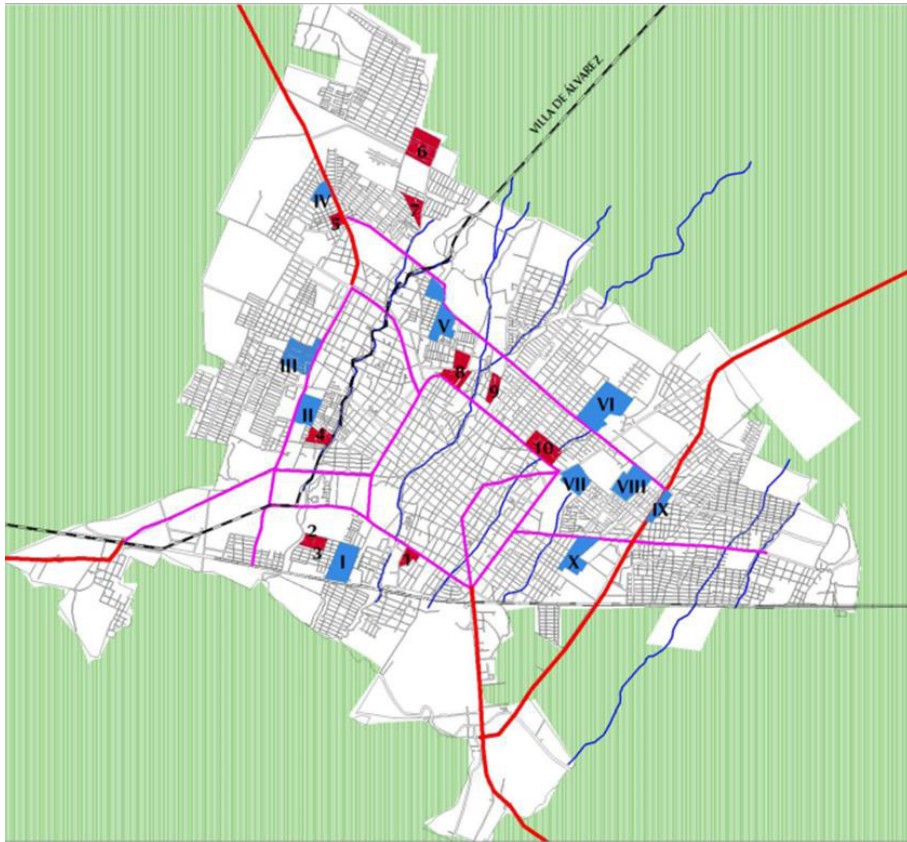
Además, se elaboró un cuestionario para conocer el punto de vista de los vecinos. Se entrevistó a personas consideradas “líderes de opinión”,² quienes saben cómo se desarrolla la vida de los habitantes de la colonia. Para el contexto socioeconómico, en el apartado de bienestar social se analizó la información de las áreas geoestadísticas básicas (AGEB) correspondientes del INEGI.

Del marco teórico elaborado originalmente se obtuvieron las dimensiones, variables e indicadores que se utilizaron. Con estos elementos se elaboraron los ítems; los relacionados con horario, día, mes, año y tipo de delito sirvieron para organizar la base de datos con los cuales se identificaron las colonias por analizar. Los relativos a los elementos de la estructura urbana, como características de las vialidades,

² Los líderes de opinión son, para los fines de este trabajo, los presidentes de los comités de barrio, maestros, líderes religiosos y sociales, así como comerciantes y maestros de las escuelas.

usos del suelo, morfología urbana, equipamientos, acceso a servicios públicos e infraestructura e imagen urbana sirvieron para integrar las fichas de levantamiento de campo. Y, por último, los relacionados con la dimensión psicológica, que son la socialización e inseguridad, sirvieron para hacer las entrevistas de percepción a los habitantes de las colonias.

FIGURA 1. Colonias con incidencia delictiva y colonias testigo en Colima y Villa de Álvarez



Nota. Las colonias marcadas en números arábigos son las de incidencia delictiva y las numeradas con romanos son las colonias testigo.
Fuente: Elaboración propia con información de la base de datos elaborada para el estudio.

El contexto estudiado

El estado de Colima se ubica en el occidente de México, en la parte media de la vertiente del Pacífico (véase figura 2), entre una derivación de la Sierra Madre Occiden-

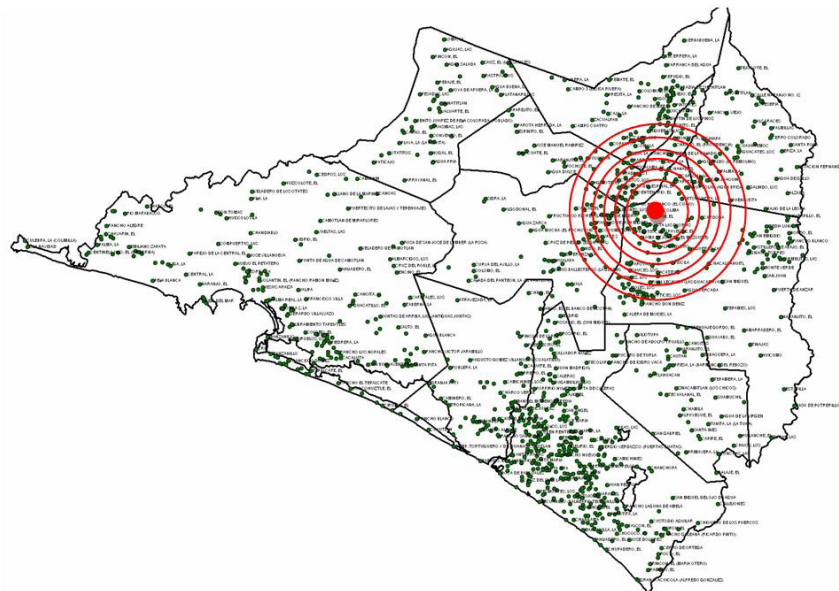
tal y las estribaciones de la Sierra Madre del Sur, entre los paralelos $18^{\circ}50'$ y $19^{\circ}30'$ de latitud norte y los meridianos $103^{\circ}30'$ y $104^{\circ}40'$ de longitud oeste (INEGI, 2010).

FIGURA 2. Ubicación del estado de Colima



Fuente: Elaboración propia con base en información de INEGI.

FIGURA 3. Ubicación de la ciudad de Colima



Fuente: Elaboración propia con información del Gobierno del Estado de Colima.

El estado de Colima se encuentra dividido políticamente en diez municipios: Armería, Colima, Comala, Cuauhtémoc, Coquimatlán, Ixtlahuacán, Manzanillo, Minatitlán, Tecomán y Villa de Álvarez. Tiene una superficie de 5,455 kilómetros cuadrados, que representa el 0.3 % del territorio nacional, y 160 kilómetros de litoral. Su población es de 650,555 habitantes (véase figura 3).

La dinámica demográfica de la entidad se manifiesta de manera desigual entre los municipios que la integran. Ixtlahuacán y Minatitlán son los únicos en los que el número de habitantes no se ha modificado drásticamente en más de cincuenta años, mientras que ocurre lo opuesto en Colima, Manzanillo, Tecomán y Villa de Álvarez, que han tenido crecimientos importantes particularmente desde la década de los setenta del siglo pasado hasta nuestros días.

La tasa de crecimiento media anual (TCMA) de dichas localidades siempre ha estado por encima de la estatal. Los centros urbanos que han tenido un crecimiento expansivo son Colima-Villa de Álvarez, Tecomán y el puerto de Manzanillo (INEGI, 2010).

Colima, capital del estado, es una ciudad media con una economía basada en el sector terciario y es el centro administrativo de la entidad (Coplade, 1991, p. 331), financiero, comercial y de servicios del estado. Villa de Álvarez, población con la que Colima tiene una relación estrecha desde el siglo XIX, además de estar orientada al comercio y los servicios, aunque con menor peso, se ha convertido en el dormitorio de muchos trabajadores de centros laborales de la ciudad de Colima y de otros municipios.

Hacia 1950 Colima estaba prácticamente conurbada con Villa de Álvarez. La ciudad estaba dividida en cuatro cuarteles y comenzaba a delinarse lo que más tarde se llamaría primer Anillo de Circunvalación, conformado por las avenidas Pino Suárez, Javier Mina, un tramo de la 20 de Noviembre, calzada Galván y un tramo de la Niños Héroes (hoy avenida San Fernando) (Chávez, 2006, p. 147).

Incidencia delictiva

La delincuencia es un fenómeno que ha estado presente en la historia de México desde épocas antiguas; sin embargo, la recopilación de datos estadísticos tiene un antecedente de principios del siglo XX. De acuerdo con la compilación realizada por Arango (2004) para el Instituto Nacional de Ciencias Penales (INACIPE), en México fueron sentenciados entre 1940 y 1974 en total 1,038,662 personas, de las cuales 323,827 fueron consignadas por haber cometido delitos contra la propiedad, 539,088 por haber causado daños contra las personas y 175,747 por diversos

delitos no clasificados.³ De acuerdo con cifras del INACIPE, de 1976 a 2000 los presuntos delincuentes fueron 2,816,272, cifra superior a la que se presentó entre 1940 y 1975 (*idem*).

Pero en los últimos años la delincuencia en México ha sido de los temas más importantes, por encima del desempleo, corrupción, escasez de agua, contaminación, pobreza y la desigualdad social, entre otros. Esta problemática ocupa el primer lugar en la lista de las preocupaciones de los mexicanos debido a la cantidad de secuestros y homicidios a sangre fría, ocurridos con cada vez mayor frecuencia, por lo que la percepción de inseguridad es un fenómeno que viene creciendo entre las personas.⁴

Entre los delitos que se registran en una sociedad destacan aquellos que, por su gravedad y sus altos niveles de violencia, son los que más lastiman a las personas y contribuyen a que aumente la percepción de inseguridad y vulnerabilidad. En nuestro contexto social, estos delitos serían: homicidio, secuestro, violación, delitos contra la salud, tráfico de armas o personas, lavado de dinero y robo de vehículo; así como los robos con violencia a casa habitación, negocio, bancos y a personas.

En México el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad, A.C. (ICESI) realizó diversas Encuestas Nacionales sobre Inseguridad (ENSI), con el fin de generar indicadores de victimización y percepción social de la inseguridad. Estas encuestas fueron aplicadas en todas las entidades federativas del país, así como en algunas zonas metropolitanas, con el fin de detectar el índice delictivo de cada estado.

Los datos de la ENSI 7 muestran la comparación con las ENSI anteriores a la mencionada, para observar el aumento o la disminución de los índices delictivos. En el cuadro 1 se observa que en todos los casos hay una disminución de delitos.⁵

Si se analizan los datos a nivel regional se puede observar que Aguascalientes tuvo las cifras más altas de víctimas mayores de 18 años, y Jalisco presentó datos más altos que Michoacán hasta la encuesta de 2008, cuando esta entidad aumentó tres puntos porcentuales respecto a la ENSI previa.

³ Información tomada de la tabla de “Delincuentes presuntos y sentenciados en los juzgados de primera instancia del país, por clase de delito y sexo” del fuero común (Arango, 2004).

⁴ En la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública 2013 (ENVIPE) se dice que 45,650,162 personas de 18 años y más consideran la inseguridad como el tema que causa mayor preocupación.

⁵ En el documento denominado Consideraciones acerca de la Séptima Encuesta Nacional sobre Inseguridad, el ICESI advierte sobre una serie de inconsistencias e irregularidades respecto a los datos de 2010, por lo que los datos a la baja deben ser tomados con precaución.

CUADRO 1. Porcentaje de personas de 18 años o más víctimas en México

Entidad	ENSI-3/04	ENSI-5/07	ENSI-6/08	ENSI-7/10
Distrito Federal	19	21	19	21
Aguascalientes	13	9	16	14
Sonora	14	11	15	13
Estado de México	15	15	15	13
Baja California	20	13	15	13
Chihuahua	11	11	14	12
Baja California Sur	11	7	12	12
Quintana Roo	14	13	12	11
Puebla	12	12	8	10
Guanajuato	8	12	11	10
Jalisco	14	10	13	10
Michoacán	9	7	13	10
Coahuila	9	5	15	9
San Luis Potosí	6	7	9	9
Nuevo León	9	12	11	8
Morelos	12	10	10	8
Colima	7	5	13	8
Durango	9	6	7	8
Querétaro	7	5	12	8
Tabasco	7	8	ND	8
Yucatán	14	5	6	7
Sinaloa	14	5	8	7
Tlaxcala	7	7	6	7
Nayarit	6	5	11	6
Campeche	11	7	6	6
Tamaulipas	11	13	ND	6
Oaxaca	8	5	5	6
Zacatecas	5	3	6	6
Veracruz	4	6	4	5
Guerrero	8	7	7	5
Hidalgo	7	4	8	4
Chiapas	3	4	5	3
Nacional	11	11	11	10

Fuente: ENSI-7, elaboración del ICESI a partir de la base de datos de la ENSI realizada por el INEGI. Otros años ICESI (Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad A.C., 2010, p. 13).

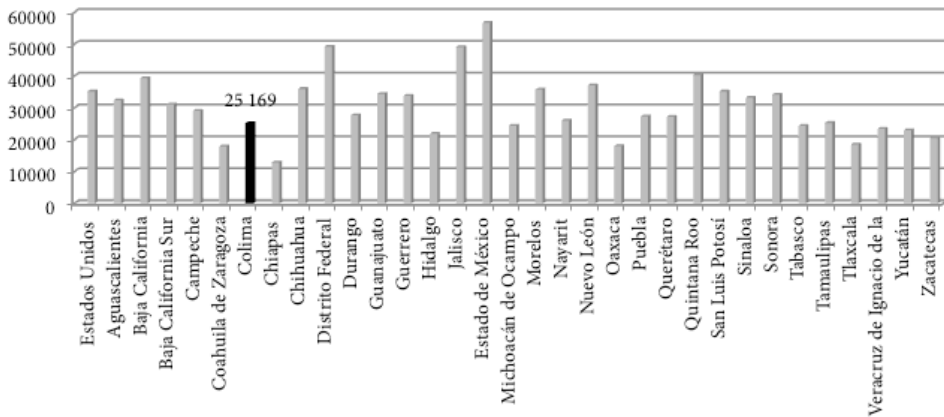
Como se observa en el cuadro 1, Colima presentó un aumento considerable en el número de delitos. Entre 2007 y 2008 se incrementó en casi tres veces el número de ellos y el estado se colocó por arriba de la media nacional, sin embargo en 2010 los delitos estuvieron a la baja.

Posteriormente ya no se hicieron dichas encuestas, pero se comenzó a realizar la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). En ella se muestra que la incidencia delictiva de 2009-2010, reportada mediante la tasa de delitos por cada 100 mil habitantes, aumentó significativamente en 278.83 %, es decir, de 10,935 delitos por cada 100 mil habitantes en 2009 la cifra pasó a 30,490 en 2010. Sin embargo, en 2011 la proporción disminuyó en 3.67 % respecto al año anterior, esto es, bajó de 30,490 a 29,372 delitos por cada 100 mil habitantes (ENVIPE 2009, 2010, 2011).

En las cifras de 2011 se observó que Colima se colocó en el lugar 12, con una incidencia delictiva de 23,890, y a una distancia de 12 lugares de la media nacional. Lo anterior refleja que aun cuando en el promedio del país hubo un decremento de la tasa de delitos de 3.67 %, en el estado se observó un incremento considerable de 6,477 casos, lo que equivale al 137.20 %, en función del año 2010, y 369.30 % en relación con 2009.

En las cifras de 2012 se observa que la incidencia delictiva aumentó a 25,169, menos de cuatro mil por debajo de la media nacional, pues creció en poco más de dos mil casos respecto a 2011 (véase gráfica 1).

GRÁFICA 1. Tasa de incidencia delictiva estatal, 2012 (ocurrencia por cada cien mil habitantes)



Fuente: Elaboración propia con base en datos de la ENVIPE 2013.

De acuerdo con los datos anteriores, aunque el discurso oficial continúa siendo que Colima es el estado más seguro de México, en realidad han ido aumentando los hechos delictivos violentos, principalmente homicidios. En consecuencia, la percepción de la inseguridad ha ido en aumento.⁶

Los datos de percepción de seguridad pública en fraccionamientos o localidades de la ENVIPE 2013 muestran que la población mayor de 18 años, en números relativos, en Colima está sólo 0.8 puntos porcentuales por debajo de Michoacán y 0.4 por ciento por debajo de Sonora, estados donde el grado de inseguridad y de violencia urbana es más alto debido a la presencia de cárteles de la droga. Esto demuestra que el miedo suele ser mayor que la propia incidencia delictiva. Tal percepción de inseguridad ha generado diferentes tipos de autosegregación urbana en las ciudades, en forma de fraccionamientos cerrados o de cerramiento de calles.

Los casos analizados de 2002 a la fecha muestran diferentes elementos que han ido formando lo que la teoría muestra como inicios de delincuencia mayor (Coleman, 1985). A continuación se muestran algunos resultados obtenidos a lo largo de estos años.

Características urbanas e incidencia delictiva en algunas colonias de la conurbación Colima-Villa de Álvarez

Con los elementos descritos en la metodología se hizo el recorrido anual de diez colonias con incidencia delictiva, en las que se analizaron 366 frentes de calles en 120 vías. Se encontró, según los usos de suelo predominantes,⁷ que en las colonias Popular SARH, La Albarrada II y Alfredo V. Bonfil II la vivienda ocupa más del 50 % del suelo, en La Albarrada I el uso de suelo predominante es muro colindante, es decir, muros laterales de construcciones; el resto de las colonias no tienen un uso predominante, ya que todos los valores se distribuyen entre los diferentes usos. Sin embargo, al analizar la correlación entre delitos y usos de suelo se observa que es débil con el equipamiento (gráfica 2).

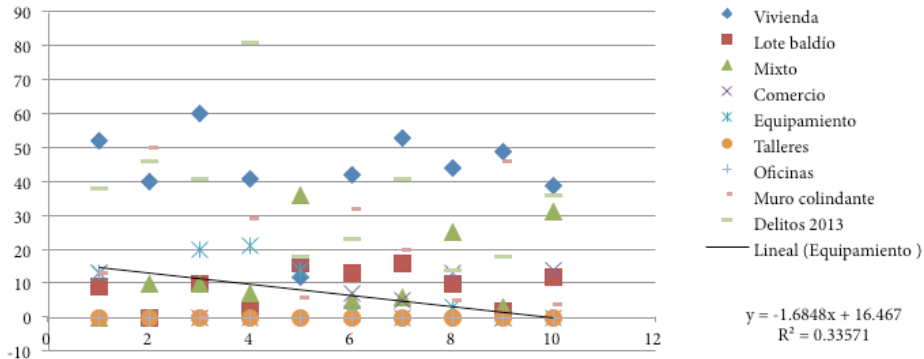
En ninguna colonia está cubierto al 100 % el servicio de alumbrado público. La de mayor cobertura es la Manuel M. Diéguez II con el 95 %, y la Alfredo V. Bonfil es la más deficitaria, pues en ella sólo el 28 % de los frentes tienen luminarias. La cobertura del servicio no significa necesariamente que el alumbrado sea suficiente para la zona, en algunos casos de colonias con mayor cobertura se localizaron de uno a dos postes por frente, lo que deja calles en semitinieblas durante la noche.⁸

⁶ Galaviz (2014) hace un análisis pormenorizado de esta situación.

⁷ Por predominancia se entienden aquellos frentes cuyo porcentaje sea sido mayor de 50 %.

⁸ A esta situación se suma el poco mantenimiento de la vegetación existente, lo que impide el paso de la iluminación.

GRÁFICA 2. Correlación entre usos de suelo predominantes y delitos en las colonias con incidencia delictiva



Fuente: Elaboración propia con base en levantamientos de campo.

En cuanto a la obstrucción del arroyo de la calle, sólo en la colonia Popular SARH predomina la incomunicación en el 52 % de los arroyos; la obstrucción es por postes, y en algunas calles por árboles. En el caso de la obstrucción de las banquetas, las colonias Oriental Norte y Burócratas Municipales tienen más del 50 % de ellas obstruidas, lo que dificulta el paso de peatones. Hay dos colonias con poco más del 40 % de las vialidades con obstrucciones: La Albarrada II y Las Amarillas; en otras los andadores o calles aparecen con poco porcentaje de bloqueos; pero es importante destacar que en las colonias La Albarrada I y II, Popular SARH y Alfredo V. Bonfil se encontraron calles con arroyos de cuatro metros de ancho y banquetas de 60 centímetros o incluso de 40 metros en la colonia Alfredo V. Bonfil. En situación más grave se encontró el ancho de banquetas en las colonias Oriental Norte (20 centímetros) y Burócratas Municipales (50 centímetros) debido a que buena parte de los frentes no tienen aceras.

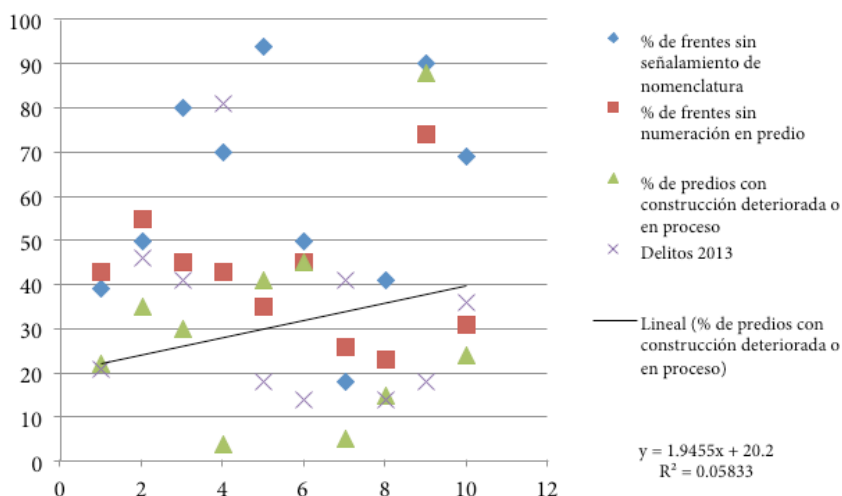
En lo concerniente a la nomenclatura de las calles, sólo en las colonias La Albarrada I y II, Oriental Norte, Burócratas Municipales, Manuel M. Diéguez II, Lomas de Circunvalación II y Las Amarillas los frentes sin nomenclatura fueron más del 50 %, es decir, difícilmente la gente de fuera de la colonia podría ubicarse dentro de ella. Es importante destacar que la nomenclatura está en placas oficiales que coloca el ayuntamiento.

La numeración en los predios de la colonia La Albarrada I es de 55 % y en Las Amarillas de 74 % de los frentes, lo cual significa que las edificaciones no tienen un número que las identifique; en todas las colonias que sí lo tienen, la continuidad de la numeración obtuvo valores predominantes, con excepción de

Burócratas Municipales. De igual manera, es débil (0.05) la correlación con el porcentaje predios de construcción deteriorada o en proceso de estarlo, en el resto la correlación es aún menor.

Con respecto al grado de construcción, se observó que predominan las edificaciones consolidadas, es decir, que se encuentran en buen estado para ser habitadas. Esto no implica que estén completamente terminadas, es decir, están construidas con materiales no perecederos, pero algunas no tienen enjarre o les falta pintura en las fachadas o en su interior. Sólo en Las Amarillas el grado de deterioro supera el 80 % de las edificaciones.

GRÁFICA 3. Correlación de las características del frente con los delitos en colonias con incidencia delictiva



Fuente: Elaboración propia con base en levantamientos de campo.

Finalmente, con respecto al apartado de imagen, según los resultados obtenidos en campo la alineación es un factor predominante en todas las colonias. Pocas edificaciones presentan remetimientos; sólo la colonia Villas Bugambilias tiene un 68 % de frentes no alineados debido a las características arquitectónicas de la colonia. La calidad visual de las colonias en estudio es de regular a mala en todas ellas; en el análisis de la calidad influyen factores como el grado de conservación de la pintura, la situación del arbolado, la cantidad de publicidad o grafiti y la basura que se encuentra en el frente. Por ejemplo, en La Albarrada II sólo el 20 % de los frentes tienen bien conservada su pintura, el arbolado se encuentra en regular o mal estado en el 60 % de los frentes; el 30 % de éstos tienen publicidad, el 40 % grafiti y están sucios el 70 %.

Un dato interesante es el de la confianza que los entrevistados sienten hacia sus vecinos. En La Albarrada I y II y Popular SARH el grado de confianza es alto; sin embargo, para el imaginario del resto de habitantes de la ciudad son colonias riesgosas. También es interesante que sienten confianza aunque poco más del 30 % de los entrevistados había sufrido algún tipo de violencia o padecido robos.

Con respecto a los valores que ya se tenían en la base de datos de delincuencia, en la colonia Manuel M. Diéguez II el delito más grave⁹ ha sido un homicidio, igual que en la Alfredo V. Bonfil; sin embargo, tuvieron una mayor cantidad de denuncias los delitos relativos a los disturbios en la vía pública (23 denuncias durante el periodo de estudio). En La Albarrada I destacan como hechos graves un homicidio y dos violaciones; en La Albarrada II, principalmente riñas entre vecinos y venta de estupefacientes, así como asaltos a transeúntes con objetos punzocortantes y a camiones urbanos; en Lomas de Circunvalación II ocurrieron 36 delitos, principalmente contra la salud y asaltos a transeúntes.¹⁰

CUADRO 2. Usos de suelo predominante en las colonias testigo (porcentajes)

Colonia	Vivienda	Tipos de uso de suelo						Muro colindante
		Lote baldío	Mixto	Comercio	Equipa- miento	Talleres	Oficinas	
Camino Real I	44	3	24	4	11	2	0	12
Benito Juárez	79	2	9	1	9	0	0	0
Jardines Vista Hermosa III	87	1	3	9	0	0	0	0
Villas San Sebastián	56	25	0	1	0	0	0	18
Juan José Ríos I	90	0	2	8	0	0	0	0
Liberación	90	0	2	8	0	0	0	0
Villas del Río	68	0	9	7	7	0	0	9
Villa del Alba	53	29	0	16	2	0	0	0
De los Trabajadores	79	0	7	5	7	2	0	0
Oriental Norte	32	24	0	6	0	0	0	38

Fuente: Elaboración propia con base en levantamientos de campo.

⁹ Prácticamente en todos los casos se presentaron riñas entre vecinos, daño en propiedad ajena y vandalismo como los delitos más recurrentes.

¹⁰ La diferencia entre el asalto a transeúnte y del asalto a transeúnte con arma es que en el primero sólo se utiliza la fuerza física o la coacción psicológica, mientras que en el segundo se emplea un arma de fuego o punzocortante.

En la Popular SARH se reportaron dos homicidios; en la Miguel Hidalgo I-Las Amarillas se denunciaron 18 delitos, entre los que destacan aquellos contra la salud; en Villas Bugambilias se detectaron 23 delitos, entre ellos un homicidio; en La Armonía se denunciaron 14 delitos, y por último, en la Burócratas Municipales se denunciaron 18. Lo que se ha observado principalmente de 2004 a la fecha es que han aumentado los casos de narcomenudeo y los homicidios, así como los disparos con armas de fuego.

Como se pudo observar al hacer las correlaciones entre delitos y usos de suelo o entre delitos y características del frente de las edificaciones, la correlación es débil. Esto refuerza lo mencionado por algunos teóricos (Arias, 2006; Olavarría *et al.*, 2008) en el sentido de que el diseño no es el único propiciador del delito; sin embargo, este trabajo también ha verificado la percepción de los vecinos para hacer cruces de información que permitan analizar por qué aun cuando existen programas de mejoras urbanas y sociales las condiciones de delincuencia en algunos casos siguen aumentando, algo similar a lo que mencionan Greenberg *et al.* (1982), Arias (2006) o Frühling (2012).

Colonias testigo

Las colonias testigo, como ya se mencionó, fueron diez: Benito Juárez, Villas del Río, Juan José Ríos I, Villas del Alba, Liberación, Lomas de Circunvalación III, Camino Real I, Villas San Sebastián, Oriental Norte y De los Trabajadores. Seis de ellas son de Colima y el resto de Villa de Álvarez (véase figura 1). En siete colonias predomina el uso habitacional y en dos los usos son mixtos; es el caso de Camino Real I y Oriental Norte. Sin embargo, es importante recalcar que en esta última la mixtura de usos está relacionada con talleres, baldíos y muros colindantes (véase cuadro 2).

Las colonias cuentan con el servicio de alumbrado público, sólo Camino Real I y Oriental Norte tienen más del 50 % de frentes con cobertura de alumbrado; sin embargo, debido a que los ayuntamientos o los fraccionadores usan los postes de la Comisión Federal de Electricidad para colocar sus luminarias, el servicio puede ser deficiente por la distancia entre ellos. A lo anterior se suma, en el caso de Villas del Río y Camino Real I, que no todas las luminarias estaban funcionando.

Con respecto a la obstrucción de banquetas, sólo las colonias Oriental Norte y De los Trabajadores no tenían esta problemática, pero la Oriental carece de banquetas en cinco de sus frentes; de las que aparecen con mayor obstrucción, en Villas del Alba y Camino Real I es principalmente por arbolado, y en la primera 12 de sus frentes no tienen banqueta. También existen andadores peatonales sin acceso vehicular en Benito Juárez (2), Camino Real I (3), Villas San Sebastián (17) y De los Trabajadores (2).

En cuanto al número de placas con nombres de calles, en las colonias Villas del Alba, Oriental Norte y De los Trabajadores menos del 50 % de las vialidades tienen nomenclatura (véase cuadro 3). Sólo en la colonia De los Trabajadores un 10 % de las placas no son oficiales, es decir, no fueron colocadas por el ayuntamiento sino hechas por los habitantes, aunque los nombres de las calles sí corresponden a los reconocidos por las autoridades.

CUADRO 3. Características del frente en las colonias testigo

Colonia	Porcentaje de frentes sin nomenclatura	Porcentaje de frentes con nomenclatura oficial	Porcentaje de frentes sin numeración en predio	Porcentaje de predios con numeración continua	Porcentaje de predios con construcción deteriorada o en proceso
Camino Real I	50	0	100	0	87
Benito Juárez	50	100	0	100	72
Jardines Vista Hermosa III	50	100	0	100	5
Villas San Sebastián	50	100	0	100	7
Juan José Ríos I	50	100	0	100	49
Liberación	50	100	35	65	100
Villas del Río	50	100	0	100	51
Villas del Alba	80	100	0	100	56
De los Trabajadores	60	90	40	60	86
Oriental Norte	80	100	35	65	96

Fuente: Elaboración propia con base en levantamientos de campo.

Con respecto a la imagen, predominaba la homogeneidad en alineamiento. No obstante, la calidad era de regular a mala, con excepción de Villas San Sebastián, donde prevalecía la buena calidad. Esto se relaciona directamente con la calidad de pintura, en que era inversamente proporcional la calidad visual a la conservación de la pintura (véase cuadro 4).

De igual manera, las colonias donde la imagen visual era buena, era común encontrar el arbolado en buenas condiciones de conservación, con pocos mensajes publicitarios, poco o ningún grafiti y el frente sin basura, tal como se puede observar en el cuadro 4.

En cuanto a la confianza que sentían por sus vecinos, el 52.50 % afirmaba que era alta, el 40 % media o poca y el 7.50 % nula. De los que afirmaron tener una alta

confianza, dijeron que es “por amistad”, “porque son seguros”, “porque los conocen desde hace muchos años”; los de confianza media mencionaron que es porque “conocen de sus actividades”, “porque hay vecinos que no inspiran confianza”, “por vecinos problemáticos”, y los de nula confianza dijeron que “por no ser personas decentes”, “porque sabe que algunos muchachos grafitean y los papás no hacen nada por corregirlos”.

El 97.50 % dijeron que sí se habían dado cuenta de ilícitos en su colonia. De ellos, 32 mencionaron los robos, 30 el grafiti, 18 drogadicción, cuatro vandalismo, uno asesinato, dos riñas en la calle, y uno en cada caso de robo de autopartes, personas agresivas, prostitución, intento de violación, intento de robo o peleas en las casas.

CUADRO 4. Imagen urbana en las colonias testigo

Colonia	Porcentaje de frentes alineados	Porcentaje de frentes con calidad visual buena	Porcentaje de frentes con pintura bien conservada	Porcentaje de frentes con arbolado en buen estado	Porcentaje de frentes sin publicidad	Porcentaje de frentes sin grafiti	Porcentaje de frentes limpios
Camino Real I	75	43	13	55	95	61	95
Benito Juárez	90	28	25	49	97	55	95
Jardines Vista Hermosa III	90	95	95	95	97	95	95
Villas San Sebastián	79	93	93	0	99	96	99
Juan José Ríos I	75	5	4	83	95	55	35
Liberación	90	0	10	45	96	95	87
Villas del Río	50	49	49	5	96	71	96
Villas del Alba	79	7	7	29	98	85	75
De los Trabajadores	76	43	13	59	95	94	90
Oriental Norte	75	4	4	83	75	75	35

Fuente: Elaboración propia con base en levantamientos de campo.

A modo de conclusiones

Cuando se hizo el cruce de información entre usos de suelo y delitos cometidos se pudo observar que la mayor incidencia delictiva se presentó frente a viviendas; sin

embargo, no son delitos considerados graves.¹¹ La mayor parte de este tipo de delitos sucedió principalmente frente a muros colindantes y equipamientos.

Los delitos que se presentaron en terrenos baldíos fueron principalmente contra la salud, igual que en frentes con muros colindantes y equipamientos; frente a los comercios se detectaron asaltos a transeúntes; en zonas con usos de vivienda los incidentes estuvieron relacionados con riñas en vía pública, así como con disturbios en vía pública, situación que sólo se presentó en este uso. En los usos mixtos se presentaron prácticamente todo tipo de actos, sin que predominara ninguno; como ya se mencionó en el análisis de datos, las correlaciones entre usos de suelo y delitos son más bien débiles. No obstante lo anterior, se puede observar que:

1. En donde predominan muros colindantes o usos de equipamiento y lotes baldíos, es decir, en donde es menor el control visual por parte de los vecinos, se presentaron delitos de homicidio, violaciones, contra la salud y disparos de arma de fuego, principalmente.
2. Los delitos ligados a problemáticas sociales como agresiones físicas o riñas en la vía pública se presentaron principalmente en frentes cuyos usos predominantes son viviendas o comercios.
3. Los delitos contra la propiedad como daños en propiedad ajena, robo de automotor o de autopartes se presentaron principalmente en muros colindantes o en frentes con usos de comercio, lote baldío o uso mixto.
4. La inexistencia de formas de comunicación con el exterior (teléfonos públicos) y una permeabilidad deficiente (calles en mal estado, andadores y calles o banquetas con obstrucción) de la colonia hacia otras zonas de la ciudad generan, por una parte, que las personas tengan una comunicación deficiente con las autoridades para denunciar delitos y, por otra, poca accesibilidad para las autoridades hacia esas calles, lo que las hace más propensas a que en ellas aumente la incidencia delictiva.
5. De acuerdo con Coleman (1985) y Newman (1978), la ocurrencia de delitos en una determinada zona se asocia a las características físicas de las colonias y vecindarios donde éstos suceden. Así, se ha dicho que existe una relación estrecha entre tasas de criminalidad violenta elevadas y la presencia de edificaciones o viviendas deterioradas, carros abandonados, basura, grafiti, lotes baldíos, proliferación desordenada de actividades comerciales nocturnas, como serían expendios de comida rápida, etcétera.

¹¹ Los asaltos graves, de acuerdo con lo encontrado en la teoría, son básicamente el homicidio, la violación, delitos contra la salud y agresión física. En un segundo nivel se pueden encontrar el asalto a transeúntes y conductores, daño en propiedad ajena. En tercer nivel se ubican la riña en vía pública, disparos con arma de fuego, robo de automotores y autopartes y disturbios en vía pública.

Estos datos nos permiten hacer una comparación con lo encontrado por Greenberg *et al.* (1982). Ellos detectaron que en las áreas con mayor criminalidad las tierras vacantes (baldíos)¹² prevalecen por encima de los usos residenciales, sobre todo en los casos de barrios de afroamericanos;¹³ sin embargo, en todos sus casos de estudio encontraron que en las zonas con mayor criminalidad prevalece el uso de suelo residencial, pero condominal vertical. En nuestros casos de estudio solamente se encontraron condominios o departamentos de manera significativa en la colonia Las Amarillas.

Con respecto a las vialidades, Greenberg y coautores encontraron que en las zonas con mayor criminalidad las calles son de vialidades principales o de alta afluencia vehicular, y de dos sentidos viales. Esto, de acuerdo con lo que plantean, no permite tener un control sobre las personas que ingresan a la colonia. Haciendo una comparación con las zonas estudiadas aquí, también se detectó que las mejores condiciones de vialidad son más propicias para cometer ilícitos, incluso de poca penalidad.

A diferencia de lo encontrado por Greenberg *et al.* (1982) respecto a que las calles con menos tráfico vehicular o presencia de personas de otras colonias pueden tener como resultado una menor criminalidad, lo encontrado en la zona conurbada de Colima-Villa de Álvarez demuestra que no basta que existan estas vialidades para inhibir el delito, ya que en este caso fue en las vialidades de arroyo menos ancho o los andadores donde se presentó un cantidad importante de riñas en vía pública.

En cuanto a lo que estos autores denominaron identidad espacial, que está relacionada con la nomenclatura de calles, el uso del nombre oficial de ellas por los habitantes de la colonia y que reconozcan los límites oficiales de su barrio, donde no encontraron diferencias sustanciales entre las zonas con baja y alta criminalidad, la situación es similar a la de nuestra zona de estudio. En el caso de las colonias analizadas en este trabajo las variables fueron las mismas, con excepción del reconocimiento del territorio; este apartado se refiere a las características del frente, y para fines estadísticos se incluyeron en la parte de imagen barrial. Como ya se mencionó, no existe correlación directa con la incidencia de delitos; sin embargo, en aproximadamente el 65 % de los frentes no existe nomenclatura y en poco más del 55 % de los mismos no hay numeración.

Un elemento no estudiado por Greenberg *et al.* (1982), pero sí por Newman (1978) y Coleman (1985), fue lo referente a la imagen y el aseo de las calles. Estos dos autores encontraron heces en dos edificios departamentales sin relevancia con

¹² Whitaker y Fitzpatrick IV (2013, pp. 85-88) encontraron que una propiedad que se encuentra a menos de 500 pies de un terreno vacante o edificio abandonado o ha sido alterado por la delincuencia reduce el precio de venta de una casa entre 1 y 2 %.

¹³ Recuérdese que Greenberg *et al.* (1982) estudiaron en total tres pares de vecindarios de la ciudad de Atlanta, Georgia, una parte del par era con alta tasa de delincuencia y el otro con poca incidencia.

respecto a las viviendas unifamiliares; y el uso de suelo comercial también resultó con residuos fecales, zonas con orines, basureros clandestinos en las colonias, así como el desaseo generalizado de calles. En las colonias estudiadas en Colima y Villa de Álvarez lo más que se encontró fue el desaseo de los frentes de las casas, pues sus habitantes no los limpian o sacan bolsas de basura en días que no hay recolección de los residuos, lo cual es más evidente en las colonias con mayor incidencia delictiva que en aquellas donde ésta no es significativa.

Por último, en el tema de la cohesión social abordado por Greenberg y coautores, que no formó parte del análisis de correlación de este trabajo, pero sí en el cualitativo mediante entrevistas a líderes de opinión, encontraron que en los barrios con delincuencia los habitantes sienten más desconfianza de sus vecinos e incluso hay pocas redes sociales informales. En este trabajo los resultados son similares, pues hay menos confianza en los vecinos conforme aumenta la delincuencia de la colonia; sin embargo, sí existen lazos sociales entre vecinos, al menos entre los que llevan más años de conocerse, y también hay comités que sirven de enlace entre vecinos y autoridades si se necesita algún tipo de apoyo.

Algunas propuestas

Si bien la correlación entre lo urbano y los delitos es débil, es indicativa de situaciones que pueden ser mejoradas para una mejor calidad de vida en las colonias con incidencia delictiva. En ese sentido, algunas propuestas son las siguientes:

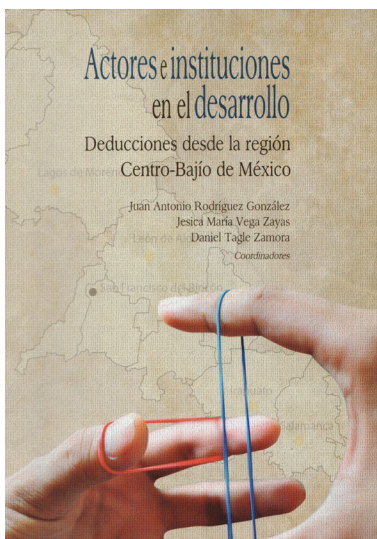
- Evitar el diseño de lotificaciones con muros colindantes. En lugar de ello, diseñar manzanas con lotes cabecales que permitan la visual hacia los cuatro puntos cardinales con el fin de evitar puntos ciegos.
- Diseñar andadores peatonales siempre y cuando no impidan el acceso ocasional de vehículos de emergencia, o bien que sean cortos con el fin de que puedan ingresar a ellos de manera más efectiva las autoridades.
- Que la colocación del arbolado en las vialidades sea una responsabilidad compartida entre autoridades y vecinos; que las especies sean de tronco alto y evitar en lo posible especies arbustivas que obstruyan la visual.
- Los equipamientos abiertos de convivencia social deberán estar en espacios previamente consensuados con los habitantes. Que tengan programas recreativos y de concientización tanto sobre el uso como sobre la administración y vigilancia de dichas áreas no sólo por parte de las autoridades sino también de los vecinos.
- Promover acciones en que participen los habitantes con diversas acciones sociales para una mayor sociabilización entre ellos y una mayor apropiación de sus espacios.

- Actualizar los planes de desarrollo urbano, incluyendo elementos que permitan la socialización, y evitar la segregación, incluyendo la movilidad universal y el uso y disfrute de espacios públicos.

Referencias

- Álvarez Pinto, H. A. (2010). *Geografía urbana de la delincuencia en las colonias Popular SARH y Villas Bugambilias*. Tesis de licenciatura en arquitectura, Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Álvarez Sánchez, M. S. & Ayala Sánchez, L. D. (2011). *Imagen urbana de las colonias con mayor incidencia delictiva en la ciudad de Colima*. Tesis de licenciatura en diseño gráfico, Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Arango Durán, A. (2004). *Sistema de información delictiva*. México: University of California en San Diego, Instituto Nacional de Ciencias Penales.
- Arias, E. D. (2006). The dynamics of criminal governance: networks and social order in Rio de Janeiro. *Journal of Latin American Studies*, 38(02), 293-325. <http://doi.org/10.1017/S0022216X06000721>
- Brugués, A. (1998). Inseguridad pública en la frontera norte. *Ciudades*, 40, 18-24.
- Cabrales Barajas, L. F. (2002). *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Unesco.
- Chávez González, M. E. (2006). *Producción de suelo urbano en la zona conurbada Colima-Villa de Álvarez 1979-2000*. Tesis de doctorado, Universidad de Colima.
- Coleman, A. (1985). *Utopia on trial: vision and reality in planned housing*. London: Hilary Shipman editor.
- Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado (Coplade) (1991). *Colima en síntesis*. Elías Zamora Verduzco. Colima: Gobierno del Estado de Colima.
- Eibenschutz Hartman, R. (2004). *Estudios urbanísticos y ambientales en 75 barrios correspondientes a 31 ciudades del Sistema Urbano Nacional (SUN)*. México: Sedesol-Hábitat.
- Frühling, H. (2012). A realistic look at Latin American community policing programmes. *Policing and Society*, 22(May), 76-88. <http://doi.org/10.1080/10439463.2011.636816>
- Galaviz Mosqueda, A. I. (2014). *Los fraccionamientos cerrados residenciales de clase alta y la inseguridad urbana subjetiva. La situación de la ciudad conurbada Colima-Villa de Álvarez*. Tesis de doctorado en arquitectura. Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Gobierno del Estado de Colima (s.f.). *Mapa del estado de Colima*. Recuperado de http://www.planeacion.gob.mx/recursos/mapas/estado_localidades/Mapa_Localidades.jpg
- Greenberg, S., Rohe, W. & Williams, J. R. (1982). Safety in urban neighborhoods: a comparison of physical characteristics and informal territorial control in high and low crime. *Population and Environment*, 5(3), 141-165.

- Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad A.C. (2010). *ENSI-7. Resultados primera parte. Nacionales y por entidad federativa 2010*. Recuperado de <http://www.culturadelalegalidad.org.mx/recursos/Contenidos/Estudiosacademicosyestadisticos/documentos/ENSI-7%20Resultados%20nacionales%20por%20entidades%20federtivas.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2010). *Censo General de Población y Vivienda 2010*. Recuperado de <http://www.inegi.org.mx/sistemas/mexicocifras/default.aspx?ent=06>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (s.f.). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE)*. <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/regulares/envipe/default.aspx>
- Jacobs, J. (1993). *The death and life of great American cities*. New York: The Modern Library.
- Juárez Martínez, M. L. (2007). *Fraccionamientos cerrados, entre la segregación y la integración urbana en una ciudad media. El caso Colima-Villa de Álvarez 1980-2005*. Tesis de maestría en arquitectura, Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Newman, O. (1978). *The defensible space*. New York: Collier books.
- Olavarría Gambi, M., Tocornal Montt, X., Manzano Chávez, L. & Frühling Erlich, H. (2008). Urban crime and violence. Ecology of crime contributions to public policies design. *Crimen y Violencia Urbana*, 23(64), 19-59. Recuperado de <http://www.scopus.com/inward/record.url?eid=2-s2.0-77952642457&partnerID=40&md5=af2aec26043924c969edc34c62c94a82>
- Rincón Hernández, J. G. (2011). *Espacios urbanos y su relación con la delincuencia en tres colonias de la zona conurbada Colima-Villa de Álvarez*. Tesis de licenciatura en arquitectura, Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Valladares Anguiano, R. (2006). *Estructura urbana y delincuencia. El caso de la ciudad conurbada Colima-Villa de Álvarez 1999-2002*. Tesis de doctorado en arquitectura, Universidad de Colima. Colima, Colima.
- Whitaker, S. & Fitzpatrick IV, T. J. (2013). Deconstructing distressed-property spillovers: the effects of vacant, tax-delinquent, and foreclosed properties in housing submarkets. *Journal of Housing Economics*, 22(2), 79-91. <http://doi.org/10.1016/j.jhe.2013.04.00>



Actores e instituciones en el desarrollo.

Deducción desde la región

Centro Bajío de México

Juan Antonio Rodríguez González,

Jesica María Vega Zayas y

Daniel Tagle Zamora (coords.)

México: Universidad de Guanajuato Campus León

y Miguel Ángel Porrúa, 2014

Fernando Camacho Sandoval

Subsecretario de Gestión Urbanística y Ordenamiento Territorial e integrante del Subcomité y Secretario de Actas de Aguascalientes

Recepción: 6/noviembre/2014 Aceptación: 5/marzo/2015

¿Por qué hay países ricos y países pobres? ¿Por qué dentro de ellos hay regiones más prósperas que otras? ¿A qué se debe que en una misma región, como la Centro Bajío de México —de acuerdo con la delimitación de estudios de este libro— se presentan distintos niveles de desarrollo, y en particular de desarrollo humano?

Las teorías del crecimiento y del desarrollo son tan antiguas como al menos el famoso libro de Adam Smith *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, publicado en 1776. Los aspectos macro del crecimiento fueron la principal preocupación de los grandes economistas clásicos Adam Smith, Thomas Malthus, Stuart Mill, David Ricardo y Carlos Marx. En los siglos XIX y XX, a estos autores siguieron muchos más que han enriquecido ambas teorías desde diferentes latitudes, diversas perspectivas y, desde luego, ante grandes acontecimientos y transformaciones sociales, políticas y económicas.¹

En los inicios del siglo XXI estas preguntas siguen vigentes y han sido una veta inagotable no sólo para el pensamiento económico, sino también para otras ciencias sociales que han tratado de conocer las causas de estas diferencias y desigualdades en el desarrollo y crecimiento, que permanecen y se acentúan.

Hoy, en un mundo globalizado, con una tercera revolución tecnológica digital y de comunicaciones que no termina de mostrar sus alcances a medida que transforma la noción del tiempo y el espacio, gran parte de la población mundial vive en condiciones de pobreza no sólo en los países subdesarrollados sino también el

¹ Para una revisión de estas teorías puede verse un breve pero excelente libro de Anthony Thirlwall, *La naturaleza del crecimiento económico* (Fondo de Cultura Económica, México, 2003).

mundo desarrollado. Aunque la historia reciente muestra que algunos países subdesarrollados grandes y pequeños han logrado reducir sus niveles de pobreza en las últimas décadas, los hay desarrollados que hoy presentan un deterioro significativo en su nivel de vida.

¿Qué está pasando en el interior de estos países? ¿Cuál es su relación con otros dentro del mercado global? ¿Qué están haciendo sus actores? ¿Cómo son sus instituciones? El libro *Actores e instituciones en el desarrollo. Deducción desde la región Centro Bajío de México*, como su título lo sugiere, se inscribe dentro de una amplia y rica temática mediante el estudio de un conjunto de municipios y localidades que comparten un contexto geográfico y social específico. Está conformado por siete capítulos escritos por diez autores con diferentes temas y escalas de análisis que tienen en común, de acuerdo con su presentación, “plantear la necesidad de ampliar la visión de las teorías ortodoxas que privilegian el crecimiento económico sobre el desarrollo” (p. 5).

La premisa que comparten los trabajos de este libro es que el desarrollo no es sólo crecimiento económico sino un proceso multidimensional que comprende diferentes aspectos y factores que se combinan y permiten una mayor calidad de vida o un nivel más alto de bienestar. En él se abordan aspectos como el papel de las exportaciones en el desarrollo local, la calidad de los gobiernos municipales, las desigualdades de género, la sustentabilidad hídrica, la equidad en la salud y la seguridad, que pueden considerarse como causas y efectos del desarrollo en un sentido más amplio o heterodoxo, para utilizar la visión de los autores.

El eje transversal de los trabajos es el índice de desarrollo humano, como punto de referencia teórico y práctico para el análisis y la medición de la heterogeneidad de los niveles de desarrollo en la región. Este índice, propuesto por las Naciones Unidas en 1990, integra tres dimensiones básicas: salud, educación e ingreso, con lo cual es posible medir y observar las diferencias entre países, regiones, estados, municipios y localidades en el caso de México.

Lorena Álvarez-Castañón toma cuatro municipios de la región donde se han instalado plantas manufactureras de las ramas automotriz y aeronáutica para mostrar que la inversión extranjera directa (IED) tuvo un impacto marginal en el crecimiento económico, y menor aún en el desarrollo local, definido como un “proceso más amplio de transformación económica, social y ambiental que se genera como respuesta de las regiones y ciudades a los desafíos de la competitividad y en que *los actores locales* adoptan estrategias e iniciativas orientadas a mejorar el bienestar de la sociedad local” (p. 16).

Desde esta perspectiva, entonces, la ecuación se invierte: es el liderazgo de esos actores nacionales, regionales o locales, así como la naturaleza de sus instituciones, lo que permite que la IED sea un complemento útil al ahorro interno, para estimular

el crecimiento económico y hacer que se convierta en desarrollo. De ahí que la autora enfatice entre sus propuestas la necesidad de valorar el capital territorial y las redes de colaboración para potenciar la integración económica, social, ambiental, cultural y política de la región en estudio.

Precisamente Alex Caldera y Roberto Reyes, en su capítulo sobre “Calidad del gobierno en la región Bajío”, ponen atención en las condiciones institucionales para el desarrollo humano, entre las cuales destaca la capacidad del gobierno local como actor estratégico del territorio. Señalan que la calidad de los gobiernos municipales no siempre depende de la cantidad de recursos económicos, materiales y humanos que tengan, sino de la arquitectura institucional de las formas de gestión, que permiten que los procedimientos gubernamentales se lleven a cabo en condiciones de equidad e imparcialidad.

De los temas que tratan, hay dos que son centrales. El primero es el diseño institucional vigente en el país, que determina periodos de gobiernos municipales trianuales, cabildos sin representación social, poco profesionalizados, que no hacen ningún contrapeso, lo que limita la rendición de cuentas y una actuación más responsable. El segundo es la reducida participación ciudadana en la gestión pública, lo cual provoca que los gobiernos municipales se reinventen cada tres años.

Estos autores señalan la necesidad de un cambio institucional en que se reduzca la concentración del poder mediante una gobernanza más democrática y una gestión pública que promueva la participación más activa de los actores locales. En este aspecto, se registran avances importantes en la investigación, pero sin duda existe todavía un amplio —y espero que no tan largo— camino que recorrer.

María Áurea Velerdi, en su capítulo sobre “El desarrollo humano desde el género”, nos recuerda que los beneficios del desarrollo se distribuyen de manera desigual entre los factores de la producción y los diferentes grupos sociales, en particular entre hombres y mujeres. Menciona que esta desigualdad es intrínseca a un modelo de desarrollo en el cual todo trabajo que esté fuera del mercado no es considerado trabajo y, por lo tanto, no es remunerado. Aquí encontramos otro tema que trasciende al ámbito económico, que es la relación entre el trabajo fuera y dentro del hogar, entre el trabajo productivo y el reproductivo. El tiempo que hombres y mujeres le dedican a uno y a otro tiene que ver con cuestiones del mercado laboral, desde luego, pero también con la organización social, con la familia y las políticas de gobierno, entre otros factores. Por ello es un asunto que compete a la sociedad en su conjunto.

La autora encuentra que el índice de desarrollo humano y el de género son más altos en aquellos municipios con una mayor participación de las mujeres en el mercado laboral y donde el grado de escolaridad es mayor. Dos aspectos que re-

quieren la atención de las políticas públicas con una perspectiva de género, pero sin descuidar otros, como los ambientales, los de relación social y atención a la familia.

Daniel Tagle y Mario Fuente muestran la dicotomía entre el crecimiento económico registrado en el corredor industrial donde se concentra más de la mitad de la industria del estado de Guanajuato, formado principalmente por los municipios de León, Celaya, Salamanca e Irapuato, y la sustentabilidad medioambiental relacionada con el recurso hídrico. Documentan la sobreexplotación y el abatimiento de los mantos acuíferos que están en este corredor, además de la contaminación del agua derivada principalmente de las descargas que hacen la industria química y la curtidora en ríos de la región. Ambas situaciones contribuyen al desgaste de los ecosistemas y la merma en la calidad del agua para el consumo humano.

Sin duda el manejo del agua en esta región, y en todo el país, es un problema complejo que tiene que ver con las condiciones naturales y geográficas del país, pero también con un diseño político-institucional poco eficiente y la preferencia por la política económica frente a la social por parte de los gobiernos, como lo documentan los autores, al no haber un acceso universal al agua potable, alcantarillado y saneamiento en este corredor, lo cual incide fuertemente en el nivel de desarrollo humano. Proponen un cambio de paradigma que trascienda al ámbito académico y sea adoptado también por las instituciones de gobierno en el tema ambiental, lo cual implica replantear la distribución de competencias y responsabilidades del recurso hídrico con una visión sistémica entre economía, sociedad y medio ambiente.

Sin duda, el tema de la salud es un componente básico en las aspiraciones para lograr el ideal moderno del desarrollo. Así lo expresa Juan Luis Coronado, quien documenta las diferencias existentes con información detallada municipio por municipio de la región en estudio, respecto a los tres componentes que conforman los sistemas de salud: los factores condicionantes en la vida de la población, las necesidades expresadas en las enfermedades y la capacidad institucional para atenderlas.

De entrada, el autor nos comparte una reflexión de René Dubos, a quien considera un clásico en los temas de salud que deberíamos tomar en cuenta en términos de la definición del desarrollo: “Una ciudad con enormes, numerosos y visibles hospitales no habla bien de ella. Nadie quiere estar en ellos porque ello significa una situación de enfermedad y todo lo que ello implica” (p. 120). De ahí la importancia de contar con un hábitat que reúna condiciones como tener servicios básicos de calidad, acceso a la educación, vivienda digna, servicios públicos suficientes y de calidad, entre otros aspectos, que influyen en las condiciones de salud de la población, y por consiguiente en la demanda de servicios.

También nos alerta sobre el peso de la demografía en la situación actual y futura de los diferentes aspectos de la salud. Aquellas ciudades con altos índices de cre-

cimiento poblacional como Querétaro, Aguascalientes y León demandarán mayor equipamiento de salud, además de que son zonas metropolitanas y la población de otras localidades acude a ellas para tener este servicio. Por su parte, en términos de evolución de la pirámide poblacional, el grupo de adultos mayores es el de mayor crecimiento, lo cual en un futuro no muy lejano implicará un constante incremento en la demanda de servicios, por lo que uno de los retos que plantea el autor no es la construcción de grandes hospitales sino la reestructuración de la red de hospitales existentes y la inversión en un equipamiento adecuado y especializado, así como el fortalecimiento de una política de prevención duradera y de largo plazo.

Lograr un equilibrio entre necesidades y capacidades y cambiar el concepto de salud como un bien comerciable por el de un derecho que tenemos todos los ciudadanos son los retos que permitirán avanzar hacia un desarrollo más equitativo. Una vez más, este trabajo pone de manifiesto la necesidad de cambiar de paradigmas.

Jesica Vega Zayas analiza el tema del acceso a la justicia y señala que el problema de la región no es la inexistencia de las instituciones encargadas de impartir la seguridad, sino la calidad de la misma. Tal vez la reflexión que hace René Dubos en torno a la salud sirva para este tema: una ciudad llena de policías, cárceles y armas no habla bien de ella. Por ello, la solución no es a través del incremento en el gasto en este tipo de infraestructura y equipo sino en otros aspectos que son las causas de la falta de seguridad.

En resumen, el libro da cuenta de que el desarrollo, en el sentido más amplio, y en particular el desarrollo humano, es un proceso multidimensional y no está basado sólo en factores de crecimiento económico e ingreso. Las escalas geográficas desempeñan un papel importante, aunque no decisivo. Es dinámico, lo cual significa que no es lineal ya que puede haber involución o retroceso. Pero, sobre todo, es un proceso que depende en gran medida del papel de los actores, la naturaleza y el diseño de las instituciones que tiene cada uno de los países, regiones, estados, municipios o localidades. Este es el principal mérito de libro, ya que en todos los temas está presente esta hipótesis. Punto de llegada, pero también de salida para trabajos futuros.

Acerca de los autores

Susana Aparicio

aparicio@retina.ar

Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en la Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de investigaciones Gino Germani; docente de grado en la carrera de sociología y del doctorado en ciencias sociales. Maestra en investigación en ciencias sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), licenciada en sociología por la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en la investigación en ciencias sociales agrarias y en los distintos actores sociales, especialmente en asalariados y campesinos. Es coautora de *Nuevas formas de contratación en el trabajo agrario* (Ciccus, Buenos Aires, 2015) y de *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino* (La Colmena, Buenos Aires, 2001). Dirigió en 2009 el proyecto que tuvo como resultado el reporte *Trabajo, mercado de trabajo y cultura en Jujuy*, para la Superintendencia de Riesgos del Trabajo del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina.

Esteban Barragán

esteban@colmich.edu.mx

Profesor investigador de El Colegio de Michoacán. Doctor en geografía humana por la Universidad de Toulouse, Francia, maestro en estudios rurales por El Colegio de Michoacán y licenciado en relaciones comerciales por el Instituto Tecnológico de Jiquilpan, Michoacán. Su línea de investigación es patrimonios territoriales y procesos de valoración de recursos bioculturales. Es coautor de "Hacia una economía de la patrimonialización. Las apropiaciones colectivas de lo biótico y de lo cognitivo" (en *Dinámica territorial agroalimentaria en tiempos de globalización* (Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2014) y autor único de *Estrategia Nacional de Desarrollo Regional de Tierra Caliente* (Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, México, 2015).

Fina Carpena-Méndez

fina.carpena@oregonstate.edu

Profesora asistente de antropología en la Universidad del Estado de Oregón, Estados Unidos. Doctora en antropología y maestra en antropología aplicada por la Universidad de California en Berkeley, licenciada en antropología social por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido investigadora en el Center for US-Mexican Studies de la Universidad de California en San Diego e investigadora posdoctoral Marie Curie en el University College Cork de Irlanda. Realiza investigación en

antropología de la infancia y la juventud, migraciones internacionales y desarrollo y globalización neoliberal. Ha realizado investigación etnográfica con niños, jóvenes y familias migrantes latinoamericanas en Europa, y con niños y jóvenes indígenas migrantes en Puebla, México, y Filadelfia, Estados Unidos. Es coautora de *Childhood and migration in Europe: portraits of mobility, identity and belonging in contemporary Ireland* (Ashgate, Farnham, Inglaterra, 2011) y coeditora de *Transnational migration and childhood* (Routledge, Nueva York, 2013).

Jenny Cockburn

jennyc.cockburn@gmail.com

Doctora en sociología con especialización en justicia social por la Universidad de Windsor, maestra en antropología social y cultural y licenciada en antropología por la Universidad de Concordia en Montreal. Sus líneas de investigación son: política y seguridad alimentaria, desarrollo, relaciones de género, América Latina, economía del hogar y medios de vida rurales. Sus trabajos recientes son "Collaborative barriers and cultural brokers: competing conceptions of gender equality and human rights in Norte de Potosí, Bolivia" (*Critical Sociology* en línea, June 18, 2015), "Local knowledge/lacking knowledge: contradictions in participatory agroecology development in Bolivia" (*Anthropologica*, vol. 57, núm. 1, pp. 169-184) y "Neoliberal governance, developmental regimes and party systems in postneoliberal Latin America: a review" (*The Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 39, núm. 1, pp. 157-169).

Delia Hernández Linares

carmenhernandez1205@hotmail.com

Auxiliar de investigación en el Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales de la Universidad Autónoma del Estado de México en Toluca. Licenciada en antropología y maestra en ciencias agropecuarias por la misma institución. Sus líneas de investigación son antropología de la familia y género.

Thierry Linck

thierry.linck@gmail.com

Director de Investigación en el Institut National de la Recherche Agronomique (INRA, por sus siglas en francés), con doble afectación en Clermond-Ferrand (sede del departamento de Sciences pour l'Action et le Développement del INRA) y en Rennes (Laboratorio Sciences pour l'Action et le Développement-Paysage). Maestro en ciencias económicas por la Faculté des Sciences Economiques d'Aix - Marseille II y en Modèles Comparés de Développement et Relations Economiques Internationales por la Faculté des Sciences Economiques d'Aix - Mar-

seille; dos veces doctor por la misma facultad, con ambas tesis publicadas. Entre sus principales campos de investigación están: desarrollo territorial y agropecuario, economía de la patrimonialización, apropiaciones colectivas y patrimonios cognitivos y bióticos locales. Recientemente impartió las conferencias “Las ambigüedades de la propiedad intelectual: de las denominaciones de origen a la conservación de la biodiversidad” (23 de octubre de 2015 FES-Acatlán) y “Entre diversidad cognitiva y diversidad biológica: construir la seguridad alimentaria en los territorios” (4 y 5 de noviembre de 2015, Universidad Autónoma Chapingo).

Marcela Crovetto

mmcrovetto@gmail.com

Investigadora y docente en la Facultad de Ciencias Sociales y el Área de Estudios Rurales del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Doctora en ciencias sociales, maestra en investigación en ciencias sociales y licenciada en sociología, todo ello por la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en el estudio de las movilidades espaciales cotidianas y residenciales rural-urbanas en torno al trabajo agropecuario y en los espacios rururbanos. Autora de los artículos “Movilidad espacial, ocupación y empleo en el Valle Inferior del Río Chubut” (*Trabajo y Sociedad*, núm. 17, pp. 363-380), “Movilidad cotidiana: el tiempo y el espacio en el Valle Inferior del Río Chubut” (*Transporte y Territorio*, núm. 5, pp. 137-163), y coautora de “El mundo del trabajo y las condiciones de vida de los asalariados de la esquila patagónica argentina” (*Mundo Agrario*, vol. 13, núm. 26).

Bernardo Mançano Fernandes

bmf@fct.unesp.br

Geógrafo y profesor del programa de posgrado en desarrollo territorial de América Latina y el Caribe de la Universidade Estadual Paulista (UNESP); coordinador de la Cátedra de la Unesco de Educación del Campo y Desarrollo Territorial. Cursó desde su bachillerato hasta el doctorado en geografía en la Universidade de São Paulo (USP). Sus principales líneas de investigación son: teorías del territorio y de la cuestión agraria, movimientos socioterritoriales, acaparamiento de tierras y soberanía alimentaria. Es autor de *A formação do MST* (Editora Vozes, Petrópolis, 2000); coautor de *Brava gente. A trajetória do MST e a luta pela terra no Brasil* (Expressão Popular, São Paulo, 2015) y de *Uso da terra no Brasil* (Cultura Acadêmica, UNESP, São Paulo, 2014); coordinador de *Campesinato e agronegócio na América Latina* (CLACSO, Expressão Popular, São Paulo, 2008).

Humberto Thomé Ortiz thomeortiz@colpos.mx

Doctor en ciencias agrarias por la Universidad Autónoma Chapingo, maestro en ciencias en socioeconomía, estadística e informática por el Colegio de Posgraduados, licenciado en comunicación social por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Sus líneas de investigación son: antropología de la alimentación, transiciones rurales y turismo agroalimentario. Es autor de "Rural tourism and peasantry, a social approach from ecology, culture and economy" (*Convergencia*, núm. 47, pp. 224-249) y de "Agri-food tourism and, new social metabolisms of local products" (*Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, núm. 6, pp. 1373-1386).

Reyna Valladares Anguiano reyna_valladares@ucol.mx

Profesora investigadora en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Colima. Doctora en arquitectura, maestra en ciencias y arquitecta por la Universidad de Colima. Sus líneas de investigación son: diseño urbano, habitabilidad y civilidad urbana. Es editora de *Diversas visiones de la habitabilidad* (Red Nacional de Investigación Urbana, Puebla, 2015); coautora del capítulo "La coordinación interinstitucional del área metropolitana de Colima" (en *Repensar la metrópoli II. Políticas e instrumentos para la gestión metropolitana*, Programa de Estudios Metropolitanos-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2015, t. I., pp. 256-273) y del artículo "Fraccionamientos cerrados residenciales, productores de inseguridad urbana subjetiva" (*Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, vol. 7, núm. 13, pp. 50-67).

Ivonne Vizcarra Bordi ivbordi@hotmail.com

Profesora investigadora en el Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Doctora en antropología y maestra en ciencias en economía rural por la Universidad Laval de Quebec, Canadá, licenciada en administración por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Sus líneas de investigación son: sistemas agroalimentarios, seguridad alimentaria y nutricional, género, medio ambiente, desarrollo rural, antropología alimentaria, políticas sociales y poder y resistencia. Es coautora del capítulo "Cuerpo, espíritu y naturaleza en los estudios de género y ambiente" (en *Contribuciones de los estudios de género al desarrollo rural*, Colegio de Postgraduados, México, 2015) y del capítulo "Historias familiares de Aculco: mujeres y patriarcado. Propuesta meteorológica para el estudio de la conciencia" (en *Familias y relaciones patriarcales en México contemporáneo*, Juan Pablos, México, 2015).

Lineamientos para los autores

La revista *Carta Económica Regional* publica artículos de análisis que promueven un diálogo abierto y amplio entre los enfoques teóricos y las metodologías de las disciplinas científicas que confluyen en el análisis espacial, desde una perspectiva regional. La revista abre sus páginas a los trabajos de investigación sobre las regiones de México y de América Latina y los artículos comparativos y teóricos sobre el análisis regional. Los trabajos pueden ser enviados en español o en inglés y, de ser aprobados, se publicarán en la lengua en la que fueron escritos.

La revista cuenta con tres apartados. El primero es temático y lo forman tres artículos y una introducción que muestra el aporte teórico y empírico de los artículos a la investigación del tema. El segundo integra artículos diversos sobre las regiones de México, además de estudios regionales comparativos o teóricos sobre el análisis regional. Finalmente, el tercero presenta reseñas de libros y comentarios.

Las colaboraciones deben estar totalmente listas para que sean turnadas a los miembros del Comité Editorial y a los dictaminadores.

Se pide atentamente a los autores que manden sus colaboraciones por correo electrónico, como archivo adjunto, a la dirección: revista.cartaeconomica@gmail.com. Asimismo, se acepta el envío en soporte CD-ROM a la dirección de la revista. En ambos casos se requiere que el formato de archivo enviado sea compatible con el programa MS-Word.

Se les invita a los autores a anexar un breve currículum vitae (que no exceda los diez renglones), donde destaquen sus grados académicos, su experiencia profesional y los datos que permitan su localización. El documento deberá estar formado con párrafos a doble espacio y tipografía Times New Roman de 12 puntos; su extensión no deberá exceder las 10,000 palabras, incluidas las notas al pie de página y la bibliografía. Deberá presentar un resumen no mayor de 120 palabras en español e inglés. Además deberá tener de cinco a ocho palabras clave en español e inglés.

Si el artículo incluye tablas, cuadros o gráficos, éstos deberán enviarse en archivo aparte, en el formato en el que fueron elaborados (Excel, Word,...) y debidamente numerados, y en el texto se deberá indicar el lugar donde ha de ser colocado cada uno de estos elementos. Asimismo, cada uno llevará título y, al pie, la fuente consultada (bibliográfica, documental, electrónica). En caso de incluir material fotográfico, cartografía o ilustraciones, se ruega anexar el archivo de la respectiva imagen digitalizada, el original y una versión pdf.

Para las citas se empleará el siguiente sistema:

1) **Libro con un autor:** Apellido(s), inicial del nombre (año de publicación). Título del libro en cursiva. Ciudad de publicación: editorial(es) o institución(es) que lo publica. Ejemplos: Calleja, M. (2007), *Intermediarios y comercializadores: canales de distribución de frutas y hortalizas mexicanas en Estados Unidos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara y UCLA. Libro con dos autores: Gerritsen, P. & Morales, J. (2007). *Respuestas locales frente a la globalización económica. Productos regionales de la Costa Sur de Jalisco*, México. Guadalajara: ITESO y RASA. Libro editado: Del Valle, M. (ed.) (2004). *El desarrollo agrícola y rural del tercer mundo en el contexto de la mundialización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y Plaza y Valdés.

2) **Capítulo en libro:** Apellido(s), inicial del nombre(s) (año de publicación), título del artículo. Apellido(s), inicial del nombre(s) y (ed. o eds./comp. o comps.), título del libro en cursivas, ciudad de publicación: editorial(es) o institución(es) que lo publica. Ejemplos: Echánove, F. (1999), Redes rurales en el abasto de hortalizas a la Ciudad de México. En Carton, H. (ed.), *Agricultura de exportación en tiempos de la globalización, el caso de las hortalizas, frutas y flores*, México. México: UACH, UNAM, CIESAS y Juan Pablos Editor. Jiménez, M. (2011), El aguacate. Entre el crecimiento económico y la destrucción del medio ambiente. En Escamilla, J. (ed.). *La transformación de los paisajes culturales en la cuenca del Tepalcatepec*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

3) **Artículos en revista:** Apellido(s), inicial(es) del nombre(s) (año de su publicación). Título del artículo. Título de la publicación en cursivas, vol. (núm.), páginas o sección que abarca el artículo. Ejemplos: Boltanski, L. & Thévenot, L. (1999). The sociology of critical capacity. *European Journal of Social Theory*, 2(3), 359-377. González, H. (2010). Debates on food security and agrofood world governance. *International Journal of Food Science and Technology*, 45, 1345-1352.

4) **Páginas electrónicas:** Se registrarán como publicación periódica. La fecha de consulta, que en ningún caso se omitirá, irá entre corchetes, después de la dirección electrónica: Ejemplo: Rodríguez, A. & Velarde, S. (2001). Cultura y democracia en México hacia el siglo XXI. *Sincronía*. Recuperado de <http://sincronia.cucsh.udg.mx/cultdem.htm> [20 de enero de 2012].

5) **Entrevistas:** Iniciar con la fase Entrevista(s) con Nombre y Apellidos del entrevistado, cargo o actividad que desempeña, ciudad o país en la que se llevó a cabo la misma, fecha completa. Ejemplo: Entrevista con Jaime Olveda, investigador de El Colegio de Jalisco, 8 de enero de 2012.

6) **Tesis:** Apellido(s), Nombre(s) (año de impresión). Título de la tesis en cursivas. Tesis de licenciatura, maestría o doctoral, institución educativa. Ciudad donde se encuentra. Ejemplo: Macías, A. (2006). *Empresarios, estrategias y territorio en la producción hortícola en México* (El caso de Sayula, Jalisco). Tesis doctoral, Centro

de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente. Guadalajara, Jalisco.

7) **Ponencias:** Apellido(s), iniciales del nombre(s) (año de presentación). Título de la ponencia. Ponencia presentada en nombre del evento, ciudad o país, páginas o sección consultadas. Ejemplos: Torres Salcido, G. (2003). La internacionalización de los supermercados y el abasto popular en la ciudad de México. Ponencia presentada en el XIII Congreso de Economía Urbana y Regional 2003, IIEC - UNAM, México. Cano, V. (2000). ¿Del fordismo al postfordismo? El advenimiento de los nuevos modelos de organización industrial. Ponencia presentada en el 1er. Congreso de Ciencia Regional de Andalucía, España.

8) A los autores hispanohablantes que entreguen material redactado en algún idioma distinto al español se les pedirá que hagan su propia traducción.

5. Los textos no se someterán a evaluación hasta que cumplan con los requisitos aquí establecidos.

Carta Económica Regional, núm. 115,
se terminó de imprimir en junio de 2015 en los
talleres de Imprelibros
Brillante 913, Alcalde Barranquitas,
Guadalajara, Jalisco, México

El tiraje fue de 200 ejemplares.

folitho2@hotmail.com